

EL COLOR QUE NO EXISTÍA



FRAN PAHINO

EL COLOR QUE NO EXISTÍA
(FRAN PAHINO)



El color que no existía

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Fran Pahino, 2018

PRÓLOGO

Sobre un folio blanco hace su aparición un lápiz recién afilado, y se posa suavemente sobre el delicado lienzo de papel. En un determinado punto, se detiene, permanece inmóvil, sin prisa por iniciar la escritura. De repente, interrumpe esta pausa impulsado sin lugar a duda por una mano dotada de una gran maestría. El lápiz comienza a deslizarse con la elegancia y el ritmo del más bello de los vales dejando así las marcas que expresan su más experto hacer.

—¿Qué es lo que separa la fantasía de la realidad? La línea que separa ambas palabras puede ser como mi propio trazo, muy fina, delgada y pequeña, curiosamente, igual que una niña de 7 años.

Pero no una niña cualquiera elegida al azar, sino una adorable muchacha de la ciudad de Roma que, sin darse cuenta, va a comenzar a sentir en su propia piel y, sobre todo, en sus tiernos ojos, la historia más asombrosa que una persona puede llegar a vivir, tan al filo de lo irreal, que el secreto que guarda tras sus pupilas será testigo de algo que hasta ahora ni podía llegar a imaginarse. Estoy deseando presentarte ya a ¡la pequeña Chiara!

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPITULO 1 - CHIARA EN EL OCULISTA

CAPITULO 2 - EN OTRA GRAN CIUDAD EUROPEA

CAPITULO 3 - CHIARA, PARÍS Y SU GRAN SECRETO

CAPITULO 4 - LOS CUATRO NÚMEROS

CAPITULO 5 - POR FIN SE CONOCEN CHIARA Y LORIAN

CAPITULO 6 - UNA LLAMADA INESPERADA DESDE SEVILLA

CAPITULO 7- UNA CENA PARA LA HISTORIA

CAPITULO FINAL - EN CASA DE LORIAN

DOS DIAS DESPUÉS



CAPITULO 1

CHIARA EN EL OCULISTA

Chiara está tranquilamente sentada en una silla que no está hecha para su diminuta altura, algo que la niña aprovecha para balancear sus pies muy suavemente mientras espera en la sala de un oculista. Sus padres no se habían podido permitir una consulta privada de un oftalmólogo, pero pensaron que sería bueno para ella hacerla una revisión en la vista calibrada por un profesional. En este caso, la hará el doctor Moretti, que es curiosamente todo lo contrario a ella en cuanto a ímpetu, ya que está en la última etapa de su carrera profesional y realiza todos sus movimientos con total lentitud, con una tranquilidad pasmosa. Nunca tuvo prisa en sus consultas, hecho que con los años se había acentuado. Debían de quedarle como unos tres años para la jubilación, cosa que se le notaba en el poco entusiasmo que parecía tener y, sobre todo, en las instrucciones automáticas que daba. Era algo que había hecho tantísimas veces que, visto desde fuera, se apreciaba una sensación de «vamos a ver si acabamos pronto, que esto es lo de siempre». Dicho de otra manera, la jubilación estaba llamando a su puerta y él estaba deseando abrirla.

Solo había que ver la vejez de la propia mesa del doctor Moretti, una mesa que no era nueva ni siquiera cuando abrió la consulta, hace ya más de cuarenta años. Era una mesa de caoba antigua muy vetuada, y en la que poco a poco han ido quedando marcas y señales del paso de todos estos años. Sobre ella se encuentra ahora *Il Corriere de la Sera*, que todos los días leía antes de las consultas. El que está posado hoy en su mesa muestra todas las noticias del viernes 19 de mayo de 1995.

Chiara ya está sentada en la silla de la consulta, permanece tranquila esperando, y sabe de sobra que estar allí no tiene nada que ver con ir al dentista, pues se la nota inquieta en casa dos días antes de la consulta.

Es la primera vez que está en un lugar así y delante de ella tiene algo que observa de forma novedosa también, aunque su madre ya la había informado de la sencillez de la prueba que le iban a realizar.

La mamá miraba a Chiara desde su asiento a una distancia suficiente para

ver cada uno de los detalles de lo que sucedía, quedándose como hipnotizada al ver el rostro de su hija. Todas las madres ven a sus hijos como los más guapos de entre todos los niños que existen, pero, en esta ocasión, su opinión subjetiva estaba muy cerca de la realidad porque Chiara tenía una belleza fuera de lo común. Seguramente, esto era así por tener en su rostro el semblante de una paz y tranquilidad que venía directamente de su madura personalidad, que dirigía y controlaba un cerebro privilegiado para una niña de solo 7 años.

En el colegio destacaba entre todos sus compañeros además de por las notas que sacaba, por ser una niña que tenía mucho encanto y dulzura. Y es que la niña nacida en Roma era muy querida, no solo por sus amigos del cole, sino por todos los profesores.

—Bueno, pues vamos a empezar —indicó el oculista mientras preparaba las gafas necesarias para calibrar la visión.

Era un momento en el cual todos estaban tranquilos. La madre de Chiara observaba a su pequeña y, a la vez, miraba cómo el doctor le colocaba las gafas necesarias para comprobar la vista de cada ojo por separado. Eran unas monturas especiales cuya misión era tapar uno de ellos mediante un simple movimiento y así poder detectar los problemas de visión de cada paciente.

Una vez puestas, a la madre le llamó mucho la atención cómo había cambiado el aspecto de su pequeña hija. Estaba claro que aquellas gafas cumplían a la perfección la función para las que estaban diseñadas, pero ahora lo que veía era muy distinto a lo que hacía 10 segundos tenía a la vista; había pasado a ver a su hija con una belleza casi perfecta a estar prácticamente tapada por dichas gafas, que eran la antítesis de la elegancia. Parecía que estaban hechas adrede para estropear hasta al más angelical rostro.

La imagen que presentaba Chiara con esas gafas provocó incluso la risa de la madre, que no se contuvo a la hora de decir:

—Esperemos que, si le tenemos que poner gafas, sean un poquito más discretas.

—Por eso no se preocupe, señora —le contestó bastante serio el oculista, que seguía a lo suyo con los preparativos—. Estas gafas llevan conmigo más de 40 años y han hecho su labor siempre a la perfección, pero soy el primero en reconocer que no le sientan bien a nadie, y a los hechos me remito, ya que su hija es, sin duda, una de las niñas más guapas que han pasado por esta

consulta; puede estar muy orgullosa de tener a una niña así, doña Lateitia.

—Gracias, doctor. —Su sonrisa vino acompañada esta vez de un poco de rubor, ya que era consciente de que el comentario no dejaba de ser como una especie de piropo también hacia ella, que era quien precisamente le había dado la vida.

—Te voy a tapar el ojo izquierdo, Chiara —dijo Moretti mientras manipulaba las gafas mediante una especie de solapa que había en la parte superior de las mismas y dejaba ver solo con el ojo derecho para comenzar con la prueba.

Una vez hecho esto, dio cuatro o cinco pasos hasta donde estaba el panel de los símbolos, que eran unos simples cuadrados con una abertura en alguno de sus lados: unas veces hacia arriba, otras a la izquierda, hacia abajo y, por último, hacia la derecha, colocados unos junto a los otros hasta formar una fila de unos seis símbolos.

El doctor Moretti cogió una varita de madera alargada, que debía llevar con él por lo menos el mismo tiempo que las gafas, y la convirtió en un indicador del símbolo al que deseaba apuntar.

—Chiara, vete diciéndome hacia qué lado está la abertura de cada cuadrado. —Se notó que la frase la había dicho muchísimas veces, pues la había soltado con desgana mientras apuntaba hacia el primer símbolo del panel.

—Arriba, derecha, arriba —dijo la niña con mucha tranquilidad—. Abajo, izquierda y derecha. —Con la misma parsimonia de la vez anterior, el oculista pasó a la siguiente fila de símbolos que estaban debajo de los primeros y que eran más pequeños.

De nuevo, Chiara, con la misma calma, dijo uno a uno mientras el oculista apuntaba. Estaba claro que hasta ahí eran muy pocos los problemas que presentaban los niños, y Moretti apuntó a la siguiente fila con los cuadrados más reducidos.

Chiara continuó diciendo lo que sus ojos le mostraban, pero en esta ocasión hubo una diferencia, ya que la niña empezó a acelerar sus respuestas adelantándose al oculista con su varita.

Era evidente que al ritmo que iba el médico a la niña se le iba a hacer una eternidad acabar el panel, así que dejó de hacer caso a lo que apuntaba la vara y comenzó a responder a un ritmo cada vez mayor.

Esto, al principio, incomodó a Moretti, pero en cuanto se dio cuenta de lo

que sucedía, desistió de apuntar al panel y simplemente se dedicó a comprobar que las respuestas eran correctas.

Chiara, a la vez que los símbolos se iban haciendo más pequeños, respondía con mayor velocidad, lo que hizo que Moretti, el viejo oculista, que se sabía de memoria el panel tras tantos años haciendo la prueba a sus pacientes, se olvidara de lo que tenía que señalar y girara su rostro a la propia niña, ya que estaba nombrando las respuestas a la misma velocidad que un corredor de los 100 metros lisos justo antes de entrar en la meta.

El rostro del médico reflejaba asombro, ya que nunca, en los muchísimos años de carrera, nadie había hecho lo mismo. Él tenía todavía aquella vara de madera apuntando más o menos por el centro del panel y Chiara había terminado de decir todos y cada uno de los símbolos. Mientras las neuronas del cerebro de Moretti trataban de asimilar lo que acababa de suceder, y con una cara que, seguramente, se le quedaría a la madre grabada para siempre, ya que era una mezcla de asombro con unas pizcas de incredulidad, Moretti miró rápidamente a esta, ya que también se mostraba bastante sorprendida, aunque no tanto como el propio doctor. El hombre iba a escuchar una frase para la que no estaba preparado:

—Justo abajo, doctor, donde termina el panel, pone Verona —dijo Chiara serenamente—, y creo que está escrito con una pluma, porque se aprecia cómo hay una gota muy diminuta del mismo color de la tinta justo al lado del 6, del número 16 de esa fecha, ese 16 de julio de 1943.

Moretti, con una perplejidad que se podría calibrar en una escala del uno al diez por encima del trece, le preguntó:

—Chiara, ¿me estás diciendo que desde esa distancia estás viendo que pone Verona?

—Sí. —Un «sí» pasmosamente tranquilo y sin darle la más mínima importancia.

Moretti se quedó quieto, trató de pensar durante 3 segundos, pero estaba tan asombrado que su cerebro en ese momento no estaba capacitado para reflexionar. Una niña de 7 años había cortocircuitado en esos 3 ínfimos instantes cualquier conexión entre alguna de sus noventa mil millones de neuronas.

Tras volver a conectarse con la realidad, le dijo:

—¡Estás viendo solo con un ojo! Quítate las gafas, que ahora no nos valen para nada. Chiara, repíteme despacio lo de la diminuta gota, que no lo he

acabado de entender.

—Sí, doctor. —Señaló, con la inocencia propia de su edad, con su mano apuntando más o menos una zona de la parte de abajo del panel, y dijo con cierta desgana—: Justo donde pone Verona y esa fecha, hay una diminuta gota que se nota por el color que es de la misma tinta que la usada al escribir la ciudad y esa fecha.

Había exactamente tres metros y medio desde la silla al panel, y un estupefacto doctor que estaba junto al panel, separado de él lo justo para apuntar con la vara en la prueba que le estaba haciendo a la niña, cambió el semblante de su cara.

—¿Qué es lo que le pasa, doctor? Me está empezando a preocupar su rostro, porque al principio era de asombro, pero ahora estoy notando que igual no se encuentra bien del todo.

El doctor ignoró por completo el comentario de la madre, ya que dio unos cinco pasos hasta su mesa de caoba donde se apresuró a abrir unos de los cajones.

Tras remover cosas que tenía dentro, consiguió lo que buscaba, una vieja lupa que guardaba en uno de sus cajones y que, cuando era joven, usaba para observar pequeños insectos y mariposas. Volvió al panel mientras le preguntaba a Chiara dónde decía que estaba esa gota.

—En la fecha, a la derecha del 6.

Moretti, con un gesto propio del mismísimo Sherlock Holmes, colocó la lupa para ampliar la zona que la niña señalaba y, justo después de ello, giró el cuello hasta buscar la mirada de la madre a la que dijo con el rostro de quien estaba viendo un fantasma:

—¡No puede ser!

—Doctor, ¿qué es lo que no puede ser? —La madre de la niña se revolvió intranquila de su silla; la tensión iba cada vez a más.

—Que desde esa distancia vea lo que yo no consigo ver desde aquí mismo y me esté ayudando a verlo esta lupa. Venga aquí, por favor. Este panel fue un regalo de un amigo de la Facultad de Medicina y lo firmó con una pluma como dice la niña, pero es que, en primer lugar, ninguna persona sentada desde esa silla puede lograr distinguir la palabra Verona y, mucho menos, esa gota. Mire, venga, tome y observe con esta lupa.

Tras hacerlo, los dos fueron los que se giraron a la vez, sincronizados, para mirar a la niña que estaba tan tranquila como al principio. La escena que veía

Chiara desde su silla era la de un señor mayor con una cara extraña y su madre mirándola. Lo único que hizo fue preguntarles subiendo los hombros y con la misma tranquilidad que tuvo hasta ese momento. Balanceando suavemente sus diminutas piernas, preguntó sin saber qué ocurría y con un tono de voz un poco soso:

—¿Qué pasa?

Moretti se incorporó y, tras estar pensando quince segundos, en el que el silencio era tan cortante que hacía daño tanto a la madre como a la hija, el oculista dijo:

—Doña Lateitia, ¿es posible que vengan mañana a primera hora?

—Sí. Mañana es sábado, puedo venir con la niña.

—¡Perfecto! Necesito un objeto que traeré a la consulta, así que, a primera hora, les espero.

Al día siguiente, como habían quedado, estaban en la consulta y las recibió el doctor Moretti de nuevo, pero esta vez con otro entusiasmo muy diferente del que mostró el día anterior.

Las invitó a pasar y sentarse en la mesa para explicarles las razones de por qué les había hecho regresar solamente un día después:

—Bueno, les he traído aquí porque quiero comprobar una cosa. Les agradezco que hayan aceptado a venir en sábado, ya que quizás tenían cosas que hacer, pero es que no he podido pegar ojo en toda la noche tras lo que pasó ayer aquí en la consulta. —Su tono era muy serio—. El hecho de que ayer Chiara divisara sin ayuda de ningún instrumento lo que yo no era capaz de ver, no solo fue asombroso, sino que ha hecho tambalear todos los cimientos acerca del conocimiento que yo mismo tenía sobre el ojo humano tras tantos años aquí, trabajando, que son muchos. Eso ha hecho que dentro de mi cabeza empezaran a generarse una serie de preguntas que iban cada vez a más, igual que la sopa cuando empieza a hervir. Con semejante actividad cerebral, me ha sido imposible quedarme dormido y me he tenido que levantar de la cama hasta en cinco ocasiones —hizo una pausa para mirar a la niña y decirle—: Chiara, te veo exactamente igual que ayer, muy tranquila, ¿qué tal estás?

—Bien. —Un «bien» que sonó muy insípido, acompañado de esa típica subida de hombros que las niñas de su edad hacen muy regularmente cuando no le dan importancia a algo. Un «bien» que estaba acorde con la tranquilidad

que había tenido tanto ayer como hoy, ya que estaba de nuevo con el balanceo de las piernas de los niños cuando están sentados y sus pies no llegan al suelo.

—He querido que vinierais ahora, por la mañana, para hacer una simple prueba. —En ese momento miró muy serio a la madre y le dijo—: Lo que pasó ayer es, hablando en términos científicos, imposible para un ser humano. No se puede ver algo tan diminuto a esa distancia y tal capacidad visual está muy cerca de otras especies como son algunos halcones, pero no para una persona, ¡y mucho menos para una niña de 7 años! Por ello, estamos aquí sentados hoy, pero a diferencia de ayer, tenemos con nosotros un aparato para calibrar esa capacidad y, sobre todo —le dijo muy serio con los ojos clavados en la mirada de la madre—, que usted se dé cuenta de lo que creo que es capaz su pequeña.

Moretti giró su cabeza y señaló a su izquierda a dicho objeto:

—Chiara, ¿ves eso que está junto al gran ventanal?

—Sí, claro.

—¿Habías visto alguna vez uno parecido o sabes para qué es?

—Nunca había visto uno así, pero se parece a lo que los piratas usan cuando quieren ver al barco enemigo o cuando se acercan a tierra. Lo he visto en cómics que tengo en casa. Lo que no sé es su nombre y menos si está apoyado sobre esas tres patas como lo tiene usted.

—No vas desencaminada. A lo que te refieres se le llama catalejo y estás en lo cierto con que lo usaban los piratas para acercar la vista de las cosas, es decir, para poder verlas mejor o ampliarlas. Esto es algo casi igual, pero más potente. Se llama telescopio. En principio, suele estar apuntando hacia arriba para estudiar objetos lejanos en el cielo gracias a un genio, también italiano, llamado Galileo Galilei. Tenía la misma vista que todos los demás humanos, pero él contaba con una curiosidad muy superior a todos ellos, por lo que decidió intentar ver mejor las cosas lejanas como son la misma luna, los planetas o las estrellas con este aparato. Mediante unas lentes, hace como si estuvieran más cerca. Al igual que tú, Chiara, al ver en esos cómics los barcos piratas, estos parecían más cercanos cuando los intrépidos corsarios se acercaban los catalejos a uno de sus ojos. Vamos a levantarnos, fijaos.

ROMA A SUS PIES GRACIAS AL GRAN VENTANAL

El doctor fue el primero en levantarse de su silla y se acercó al gran ventanal y al nuevo aparato que había justo en él.

—Venid —les dijo a las dos chicas, y mientras Moretti se dirigía hacia allí, la madre de Chiara cogió la pequeña mano de su niña, que estaba como expectante ya que para ella no había nada raro. Ella se había limitado simplemente a seguir las órdenes del médico y lo único que le había llamado la atención fueron lo feas que eran las gafas que le pusieron y la rapidez y nerviosismo que tuvo el oculista cuando nombró esa diminuta gota que tanto alteró al viejo médico.

Moretti dio unos cuantos pasos para que vieran algo que se les quedaría por siempre en la memoria de estas dos mujeres. Una de ellas aún era niña, pero algún día sería una gran mujer.

El doctor enseñó el gran ventanal que tenía en su consulta, esta vez de día. Había tantas cosas que ver desde ese lugar privilegiado que, al principio, la madre de Chiara tuvo la misma sensación que un impacto tan brutal como visual en sus propios ojos, un colapso de pura belleza. La misma sensación que si le hubiesen enseñado las hojas del más precioso de los libros entero en tan solo tres segundos. Quería mirarlo todo a la vez, ya que desde allí se veía entera su querida Roma, la vista más increíble que había visto en su vida. La madre de Chiara nunca fue una mujer de mundo, pero lo que tenía delante de ella la sobrecogió. Era muy difícil definir el semblante que tenía en ese momento. Veía tantas cosas que tenía la sensación de que estaba observando todas y cada una de las calles de su ciudad natal. Y es que, desde esa ventana, había pocos sitios que no se vieran de la capital italiana.

—Mmm... —intentó decir algo, pero no encontraba adecuada ninguna de los miles de palabras que conocía. Así que, al final desistió y no dijo nada.

Desde luego, era la segunda cosa más bonita que había visto en su vida, solo superada por la imagen de su pequeña recién nacida, cuando la enfermera puso en sus brazos a Chiara. En aquel momento, en el hospital, no pudo contener las lágrimas de la alegría. Esta vez las pudo retener incluso cuando, tras ir viendo, buscando y situando cada lugar, vio a lo lejos la casa donde ella había pasado su niñez. En ese momento se le vinieron muchos recuerdos, pero la voz de Moretti rompió esa especie de contacto que estaba

teniendo con otro tiempo que ya había pasado y quedaba lejano.



—Chiara, esta es tu ciudad, aquí has nacido y creo que es un sitio del que debes de sentirte tremendamente orgullosa de pertenecer, pero ahora lo que yo quiero es comprobar hasta qué punto lo que sucedió ayer fue tan verdadero, tan real. Por ello estamos los tres aquí, delante de este gran cristal y acompañados del telescopio que me va a ayudar en mi veredicto final. Antes de todo, quiero preguntarle a tu madre: doña Lateitia, por favor, ¿qué es lo que ve allí a lo lejos? —dijo mientras señalaba con su brazo izquierdo.

—Pues está claro que es de las primeras cosas en que me he fijado, ya que como dice usted, doctor, aunque esté muy lejos, su grandeza y sobre todo, lo que representa, es algo que parece imantado para los ojos de cualquier mortal, algo que hace que la mirada se dirija justo hasta allí. —La madre de Chiara había cambiado la forma de decir esto último ya que lo que estaba nombrando era algo muy importante para la ciudad sin pertenecer curiosamente a ella. La Basílica de San Pedro, que se levantaba imponente para ser la guinda de ese pastel visual que tenía Moretti en su espectacular vista.

—Chiara, ¿sabes lo que es aquella cúpula de allí de la que está hablando tu madre? —preguntó Moretti a la niña.

—Claro, doctor. Es el Vaticano —fue muy concisa en su respuesta.

—Millones de personas vienen desde incluso la otra parte del planeta para ver la sede de la Iglesia católica y el lugar donde está nuestro santo Padre, el Papa, pero —y aquí se acercó a la niña para, cariñosamente, ponerse detrás de ella y ponerle una mano suavemente en su hombro. No se sabe muy bien por qué hizo este gesto, si era para dar tranquilidad a Chiara al preguntar lo que quería empezar a oír o para ver si, según le contestara la niña, era tan real como que la estaba tocando con su propia mano—. Ahora no me importa lo

que representa, simplemente quiero que me digas lo que ves justo en el edificio que tiene esa preciosa cúpula; vete describiendo cosas y, por favor, Chiara, nombra detalles que te llamen la atención.

Su voz sonaba muy suave para que lo entendiera todo bien la pequeña niña, pero según decía estas palabras, se empezó a notar que Moretti, el viejo médico oculista que tantos años llevaba tratando a gente en esa misma consulta, se estaba empezando a poner algo nervioso según iba avanzando en su pregunta.

—Vete diciéndome lo que ves allí. Aún eres muy pequeña y en clase no habéis aprendido nada que tenga que ver con la arquitectura de ese edificio.

La madre no tardó en cortarle y contestar:

—Pero ¡doctor! ¡Está muy lejos para que la niña vea algún detalle! Yo veo desde aquí la cúpula, ¡pero debe de estar a 3 kilómetros por lo menos!

—Sé que está lejos, y por eso mismo estamos aquí. Por favor, deje que su hija nos permita ver con sus ojos lo que tan lejano está. Doña Lateitia, confíe en mí. Desde este momento dejemos que hablen sus ojos y prestemos atención a lo que llega hasta nuestros oídos; nada más. Confíe en mí. Chiara... —hizo una pausa de tan solo dos segundos, pero que parecieron alargarse—, ¿qué más ves?

—Una cúpula que es inmensa.

En ese momento se hizo un silencio largo que tuvo que interrumpir Moretti.

—Ya, Chiara, la cúpula la estamos viendo tu madre y yo también, y no te vamos a negar que es muy bonita, pero dinos cosas que simplemente veas. Para ti, describir lo que estás viendo puede ser muy sencillo, pero es muy importante que me des detalles, cualquier cosa que te llame la atención.

Chiara empezó a hablar despacio.

—Pues que junto a la cúpula más grande hay otras dos, una a cada lado bastantes más pequeñas y justo debajo hay un edificio con forma rectangular que tiene en el medio un triángulo... mmm... así como alargado, justo en el medio, y debajo de ese triángulo hay una puerta muy grande. Y a su lado, otras dos más pequeñas al igual que pasaba con las cúpulas. —En ese justo momento, la madre iba a decir algo, seguramente algo como un «¿pero?», aunque el brazo que levantó Moretti para que la madre no dijera ni una sola palabra fue tan cortante y serio que no permitió que pronunciara tan sencilla palabra.

—Muy bien, Chiara, ¿qué más ves? —Su tono seguía muy suave.

—Justo encima del triángulo, arriba, en el edificio y antes de llegar a las cúpulas hay —y aquí empezó la pequeña Chiara a nombrar señalar con su diminuto dedo— una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho ventanas cuadradas, y encima de las ventanas, en el borde del techo, hay muchas estatuas. ¿Quiere que las cuente, doctor?

—No, no hace falta, Chiara, me interesa más otra cosa, casi la más importante. ¿Ves algo debajo de ese triángulo achatado como lo has llamado tú? —Ya en ese momento, el médico estaba justo detrás de la niña con una mano sobre cada hombro suyo, era una imagen muy paternal. El doctor tenía además de un hijo, otras dos hijas que una vez tuvieron la edad de Chiara, así que el posar las manos sobre sus hombros fue fundamental para que la niña se sintiera más cómoda con Moretti.

—Sí. Hay unas letras, justo debajo del triángulo. —En ese instante, el doctor giró su cara para encontrarse con la mirada de Lateitia, que estaba expectante de lo que decía su hija, con la cara de no saber muy bien el sentido de lo que su pequeña decía. Pero observó cómo Moretti medio sonrió, aunque no fuera una sonrisa como todo el mundo imagina. Había implícita en ella un ingrediente fundamental, ¡la satisfacción! El viejo médico estaba oyendo que una niña de 7 años ¡estaba diciendo que podía ver unas letras que estaban a una distancia de unos tres kilómetros de distancia!

—¿Puedes distinguirlas? ¿Serías capaz de nombrarlas? Con que me digas algunas de las que hay encima del triángulo, me vale.

Chiara no las tenía muy claras, así que las iba diciendo despacio desde el principio:

—Justo encima de la ventana hay una H y una E juntas, esas las veo bien claras, y creo que luego le siguen una S y una I, pero no logro leer lo que dice —hizo una pequeña pausa donde nadie dijo absolutamente nada. El silencio fue cortado de golpe por la niña igual que se da un fortísimo puñetazo en una mesa dejando a los demás sin aliento—, y justo después pone ¡ROMANUS! ¡Eso lo leo bien claro!

—Gracias, Chiara — dijo Moretti a la niña de una forma muy pausada, acompañando sus palabras con un cariñoso gesto de sus manos, que estaban todavía apoyadas en su hombro.

El doctor ahora estaba muy tranquilo, algo que contrastaba con su comportamiento anterior, con lo que aprovechó para dirigirse a la madre de la

niña y le pidió que, por favor, mirara a través del telescopio que apuntaba en esa misma dirección.

—Usted está viendo lo mismo que veo yo desde aquí y no hace falta que le diga que ninguno de los dos somos capaces de leer estas letras de las que habla Chiara. Por favor, acerque su ojo izquierdo al telescopio, doña Lateitia.

La madre de la niña, con cara de miedo, se acercó al aparato mientras oía al doctor decirle:

—No hace falta que pegue el ojo al visor, tranquila. Es más fácil ver a medio centímetro de distancia. Y, por favor, díganos que ve.

La madre hizo lo que Moretti le dijo y nada más tener su ojo a medio centímetro del telescopio dijo:

—Veo el triángulo perfectamente; y sí, justo debajo hay una serie de letras que van por casi toda la fachada de la Basílica.

—A la niña le he pedido que me dijera las que hay exactamente debajo del triángulo. ¿Me las puede leer en alto, doña Lateitia? —Esta vez, el tono del doctor era exageradamente tranquilo a diferencia con los minutos anteriores, ni siquiera cuando nombró aquella gota del panel.

—Sí —dijo su madre—, son letras romanas: PAULUS BORGESIUS ROMANUS —tres palabras que dijo de una manera muy especial, ya que comenzó nombrando las dos primeras a una velocidad normal, pero justo al llegar a decir ROMANUS, que era lo que su hija había visto claramente, se fue frenando. A medida que iba pronunciando esas letras, la palabra sonó en sus labios. ROMANUS. Pero, por su manera de decirlo, sonó a «¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer!».

Una vez la madre terminó de decir la palabra ROMANUS dilatándola mucho en el tiempo, separó su ojo del telescopio para intentar encontrar la mirada del doctor. Ambos se miraron con una ligera sonrisa mientras la niña seguía viendo el ventanal.

El doctor habló a la madre mientras se miraban:

—Ahora lo ha visto con sus propios ojos. Lo de ayer fue para mí algo para lo que no estaba preparado, pero he calculado la distancia que hay desde aquí hasta la Basílica de San Pedro y sé exactamente el tamaño de esas letras que ha conseguido leer su pequeña, y con esos datos puedo hacer... —algo interrumpió lo que le decía el médico a la madre.

—Hay una paloma posada en la cruz, justo en el lado izquierdo —dijo Chiara con una tranquilidad pasmosa sin dejar de mirar al Vaticano y

cortando tajantemente la frase que estaba intentando decir Moretti a su madre. Fue un momento en el que, por un lado, había una comunicación entre el oculista y la madre pero, por otro lado, la niña, que llevaba observando el paisaje, había interrumpido de una manera rotunda dicha conversación acompañando la frase con su dedo índice apuntando al lugar que estaba nombrando.

—¿Cómo? —preguntó la madre.

—Que hay una paloma posada en la cruz de esa gran piedra que hay en el medio de la plaza justo arriba del todo.

Moretti no tardó mucho en pegar su ojo al visor del telescopio que aún estaba enfocando a las letras de la fachada, con lo cual tuvo que hacer unos movimientos hasta dar con lo que estaba buscando. De repente, un hombre que se había mostrado tranquilo hasta el momento, consiguió hacer movimientos muy ágiles porque quería apuntar con el telescopio lo que había nombrado la niña. Tras estar tres segundos para asegurarse de que realmente estaba viendo lo que la niña dijo, quitó su mirada de allí y, con el rostro completamente desencajado, le hizo una sencilla pregunta a la madre de Chiara: una cuestión que nunca había hecho a nadie con tan abrumadora seriedad:

—¿Usted cree en Dios?

—¡Por supuesto! —contestó la madre con el gesto de no saber bien qué quería decir esa pregunta.

—Pues mire otra vez por el visor, porque yo no sé ahora mismo ya si es una simple casualidad, o si esto es de locos, pero justo ahora mismo hay una paloma en la cruz del obelisco de la plaza de San Pedro y, después de todo, hasta me podría creer que no es una simple paloma, ¡sino el mismísimo Espíritu Santo! Chiara acaba de echar por los suelos los cálculos que tenía hechos para calibrar el poder visual de su hija. Desde aquí ni usted, doña Lateitia, ni yo somos capaces de ver el obelisco de esa plaza, mucho menos la cruz que lo remata en su parte posterior y ya no le digo si encima hay algo posado sobre ella. Su hija empezó ayer a sacudir los cimientos de todo el conocimiento que teníamos sobre el ojo humano y su campo de visión. Hoy esos cimientos ya están por el suelo, los acaba de demoler y, encima, con una tranquilidad pasmosa —le decía Moretti a una madre que aún no se acababa de creer lo que estaba viendo—. Un halcón o un águila puede llegar a ver a alguna de sus presas, como un conejo —continuaba el oculista—, o un

pequeño roedor a esa misma distancia. Su vida depende de esa capacidad para localizarla nítidamente con la vista, su vida depende de esa visión que la naturaleza le ha regalado para poder cazar y así poder seguir sobreviviendo, pero nosotros, los humanos, no necesitamos dicha capacidad visual.

—Chiara, ¿sabes lo que es un halcón? —el tono que usaba el doctor hacia la niña estaba bastante calmado a diferencia de lo alterado que había terminado el día ayer.

—Un águila sí, pero un halcón no; creo que no deben de ser muy diferentes, ¿no?

—Son distintos. El águila es capaz de descubrir una liebre de 50 centímetros de longitud a lo lejos —mientras le enseñaba lo que era esa distancia a la niña con sus dedos separados a esos 50 centímetros uno del otro y así la niña se hiciera a la idea—, a 3 kilómetros de distancia siempre que las condiciones sean buenas. ¡Pero es que el halcón peregrino puede divisar un simple conejo a más de 7 km! ¿Sabes qué tamaño tiene un conejo adulto normal?

—Una vez tuve uno en mis brazos cuando estuvimos en la granja de mi tío Piero en su casa de Verona —aquí a Chiara se le notó mucho que tenía solo 7 años, porque daba por hecho que el médico conocía a su tío Piero y que, por supuesto, sabía cómo era su granja—, y tenía más o menos este tamaño —haciendo con los dedos lo mismo que había hecho Moretti para enseñarle el tamaño de dicho animal.

Mientras el médico le hablaba a la niña, su madre estaba, además de atenta sobre lo que le decía a su hija, con los ojos clavados en el ventanal de la inmensa cúpula del Vaticano que, desde la habitación del médico, no dejaba de ser un objeto lejano pero que era al centro de atención de absolutamente lo que había ocurrido en esa consulta. Moretti observó la totalidad del ventanal.

—Tener este ventanal con estas increíbles vistas me sirve para, además de contemplar tal hermosura, usarlo para mi trabajo, para poder calibrar a algún paciente que veo que precisa algo más que un simple panel con símbolos y hacerles describir lo que ven desde aquí. Algunos con dificultades para ver de lejos (lo que nosotros llamamos miopía), empiezan a inventarse cosas porque les da vergüenza reconocer que algunos objetos los ven borrosos y convierten este gran ventanal en un cuadro abstracto propio del mismísimo Picasso. Pero el caso que más me llamó la atención fue la de un adolescente, de trece o catorce años, que no veía absolutamente nada, era ciego. Chiara ¿sabes lo que

significa ser ciego?

—Pues claro —dijo la niña con un ligero tono de desgana en la contestación—, alguna vez he cerrado los ojos para saber lo que se siente al no poder ver nada.

—Pues esa prueba no te vale de nada para saber realmente lo que es ser ciego.

—¿Por qué? —volvió a usar el mismo tono que usan los niños cuando están en una conversación que parece querer terminar enseguida y ahora estaba dejando claro que no le interesaba mucho.

—Porque cuando tú cierras los ojos, sabes perfectamente algo fundamental, que es que cuando tú quieras, podrás abrirlos, y así, sin más, volver a la normalidad. Otra cosa es saber que nunca vas a poder conocer lo que es un color. ¿Qué color ves cuando has dicho que cierras los ojos?

—Pues no veo nada, veo negro.

—Chiara, ese negro que tú ves, un ciego ni siquiera lo puede ver —Moretti clavó la vista en la niña.

Ella se quedó con cara de no entender nada y simplemente como no sabía qué decir se quedó expectante y callada. Sus 7 años hacían que eso que estaba oyendo le causara poco interés. Aunque en poco tiempo iba a cambiar de impresión al escuchar al doctor Moretti:

—Ese negro que has visto al cerrar los ojos no es el negro que ve el muchacho del que te hablo. Aunque no te lo creas, Chiara, existen muchos tonos negros, y tú, al cerrar los ojos, aún ves un negro con un gris muy ligero. Él tiene que vivir todos los días con el más profundo de los negros, pero si te digo esto no es para que te pongas triste, ¡para nada! ¡Todo lo contrario! Tienes que sentirte muy afortunada y estar contenta por ese increíble don que tienes. Me gustaría contaros cómo este muchacho consiguió ver toda esta imagen que veis de Roma, ya que lo hizo a través de mis ojos —La cara de la niña seguía exactamente igual que hace unos cuantos minutos, pero ahora de repente estaba claro que le interesaba escuchar las sabias palabras del doctor Moretti—. Doña Lateitia, ¿tienen cinco minutos para escuchar cómo este joven pudo disfrutar de estas vistas pese a tener delante de sus ojos una barrera que era el más profundo de los negros?

—Por supuesto que sí, doctor. No tenemos ninguna prisa. Adelante, por favor.

—Perfecto. Aquel día, en un principio me dediqué a ver y nombrar lo más

evidente y llamativo que tenía el paisaje —comenzó a relatar Moretti—. «Desde aquí se ve la cúpula de una basílica —le dije—, que tiene una plaza preciosa; la plaza no se observa, pero es de una belleza y magnitud difícil de superar. Justo a la derecha hay un castillo, pero con una forma redonda, el castillo de Sant’Angelo, que junto al río crean una forma que es muy difícil de reproducir. ¿Sabes lo bueno de esta vista que tengo desde aquí?». «No», me contestó este chaval. «Pues que igual cada elemento por separado tendría belleza en sí misma, el conjunto y la armonía de cómo están encajadas las piezas hace que este ventanal sea como un puzle, pero en esta ocasión un puzle de más de un millón de piezas en la que cada una es esencial para la totalidad de la vista porque, además, me imagino cómo por aquel puente que veo un día pasaron cuadrigas y gente vestida con todo el esplendor de la época del Imperio romano».

—Perdone que corte su entusiasmo, pero estamos en febrero. No digo que no tuvieran esplendor y que esas túnicas y esos carruajes no fueran llamativos, pero estará de acuerdo conmigo en que frío tenían que pasar un rato, ¿no? —dijo con una sonrisa que disparaba al vacío para que yo la viera.

»Yo también sonreí y le contesté: «La verdad es que sí, que muchas veces solo nos fijamos en las apariencias y viene bien que alguien que no puede ver los detalles de cómo debían de ser esas túnicas se fije en que, por mucho esplendor que hubiera en esa época, el frío que pasaban con esas sandalias debía de ser algo que incluso tendrían que hablar ¡en el propio Senado Romano!»

»Ambos echamos una carcajada a la vez, pero Luigi, que así se llamaba aquel joven de un pueblo cercano a Roma, me dijo con ganas de más:

—Por favor, doctor, continúe con lo que se ve desde este ventanal.

—Desde aquí se ve claramente un edificio alargado que está presidido por unos caballos de bronce con unas alas, un monumento realizado en honor al primer rey de la Italia unificada Vittorio Emanuele II. Da la sensación de que los caballos van a echar a volar en cualquier momento.

—Si lo hiciesen, le creería —me contestó convencido.

—¿De verdad me creerías si te dijese que ahora mismo acaban de echar a volar?

—No tengo razón para pensar que no. Usted es ahora mismo cada uno de mis ojos; se supone que lleva muchos años trabajando y estudiando la visión. Yo no solo carezco de ella, sino que es que ni sé siquiera lo que es. Si usted

me dice que ahora esos caballos han usado esas alas para alzarse por el cielo romano y que ellas son de bronce, desde luego que debe de ser impresionante, aunque no sé lo que es el bronce.

—¿No sabes lo que es? —le miré con cara de asombro como no podía ser de otra manera, doña Lateitia y Chiara, y él me contestó: «Pues no, lo hemos estudiado en el cole, pero no sé qué relación pueda tener con unos caballos y menos con echar a volar hacia el cielo. Para mí todo eso es confuso porque, cuando les pregunto a mis compañeros cómo es el cielo de Roma, me contestan diciéndome que es azul claro, nada más. Yo les insisto en que me den más detalles porque, doctor, ¡no sé lo que es el azul! Sé que está arriba —y levantó una mano para demostrárselo como queriendo tocarlo—, pero por mucho que se esfuerzan en explicarme cualquier color no consiguen dar con las palabras para que yo pueda entender lo que es, así que les digo “venga, anda: dejadlo” y yo me lo tomo con muy buen humor porque veo que están perdiendo el tiempo intentando explicarme eso de los colores como el azul del cielo».

—Nunca vas a saber lo que es el azul —le tuve que decir seriamente, con una seriedad tan real y tan cruel que me hacía daño. ¡Mucho daño! Jamás se me olvidará cómo pronuncié esa frase. Creo que nunca ha salido de mi boca algo con tantísima pena y, sobre todo, la sensación que tuve una vez se la dije —, pero estoy muy contento de que te tomes tu ceguera con tanto sentido del humor y de que tengas esos compañeros de clase. Alguno de ellos viene a esta misma consulta y son buena gente, así que como estoy haciendo yo ahora con este paisaje, siempre te será bueno en la vida rodearte de gente que sean tus ojos para explicarte cómo son las cosas que tú nunca podrás ver.

—Como el azul, ¿no? —me sonrió aquel joven tan simpático.

—Como el azul, sí —le sonreí tiernamente, aunque fue una sonrisa perdida, ya que Luigi no la veía. Pero nunca olvidaré su actitud tan positiva —. Déjame que siga con lo que se ve desde esta ventana y olvídate de lo de los caballos que han echado a volar —continué diciéndole—. Vamos a dejarlos en su sitio, que si los ponemos en ese cielo azul nos hemos cargado lo bonito que es el edificio sobre el que estaban. Hay justo enfrente una gran bandera. Si te dijese que es la bandera tricolor, cometería el mismo error que con el asunto del azul. Así que te voy a decir que es una gran tela que, cuando viene algo de viento, ese que tú notas en la cara cuando vas por la calle y que en invierno puede llegar a ser incómodo es el mismo viento que hace que la

bandera pase de estar quieta a elevarse para que los que vienen de fuera sepan que están en un gran país. Nuestro país, Luigi ¡Italia! Que es precisamente para lo que están hechas las banderas, para diferenciar unos países de otros —Luigi sonrió y se enorgulleció al oír el nombre de su país, ¡el lugar donde pisaban sus pies!

—¿Qué más ve, doctor? —Aquí me di cuenta de que era un crío muy curioso y que tenía ganas de más—.

—¿Que qué más veo? Pues una carretera con muchos carriles por donde ahora mismo están pasando cientos de coches a mucha velocidad. La que hace unos dos mil años, en la Roma Imperial, tenía muchísima importancia: la Via Appia, que fue el primer camino de una sofisticada red que llegó a cubrir 96.500 kilómetros y conectó Roma con todas las ciudades importantes del Imperio, como esa que va hasta el sur de Italia. Luigi, ¿has escuchado cómo suena un Ferrari?

—¡Por supuesto! —me contestó con una sonrisa—. ¡El sonido de ese motor es de las cosas más impresionantes que he escuchado!

—Vale, pues ese sonido representa la potencia de un coche que supongo que tus amigos te habrán dicho la velocidad que puede alcanzar.

—Sí, hemos hablado muchas veces de ese tipo de coches.

—Pues ahora imagínatelo corriendo por la Via Appia a 240 kilómetros por hora en vez de por un asfalto plano por el cual prácticamente se deslizan sus neumáticos en la actualidad, por un montón de piedras que servían como vía para las cuadrigas y todo tipo de vehículos de aquella época que apenas iban a 15 por hora: ¡el Ferrari quedaría destrozado en tan solo unos metros!

—¡Eso si tuviese la suerte de que no le pillasen los radares que tendría instalados el emperador! —dijo mientras su sonrisa se convirtió en carcajada, que, de una manera muy contagiosa, me cogió a mí de lleno.

—¡Mira! No había caído yo en los radares de la Roma Imperial —ambos dimos rienda suelta a nuestras risas.

—Lo peor no es eso, lo peor es que te llevarían directamente al manicomio por decir que lo que conducías tenía más de 360 caballos de potencia, cuando allí como mucho se veían carruajes de seis caballos, en hileras de tres por fila. Imagínate al guardia imperial diciéndote: «A ver, ¿dónde dices que tienes metidos esos 360 caballos? ¡Que ahí en “eso” en lo que ibas no cabe ni un potrillo!» —Luigi se metía en el papel como que fuera un verdadero actor, y además uno muy gracioso. En ese momento ambos entramos en otra fase, una

fase de contar y entender lo que yo quería mostrar al joven. Sentí que era divertido y que no solo le podía mostrar lo que sus propios ojos le podrían haber hecho ver en esta increíble vista de la ciudad de Roma que vosotras dos estáis contemplando ahora. Sabía que yo podía jugar a mostrarle a través de mis palabras cómo fueron otros tiempos para que fuera divertido y que así siempre lo recordara ese joven que nunca verá ni sabrá lo que es un color.

—Otra de las cosas que me llaman la atención —le expliqué— es que desde aquí se ve un centro comercial inmenso. Por la noche brilla mucho, pero es que justo aquí, en Roma, se construyó el primer centro comercial de la Historia.

—¿De veras? —me replicó el joven.

—¡Sí! El emperador Trajano fue el que hizo que se construyera lo que hoy conocemos por centro comercial, con más de 150 tiendas que vendían de todo, desde comida hasta sedas y especias.

—No me irá a decir que tenían escaleras mecánicas, ¿no? —Yo, lógicamente, sonreí—.

—¡Nooo! Aunque con la de cosas que construían y la inteligencia arquitectónica que exhibía el Imperio, si hubiesen conocido la electricidad, no dudes de que las habrían tenido.

—Me imagino la típica voz que suena en esos centros y que suele decir: «En la segunda planta tenemos un quince por ciento en los últimos tejidos de seda muy suave traídos de Oriente». Doctor, nos han dicho en clase que el calendario romano de la época imperial tenía unos doscientos festivos, ¿es eso verdad?

—Sí, ya veo que conoces muy bien la Historia de esta gran ciudad, aunque... ¡espera! —En ese momento hice una pausa para darle un poco de misterio a lo que le iba a decir y continuar con su juego de mostrar el ventanal con otros ojos—: ¡desde aquí veo la casa de Nerón!

—¿Y qué pasa con Nerón? —dijo muy curioso por mis palabras.

—¿No lo sabes, Luigi? —Le puse un poco más de leña al fuego de la diversión, pero con hechos reales—.

—¡No!

—¡Que Nerón tenía un ascensor en su casa! —le dije con tono desafiante y divertido.

—¿Esto es parte de las cosas que te estás inventando para que el paisaje que me estás describiendo sea más llamativo? ¡No hace falta que se invente

cosas, doctor! —Él sonrió. De hecho, sonreía por casi todo—.

—No me lo estoy inventando, Luigi. Tenía esclavos con unas cuerdas para elevar al emperador hasta los pisos superiores de su casa, y dichos esclavos estaban lógicamente muy controlados por su guardia para que, por un «descuido», no le dejaran caer al vacío.

—¡Madre mía! ¡Qué locura! —Eché a reír porque pensar en un ascensor de hace 2 000 años era, de hecho, un disparate de antemano y de las grandes, pero se estaba convenciendo de que ese hecho, al igual que los otros, eran reales y habían sucedido en alguna parte del gran ventanal, aunque fuera hace muchos años.

—No es el único emperador un poco «loco». De hecho, hubo otro que quiso nombrar senador ¡a su propio caballo!

—¡Pero bueno! ¿Cómo va a ser eso? Doctor, eso sí que no me lo creo. — Nunca olvidaré que no se le borró en ningún momento un gesto particular en su rostro que le delataba y que gritaba de una forma especial que se lo estaba pasando muy bien—.

—Créeme, porque está en los libros de Historia —le expliqué de manera que se convenciera de que también era cierto—, y gracias a Braille vas a poder comprobar que es verdad lo que te digo. No sé qué tiene el poder de ser emperador que parece que a algunos se les va un poco la cabeza. Pero, bueno, eso es algo que aún pasa en la actualidad con los que dirigen los países. Estoy viendo ahora a Nerón y a Calígula, que es el del caballo, pero... —y aquí me callé de repente—. Espera.

—¿Qué? —soltó el joven impaciente por una respuesta con una nueva sonrisa en su cara, no os podéis imaginar cómo se metía en el papel de todo lo que yo le contaba con mi voz.

—Que ahí tengo a otro emperador un poco extravagante. Parece que está comiendo... —Y de nuevo me callé de manera perfecta queriendo hacer esa misma parada—.

—Tendría hambre entonces, ¿no? No veo nada raro en ello, doctor.

—Pues es verdad, lo que está comiendo está dentro de lo que solían ingerir los romanos, que era una dieta parecida a la que tomamos hoy en día. Pero es que estoy pensando que ayer miré y estaba comiendo tanto por el mediodía como al atardecer, y resulta que ahora le sigo viendo comer. ¿No te parece raro, Luigi?

—Pues no, simplemente es un glotón —Sus sonrisas eran cada vez

diferentes pero preciosas, genuinas y muy contagiosas—.

—Es algo más que eso. ¡Lleva comiendo más de un día! Estamos ante otro emperador que le está al pelo la frase de que «hay que darle de comer aparte», ya que usaba una de las costumbres hoy casi desaparecida de ingerir grandes cantidades de comida y después ir a un lugar llamado vomitorium (la propia palabra describe para lo que estaba hecho) y así poder seguir comiendo más. El emperador que veo ahora mismo es Maximino, que llegaba a comer ¡16 kilos de carne y 32 litros de vino en una sola comida!

—¿16 kilos de carne? Entonces, el nombre le va que ni pintado. ¡Maximino! —Ambos habíamos dado rienda suelta a nuestra diversión como un potro desbocado, pero a pesar de querer seguir en este estado, el adolescente quería saber más cosas aún sobre este gran ventanal. Había llegado a un punto en el que le daba igual si le describía cosas que venían directamente de mis ojos o de mi mente. También le contaba historias reales que yo sabía que habían pasado en ese mismo lugar muchos siglos atrás.

—En aquella Roma parecía que lo de comer era uno de los mejores placeres que podías ofrecer, hasta el punto en que el mayor banquete de la historia fue el ofrecido por Julio César para celebrar sus victorias en Oriente. ¿Sabes a cuánta gente invitó a comer?

—Doctor, ¡no tengo la menor idea!

—¡Invitó durante varios días a 260 000 personas y comieron en 22 000 mesas! —Y aquí cambié el tono hacia algo más que me salió sin saber muy bien por qué, como directamente del corazón cuando yo nunca he sido de expresar mis sentimientos como lo hice con él aquel día que nunca olvidaré—. Lo grandioso de Roma es que es una ciudad eterna, aunque ahora se coma menos. Pero pasarán miles de años, y por cada una de sus calles se vivirán cientos de historias de gentes que vienen a visitar la ciudad, o bien, de los propios lugareños. Es uno de los sitios más bellos no solo de Europa, sino de este hermoso planeta al que llamamos Tierra. Estamos justo delante de la ciudad del Amor y para eso no te hace falta poder tener el sentido de la vista, ya que es algo que se siente. Y si aún no lo has sentido, Luigi, te aseguro como médico que soy que algún día te enamorarás y disfrutarás en cualquiera de sus plazas, de sus calles, las bellísimas fontanas con su precioso sonido o, incluso, ¡en alguna de sus siete colinas!

—¡Wow, doctor! Qué bonito es lo que usted me está diciendo —El joven estaba pasando un buen rato; debía de hacer muchísimo tiempo que no

disfrutaba de esa manera por la gran sonrisa que me mostraba. Esta era, desde luego, su sonrisa más amplia y la que más carga de felicidad tenía de todas ellas.

—Es una pena que no puedas ver lo que te estoy explicando —le dije muy seriamente, incluso con un pequeñísimo matiz de tristeza porque no dejaba de ponerme en su piel, pero lo que no me esperaba fue su respuesta. Algo que nunca olvidaré, creedme. ¡Jamás! Ya que, encima, me lo soltó de una manera muy suave y, con su voz de adolescente, llegaron hasta mis oídos estas palabras.

—No, doctor, es una pena que usted no pueda cerrar los ojos y «ver» lo que me está describiendo. ¡Créame! ¡No sé cuál de las dos cosas sería más bella!

»Y justo después de darme las gracias, buscó mi hombro en su perpetua oscuridad para poner su mano sobre él, ya que necesitaba tener contacto físico conmigo y decirme de una manera muy tranquila una increíble frase para alguien tan joven: «HAY COSAS QUE ES MEJOR VERLAS CON LOS OJOS DE OTRAS PERSONAS, NO CON LOS TUYOS PROPIOS. ¡Muchísimas gracias, doctor!» Fue una frase que, hasta este momento, había sido una de las que más se me ha quedado fijada en la cabeza. Una frase que espero que cuando empiece a perder memoria por mi avanzada edad, sea de las que estén tan ancladas en mi cerebro que sea imposible de borrar. Así que, Chiara, escúchame bien: tú tienes un don —Al decir el doctor esto a la niña, quiso agacharse hacia ella para tener sus caras bien cercanas y que calaran más en la mente de la pequeña—. Pero ese don que tienes no quiere decir que te vaya a hacer más feliz. La felicidad no depende de lo bien que veamos con los ojos. La felicidad es una piedra que tenemos todos dentro y que con el tiempo iremos puliéndola hasta convertirla en lo que nosotros queramos. Nos pasarán cosas buenas y malas en la vida, pero de nosotros depende que esa piedra sea el más bello y pulido de los diamantes o un viejo y triste ladrillo abandonado. ¿Lo has entendido? —Chiara estaba con los ojos muy abiertos y tenía otra actitud bien distinta que con la que entró a la consulta. Por la historia que acababa de escuchar en labios del doctor Moretti, solo pudo soltar un simple «sí» acompañado con un movimiento muy serio y con un semblante de haber escuchado algo que le acababa de causar mucho impacto en su infantil cara. Estaba claro que, pese a su edad, había calado en el interior de la pequeña niña italiana y, además, de una manera tan sumamente

profunda que quizá nunca olvidaría.

CAPITULO 2

EN OTRA GRAN CIUDAD EUROPEA

UN SEGUNDO PROTAGONISTA SE CUELA EN NUESTRO RELATO

El lapicero que está creando esta historia necesita ser afilado. Se ha quedado sin lo que le permite dejar su bella marca sobre el folio y, por tanto, ha dejado de producirse la magia que está creando y que, sin duda, quiere ir a más.

Con la ayuda de aquello que parece un inocente juguete, porque es por fuera simple y frágil, resulta que, curiosamente, el rojo sacapuntas es letal y cortante por dentro, y es consciente de que hace un trabajo tristemente traicionero, ya que no puede evitar ir destruyendo con cada afilado a su inseparable compañero. Solo unos instantes entre ambos y el lápiz ya está nuevamente preparado para deslizarse sobre el blanco papel.

Pero es asombroso que en el tiempo en que ha puesto a punto al lapicero, apenas 10 segundos, nuestra historia ha corrido en el tiempo bastantes más; concretamente 18 años. Sí, ¡18 años nada más y nada menos!

Ahora ya no estamos en Roma. La mano que sujeta el lápiz en el claro folio como lienzo quiere escribir sobre otra gran ciudad como es París, donde Chiara dejó de ser esa niña del principio de esta historia para convertirse en toda una mujer. De hecho, hace dos meses que sus amigas francesas la habían sorprendido con una espectacular e inolvidable fiesta para celebrar su cuarto de siglo desde su nacimiento.

La Chiara de ahora ha dejado de ser una niña. Nada menos que 25 años de una chica que, sin embargo, ha guardado muchas cualidades de cuando era pequeña como la sencillez, su belleza física, su gran personalidad y una inocencia propia de una niña, unido al hecho de ser una veinteañera del siglo XXI. Chiara lleva 13 años en París, ya que trasladaron a su padre a la capital francesa por motivos de trabajo, y junto con su hermano y su madre se fueron todos a vivir a la capital gala.

Allí tuvieron un primer año bastante complicado, sobre todo por el idioma. Tuvieron que pasar un largo periodo para habituarse al francés. Chiara, al ser una chica joven con toda su vida por delante, no tuvo problema alguno cuando Giampaolo Bachellini, su padre, les comunicó que iban a dejar Roma

para comenzar una nueva vida lejos de allí.

En ese momento surgieron dos diferencias y dos pareceres familiares, ya que los dos niños estaban encantados con la idea de vivir en una de las ciudades más famosas y bonitas del mundo, donde iban a tener un montón de oportunidades para crecer en el ámbito laboral y personal. Además, después de todo, solo estaban a un par de horas de vuelo de su querida Roma.

El otro parecer fue para la madre, que estaba tan enraizada en su querida Roma que decidió —después de hablarlo y consensuarlo con su familia— que el traslado no iba a ser total. No se quería desvincular de su ciudad, y durante los 2 primeros años, la madre de Chiara pasó más tiempo en su casa italiana que en el nuevo hogar de los Bachellini en Francia.

Estos últimos años, Chiara los había pasado trabajando en el gran centro comercial Printemps, donde su jefe hacía tiempo que estaba encantado con los números de las ventas que realizaba. Pero mucho más contentas estaban sus clientas, que se sentían más que especiales cuando Chiara les aconsejaba sobre lo que tenían que comprar. Además de que gozaba de un número muy elevado de colores en sus estanterías, y marcas y conjuntos con los que combinar, el hecho de que Chiara tuviera un don con su visión, un precioso acento italofrancés y una elegancia que muy pocas mujeres podían mostrar, dotaba a su trabajo de estas características para vestir a la gente con mezclas de colores que a poca gente se le ocurrirían.

Bastaban unos segundos para que en la cabeza de nuestra pequeña Chiara, que ahora se había convertido en una preciosa jovencita, hiciera una especie de análisis de lo que más o menos quería la clienta para luego dejar trabajar libre a su imaginación y así combinar los colores de una manera que solamente se le ocurrirían a ella.

El resultado solía ser brillante, ya que solo había que fijarse en la cara de sus propias clientas al verse frente al espejo con la ropa que le había elegido la joven italiana. Solían sonreír, y Chiara se había acostumbrado a escuchar la frase que más oía día a día en francés en los dos últimos años: «Es perfecto. ¡Me lo llevo!».

Y fue cuando en una de esas ventas cotidianas ocurrió algo tan casual como peculiar, y que fue el comienzo de algo increíblemente bonito, pues mientras estaba cobrando a una clienta de una edad similar a la suya el precio del vestido que acababa de adquirir, que era de 779 euros, en el momento exacto en que ella estaba tecleándolo en su caja registradora, a tan solo cuatro

kilómetros de distancia de ella y de allí, ese mismo número aparecía escrito también. Exactamente el mismo: ¡el 779! Uno en la pantalla digital de la caja registradora de Chiara, y el otro, marcado con una tiza sobre una pizarra, número que nuestro segundo protagonista de esta historia, un francés llamado Lorian, escribía para sus alumnos como resultado final a unas operaciones numéricas al mismo tiempo.

Lorian es catedrático en la Universidad de París Diderot que está instalada a orillas del Sena en el centro de la impresionante ciudad. Sus clases son muy amenas. Él sabe que las matemáticas pueden ser soporíferas, frustrantes y para tirarte de los pelos. Pero sabe hacer que todo eso se convierta en algo divertido en el momento en que se convierte en un reto y un juego, como solía hacer él, que era muy joven comparado con el resto de equipo docente de dicha Universidad. Un juego, eso sí, de unas dimensiones tales como las tres inmensas pizarras que tiene en su clase.

Lorian, pese a su juventud, lleva siendo profesor de Matemáticas ya unos años y es uno de los nombres que suenan para la medalla Fields, una distinción que concede la Unión Matemática Internacional cada cuatro años. Ante la carencia del Premio Nobel de Matemáticas, este es el máximo galardón que te pueden conceder y solo contar con posibilidades de ganarlo habla mucho de la dimensión de la mente de este muchacho que estaba a punto de cumplir ¡tan solo 33 años!

La noche cayó sobre una ciudad tan viva como París que, tras siglos y siglos posada a los pies del Sena, se dio cuenta de que acababa de vivir un momento totalmente especial.

Nadie más que la propia urbe se percató de este hecho, que era el origen de una conexión de dos personas totalmente distintas que iban a vivir algo increíble en tan solo unos días. Cada uno de ellos se fue a su casa sin ser conscientes de tan sorprendente ventura de la que nunca sabrían, pero que igual no sería la primera. De esta manera, se marcharon a sus respectivos hogares para seguir con sus vidas, totalmente ajenos de que habían tecleado y escrito el mismo número de tres cifras justo a la vez ¡completa y perfectamente sincronizados! Casualidades que ocurren a diario sin que nos demos cuenta a lo largo de nuestras vidas, pero que suceden con más frecuencia de lo que nos pensamos, aunque quedan perdidas en el olvido, desgraciadamente, para siempre.

LA VIDA DEL FRANCÉS LORIAN EN PARÍS

Sin permiso de ningún tipo, los primeros rayos de luz entran por la ventana de la habitación de Lorian. Como todas las mañanas, una alarma le hace abrir los ojos. Es una música que le llega desde su móvil y que lleva siendo la misma desde hace 3 años. Siempre la misma, que hace que se incorpore y se siente un minuto aproximadamente en el borde de la cama. Justo el tiempo para pasar de un estado de somnolencia a estar preparado para ponerse en pie un nuevo día con el sonido de tan bella melodía.

Justo nada más levantarse hace lo que para él es un ritual: pronunciar al aire de su habitación la palabra WAX más una instrucción concreta. La salud mental de Lorian es perfecta y está acorde con la portentosa facilidad con la que se ha convertido en un reconocido matemático, pero lo primero que pronunciaba en voz alta todas las mañanas era WAX. Esta es una palabra extraña para dictarla nada más levantarte, no cabe duda. Es muy corta si la buscas en Internet. Y es que, además de significar cera en inglés, la más llamativa referencia que tienes sobre esas tres letras es el nombre de un grupo musical de los años 80, compuesto por un británico y un estadounidense que lanzaron a la fama un tema llamado *Right between the eyes*. Pero ¿por qué lanzaba esa palabra a las 4 paredes estando él solo en su habitación y, además, con un volumen y pronunciación muy natural para lanzarla al aire de su habitación? ¿Qué quería decir Lorian al pronunciar WAX?

Ese día en concreto, Lorian ordenó con unas palabras a alguien o a algo en su propio dormitorio.

—WAX, muestra en el apartado *Agenda* durante todo el martes día 25 la frase «Mañana miércoles revisión del examen de Jean Blanc a las 17:30».

Justo después, como todos los días, Lorian daba cinco pasos hasta el inmenso espejo que tiene en la habitación y que cubre todo su armario con un objetivo bien claro, el de mirarse en él. Es un joven con la estima muy alta, pero la razón por la que se acerca al cristal que le devuelve su reflejo no tiene que ver para nada con contemplar su aspecto en ese momento de la mañana que, como sucede a todos, suele ser muy desaliñado recién levantado.

Si Lorian se mira fijamente tan temprano en el espejo, es porque necesita ver una sonrisa antes de que pasen diez minutos desde que sus ojos se abren

cada mañana. Esa sonrisa es su manera de afrontar el día. Lo lleva haciendo muchos años y le funciona de maravilla, aunque tiene mucho más efecto si la sonrisa no se la enseña dicho espejo, sino alguna de las bellas chicas con las que ha pasado la noche y a las que no suele despertar, pero que mira durante por lo menos un minuto cuando duermen aún. Él se encuentra muy a gusto con la imagen de la mujer con la que está acostado y que no se está enterando de que están viéndola soñar.

Por supuesto que Lorian no tiene ni idea de lo que la chica tiene en su mente en ese momento. Ella seguro que navega en un mar de fantasía creado por su cerebro con los ojos cerrados. La verdad es que a él le importa poco lo que en ese momento pase por su cabeza. Lo que le gusta ver es la paz reflejada en el rostro de una persona que no se está dando cuenta de que está siendo observada por la mirada pura y cristalina de quien hace solo unas horas le había hecho disfrutar de una noche intensa de pasión y placer en la que dos personas se habían dejado llevar por lo que sentían en ese momento.

Tras ese minuto al amanecer —que a veces se alarga un poco más en el tiempo— Lorian, con la uña del dedo índice, acaricia la mejilla de la chica que abre por fin los ojos lentamente y se encuentra con un gesto tierno y sonriente del chico que tiene delante.

Las sonrisas son de las cosas más especiales que existen, ya que, si son sinceras y vienen de alguien de confianza, son muy pegadizas. Podríamos decir que incluso más que las canciones del verano. Y ver a Lorian nada más abrir los ojos con tan dulce gesto a solo unos centímetros de ellas no las deja otra opción más que devolver dicha sonrisa. Si ellas navegaban en ese mar de fantasía, justo cuando él las despertaba suponía lo mismo que llegar al más bonito de los puertos que cualquier velero quisiera fondear.

Es por eso por lo que cuando la mayoría de las mañanas él se despierta solo, la sonrisa no se la regala ninguna bella mujer, sino que él mismo hace que de esta manera el día tenga por lo menos el mismo punto de partida. El mejor que podría tener. Bien sea ajena o propia, pero siempre empezando la mañana y afrontando el nuevo día con una sonrisa justo delante de él. Y eso lo hacía todos los días en el espejo. Lo hacía ¡siempre!

Era como un sagrado rito que nunca se saltaba, ya que era una garantía de afrontar esa nueva jornada con la actitud de quien quiere celebrar la vida, aunque luego puedan salirle las cosas mal.

A Lorian se le puede definir con una sola palabra. Sí, solo una, aunque

parezca difícil, y esa palabra es la de *amante*. Pero decir una sola palabra abre una puerta de múltiples posibilidades y variedades que puede ofrecer dicho término.

En primer lugar, era amante de la vida, la consideraba un regalo. Según sus propias palabras es «el mejor regalo que alguien te puede hacer» y que no pensaba desaprovechar. Para él un día eran ochenta y seis mil segundos que quería disfrutar porque sabía que según iba pasando cada uno de ellos nunca volverían y se perderían para siempre, así que los exprimía como una jugosa naranja y disfrutaba el presente de una manera absolutamente entusiasta.

Era amante de las matemáticas. Le habían dado muchísimas alegrías, eran su trabajo y, además, Lorian pensaba que estaba cerca de descifrar ciertas cuestiones muy complejas que tan solo él podía resolver, cuestiones que cualquier otro ser humano ni siquiera podría llegar a imaginar.

Lorian se tomaba la vida muy en serio cuando se trataba de trabajo en la Universidad porque, además de tener una mente privilegiada y entender los números como nunca nadie antes los había comprendido, pensaba que estaba cerca de dar con una serie de complejos cálculos y ecuaciones que ocuparían veinte veces las tres grandísimas pizarras de su aula en la Universidad. Esas ecuaciones podrían llegar a explicar muchas de los enigmas y muchas de las preguntas que la Humanidad se ha estado haciendo y que, aunque parezca imposible, los números darían tal respuesta y cambiarían el concepto de lo que nosotros llamamos vida.

Por esta razón, precisamente con ellos, con los números es con los que tiene una especie de batalla. Por un lado, siempre fueron sus amigos; los adora, los ama como él mismo dice en sus clases a sus alumnos cada curso con total contundencia.

—12 son los grandes amores de mi vida, chicos: mi padre, mi madre y ¡los diez dígitos que van desde el cero hasta el nueve! —Aquí suele hacer una pausa en la que mira a toda la clase, casi uno por uno y concluye—: ¡Qué curioso, los mismos que las 12 horas que marca cualquiera de vuestros relojes de muñeca! Así que de la misma manera que yo lo he hecho, mi misión es que vosotros os acabéis enamorando de ellos.

Dichos números le han encumbrado hasta el lugar en el que está entre los hombres más inteligentes del planeta, pero, también, otras veces le hacen casi enloquecer, ya que justo cuando parece que está cerca de algo muy importante en alguna nueva teoría, las comprobaciones son erróneas y eso le

frustra de una manera desesperante.

Pero hasta eso le engrandece más aún, ya que vuelve siempre a la carga buscando soluciones por otros caminos que a cualquiera le parecerían una locura. A Lorian le parece un auténtico espanto la palabra *rendirse*, y eso también se lo trasmite a todos y cada uno de sus alumnos año tras año.

Y era concreta y especialmente amante en lo que más pensamos al nombrar dicha palabra, ya que la otra gran pasión del joven francés era el género femenino a quien adoraba, respetaba y, sobre todo, con el que se entendía casi con la misma forma con la que lo hacía con los números.

Era un gran oyente, le encantaba escuchar lo que en una cena una bella chica le podía contar. También era un gran conversador. Conectaba en general con todo el mundo, pero tenía especial tacto con el género femenino. No solo en las mujeres que quería seducir y que ellas querían seducirle; era un especialista en hacerlas sentir bien, tuvieran la edad que tuvieran, ya que Lorian era educado, gentil y muy detallista con las señoras más mayores. Siempre con una sonrisa para ayudar a alguna vecina octogenaria con las bolsas de la compra, con las que bromeaba siempre, por lo que era un vecino muy querido por todos en su edificio.

Había llegado a oír de boca de una de sus vecinas, que rondaba los 75 años, dentro del ascensor del que Lorian siempre se bajaba el último al vivir en el octavo piso:

—Ojalá mi marido, que en paz descanse, hubiese sido la cuarta parte de educado, cuidadoso y cariñoso de lo que tú eres conmigo —y se acercaba para decirle más bajo al oído muy sugerente—: ¡Oh, qué pena que yo no tenga ahora mismo 50 años menos, cariño!

Lorian siempre reía con los comentarios de esta singular vecina que, con tono de broma, mostraba en general el afecto que le tenían todos a este joven matemático.

Lorian era una especie de fantasía atemporal para las señoras más mayores, pero es que era pura dinamita para las chicas de su edad. Disfrutaba mucho de su sexualidad, de tener una personalidad arrolladora que no dejaba indiferente a nadie.

Tenía una mezcla que le hacía irresistible, ya que hacía sentir absolutamente especial a quien tenía delante de una manera que parecía auténtica magia, una magia propia del siglo XXIII, aún por llegar, al conectar con una parte esencial a la hora de conquistar a una mujer: sus propios

pensamientos. Y Lorian conseguía hacerlo o, por lo menos, intuirlos para sacar el lado más pasional de esa chica.

Conseguía adelantarse a lo que ella pensaba por pura intuición, quizás matemática, para avanzar en la conversación que iba poniéndose cada vez más y más interesante. La noche y sus acompañantes eran todo un reto para él, con un arsenal de historias que embelesaban a quien quería conocer para algo más que una cena y una conversación.

Lorian se tomaba la vida como un simple juego. Cuando no estaba intentando encontrar esas respuestas y teorías con los números y los dejaba solamente un poquito apartados a un lado, daba paso a su parte más pasional. Se convertía de repente en el río de un caudal casi infinito que te podía arrastrar por unas corrientes de diversión, bienestar, felicidad, risas y de todo lo que puede hacerte sentir bien y hacer que se detuviera el tiempo cuando conversabas con él. ¡Era imposible aburrirse con este joven, inteligente y divertido genio! Y esto era toda una certeza. Además, como no podía ser de otra forma en él, ¡una certeza matemática!

Físicamente destacaba por sus rasgos más que por su belleza, pero era alguien que cuidaba tanto cada detalle de su forma y estilo de vestir que en ese aspecto tenía un fondo de armario como el de la más coqueta mujer. Elegante, informal o de etiqueta. Daba igual, porque Lorian tenía mucho estilo.

Se cuidaba y quería como quería a todo lo que veía a su alrededor.

Aunque ya casi se podía decir que era parisino porque adoraba la ciudad en la que vivía, era Burdeos la ciudad que le cambió la vida y, sobre todo, donde desarrolló esa capacidad matemática que su cabeza era capaz de descifrar. Cada vez que alguien nombraba Burdeos, él se llenaba de orgullo.

Fue la ciudad que le inspiró y donde tuvo sus primeros amores, algo que para un chico es imborrable en su memoria. Él, aunque se sentía muy parisino y adoraba su actual ciudad, si le diesen a elegir entre Burdeos o París, te contestaría con una sonrisa de las que le gustaba regalar: «¿Tú a quién quieres más, a papá o a mamá?».

Desde hace un año tiene una cama Aladino en su dormitorio. Es una cama muy particular y que va muy con el estilo de vida que él lleva. Le encanta estar a la última en cuanto en cosas vanguardistas y modernas, y este tipo de cama tiene una singularidad: no tiene ni una sola pata. Está como suspendida en el aire, y de ahí viene su nombre, ya que parece una alfombra voladora de

Las mil y una noches. A unos treinta centímetros del suelo, sujeta por un anclaje bastante complejo en la pared, se encuentra una estructura de acero que parece estar flotando. Además del peculiar modo de dormir tiene la ventaja de que nunca nadie se va a dar con el dedo meñique con una de las patas de cualquier cama normal y que tantos saltos de dolor han provocado.

Te podría llamar la atención que dicha cama no tenga patas, pero, sin duda, al entrar en su dormitorio tus ojos se van de una manera casi inmediata hacia el lado izquierdo. Ahí verás una caja que al principio parece de cristal. Es una caja que está apoyada en unas baldas blancas que tiene a ambos lados de la cama, ocupando la zona que siempre ha sido el lugar de las mesitas de noche con sus típicos cajones.

Estas baldas blancas están libres de cualquier elemento decorativo. Su superficie está completamente despejada y solo tiene sobre ella el elemento transparente la que está más cerca de la puerta del dormitorio.

Es raro que el primer comentario de alguien que entra en el dormitorio de Lorian no sea sobre dicha caja, ya que llama muchísimo la atención. ¡Y llama tanto la atención porque está completamente vacía! Un objeto transparente con un diseño tan simple como bello.

Casi siempre, nada más entrar en su habitación, las chicas que acaban el día en ese dormitorio preguntaban simplemente: «¿Qué es esa caja?». Y lo más probable era que esa persona acompañara la pregunta acercándose para verla más de cerca, cambiando la cara al observarla con detalle, pasando de dicha simpleza a gestos de lo más variado, casi todos con el asombro como denominador común. Era un singular objeto, pero ¿por qué no había nada dentro?

Todos los que la veían se preguntaban por qué un chico de treinta y tantos años tenía en ese sitio tan visible un objeto transparente del tamaño aproximado de una caja de zapatos con un diseño muy futurista, de forma rectangular y con un brillo bastante especial en su material. Estas características, unidas a la peculiar curvatura de sus esquinas, dejaban por un momento sin palabras a quien veía este extraño objeto, tan enigmático como moderno. Porque de lo que la gente se daba cuenta era de que no se trataba de una caja de cristal vacía cualquiera, era algo que nunca habían visto y que te dejaba con tu mirada puesta en ella durante el tiempo por lo hermosa que era a pesar de ser tan simple y transparente. Nadie podía resistirse a preguntar por ella.

Lorian se había acostumbrado a que cuando una mujer cruzaba la línea de entrada a su dormitorio, de repente, por unos minutos, se olvidaban de él para prestar más atención a una caja que no tenía nada dentro.

Pero incluso él se divertía con ello. Sabía que pronto la atención volvería a su persona. Y lo mejor de todo era que al ver lo más llamativo de su dormitorio, que era esa simple caja de cristal, esta guardaba en su interior un increíble secreto que salía a relucir con solo pronunciar una palabra, que consistía en tres letras: una W, una A y una X. ¡WAX!

La casa de Lorian estaba a unos treinta kilómetros del centro de París, donde se situaba su lugar de trabajo, un trabajo que para una persona de su edad era algo totalmente asombroso e inusual, aunque todo lo que podía ofrecer Lorian era precisamente así, ¡asombroso e inusual!

Pero ¿cómo es posible que un joven de 33 años esté enseñando Matemáticas en una Universidad? ¿Cómo había logrado ser él el que estuviese enseñando Matemáticas si con esa edad lo normal era estar aun aprendiéndolas y no explicando cómo funciona todo el complejo mundo de los números?

Hace 3 años que el rector de la Universidad donde acababa de terminar su carrera, Armand Le Brun, un hombre de unos setenta años, le llamó para hablar con él en su despacho.

Quería darle por aquel entonces, primero su más sincera enhorabuena por haber conseguido acabarla con la más alta calificación. También quería hacerle saber que la tesis que había presentado era de entrada una de las cosas más asombrosas en sus siete decenios de vida, algo que parecía de entrada imposible, e incluso le repitió que por su cabeza le pasó varias veces la frase «¡No puede ser!».

Pero le dijo que sus cálculos y ecuaciones eran diferentes a todo lo que había visto, absolutamente brillantes y, lo más importante, que eran o por lo menos parecían, totalmente correctos y en Matemáticas la palabra *correcto* es una palabra sagrada, ya que es la diferencia entre tener o no la razón.

El tono que usaba el rector Armand con Lorian estaba entre la tranquilidad que le dio siempre su amplio sillón en el despacho, donde había tenido que lidiar muchísimas batallas y discusiones, y el de estar con alguien cercano y que desprendía de sus palabras un cariño que, con los años, Lorian se había ganado a pulso por su forma de ser.

El joven le escuchaba muy atentamente y con una satisfacción que era

notable en su rostro, porque solo el hecho de que te llamara a su despacho para que te diera la enhorabuena la máxima autoridad de la Universidad fue todo un lujo para él:

—Lorian, quiero que tengas de mi propia palabra la más sincera enhorabuena por lo que has conseguido aquí, es algo inaudito. Diderot se creó en 1971, es una Universidad joven comparada con la Sorbona, que nació 714 años antes que la nuestra. ¡Nos llevan nada menos que 7 siglos de ventaja! Poco tiempo, ¿no? —sonrió al decir tal diferencia temporal, sonrisa que fue correspondida por el joven francés—. Es normal que ella sea tan mundialmente conocida y es debido a que tiene un mérito increíble que entre sus célebres profesores y alumnos figuren Pierre y Marie Curie, Sartre, Descartes, Pasteur o Victor Hugo, entre muchos otros. Pero, Lorian, quiero proponerte algo, ya que contigo en nuestro equipo docente y si lo que muestras en tu tesis es cierto y sale a la luz todo lo que desarrollas con tus matemáticas, estoy convencido de que el foco de todo el mundo científico no estaría sobre ellos por una vez, sino sobre esta moderna Facultad —Lorian escuchaba muy atento a quien derrochaba tanta sabiduría y a quien le había visto crecer en Diderot de una forma tan asombrosa que parecía hasta sobrenatural. Desde la comodidad de su sillón, el rector se seguía sincerando con el joven matemático—. ¿Sabes? —decía con nostalgia Armand mirando a las paredes de su despacho—, me parece que fue ayer cuando se creó este lugar privilegiado donde estamos y recuerdo cuando lo pisé por primera vez hace nada más y nada menos que 42 años. Yo tenía 26 primaveras y mi padre era el rector de la recién estrenada perla de conocimiento científico en esta inmensa ciudad. Hoy, casi medio siglo después, que parece fácil decirlo, me doy cuenta de que he pasado más de la mitad de mi vida dedicado en cuerpo y alma. Primero, como alumno; luego, como profesor, y ahora, como máximo responsable de ella en lo mismo que te apasiona a ti en esta Facultad, que son los números y las diferentes ramas de conocimiento que enseñamos —el rector continuó serio, pero con un tono muy amable y cordial—. Escúchame bien, Lorian. Tengo que decirte que esto que has presentado aquí nos ha dejado a todos con la boca abierta, es algo que no se había visto nunca. ¡Jamás! Quiero decirte que, con tu permiso, me voy a poner en contacto con tres de los mejores matemáticos del mundo de los que soy muy amigo, ya que lo que nos presentas en dicha tesis es demoledor, porque parece de entrada imposible poder llegar al punto donde la terminas, pero es que ¡los números

nunca engañan! Yo mismo he comprobado de tres maneras diferentes tus cálculos y son correctos, pero igual hay algo que se me ha escapado y por eso quiero pedirte permiso para que la revisen tres amigos míos en los que confío plenamente. Uno de ellos es también rector, en la Universidad Pierre y Marie Curie de nuestra propia ciudad y con quien me veo a menudo. Los otros dos son también brillantes matemáticos, con muchísima trayectoria en sus espaldas y con los que quiero contactar por correo electrónico, ya que uno es de Berlín y el otro de Kioto, en Japón, para comprobar si lo que presentas en tu tesis, Lorian, es tan exacto como parece y así saber su opinión al respecto.

—Por supuesto que tienes mi permiso para hacer dichas comprobaciones. Me conoces perfectamente, Armand. Ya hace años del día que me dijiste que te tuteara y te llamara por tu nombre de pila y he sentido un profundo respeto casi paternal de tu parte y me siento muy querido por todos y cada uno de los que formáis esta Universidad Diderot. Es todo un orgullo para mí que dichos colegas tuyos puedan leer lo que nuestro. Eso sí, me conoces perfectamente y sabes que nunca he querido presumir de nada, así que, Armand —Paró medio segundo para mirarle muy serio y concluir con mucha seguridad en sus palabras—, lo que describo en mi tesis es algo que va a cambiar el mundo en un futuro, igual aún un poco lejano, pero te aseguro que todos los cálculos son correctos. No tengo ninguna duda, lo has dicho tú y lo sabes de sobra: «los números no engañan nunca».

Fue así que el rector, con el permiso de Lorian, envió tres correos electrónicos de dicha tesis, que el joven francés había titulado: *Una mirada por la cerradura de una puerta llamada Inteligencia Artificial*, que trataba de explicar con números y ecuaciones de una complejidad extrema las bases de lo que podría cambiar la vida como la conocemos, ya que como él explica nada más comenzar, «esto que presento en mi tesis puede llegar a suponer para el ser humano lo mismo que supuso descubrir la mismísima electricidad con las consecuencias positivas que ella nos ha aportado».

Armand prometió a Lorian que iba a ser una consulta confidencial, que no iba a salir bajo ningún concepto a la luz y que sus tres colegas de profesión eran unos hombres en los que podía confiar, tenía su palabra de honor. Lorian le agradeció sus palabras y le dio el permiso para enviar dichos correos electrónicos.

El rector concluyó.

—Lorian, tras tantos años aquí, sé cómo funciona nuestro sistema educativo y aunque me lleve tiempo, puedo mover algunos hilos para ofrecerte la posibilidad de enseñar tu manera de entender los números aquí con nosotros. Sería un privilegio para la Universidad Diderot y, por supuesto, sería un honor para mí porque tienes muchísimo que ofrecer. Fuera de París, fuera de Francia podrás trabajar en donde te propongas, no tengo la menor duda, pero yo te pido que regales todo ese conocimiento que tienes en tu cabeza a los nuevos alumnos de esta Universidad. Te daría plena libertad para que enseñaras la magia que encierran tus Matemáticas a nuevos talentos que estoy seguro de que están por venir porque, además, como nos conocemos y te admiro como persona, también sé que tus clases serían muy amenas e inyectarías a los alumnos esa pasión que tienes en tu interior por los números. Personalmente, me daría mucha pena dejarte escapar porque eres una persona que se hace querer en todos los sentidos. En fin, Lorian —En este momento, al concluir el rector tomó un tono más parecido al de un familiar cercano—, que si tu tesis dice algo de una cerradura hacia una puerta particular, yo te ofrezco las llaves de nuestra puerta, la de la Universidad Diderot de París. ¿Qué me dices?

—Pues la verdad es que no sé qué decir —dijo un poco sorprendido—. Estoy muy orgulloso de haber aprendido tanto entre estas paredes y no concibo mi vida en un futuro próximo lejos de París, así que, aunque la responsabilidad de impartir clases aquí es muy grande, desde luego que acepto con muchísimo orgullo lo que me ofreces. ¡Gracias Armand!

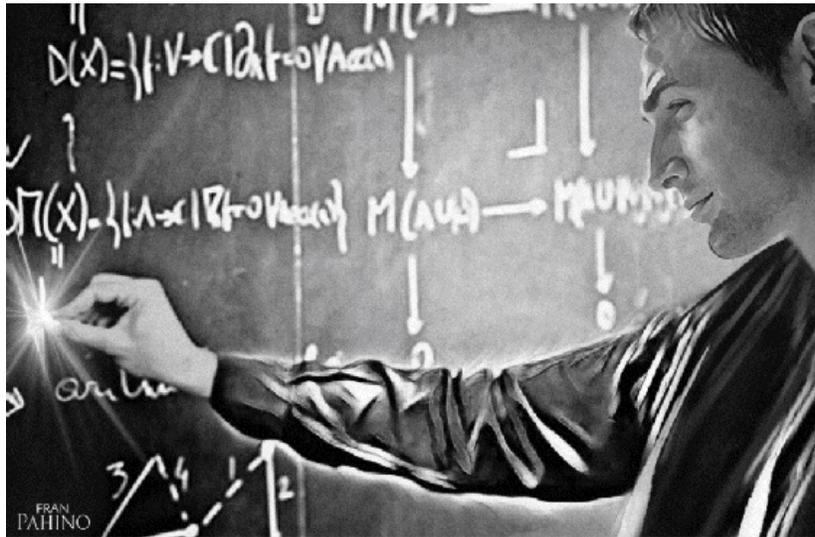
El entusiasmo estaba llenando ese despacho que era el pulmón de una de las universidades francesas de conocimiento científico.

Y desde ese momento, Lorian se convirtió en un gran profesor de aquello que solo un año antes estaba aprendiendo sentado en las mesas hacia las que ahora dirigiría sus explicaciones.

—Gracias a ti, Lorian. Te iba a dejar unos días para que lo pensaras, pero como veo que te ilusiona tanto como a mí, desde hoy dejas de ser alumno de esta Universidad. Mañana, cuando te sientes en esa misma silla, ya te estaré hablando como compañero. Aunque siga dirigiendo este centro, escucharé tus valoraciones y nuevas maneras de enseñar nuestra doctrina como alguien

tanto o más cualificado que nosotros. No te imaginas lo que me gusta oír tus palabras. ¡Bienvenido a este barco! —dijo el rector con una gran sonrisa que ya era de satisfacción. —¡Pronto soltaremos amarras!

Y así comenzó la etapa como profesor en la Universidad Diderot de la capital de Francia.



Una de las cosas que más le gustaban hacer a Lorian era permanecer en su dormitorio. Algo curioso, porque tenía un salón que era mucho más espacioso, con unos sofás inmensos, una pantalla de plasma de tal tamaño que a pocas pulgadas se quedaba en convertirse en una minipantalla de cine. Pero, sin duda, lo más bonito y más lleno de vida era un acuario de tales dimensiones que dividía el salón en dos. Era como tener una pared de vidrio y peces con la que te topabas nada más entrar en su salón, viendo a través de ella la otra parte de la estancia y que tenía todo tipo de peces tropicales que cuidaba día tras día con mucho esmero.

En cuanto cruzabas el umbral de su salón notabas el movimiento de todos esos pececitos de colores. Lorian tenía el acuario iluminado con luz LED de diferentes colores que mostraban de una manera diferente la vida bajo el agua y unos peces de unas tonalidades muy intensas que no dejaban de moverse de un lado a otro del acuario.

El propio Lorian se quedaba como absorto y fascinado mirando la vida en su estado más puro. Era matemático y, como parte que estas forman de las Ciencias en general, sabía que nuestra vida procedía del mismo fondo de los océanos y por ello decidió tener este gran acuario. No cabe duda de que era

su manera de dar las gracias por cada segundo que podía vivir día tras día en este mundo.

SU MUNDO SIN LOS NÚMEROS

Pero pese a tener un salón digno de una mansión más que de una bonita casa, prefería pasar el tiempo en su dormitorio, siempre y cuando no tuviera compañía. También le gustaba estar con su ordenador, que además de usarlo como herramienta de trabajo lo usaba como una especie de lupa en búsqueda de las cosas que pasaban en el mundo.

No le interesaban las noticias que llegaban en los periódicos digitales y que se centraban en mostrar la cruda realidad que vivimos. Su tiempo de ocio lo ocupaba haciendo una especie de colección de historias, de personajes y de curiosidades que pasaban igual inadvertidas para el resto de la gente pero que a él le cautivaban porque, además, las usaba en sus momentos de conversación.

Era su manera de decir que en este mundo hay gente maravillosa, que merece la pena saber de ellos, o también conocer historias reales que son difíciles de creer y que gracias a la época en la que vivimos las podemos entender. Lorian, esa misma tarde noche miró por la ventana y vio un cielo muy nublado que estaría presente en el centro de París, así que, como hace a menudo, después de haber dado clase por la mañana, le apeteció relajarse frente al ordenador que tiene en su dormitorio.

De la pantalla de su ordenador llama la atención que no hay ninguna imagen como fondo de escritorio. Solo hay dos carpetas, colocadas cada una en el medio de la pantalla si dicha pantalla la dividiésemos en dos partes.

Dicho de otra manera, frente a su ojo izquierdo tiene una de las dos carpetas que tiene el nombre de *Trabajo* y un poco más a la derecha, justo delante de su otro globo ocular la otra carpeta llamada *Lorian*.

No hay nada más en la pantalla. Un suave color de fondo y las dos carpetas que están colocadas de manera simétrica. La de la izquierda es la que contiene todo lo referente a sus Matemáticas y todo lo que tuviera que ver con números. Es muy probable que, si algún día alguien accediese a su ordenador sin su permiso y entrara en esta carpeta, se topara con un arsenal de logaritmos, ecuaciones, teorías, gráficos y, sobre todo números. Encontraría millones de números en dicha carpeta, fruto de muchos años de dedicación a su vocación. Aunque estaba todo muy organizado, esa persona

que curioseara dentro de la carpeta *Trabajo* escaparía de allí inmediatamente porque era de una complejidad que solo Lorian entendía.

Mientras coloca en la mesita del ordenador el café que se acaba de preparar y da vueltas al azúcar que acaba de echar en la taza, mira por la ventana justo por su lado. Ve cómo la lluvia está cayendo en toda la ciudad, que, aunque lejos, se ve al fondo. Ya presenta un gran resplandor, típico de las grandes ciudades cuando las divisa a decenas de kilómetros de distancia desde la silla en la que está sentado.

Vuelve la mirada a la pantalla y entra en la carpeta de la derecha. Hace doble clic sobre *Lorian* y aparecen varias carpetas más. En estas carpetas ha ido guardando todo tipo de historias, algunas reales, otras ficticias, frases que le gustan, biografías de hombres y mujeres que han hecho cosas especiales, novelas y libros científicos.

Gracias a Google había conseguido leer, sorprenderse, admirar, asustarse o sentirse triste con lo que leía, pero todo lo comprobaba para cerciorarse de que era cierto a través de diferentes páginas webs que ocupaban el puesto de honor dentro de su carpeta *Lorian*. Lo guardaba para tenerlo todo bien organizado, por lo que la primera carpeta, junto a un 1, aparece escrito: HISTORIAS INCREÍBLES GENTE INCREÍBLE.

Esta carpeta nació cuando una noche junto a un par de amigos suyos en un *pub* del barrio de Montmartre, entre risas y buenas vibraciones y, sobre todo, con conversaciones que nada tenían que ver con sus trabajos, uno de ellos dijo:

—Ayer leí algo sobre lo que no daba crédito. Tú, Lorian, que tanto sabes de números, ¿sabes cuántos hijos llegó a dar a luz una mujer en toda su vida, que esté registrado por lo menos? —Las miradas cómplices que se cruzaban entre ellos y el ambiente distendido del lugar no estaban preparados para oír lo que iban a escuchar, ya que Lorian hizo un cálculo rápido teniendo en cuenta los años fértiles de una mujer y que alguno de los partos podía haber sido de gemelos, así que se apresuró a decir sin mucha importancia:

—Pues como mucho yo diría que veinticinco y creo que sería algo fuera de lo común.

Su amigo le miró y le sonrió con mucha malicia para soltarle un dardo envenenado, pero eso sí, un dardo muy divertido:

—¿Veinticinco? ¿Y tú das clases de matemáticas?

Todos rieron con tal comentario.

—Lorian, no te has acercado ni siquiera—Su amigo le miró y con un tono más serio continuó—: Hubo una mujer rusa que tuvo la friolera, y digo friolera porque era curiosamente del país del frío, de tener ¡sesenta y nueve hijos!

Al decir tal número los miró a todos a los ojos para ver sus reacciones que, por supuesto, eran de total incredulidad.

—¿Sesenta y nueve? ¡No puede ser! ¿De dónde has sacado tal tontería? —soltó Lorian.

Todo era una simple conversación con los vasos en las manos de unos amigos charlando y disfrutando de la noche parisina, pero esa cantidad de hijos nacidos de una sola mujer los dejó desconcertados.

Hace tan solo una década dicho comentario hubiese creado un debate sobre si lo que decía era verdad, era algo que se había inventado o había leído de un sitio que publicó ese registro como cierto. Pero en la actualidad comprobarlo era muy sencillo.

Uno de ellos sacó su teléfono móvil y entró en Internet para teclear la frase «mayor cantidad de hijos tenidos por una mujer» y justo después de mirar el resultado, los miró a ellos con la cara llena de asombro para decir:

—¡Sesenta y nueve!

—¡Eso es imposible! —contestó Lorian—, no hay tiempo suficiente —decía siguiendo el tono distendido que traían.

Su amigo explicó cómo esta mujer rusa dio a luz 16 pares de gemelos, 7 veces dio a luz trillizos y, en 4 ocasiones, tuvo cuatrillizos en solo 40 años y con el mismo hombre. Y además, les dijo que venía en varias páginas y que si querían saber su nombre se trataba de una mujer llamada Valentina Vassilyeva que vivió en el siglo XVIII.

—Un momento —dijo Lorian serio y acompañando la frase con su brazo estirado para que le escucharan con atención—, es una locura, pero igual es posible, ya que por lo que dices todos fueron partos múltiples. En total ¡27 embarazos! ¡27! Puede ser. ¡Madre mía! Creo que, si mis cuentas no me fallan y suponiendo que cada embarazo fuera de 8 meses pasó embarazada más de 18 años de su vida. ¡Cómo se notaba que no había tele y que hacía frío! —Todos rieron y siguieron hablando de diferentes cosas para seguir disfrutando de la noche.

Pero al acabar esa velada, la asombrosa cantidad de niños y niñas que había tenido esa mujer hizo que se prendiera una chispa en la cabeza de

Lorian, la de buscar gente e historias reales que son dignas de leer y también, cómo no, dignas de contar a alguien.

Y desde ese momento todas esas historias irían en primer lugar directamente a la carpeta llamada *Lorian* y, en segundo, para quedarse ancladas en la mente del brillante matemático.

Historias que poder contar y que gracias al motor de búsqueda de una de las herramientas que ha cambiado nuestras vidas como es el de la empresa Google podía conocer.

Le encantaba buscar hechos y personas reales que le ofrecieran un mundo que sin dicha página web no conoceríamos.

Sus preferidas eran las divertidas, como una quedada en una plaza de Seúl, en Corea del Sur, en la que se quería que se conocieran chicos coreanos con chicas del mismo país asiático. Una cita a ciegas a gran escala y en la que resultó que hubo más de 3 500 muchachos en busca de lo que podía ser la mujer de su vida, pero se encontraron con la sorpresa de que no acudió a dicha quedada ¡ni una sola chica! 3 500 chicos mirándose los unos a los otros con cara de estupor porque no encontraban ni una sola mujer en el lugar de la quedada. Lo que remataba todo era la temperatura en esa plaza, que bajaba de los diez grados por debajo del cero. Estaba claro que, entre unas cosas y otras, se les congeló el corazón.

Justo debajo de esa nota de la cita a ciegas más desastrosa de la historia estaba la de un individuo que devolvió un libro que había cogido prestado a la biblioteca del lugar donde vivía 41 años después. Lorian se imaginaba la cara de la persona que lo recogía y no podía evitar sonreír. Pero, además, este señor tras tener 4 décadas el libro en su casa, puso una nota al devolverlo en dicho libro que decía «es que leo despacio». Imposible para Lorian no sonreír al releerlas.

Eran ya casi cien historias que tenía recopiladas. De todo tipo, todas reales como la propia vida, aunque... ¡Espera! ¡Un momento! El lápiz tiene que hacer de nuevo una parada. Es necesario que afile su punta para continuar. Es lo malo de relatar una historia con algo que se desgasta según va escribiendo y que ahora mismo tiene la mitad de longitud con la que empezó. Pero ¡shhh! En esta ocasión es muy recomendable, porque en el tiempo en el que acude al sacapuntas para ponerse de nuevo a punto y no nos está oyendo es momento para hacernos una sola pregunta sin que dicho lapicero se entere y que quizá tú también te estés haciendo: ¿por qué nos cuenta primero la historia de

Chiara y luego aparece de repente alguien tan distinto como Lorian?

Solo tienen en común que viven en la misma ciudad, así que creo que solo alguien o algo sabe lo que está pasando aquí, y ese algo es el propio lapicero. Como ya se está acercando, le vamos a dejar que se siga deslizando por el blanco folio para que continúe con la historia. Recuerda, hay una fina línea que separa la realidad de la fantasía...

Una de las cosas que más le gustaba a Lorian era ver también videos de los cuales él aprendía diferentes maneras de comportarse socialmente, o no hacerlo. Eran como un tipo de imágenes en la web que le causaban mucha sorpresa: esas pedidas de matrimonio de chicos que se la jugaban, pero en un penoso cara o cruz, y se lanzaban a hacer la pregunta que seguramente toda mujer ha estado esperando oír en los labios correctos como es «¿quieres casarte conmigo?». Pero había visto tales rechazos por parte de ellas incluso en recintos deportivos llenos, lugares públicos y sitios con muchísima gente que no le dejaban indiferente.

Él se divertía con estos vídeos, aunque algunos de los rechazos eran un poco crueles. El chico que acababa de pedir en público algo que debía ser íntimo, no solo tenía el «no» de su novia, sino que quedaba en el mayor de los ridículos ante una gente que encima se reía de lo que era un gran drama para el pretendiente. Con dicho «no», su novia, como era lógico, dejaba de serlo en ese momento.

Y lo que le dejaba más que intrigado, ¿por qué la gente no aprendía y seguía haciéndolo? En algunas de las visualizaciones de estos vídeos, Lorian se echaba la mano a la cara pensando «¡Madre mía! ¡Otro! Puff... pobrecillo».

Era un tema recurrente que el joven usaba en sus conversaciones. Lorian pensaba que si vas a dar el gran paso y estás seguro de que es el momento de expresar a tu chica que quieres que sea tu compañera de viaje para toda la vida, por lo menos, si te dice que no, que no lo vean en directo los miles de personas en un estadio de la NBA y los millones de personas que después lo ven en YouTube. Era mucho que ganar si la moneda lanzada al aire caía en el suelo por el lado de la cara, ¡pero un bochorno doble que te podía marcar de por vida si salía cruz!

Pero Lorian no solo guardaba historias divertidas, ya que hubo una que le causó una profunda tristeza. Un día, tecleando y pasando de una página a otra, dio con algo que le conmovió especialmente. El título del artículo era el

de *La mujer más fea del mundo* y mostraba la crueldad de mucha gente que se burló con una muchacha de tan solo 17 años que tenía no solo una enfermedad, sino dos y, además, de las denominadas raras. La mala suerte se cebó con ella cuando se repartieron las cartas que el azar entrega al nacer a cada uno de nosotros.

Por una de estas casualidades de las que ya hemos hablado, Lorian entró en YouTube para ver un video que precisamente era ese de *La mujer más fea del mundo* y se encontró con la desagradable sorpresa de que el video era sobre ella, pero lo peor llegó cuando leyó los comentarios que fueron peores que la más gigantesca de las bolas demoledoras de grandes edificios en los aparecían comentarios como: «¿por qué no se suicidaba?» «¿Por qué sus padres tuvieron a tal monstruo?». O un «que la quemem», cosa que hundió a esta muchacha en una profunda tristeza, ya que esos comentarios también venían de gente que se burlaba sin ningún tipo de piedad hacia ella.

Pero esta chica decidió dar un ejemplo a los demás y dejar atrás las noches de llorar y llorar por la crueldad de toda esa gente. Rondando los treinta años y pesando solo 27 kilos, con esas dos enfermedades raras quiso dar la vuelta a la tortilla y ser ella la que creara un canal en YouTube para no solo perdonar a aquellos que la hicieron mucho daño, sino para ayudar a otras personas que está en su misma situación. Ayudar a personas que, debido a su aspecto se burlaran de ellos, consiguiendo casi 300 000 suscriptores en su canal del famoso portal de videos y con un video donde cuenta cómo superó todo ese mal que tuvo que soportar y que obtuvo ¡7 millones de visualizaciones!

Lorian tenía esa historia como una de las más destacadas y, por supuesto, se puso en contacto con ella para darle su ánimo y decirle que era muy bello lo que había hecho y que podía contar con su amistad y admiración.

Con cada búsqueda en Google Lorian encontraba cosas que no sabía y que le llamaban tanto la atención que ya se había habituado a rastrear nuestro mundo, pero sentado plácidamente en su dormitorio, ya que era su manera de viajar sin tener que coger aviones. Esa misma tarde, saboreando un café, estaba buscando todo lo que tuviera que ver con los diferentes colores y la percepción que tenemos sobre ellos. Tecleó una frase sencilla pero que tuvo unas consecuencias que para nada se esperaba. La frase que escribió en el teclado fue «el color que no existía». En el mismo momento que presionó el botón del teclado «Enter», se fue la luz.

No era la primera vez que la electricidad se iba en el edificio, pero le

pareció curioso que el apagón había estado sincronizado justo al pulsar esa última tecla, aunque lo que le dejó de piedra fue echar un vistazo por la ventana, desde la cual siempre veía el resplandor de París. Ahora, todo lo que veía estaba ¡completamente oscuro!

No había ni una sola luz más que la de algunos coches que se veían circular a los lejos, pero desde la oscuridad de su dormitorio, lo que se presentaba desde la ventana era desolador. Lo primero que pasó por la cabeza de Lorian fue que, de repente, estaba viendo el París de hace un par de siglos, con una oscuridad que le sobrecogió. ¿Cómo era posible que se fuera toda la luz de una de las ciudades más grandes de Europa?

Aunque seguramente iba a hacerse más preguntas, solo le dio tiempo a hacerse esa, ya que la segunda sorpresa le iba a llegar por su derecha. Casi a sus espaldas notó un resplandor. Lorian puso cara de no saber qué pasaba, pero ese resplandor venía de la caja de cristal. Según se daba la vuelta, el proceso que tenía dicha caja de activarse era el de siempre. Con un punto de luz suspendido en medio de la caja, una luz blanca azulada concentrada casi de una forma mágica y que tenía el tamaño de pelota de golf, pero de una luminosidad que era un puro espectáculo visual, era la manera en que WAX, la caja que tenía en su cuarto, se encendiera y estuviese preparada. Eso lo veía todos los días, pero era él quien daba la orden con su propia voz para activarla. Esta vez, en unos segundos, la luz inicial dio paso a un holograma con cuatro números en el mismo centro del dispositivo.

Los hologramas eran como todos los días que Lorian le hablaba a la caja que le hacía de agenda, pero esta vez aparecieron cuatro dígitos que giraban muy despacio y que hicieron que Lorian se levantara de la silla del ordenador y se sentara en la cama junto a la caja luminosa.

De nuevo, se levantó y se dirigió rápidamente hacia la ventana para mirar otra vez por ella porque no daba crédito. Parecía que París había desaparecido debido a la oscuridad desde su habitación. Los nervios empezaron a aparecer en él, así que volvió a sentarse junto a WAX y miró detenidamente los cuatro números que giraban justo frente a sus ojos. Él no había dado ninguna orden y ahí estaban frente a su rostro.

La confusión en ese momento ya se había apoderado de él. No entendía nada y se quedó muy serio y sin creer lo que pasaba dentro de WAX, mirando los cuatro números que no se detenían. Aunque despacio, seguían dando una y otra vuelta, como en un pequeño carrusel que para nada era divertido y que,

con la cara de Lorian a unos escasos centímetros, atento a lo que sucedía, no paraban de girar dentro de la preciosa caja de cristal.

CAPITULO 3

CHIARA, PARÍS Y SU GRAN SECRETO

El lapicero vuelve a detenerse en el niveo papel y deja de escribir por unos instantes. Esta vez no requiere ser afilado, pero su parada es necesaria porque quiere echar un vistazo al pasado, exactamente 3 años antes del apagón total y el consiguiente caos que provocó Lorian al teclear la sencilla frase «el color que no existía» en su ordenador.

Es importante conocer algo, saber cómo era por entonces la vida de Chiara, una mujer que encajaba perfectamente entre los 12 millones de almas que daban brillo a la Ciudad de la Luz, París, y en donde nuestra joven italiana consiguió una personalidad que se asemejaba a un combinado. Mejor dicho, ella consiguió poco a poco convertirse en un delicioso cóctel, donde reinaba sin duda una dulzura que a todos cautivaba.

En una imaginaria y plateada coctelera se añadieron a partes iguales un par de cucharadas de la suprema elegancia que heredó de su madre, unas cuantas gotas de valentía que le inculcó su padre desde pequeña y unas pizcas de inocencia que se le habían quedado marcadas de por vida de la etapa en su escuela romana.

Tras tener todas esas cualidades dentro de tan curiosa coctelera, para obtener una buena mezcla final sería muy osado agitarla a la velocidad necesaria para hacer un batido tropical. Por ello, con Chiara, la velocidad en la que se fueron combinando y mezclando todas estas cualidades dentro del plateado recipiente fueron imprescindibles 25 largos años de un movimiento suave, lento y armonioso, para lograr que todo ello emulsionara en un carácter único de una mujer sin ninguna duda irrepetible.

Y, por si fuera poco, lejos de dicho cóctel quedaron envidias, rencores, odio y todo tipo de malas vibraciones. Chiara jamás les permitió la entrada en su vida, lo que le hacía un ser aún mucho más entrañable con cada año que pasaba, ya que lo que estaba más que claro era que la Chiara veinteañera, más allá de su don visual, era en todos los sentidos ¡única!

A Chiara no le costó encontrar pronto trabajo en París. La suerte es ese

factor tan importante en la vida de todos nosotros, que muchas veces lo comprendes echando una simple moneda al aire y esperando a saber si te sale cara o te sale cruz, y Chiara tuvo dicho factor de su lado para encontrar un empleo que la llenara y la hiciera feliz. Consiguió trabajar en uno de los sitios más conocidos en cuanto a moda, estilo y colorido, como son las Galerías Lafayette, en pleno pulmón de la ciudad, con todas las mejores firmas mundiales a su disposición y en donde todos los días pasaban por sus manos cientos de conjuntos femeninos al estar al frente de la sección de ropa para mujer de la ciudad del *glamour* y las pasarelas; un centro comercial en donde había una amplia gama de colores que elegir y aconsejar de una manera especial a sus clientas, casi todas ellas damas con un altísimo nivel económico a las que no les importaba gastar ingentes cantidades de dinero por un elegante vestido diseñado por las mejores marcas del mundo en la ciudad de la moda.

Chiara se sentía allí muy satisfecha con su trabajo, ya que este le apasionaba. Estaba en constante contacto con nuevos diseños y colores y al igual que le pasaba en el colegio, la gente, sus clientas, los propios compañeros y sus jefes le tenían una elevadísima estima por lo que Chiara hacía en París. Resumiéndolo en una sola frase, alguien que «sin querer se hacía querer». Si esto era aplicado años antes en su colegio de Roma, ahora seguía siendo válido con más fuerza en Francia entre sus innumerables compañeras de trabajo y toda su clientela que notaban que, cuando hablaban con ella, estaban delante de una chica de muchísima categoría.

Parte de esta gran cualidad que tenía estaba en que en su cabeza seguía muy presente el recuerdo de las palabras de Moretti sobre la felicidad y cómo esta reside dentro de nosotros de manera natural. Ella, durante muchos años, había sabido entender esas palabras del viejo oculista en cuanto a que somos nosotros los que con los años podemos pulir dicha felicidad poco a poco hasta que se asemeje a un hermoso diamante. Chiara estaba cerca de poseerlo dentro de sí sin tener necesidad de mostrarlo al mundo, de ahí su grandeza, y es que era una mujer muy afortunada por una sencilla razón ya que, por difícil que parezca, para ella ¡no existía la palabra envidia!

Prueba de ello fue cuando decidió cambiar de trabajo. De las Galerías Lafayette se fue a otro de los centros comerciales que marcaban la tendencia en el centro de París, Printemps, que no estaba muy lejos del anterior y que contaba con más de 44 000 metros cuadrados dedicados también a la moda,

al *glamour* y a los sueños. 25 pisos repartidos entre 3 edificios y más de 300 marcas vendidas en exclusividad.

Dicho cambio de trabajo para hacer exactamente lo mismo fue un poco extraño para su familia, ya que sería de suponer para cualquier persona normal y corriente que tendría razones económicas o cualquier otro motivo de peso que fuera determinante al hacer dicho cambio.

Una mañana, Chiara le enseñó el nuevo lugar donde iba a trabajar a su padre Giampaolo, que le decía mientras andaban por la gran superficie donde estaría su nuevo puesto de trabajo:

—Cariño, tu madre y yo siempre hemos estado muy orgullosos de ti, eso lo sabes de sobra. Nos parece mentira que nuestra pequeña esté creciendo a una velocidad tan elevada en todos los sentidos. Ojalá el tiempo no pasara tan deprisa —decía su padre con algo de nostalgia regalándole una fraternal sonrisa—. Te has convertido en toda una mujer que rebosa vida por cada poro de su piel. Pero Chiara, en algunas cosas eres igual a tu madre. El otro día me dijiste que el sueldo aquí iba a ser ligeramente inferior a lo que cobrabas antes. Las dos mujeres de mi vida sois como dos gotas de agua, tan transparentes que sois incapaces de poder mentir sin que se note, así que, Chiara, quisiera saber el motivo verdadero para que hayas decidido cambiar y sobre todo el porqué de esa ilusión que tienes últimamente en el rostro. ¿Tiene que ver con algún chico?

—No, papá —Chiara le sonrió mientras andaban por las mismas entrañas de su nuevo lugar de trabajo y con el escenario de fondo de bellas estanterías de Printemps—, no tiene que ver con ningún chico esta vez, pero creo que no hace falta que te responda a esa pregunta, ya que una imagen vale más que mil palabras. Solo espera un minuto —Los dos seguían andando hasta llegar a lo más alto de dicho centro comercial, que además tan solo estaba un piso por encima de lo que iba a ser su lugar de trabajo.

Y una vez arriba, ambos salieron a la terraza y su padre se dio cuenta del motivo de su cambio: unas vistas panorámicas de París que eran de una belleza extrema, aunque su padre no tardó en decir:

—¡Wow, Chiara! ¡Qué lugar más bonito! —el rostro de Giampaolo era de total fascinación y miraba a Chiara también muy ilusionado.

—Pues de día, papá, la vista es mucho más impresionante. En Lafayette también tenía una terraza adonde subir a ver el corazón de esta ciudad, pero aquí todo es diferente —Se detuvo cuatro segundos para seguir mirando los

miles de detalles por ver—, aquí es todo mucho más tranquilo, hay menos gente. Fíjate en la Torre, que ya sabes que me tiene totalmente cautivada. Papá, me has enseñado mucho a lo largo de mi vida, como aquello de que hay cosas que no pueden pagarse con dinero. Poder subir todos los días a relajarme en mis descansos dando rienda suelta a aquello que me regalasteis junto con la mirada es algo de un valor incalculable —Después de decir eso miró a su padre que, muy satisfecho y orgulloso, la cogió por uno de los hombros para quedarse durante unos minutos viendo lo que iba a contemplar ella todos los días que fuera a trabajar.

Tras estar mostrando la gran razón del cambio a su padre, Chiara le quiso presentar a su nuevo jefe ya dentro de las instalaciones que estaban repletas de prendas y colores deseando ser vendidos.

Y así comenzó su etapa en Printemps, que iba a ser un éxito a todos los niveles. El jefe de Chiara estaba impresionado con las ventas que ella hacía, y es que, sin querer ella, estaba usando de una manera portentosa el don visual con el que nació y lo trasladaba a su trabajo para vestir a sus clientas con mezclas de colores que a poca gente se le ocurrirían. Aunque lo más importante es que dicho don no solo consistía en ver cosas extremadamente lejanas de manera nítida. Su don era algo mucho más que eso, ya que Chiara tenía la capacidad de distinguir diferentes matices de los colores por sutiles que fueran, algo que para el resto de los mortales era imposible de realizar.

Y por ello, con los colores fue donde se topó con algo que no encajaba en su cabeza y que se acabó convirtiendo en toda una creencia, que no era religiosa, pero que era extremadamente fuerte. Tan fuerte como los átomos de carbono que se abrazan para formar los conocidos diamantes.

Ella estaba totalmente convencida de que existía un color que aún no había visto ¡pero no dudaba de su existencia!

Era consciente de que quizá ella sería la única persona capaz en verlo por su don visual, y esa fe en divisar dicho color la llevó a viajar alrededor del mundo en una valiente y asidua búsqueda.

No quería contárselo a nadie. Su jefe ni siquiera se podría llegar a imaginar que la empleada que tenía y que vestía de manera muy formal todos los días en Printemps había pasado noches en la selva amazónica, sola, donde los sonidos nocturnos de la propia naturaleza harían morir de miedo al 99,9998 por ciento de las personas de este mundo.

Ella cambiaba el mal rato que podía pasar al estar a oscuras en plena selva,

a merced de los animales de la Amazonia brasileña por un simple pensamiento que la transformaba y la relajaba de manera total: poder ver al despertar ese color, ya bien fuera en una gema, en alguna piedra preciosa o donde menos pudiera ella sospechar.

Nadie sabía de este espíritu aventurero excepto sus padres, que eran los que veían con buenos ojos que en sus vacaciones recorriera el globo terráqueo, ¡y que lo recorriera entero! Poco a poco fue buscando dicho color, desde el círculo polar ártico, para ver si lo veía en las Auroras Boreales, hasta los lugares más recónditos con tal de encontrar lo que ella creía que existía.

Y la búsqueda no paraba cuando no estaba de viaje, ya que desde el anonimato que en principio te puede ofrecer Internet, ella usaba las herramientas e información que la gran red ofrecía en su casa de París.

Para Chiara lo más difícil fue tener que ocultárselo siempre a sus amigas, pero es que era tan difícil de entender que decidió que todo lo referente a su don visual lo tenía que saber solamente su familia.

Todos los creyentes religiosos, como los que pertenecen a la Iglesia católica, no tenían duda, como es evidente, en la existencia de Dios. Pero, desde luego, no esperaban verlo con sus propios ojos a lo largo de su vida. En su creencia todo fiel tenía la esperanza de poder presenciarlo o sentirlo cuando acabara sus días. Chiara tenía esa misma creencia, pero no con Dios, sino con ese color que de momento no había hecho acto de presencia, y con la gran diferencia de que ella estaba totalmente convencida de que algún día lo contemplaría con sus propios ojos y, desde luego, ¡a lo largo de su vida!

Ella seguía sintiéndose una cría que ahora tenía cuerpo de mujer, una chica alegre que le gustaba ver feliz a los demás. Era sensible, muy leal. Chiara era como la hermanita pequeña que todos hubiésemos deseado tener para aprender mucho de ella, que derrochaba entusiasmo y ternura a partes iguales.

Una chica que tenía dentro de su cuerpo un magnetismo del que era consciente y que hacía que quisieras pasar horas hablando con ella, porque además tenía en su cara desde que nació algo que transmitía tranquilidad, una cualidad que ninguna otra persona en el mundo poseía y, aunque parezca imposible, ¡irradiaba luz desde su rostro!

Chiara mostraba un lado increíblemente sensual, pero solo aparecía cuando ella quería. Una sensualidad tan potente como un imán de neodimio hacia ciertos tipos de chicos.

Nunca fue una chica de romances esporádicos. Chiara era un ser completamente adorable tanto para la gente que la conocía como para los incontables pretendientes que siempre había tenido y a los que siempre trataba con un respeto fuera de lo normal para hacerles saber que ella no quería nada sentimental con ellos sin que sintieran mal. Era única y especial incluso diciéndoles que no, siempre sutil, porque hasta cuando rechazaba algún pretendiente, Chiara no le hacía sentir mal. Por eso era como una pulida y perfecta esmeralda que, curiosamente, no era verde como se podría esperar, sino que era de «ese» color que ella no dudaba que existía en medio de «simples» piedras preciosas que eran el resto de las mujeres de la ciudad de la luz, París.

Casi siempre estaba feliz y era muy vital, pero había algo que le ocurría alguna vez cuando dormía. Cuando empezaba a soñar profundamente tras un día agotador debido a su trabajo y el gimnasio que la mantenía en forma, sus sueños eran generalmente normales y, sobre todo, muy reparadores para afrontar al despertarse un nuevo día con la energía y alegría que la caracterizaba. Sin embargo, cada cierto tiempo tenía una pesadilla que era recurrente. ¡Siempre la misma! Hacía que se despertara terriblemente asustada, con un sudor frío y con unas palpitaciones que sentía que la oprimían con fuerza en el pecho y de la cual despertaba de golpe, jadeando en vez de respirar, y que solo se le pasaban una vez se incorporaba en la cama y se sentaba en su borde aproximadamente durante un minuto.

Era una pesadilla muy simple, pero que a Chiara le aterrorizaba. Todo empezaba de una manera normal, pero lo que soñaba en ese momento empezaba a cambiar poco a poco, y todo lo que antes eran imágenes nítidas en sus sueños, empezaban a ponerse cada vez más borrosas, con objetos, letras y rostros desenfocados y confusos. Ella intentaba ver las cosas como lo hacía durante el día, pero no conseguía enfocar nada, cosa que le causaba muchísima impotencia ya que forzaba los párpados mientras yacía en la cama. Pero al ser una pesadilla, no podía conseguir ver con normalidad, lo que acababa por despertarla súbitamente y, de una manera muy brusca, se incorporaba llena de angustia.

Una vez se daba cuenta de que todo había sido un mal sueño se empezaba a calmar tras cerciorarse de que todo había sucedido mientras estaba dormida y, por lo tanto, había sido irreal. Una vez sentada en el lateral de la cama iba respirando a un ritmo más lento para calmarse y abría ligeramente la cortina

para mirar hacia la calle y asegurarse de que seguía viendo todo nítidamente. Tras eso, volvía a acostarse y se quedaba de nuevo dormida y no volvía a tener esa pesadilla hasta pasado un tiempo que rondaba los quince o veinte días, o incluso varios meses.

En cuanto a sus relaciones amorosas, es importante decir que además de que nunca fuera de aventuras o de amores fugaces, ella se había entregado con toda su alma en las dos únicas relaciones que había tenido con dos muchachos franceses.

En la primera se cruzó otra chica de por medio en la relación, y Chiara pasó un simple bache que superó sin problema. Pero en la última la destrozaron literalmente el corazón. Pasó sin duda por el peor momento de su vida porque, por primera vez, sintió amor verdadero por alguien. Fue un hombre que la trató como no se merecía ni ella ni ninguna chica, y que hizo que, tras la ruptura de la relación de más de un año, ella cayera en una fuerte y profunda depresión. Fue una enfermedad que incluso influyó en su don, dejando trastocada su portentosa visión.

Los colores que antes eran muy vivos y vibrantes, de repente, tras esa ruptura, se tornaron en mustios grises.

Después de muchos e interminables meses y la ayuda de sus mejores amigas, no solo se recuperó, sino que la hizo ser mucho más fuerte sin perder ni un solo ápice de la esencia de la pequeña Chiara, incluido su prodigioso don visual.

Cuando fracasó en esa segunda relación, Chiara sintió que le habían roto el corazón en tantos pedazos como los miles de piezas del más complicado de los puzzles, todas ellas desperdigadas por el suelo y totalmente alejadas de aquello que la hacía latir y sentirse viva.

Un panorama tan desolador ocurría frente a sus ojos que para ella era como estar de pie en una inmensa habitación vacía, divisando innumerables pedazos —¡de su propio corazón!— que estaban quebrados en diminutos cristales, como si fueran de un valiosísimo jarrón de una lejana dinastía china al que acaban de tirar con fuerza al suelo. Todo eso lo tenía frente a ella, que miraba cada minúsculo pedacito con la cara seria de la que no se movía ni un solo músculo. Solo brotaban lágrimas, incrédula de que todo eso le estuviera ocurriendo a ella, así que solo le quedaban dos alternativas: marcharse y abandonar por la puerta que tenía justo detrás de ella y por la que sería muy fácil salir o empezar a recomponerlo poco a poco.

Pero estamos hablando de una chica que la palabra increíble se le ha quedado siempre muy pequeña, de una mujer que, aunque sintió que tocó fondo, muy desganada, casi sin fuerzas fue cogiendo las piezas del jarrón, una a una; algunas, con pinzas de lo pequeñas que eran y las fue colocando, llena de dolor y, sobre todo, de tristeza, que era extremadamente cruel y aunque no veía que esos cristales encajaran al principio y estuvo a punto de tirar la toalla varias veces, el tiempo se alió con ella para ayudar a curar una inmensa herida, muy despacio, muy agónico y desesperadamente lento.

La gran ayuda aparte de sus padres fueron sus mejores amigas, de forma que fueron reconstruyéndolo hasta que lo dejaron de nuevo con forma de corazón.

Tardó más de seis meses, pero lo consiguió: logró ensamblar perfectamente todos los pedacitos. Y no solo eso, sino que para asegurarse de que nadie iba a volver a destrozar ese puzle que era su propio motor, le puso una coraza protectora transparente de una resistencia inimaginable que sería muy difícil de penetrar.

Ese mismo día, una nueva Chiara nació. Tenía la misma y pura esencia de la niña que creció en Roma y un agradecimiento eterno a quienes en esos duros momentos estuvieron con ella para que dejara de ver por fin todos esos tonos grisáceos, que volviera a ver su vida con todos los colores que disfrutaba antes de aquel fracaso amoroso y seguir en su reiterada búsqueda del color que tan valientemente perseguía.

Lo más curioso de todo es que te podrías imaginar que el gran poder visual de Chiara debería estar acorde con unos ojos que llamaran la atención, es decir, unos ojos que impactaran, que estuvieran llenos de colorido. Pero no era el caso. Los ojos de Chiara eran unos ojos de un tono marrón claro tirando al color miel, completamente normales, pero que te cautivaban porque transmitían mucha paz.

Cogía sus vacaciones siempre en verano, ya que era la mejor época para resolver «ese algo» que rondaba por su cabeza: ¿dar por fin con el color que ella sabía que existía! Su vida se había centrado en trabajar, vivir y disfrutar de una ciudad como París, pero su sueño, su gran ilusión y lo que más le motivaba, sin duda era poder contemplar ese sublime color ¡aunque fueran solamente 3 segundos! El color que ella, debido a su don, quizá sería la única persona en poder apreciarlo, sabía que debía tener una belleza extrema, un color inconfundible que ni ella misma hasta la fecha sabría cómo reaccionaría

al verlo, pero que seguramente le haría estremecerse de emoción.

Sin haberlo visto nunca intuía la tonalidad que podía tener y ella lo buscaba y buscaba. No cesaba en su empeño. Pocos lugares le quedaban por descubrir y, desgraciadamente, hasta la fecha no halló rastro de él. Según les decía a sus padres una tarde en la parisina casa de los Bachellini:

—Los dos sabéis del increíble don que parece que sin saber por qué se me ha entregado, aunque sí que tengo claro que vosotros fuisteis quienes lo «envolvisteis» para regalármelo. No os imagináis lo agradecida y orgullosa que estoy de teneros como padres —los miraba a ambos con su ya conocida ternura—. Papá. Mamá. Una de las ilusiones de mi vida sería contemplar ese color que sé que existe, al igual que existió y vi claramente la palabra ROMANUS en la fachada del Vaticano de niña —decía Chiara mientras miraba a su madre—. Quiero que sepáis que mientras tenga la oportunidad, fuerzas y sangre que fluya con la misma energía por mis venas como ha hecho hasta ahora, lo voy a seguir buscando —Chiara de vez en cuando se entregaba con toda su alma en pronunciar ciertas frases—. ¡Lo voy a buscar por cada rincón del planeta! Sin decir nada a nadie. Escuchadme bien, papá, mamá: ¡nunca, jamás desistiré! Estoy más que convencida —Volvía a relajar el tono—. Es algo muy personal, solo a vosotros os lo contaré. No hace falta que os diga que no quiero que se sepa nada de esto. No quiero que en un país extranjero me tomen por una lunática. Sabéis bien que vuestra hija tiene poco de loca, seguramente peco más bien de todo lo contrario, pero para que lo entendáis de una manera muy fácil y hasta casi infantil —y buscó la mirada ahora de su padre que escuchaba también atento para decirle muy despacio—, papá, si yo te dijera «uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y diez», contéstame, aunque sea una pregunta muy sencilla. ¿Qué me dirías?

—Que te has saltado un número, no has nombrado el nueve —respondió con lógica su padre.

—Pues papá, eso mismo pasa con los colores que yo veo. Me falta solo por ver ese «nueve» que os he puesto como simple ejemplo ya que, sin él, contar del uno al diez —miró primero a su madre que estaba muy atenta a su hija y después lo volvió a mirar a él para concluir—, ¡no tiene ningún sentido para mí! Y tarde o temprano encontraré ese color que, de momento ¡parece que se me resiste! Tengo toda una vida por delante. Algún día, aunque tenga que recorrer el mundo varias veces ¡lo encontraré! No tengáis la menor duda.

Chiara cogió una silla y se sentó a horcajadas, apoyando sus brazos

cruzados en el respaldo para estar todavía más cerca de sus padres y hablarles de una manera más pasional aún si cabe, a escasos centímetros de ellos:

—No olvidaré lo que fue ver la aurora boreal el año pasado y, sobre todo, saber que cuando cojo un avión y piso suelo extranjero, la timidez que siento a veces aquí, en París, o la del pasado en nuestra querida Italia, da paso a una chica de espíritu aventurero. Soy capaz de aprender en poco tiempo el idioma, aunque sea a nivel básico, de la gente que vive en diferentes zonas geográficas. Os va a sonar raro —Se detuvo para pensar bien lo que quería transmitir—, pero esto es la realidad que yo he podido comprobar. ¡La gente en el mundo suele ser hospitalaria! Solo necesitas tener una predisposición de que quieres conocer cómo viven, pero que sea una curiosidad genuina. Ellos lo notarán. Sí, ¡lo notarán en general! Te abrirán sus puertas y con muy poco tiempo desde que contactas te pueden enseñar cómo es el entorno donde viven y de lo que están tan orgullosos de poseer —Seguía explicando a sus padres que veían que su hija, según hablaba, derrochaba cada vez más entusiasmo—. Os puedo asegurar que el mundo no es tan peligroso como nos lo enseñan en las noticias ¡porque nos enseñan solo lo malo! Dejé de verlas porque te quitan las ganas de coger un avión para descubrir la bondad de mucha gente de la que no hablan y que son la gran mayoría de personas de este mundo que habitamos —Chiara, al hablar, gesticulaba con las manos de manera que era una delicia armoniosa escucharla, ya que se encontraba muy a gusto contando todo esto a las dos personas más cercanas de su vida—. Yo misma he comprobado que puedes estar cenando con una familia que vive más arriba del círculo polar Ártico a la que previamente había preguntado simplemente por el mejor sitio para ver auroras boreales, y unas horas después encontrarme en su mismísima casa, en su propio hogar, sin saber una sola palabra de noruego. Por supuesto, ellos menos de italiano, francés o español, idiomas que, como sabéis, domino perfectamente y que con gestos y algunas palabras sueltas en inglés consigues poco a poco aprender su lenguaje y, cómo no, su forma de vivir —Sus padres nunca la habían escuchado contar algo con tanta entrega, lo cual les sorprendía y encantaba a partes iguales. Entre ellos dos de vez en cuando se miraban porque nunca Chiara se les había sincerado de la manera en que lo estaba haciendo—. Con un poco de actitud por ambas partes así conocí a una familia en las islas Lofoten en el norte de Noruega. ¡Sí, mamá! Arriba del todo de aquel precioso país donde me enseñaron que las auroras, en este caso boreales, son un poco

como una lotería, ya que cada noche es diferente y es un espectáculo bellísimo de colorido y de naturaleza pura, que pocos ojos pueden o quieren contemplar y que hace que estar a veinte grados bajo cero, oíd bien, porque no os hacéis a la idea de lo que supone para un cuerpo humano estar un buen rato allí, de pie, con las consecuencias que sufren los párpados, ¡pero que hace que tenerlos completamente escarchados no te importe lo más mínimo! Porque las estás viendo e incluso sintiendo. Ellos me explicaban cómo era cada pequeño brillo de tonos que se veían en su cielo nocturno, y pese a que no hallé el color que esperaba, algo en mí se estremecía al ver lo que te puede llegar a brindar la naturaleza. ¡Nuestra bella naturaleza! —les sonreía y seguía—. Pero, sobre todo, ellos te están intentando explicar «ese algo» que es muy suyo y te lo explican como si te lo entregaran solo para ti. Es un regalo que te hacen, y notas que lo hacen de corazón.

Sus padres escuchaban muy atentamente a su hija, que se estaba sincerando a la vez que vaciando todo su conocimiento sobre la geografía que había recorrido. La dejaban expresarse porque sabían que, sentada allí y tal como estaba hablando, era su momento. Quería transmitir no lo que sus ojos habían visto, sino lo que quería contarles su propio corazón.

—Ya os conté cómo mi exnovio y yo habíamos estado en la Cueva de las luciérnagas, en Waitomo, nada más y nada menos que en Nueva Zelanda. ¡Papá! ¡Nueva Zelanda ahora mismo está justo debajo de nuestros pies! ¡Ellos están bocabajo! Es decir, ¡tienes que rodear todo el planeta para llegar hasta allí. Así que te da igual ir por aquí —decía mientras extendía su brazo izquierdo apuntando hacia ese lado—, ¡que por allá! Estás a la misma distancia. Y tanto Jean como yo llegamos hasta allí y divisamos miles y miles de luciérnagas y todas sus larvas que dejaban unos hilos que alumbraban cada rincón de la gruta y que brillaban en unos tonos azules que, junto a la imponente cueva, son imágenes que nunca olvidaré. Además, tuve el privilegio de divisar un entorno escondido que ya quisieran muchos cuentos para ellos mismos. Allí nos trataron casi igual que los noruegos hicieron conmigo. Estamos perdiendo la fe en el ser humano, y todo por culpa de lo que muestran las noticias en la tele. Pero la gente que está apartada de los sitios turísticos y por los que te interesas y preguntas de una manera transparente y amable, en un noventa por ciento no solo te lo muestra, sino que se pueden ofender si rechazas lo que te obsequian, aunque sea gente muy humilde y sus recursos sean escasísimos. Lo que no quieren bajo ningún

concepto es que esos lugares tan suyos los invadan turistas que tienen poco respeto por el sitio que pisan, que lo masifican y hacen de ellos hábitats incómodos para ellos que vivían antes allí tan plácidamente —En estas últimas palabras había algo de tristeza por parte de Chiara, aunque no tardó en volver a intentar venirse arriba para finalizar su argumentación del modo que ella quería—. Pero... si buscas bien, el mundo es tan grande que, con un poco de espíritu aventurero, puedes llegar a contemplar cosas que jamás, os lo aseguro, jamás se te olvidarán y que te emociona, ¡mucho! No hay nada en este mundo como conocer a gente que te haga seguir creyendo en la mismísima esencia del ser humano.

Chiara estaba muy emocionada al poder revelar estas cosas a sus padres, y justo después les anunciaba:

—Esta primavera voy a hacer un viaje que llevo mucho tiempo planeando: a la India y su fiesta de los colores, Holi, donde celebran no solo el cambio de estación, sino el triunfo del bien sobre el mal, pintándose y lanzándose polvos de colores preciosos llamados Gulal. Todos los tonos posibles que hay allí serán lanzados al aire y sobre los cuerpos de la gente, así que quiero estar unos días antes de su celebración porque me interesa mucho la elaboración de estos singulares polvos que llenan las ciudades de toda la India de los azules más naturales, como nuestro propio cielo, hasta colores muchísimo más elaborados y complejos. Puede que allí dé con lo que estoy buscando. Contactaré además con una cultura como es la hindú de la que he leído tanto que sé que es un viaje que merecerá mucho la pena.

La cara con la que se quedaron sus padres tras tantas sorpresas reveladas en tan emotiva explicación por parte de su hija no se puede describir con palabras, pero lo que estaba más que claro es que tanto Giampaolo como Lateitia estaban muy orgullosos de tener como hija a la que ellos seguían considerando como su «pequeña Chiara».

CAPITULO 4

LOS CUATRO NÚMEROS

De nuevo, sin permiso de ningún tipo, los primeros rayos de luz entran por la ventana de la habitación de Lorian, pero este día no es un día cualquiera. Es justo el amanecer tras la noche en la que aparecieron en su caja de cristal, misteriosamente, aquellos cuatro números girando.

Él, al igual que todas las mañanas, se despertó con la misma bellísima melodía que procedía de su móvil, así que lo primero que hizo estando aún en contacto con la almohada fue mirar a su derecha por si todo había sido un sueño. Pero no, justo a su lado estaba la caja de cristal con los cuatro dígitos dando vueltas.

Se incorporó enseguida y se sentó en el lateral de la cama como todos los días, pero por primera vez en años no se levantó a sonreír frente al espejo, ya que no quitaba la mirada a aquello que le tenía casi hipnotizado. Totalmente serio por el hecho de no entender absolutamente nada, él hablaba y daba órdenes con su voz a WAX con diferentes tonos de voz. El reconocimiento oral de tan increíble dispositivo era casi perfecto, por lo que desistió de dar instrucciones tras algunos intentos. Este estaba empeñado en seguir con los cuatro números en un baile circular que no parecía tener fin, y sin quitar la mirada de la caja, Lorian se vistió. La miraba fijamente mientras se abrochaba uno a uno los botones de la camisa. Sin mover un solo músculo de su cara los veía dar vueltas y más vueltas, así que después de dejar la casa, con su mente en un punto situado entre la preocupación y la confusión, se fue en coche hasta el centro de París para impartir las clases.

Ese día en concreto dejó el vehículo como a un kilómetro de la Facultad para comprar varias cosas que necesitaba. Mientras iba por la acera caminando hacia Diderot, seguía pensando en qué le podía pasar a WAX y en esos cuatro enigmáticos números. Quiso buscar en el móvil alguna página web con información sobre el apagón total de París. Con la vista en la pantalla de su teléfono —que verificaba el caos que sufrió la capital francesa el día anterior—, Lorian no se percató de que llegaba una intersección y tropezó de una manera muy aparatosa con el borde de la acera en el preciso

momento en que el semáforo estaba en rojo para los peatones. Cayó en medio del asfalto y, lo que era peor, a merced de los coches que venían de frente, sin opción a levantarse. Solo pudo mirar cómo un vehículo se acercaba muy veloz. Todos los que estaban allí y vieron el suceso estaban tremendamente asustados.

Para la gente, la escena se tornó en algo casi irremediable y aterrador. Alrededor de una veintena de personas iban a presenciar algo tan desagradable como un atropello a tan solo unos metros de distancia.

Sin embargo, Lorian tuvo la gran suerte de que fuera un taxi el que, pese a venir a una gran velocidad, pudiera frenar a tiempo sin dar ningún volantazo, siguiendo por su carril. Solo se salvó por la pericia del conductor que tuvo que pisar el freno al máximo, haciendo un esfuerzo en la frenada que nunca olvidarían en su vida.

Fue un momento angustiante en el cual dos terribles sonidos se mezclaron y fueron la banda sonora a una tragedia inminente, ya que por un lado los neumáticos crearon un espeluznante chirrido según iban dejando una negra marca sobre una carretera que parecía no tener fin, unido al grito de todas esas personas que esperaban para cruzar al otro lado de la calle y que vocearon casi al unísono al ver tan terrible escena. Parecían que hasta las ruedas del taxi necesitaban vocear ante lo que se avecinaba, y ese desagradable sonido de los neumáticos se juntó con el grito humano de los presentes en la acera, creando un chirrido tan agudo que parecía algo fuera de este mundo.

Una vez que aquellas ruedas se detuvieron sin aplastar a Lorian apenas por escasos centímetros, se produjo todo lo contrario: el silencio más absoluto. Ninguno de los presentes pensaba que se iba a salvar y no daban crédito a lo que acababan de presenciar, así que la escena ahora era otra bien distinta a la que se les pasó por la cabeza a todos.

El cuerpo del francés quedó a muy poca distancia de la matrícula del vehículo que tan solo unos segundos antes circulaba a gran velocidad, directo hacia él. Una vez la gente reaccionó, algunos fueron hasta él para levantarlo y preocuparse por su estado, además de para ayudarlo a tranquilizarse, cosa que costó un buen rato.

Hubo mucho revuelo porque aunque al final todo quedó en un susto y no pasó nada, milagrosamente la muerte había acechado al joven parisino que tuvo que escuchar cómo el conductor del taxi, una vez él también se había

tranquilizado de tal *shock* y frenazo, y se había bajado de su propio taxi, le dijo de una manera muy directa seguramente preso aún de los nervios también y mirándole muy serio a los ojos: «Oye, no sé por qué estabas en medio de la carretera tirado, pero escucha, has estado a esto de morir». Hizo con sus dos dedos esa separación aproximada. «Unos 9 centímetros de morir. ¿Lo entiendes? ¡A 9 centímetros de palmarla, tío! ¡Solo a 9! Así que, siéntete un privilegiado y desde hoy, yo que tú ponía el día de hoy como tu ¡nueva fecha de cumpleaños!».

Todo ocurrió tan deprisa y de una manera tan intensa que Lorian necesitó pasar unos quince minutos sentado en un banco ya lejos del lugar de ese suceso para, por fin, volver a tener un ritmo cardíaco normal, relajarse un poco y poder seguir hacia donde tenía que dar clases.

En ese momento, pese a que Lorian era muy puntual y llegaba a la Universidad con mucho tiempo de sobra, se le había echado el tiempo encima. Sin embargo, una vez recuperado del gran susto continuó caminando, aunque no fue por mucho tiempo, ya que poco después de levantarse observó a un ciego que estaba sentado pidiendo en la calle, y que decía con unas gafas que ocultaban sus ojos y una voz que lanzaba al vacío:

—Por favor, necesito una moneda de 1 euro. Por favor, necesito una moneda para comer... Que alguien que me dé una moneda, por favor, tengo hambre.

—Tome, amigo —dijo sin dudar Lorian mientras le ponía sobre la palma de aquel anciano una moneda.

El ciego la palpó detenidamente y después le dijo sin mover la cabeza que seguía en la misma posición al no ver nada:

—Esto no es 1 euro, es una moneda de 2 euros; no quiero tanto. Se lo agradezco de corazón señor, pero con 1 euro tengo para poder comer hoy y eso es lo único que necesito. Créame, solo necesito eso. Si tiene la moneda que pido, se lo agradeceré infinitamente, pero si no, prefiero que no me dé una moneda de 2 euros.

—Pero ¿por qué no quiere coger la de 2 euros? Tendrá para mañana también, señor, ¡no sea testarudo!

A estas alturas, Lorian no estaba para bromas ni frivolidades, pero el viejo le contestó muy serio, tranquilo y convencido, hablándole como jamás había oído hablar a nadie, lo que sorprendió a un incrédulo Lorian que se limitó a que llegasen a sus oídos unas palabras extrañas.

—Mañana volveré a estar aquí pidiendo de nuevo, ya que lo que me ofreces.... no te ofendas, pero no me va a sacar de pobre. Eres un caballero muy generoso y te lo agradezco de corazón. Ven, por favor, coge de nuevo tu moneda.

La serenidad con la que le dijo estas palabras sobrecogió aún más a un Lorian que en primer lugar tenía la sensibilidad a flor de piel y, en segundo lugar, no se creía las cosas tan sumamente extrañas que le estaban pasando, así que hizo caso al ciego y volvió a coger la moneda de 2 euros.

—Está bien. Aquí tiene esa moneda que usted me pide, señor.

En cuanto el viejo invidente sintió el tacto de la moneda que él quería, que era de menor valor que la anterior, sonrió levemente, pero con mucha satisfacción acompañando el gesto con unas palabras.

—Muchas gracias; vete tranquilo, que ya has hecho muy feliz hoy a este viejo abuelo, que solo pide para comer, me vale esta moneda de 1 euro, ¡que Dios le bendiga, amigo!

Lorian se alejó un poco extrañado de las palabras de aquel anciano y, después de darle varias vueltas al tema de por qué rechazó coger la moneda de 2 euros, se dio cuenta de algo. Inmediatamente paró de nuevo en su andar hacia la Facultad a la que ya llegaba más que tarde para dar clase. París es una ciudad por la cual a veces la gente circula muy deprisa en determinadas calles que, además, están muy concurridas. Parecen un río de gente, pero Lorian paró en seco justamente en una de ellas. La gente le rodeaba y él se quedó clavado en medio de la calle sin importarle los demás. Ese algo era la cantidad de veces que había nombrado el 1, y al igual que con el conductor del taxi, en las dos ocasiones le habían dicho un número tres veces exactas, ni una más ni una menos. Así que, aunque estaba a dos manzanas del viejo vagabundo, no dudó en volver de nuevo y se dio la vuelta para ver si el ciego que estaba pidiendo decía otra vez el número 1, pero se encontró con la sorpresa de que en ese mismo lugar donde había ocurrido todo no había absolutamente nadie.

El anciano pidiendo ya no estaba allí y solo habían pasado unos escasos minutos, pero el lugar que ocupaba en la acera aquel invidente ahora estaba vacío. Lorian se quedó con los brazos en jarra buscando por otros lugares en las aceras cercanas y no lo encontró, así que desistió de volverle a encontrar y siguió su camino.

Estaba claro que no era el día de Lorian, de eso no había duda. Cuando

daba las clases, ya estaba nervioso y tenía un murmullo interno en su cabeza con lo que había pasado, tanto con el taxista como con el ciego. Dio sus clases sin estar centrado en sus adoradas Matemáticas y cometía fallos de cálculo en las pizarras de su aula que hasta ahora nunca había mostrado, lo que llamó muchísimo la atención a sus alumnos, que notaban que algo le pasaba a su profesor porque dichos fallos eran propios de los niños de Primaria.

Lo único que dijo al respecto sobre toda la situación a sus alumnos fue:

—Perdonadme, chicos, pero hoy no me encuentro muy bien.

Así que, como pudo, terminó su jornada en la Facultad deseando llegar a casa para darse una ducha de agua caliente y olvidarse de todo, aunque sus ánimos estaban, de una manera muy poco frecuente en él, bastantes bajos.

Al llegar a casa, después de un largo día en el que le había pasado de todo, desde quedar a solo unos centímetros de dejar de pertenecer a este mundo al que tanto amaba por un tropiezo inoportuno y un taxi que igual circulaba demasiado deprisa; después de ver cómo un anciano había cambiado su percepción de lo que es la codicia y la avaricia mostrándole que debemos simplemente vivir el día a día, y después de que, por primera vez en muchos años, los números en su cabeza no habían sido exactos quedando en evidencia y casi en ridículo ante una clase que no daba crédito a tal fallo para un profesor de su categoría, Lorian solo tenía en mente ducharse y tumbarse en la cama para intentar descansar y hacer ejercicios de respiración y tratar de controlar así la ansiedad que se había instalado en su cuerpo.

La buena noticia era que él sabía cómo controlar situaciones estresantes y conocía cómo hacer para dejar su mente en blanco. Para ello, realizaba una serie de respiraciones para entrar en un estado de meditación que le apaciguaran todo ese nerviosismo. Inhalaba el aire y lo espiraba de la forma adecuada hasta entrar en un estado de paz interior que le sacaba de dicha ansiedad que le oprimía el pecho.

Tras llegar a su casa se dirigió hacia su habitación con la intención de prepararse para una reparadora ducha. Nada más cruzar el umbral de la puerta del dormitorio la vista se fue directa a la caja de cristal como hacía siempre todo aquel que entraba en su cuarto, y en ella vio de nuevo los cuatro números que seguían dando vueltas en el dispositivo electrónico. Aunque observó extrañado que había un cambio: perplejo, tuvo que verlo más de cerca e, incluso, sentarse en la cama junto a ella sin dar crédito a lo que sus

ojos le mostraban.

Los nervios volvieron a aparecer y sus pulsaciones comenzaron a elevarse de una manera peligrosa con lo que estaba contemplando. Los números eran los mismos que habían aparecido el día anterior, pero había un gran cambio: si por la mañana daban vueltas todos ellos dentro de WAX con un color blanco azulado, esta vez, ante la mirada atónita de Lorian, los tres primeros habían cambiado a un color violeta muy intenso dejando al cuarto en el color original que tenía cuando lo vio esa misma mañana.

Tras mirar qué números eran los que habían cambiado de color pensó rápidamente en algo que era una tremenda locura, y que elevaba cada vez más su frecuencia cardíaca. Estos tres números que cambiaron de color tenían que ver con lo que le había pasado a lo largo de tan nefasto día a Lorian, así que olvidó por completo lo de evadirse. Cambió de plan, ya que necesitaba respuestas ¡y las necesitaba ya! Cogió rápidamente su teléfono móvil para buscar en la agenda la letra C, hasta que buscando en sus contactos llegó al nombre de Chris.

Miró primero la hora que era, pensó durante unos segundos como calculando algo en su cabeza para luego pulsar el botón de manera brusca y hacer esa llamada.

Sonaban los tonos que confirmaban que al otro lado estaban recibiendo la llamada. Cada uno de ellos se le hacía un mundo, y tras unos segundos, no obtuvo respuesta alguna.

Miró de nuevo su reloj, que le indicaba que eran las dos y media pasadas de la tarde en París y que igual tenía que insistir varias veces en dicha comunicación, pero tenía claro que no iba a desistir hasta conseguir hablar con la persona que indicaba la pantalla de su teléfono.

Tras cuatro llamadas perdidas, Lorian no desesperaba, él sabía que tenía que insistir, así que lo hizo hasta que por fin consiguió que cogieran la llamada:

—¿Lorian? —sonó una voz de alguien extrañado.

—¡Chris! Sí, ¡soy yo! —Lorian empezó a hablar en inglés—. Perdona que te despierte a estas horas, pero tenemos un gran problema.

—¿Qué pasa? —Chris miró el reloj junto a la cama en la que estaba plácidamente durmiendo junto a su mujer y que marcaba las cinco y media de la noche. Por ello le dijo en voz baja: —Espera, que me levanto. Dame un segundo, que voy al salón —En cuanto llegó al salón, le volvió a hablar en un

tono más normal—. Lorian, te noto nervioso, y que me llames a las 5 y media de la noche, conociéndote es que pasa algo serio. ¿Qué hora es allí?

—Aquí es la hora de comer. Chris, oye, perdona que te despierte, pero tenemos un serio problema con WAX. No sé ni por dónde empezar a contarte.

—Está bien, tranquilízate —Ambos tonos de voz contrastaban: uno por la somnolencia y el otro por el nerviosismo—. No te preocupes, en una hora tenía que levantarme para ir a trabajar; ya sabes cómo está la salida de San Francisco hasta la oficina. Pero, Lorian, no me gusta nada cómo me estás hablando. Relájate, que si no, no te entiendo nada. A ver, ¿qué es lo que pasa con la caja?

—Pues que lleva con cuatro números girando dentro de ella que están interfiriendo en mi vida. ¡Joder, Chris! ¡Es como que me estuviera leyendo el futuro!

—A ver, ¡para! ¿Cómo que te está leyendo el futuro? Eres uno de los hombres más inteligentes que conozco, por no decir el que más, y los dos sabemos que el futuro no existe, que solo hay un presente, un ahora. La de veces que nos hemos reído de adivinos y videntes que el más sabio personaje que conocemos como es el tiempo ha conseguido desenmascarar una y otra vez. Escucha, casi no te entiendo hablando así, cuelga el teléfono y conéctate a Skype y así me lo enseñas con la *webcam* del ordenador, ¿ok?

—Venga. Me conecto. Ahora hablamos.

Los dos amigos se conectaron para iniciar una videoconferencia en sus ordenadores y así poder ver imágenes que saldrían de Francia directamente hacia los Estados Unidos.

—¡Chris! ¿Te has puesto de rubio? —fue lo primero que dijo al ver a su amigo en el ordenador con una sonrisa orgullosa de quien hace mucho tiempo que no ve a un buen amigo, pero en la que estaba implícita también mucha preocupación.

—¡Sí! Estamos en zona de surfistas, así que ¡puedo pasar por uno de ellos! Me alegro de verte, amigo —Medio sonrió con la lógica cara de sueño y siguió diciendo: —Y ahora que estás más tranquilo, venga, cuéntame qué te ha ocurrido.

—Fíjate bien, porque creo que una imagen vale más que mil palabras — Lorian cogió la *webcam* y la enfocó hacia la caja de cristal—. Chris, fíjate en esos 4 números que están girando.

—¡Sí! Hasta ahí lo veo normal, Lorian. Para eso creamos a WAX, gracias a

tus ecuaciones y logaritmos y a la tecnología de mi empresa, y ahí está funcionando como puedo ver.

—¿Funcionando? Chris, el primer objetivo del proyecto WAX era crear los hologramas más perfectos que nadie había conseguido. Por primera vez alguien lograba ¡luz flotante! Letras, números e incluso dibujos que no parecieran una ilusión visual, sino que fuesen perfectos para la vista humana, y que además obedeciesen las órdenes que con la voz se les diera, como era preguntar la hora o cualquier información de Internet con un nivel visual que hasta ahora no se hubiera visto, y eso lo conseguimos tú y yo, Chris, con mucha paciencia y sobre todo, mucho trabajo —El joven americano sonrió a la cámara por el elogio que le había hecho—, y después, en una segunda fase, dotarla con una inteligencia artificial como la creamos y que nadie hasta ahora había conseguido y que haría que la propia caja tomara sus propias decisiones, ¿no? La clave de todo. ¡Sus propias decisiones, Chris!

—Tranquilízate, Lorian, por favor. Tu inglés es casi perfecto, pero no te entiendo a veces. Necesito que hables más despacio —Chris pronunciaba sus palabras con una cara de sueño evidente, pero siguió diciéndole de manera tranquila a su amigo francés—. Por primera vez íbamos a hacer algo tan extremadamente difícil como era dotar a un ordenador, que es el corazón electrónico de WAX, de un nuevo tipo de inteligencia artificial, una que tomara sus propias decisiones aprendiendo de experiencias que le ocurrieran con un factor que hasta ahora era impensable para un objeto inanimado: ¡LA INTUICIÓN! ¡Algo que seguramente la Humanidad tardaría siglos en obtener! Con intuición artificial podríamos entrar en otra era, y podría suponer para todos los hombres y mujeres lo mismo que supuso en su tiempo descubrir el fuego, la electricidad o inventar la rueda misma. Tus ecuaciones, Lorian, iban en ese camino. Decías que era extremadamente difícil de lograr pero que creías en tus números y que se podría hacer. Yo siempre he tenido fe en ti, pero lo que me decías e incluso prometías, si te soy sincero, lo veía imposible, una absoluta locura hasta ese día que recibí tu mensaje de WhatsApp, conciso y breve, con solo cinco palabras: «Lo conseguí. ¡Chris, lo tenemos!». No te puedes imaginar la cara que se me quedó al leer eso. Sabía que no era una broma y la satisfacción llenó cada parte de mi ser y el orgullo de haberte conocido. Aunque fuera de aquella manera en que nos conocimos, me emocionó mucho. Pero la mía, mi caja de cristal está funcionando aquí tal y como la programamos. Así que ¿qué es lo que pasa con lo del futuro? ¡Sigo

sin entender nada! ¿Qué tienen esos cuatro números que ver con lo de leer el futuro y por qué uno está en otro color?

—¡Eso es lo que no sé! ¡Y por eso te llamo a las cinco y media! Chris, no he bebido, sabes que no me drogo y lo serio que es para mí tanto las matemáticas como este proyecto que comenzamos allí cuando pasé contigo y tu mujer unas increíbles vacaciones, pero es que... —Lorian estaba extremadamente nervioso y, pese a ser un gran comunicador, justo en ese momento se calló de repente, mirando hacia abajo, como si no supiera cómo explicar lo que le pasaba. Se sentía rendido ante tan nefasto día, con síntomas de estar cansado de tantas intrigantes sorpresas. Todo ello lo veía su amigo a través de su pantalla en San Francisco.

—¿Qué pasa, Lorian? —Chris era ahora todo comprensión y quería transmitirle serenidad. Notaba a miles de kilómetros que su amigo necesitaba esa calma en su tono de voz.

—Que..., es como que la caja, que WAX me quisiera decir algo —se puso las manos en la cara porque estaba completamente perdido, confuso y cansado de semejante pesadilla—, y sé que es de locos. Creo que necesito salir de esta habitación. Voy a pasear un rato por el parque de debajo de mi casa; necesito alejarme de la caja de cristal. Quiero desconectar, aunque creo que me va a costar. Hablaremos dentro de unas horas cuando estés en tu oficina, ¿te parece bien Chris?

—Sí, por supuesto. Te vendrá bien y así me cuentas todo, de manera que lo entienda —Justo al decir esas palabras apareció en la pantalla la mujer de Chris, que vio a Lorian en el ordenador y que al oír a esas horas ruido desde su cama se había levantado a ver qué pasaba.

—¡Hola, Lorian! Espero que sea una cosa seria para haberme robado a mi marido de la cama —dijo con una preciosa sonrisa.

—¡Katherine! ¡Hola! Tranquila, que enseguida se vuelve a la cama contigo. A veces se me olvida la diferencia horaria tan grande —dijo cambiando el gesto triste por uno con la alegría de ver de nuevo a su amiga americana.

—¿Todo bien? No tienes buena cara.

—No, Katherine, no estoy bien, pero estamos intentando solucionarlo. Ya te contará luego Chris, ¿vale?

—¡Claro! Me alegro de verte. ¡Ah! Y en verano te esperamos. Ya verás cómo está nuestro pequeño, es casi todo un hombretón. Un beso, Lorian; me

vuelvo a la cama —Y justo después de mandar un beso de adiós con la mano a la *webcam*, desapareció de la pantalla. En cuanto estaban ellos dos solos, Chris al ver la importancia del asunto le dijo tranquilamente:

—Lorian, escucha. No te vayas, olvídate de ese paseo, necesito que me lo cuentes todo con cada mínimo detalle. Vamos a empezar por el principio. A ver... Pero, por favor, habla despacio, que tenemos tiempo. ¿Por qué esos cuatro números te están alterando tanto?

Lorian esta vez sí empezó a contarle los hechos ocurridos de tal manera que parecía el narrador de una película.

—Está bien, todo comenzó con un apagón que hubo en todo París que dejó a oscuras la ciudad y los alrededores. Desde ese momento, WAX, sin que yo le dijese nada, se activó para mostrarme esos cuatro números.

—¿Todo París?

—Sí. Todo. Hasta las zonas más lejanas de la capital. Como lo oyes, Chris.

—Eso es casi imposible en una ciudad así. Sé que Puerto Rico pasó dos noches a oscuras en el 2016 tras el apagón total de la isla, pero estamos hablando de millón y medio de personas en el archipiélago caribeño. Es casi imposible que todo París y alrededores se queden a oscuras si allí hay más de 12 millones de habitantes, contando las áreas de las zonas en la que tú mismo vives.

—Recuerda, Chris, que en la India hace tan solo una década un apagón dejó sin luz durante dos días a 700 millones de personas.

—Ya, es verdad. Lo que me preocupa más es que la caja se activara con ese apagón tan extraño para una ciudad como París, y que, independientemente, la caja se encendiera sola cuando ella tiene una fuente de alimentación externa. No sé qué tienen que ver ambas cosas. ¿WAX se encendió en el momento exacto de irse la luz en París?

—Sí. Bueno, fue posterior, primero el apagón mientras tecleaba algo en mi ordenador y al pulsar el «Enter», inmediatamente después WAX se activó. Me pareció curioso cómo justo al pulsar esa tecla se fuera la luz; supongo que fue una simple casualidad. Ocurrió solo unos segundos después y es lo me trae de cabeza, Chris. ¡Ya sabes que solo hay una manera de encender el dispositivo! ¡Joder, solo una! Y es diciendo la palabra clave, nombrando la que elegí yo aquel día en San Francisco, y aunque ayer no la nombré, la caja se encendió sola ¡por su cuenta!

—Ya. —Chris era el que ahora mostraba cara de preocupación con lo que

oía a través de la videoconferencia y se daba de vez en cuando algunos segundos para tratar de entender todo, así que siguió diciéndole a Lorian: — La palabra clave. Es más que extraño. Recuerdo cómo la elegiste tú aquí, Lorian, mientras sonaba esa música en la radio. El locutor dijo: «Vamos a oír este tema del grupo WAX» y tú ya decidiste que así se llamaría el proyecto.

—Sí, y me encanta ese nombre porque además es simple y se pronuncia bien. Pero volvamos a todo lo que me ha pasado. Bueno, pues ayer, justo en el instante del apagón, se encendió ella sola. Sin ningún tipo de activación oral por mi parte, esos cuatro números han empezado a girar sin que yo le hubiese dado ninguna orden y, además, ya no respondía a ningún estímulo sonoro. Desde entonces se ha empeñado en mostrarme algo. Esos cuatro dígitos llevan horas y horas dando vueltas a un ritmo muy despacio dentro de ella. Soy matemático, y tú, uno de los mejores ingenieros informáticos de todo el mundo; si quieres, te puedo decir qué tanto por ciento de posibilidades de que lo ocurrido sea fruto de la casualidad, pero el porcentaje es tan bajo que es como buscar un único grano de arena de color verde por cualquiera de las playas californianas donde hemos disfrutado tanto junto a tu mujer antes de que estuviera embarazada.

—Cuéntame, Lorian, de una vez qué ha pasado después con esos cuatro números.

—Esos cuatro números, que en realidad son tres, ya que el único que no ha cambiado de color es el último que está al principio —todo lo estaba contando de nuevo muy deprisa, algo completamente desconocido para su amigo, así que Chris le cortó:

—¡Lorian! ¡Lorian! Háblame despacio, necesitas relajarte, y yo no tengo prisa, así que necesito entenderte bien. —Hizo una parada para calmar a su amigo francés y le dijo después: —Cuéntame despacio, cuéntame todo, desde que han aparecido esos cuatro misteriosos números. ¿Qué es lo que ha pasado luego con ellos?

Lorian, con la cabeza agachada, levantó la vista y volvió a mirar a la cámara para por fin tratar de contarle lo sucedido.

—Pues que antes de llegar a la Universidad, mientras iba andando, miré algo en la pantalla de mi maldito móvil y por ese descuido o despiste me tropecé en la acera justo en el paso de peatones.

—¿Y qué pasó? —le contesto Chris que seguía escuchando y viendo atento a través de su ordenador.

—Que estaba en rojo para los viandantes y tropecé quedando tirado en medio de un carril para los coches, en la peor posición y vi de frente, sin posibilidad de levantarme, cómo venía hacia mí un taxi a toda velocidad. Solo recuerdo que cerré los ojos porque no quería que lo último que viera en este mundo fuera la matrícula de un taxi. Chris, no te puedo explicar la sensación que es estar con los ojos cerrados sabiendo que te llega la hora. Solo oía un chirrido espeluznante que parecía la horrible banda sonora que iba a ser aquella que escuchara para terminar mi vida y que eran las ruedas del coche frenando en seco, algo espantoso. De repente, hubo silencio. ¡El silencio más absoluto! Yo no quería abrir los ojos porque igual estaba en otro lugar distinto a ese. Pero, de repente, tras el silencio, el murmullo de la gente era real, de este mundo, así que al abrirlos tenía justo enfrente el parachoques del taxi, ya parado, tan cerca que me parecía mentira que hubiese podido frenar a tiempo. Justo después, unas cinco o seis personas me ayudaron a levantarme, aunque de esta parte tengo lagunas y no lo recuerdo muy bien por la rapidez que sucedió todo. No hace falta que te diga lo que fue para mí aquel momento, además de estar temblando como un flan, había estado tan cerca de la muerte que fue el propio conductor el que me dijo la distancia a la que había quedado para tal impacto, o por lo menos eso creía él. Chris adivina, ¿a cuántos centímetros me quedé según ese taxista?

—Al primer número que muestra la caja, ¿no? —le contestó Chris de manera perspicaz.

—¡Justo! ¡9!

—Casualidades que se dan en esta vida, Lorian —dijo quitando importancia a lo dicho.

—¿Casualidades? No he terminado, cuando acabe te volveré a lo de las casualidades, déjame seguir. Una vez me pude recuperar del susto, gracias por un lado de que no necesitamos de ninguna ambulancia porque parece que me encontraba bien físicamente, sin ningún rasguño, como es evidente tenía mucha preocupación y ansiedad. Tras calmarme un poco continué mi camino hacia la Universidad, y justo cerca de llegar a ella había un señor mayor. Era invidente, sentado en el suelo que con la mano extendida y con unas gafas de sol pedía según sus propias palabras «una simple moneda de 1 euro para poder comer». Yo le di una moneda de mayor valor, pero no hubo forma de que aceptara la de 2 euros que yo le dejé en la mano. Me decía que con un euro le valía y que, aunque iba a estarme muy agradecido, no iba a aceptar los

2 euros, así que le di la moneda de un euro por la que tanto insistió, que es justo el segundo número de la lista. Chris, ¿no te parece raro que ofreciéndole 2 euros no los quisiera coger? ¿Que él quería 1 solo euro para poder comer ese día?

—Hombre, es un poco extraño, está claro, ya que no necesitaría pedir al día siguiente, pero es otra casualidad más de las que ocurren de vez en cuando sin que nos demos cuenta y esta frase es tuya que la recuerdo muy bien ya que te encanta soltarla en cuanto puedes.

Lorian pareció que se relajó algo con tal comentario e, incluso, sonrió a la cámara relajando un poco el tono de la conversación, y siguió con el último dígito que había cambiado de color.

—Por último, ya en clase, creo que sobra decirte que no estaba centrado en impartir mis clases, pero de no estar centrado y tratar de hacer mi trabajo como siempre, lo mejor posible, a hacer el ridículo más espantoso ante mis alumnos hubo solo un paso. En una fórmula bastante compleja que escribí en la pizarra, me confundí al igual que falla un chiquillo de cinco años en una parte de ella que era, curiosamente, casi ridícula. Chris, era una suma de dos números bajos, simples y encima pares, como son el 2 y el 4, ¡joder! Y escribí en la pizarra como resultado 7, ¡que es el último número de los que enseñaba WAX! Mis alumnos levantaron casi todas las manos para decirme que eso estaba mal, lo cual era más que evidente. Me sentí totalmente avergonzado ante ellos. Nunca he cometido semejante fallo con los números, y estamos hablando, ¡hostia! ¡De la suma de un 2 y un 4!

—Vale, Lorian; si eso es lo que pasó, es normal que fallaras ese dígito. Habías estado a punto de morir atropellado, un indigente te ha sorprendido con lo que te ha dicho, ¿no crees que tú mismo ya tendrías en tu mente el número que te salió casi automáticamente para poner ese 7 que era el que faltaba? ¡Tu cabeza solo pensaba en el 7!

—Puede ser, Chris, pero hay algo que lo cuadra todo y que baja las posibilidades de una simple y pura casualidad a lo más bajo que nunca he podido calcular.

—¿Y qué es ese algo? —preguntó extraño Chris.

—Que tanto el conductor del taxi como el indigente, y como mis alumnos al confundirme de número me repitieron su dígito ¡tres veces! Ni dos ni cuatro, ¡tres veces exactas, Chris! —Aquí empezó a acelerar lo que contaba de una manera muy vehemente—, el taxista me dijo tres veces justas los 9

centímetros que él pensaba que habían faltado para el impacto ¡ni una menos y ni una más, Chris! El pobre anciano me pidió la moneda de 1 euro en tres ocasiones, ¡ni una menos y ni una más, Chris! Y encima, cuando fui a buscarle porque me pareció rara la situación, resulta que ya no estaba. Por último, en la Universidad mi confusión hizo que se nombrara en clase el número 7 la misma cantidad de veces: ¡tres! ¡Chris, tres! ¡Ni una más ni una menos! —estas últimas palabras las decía con total entrega—, y eso en términos matemáticos está cerca de lo que podíamos llamar imposible en cuanto a probabilidades. Para que lo entiendas, Chris, ¡es como si te tocaran dos semanas seguidas la lotería! En Francia son los Euromillones, allí no sé cómo lo llamaréis, pero ¿entiendes mi preocupación ahora que sabes las historias?

—La verdad es que sí que tienes razón en cuanto a lo de la probabilidad de que se den los hechos sabiendo que esos tres números los tenías ya de antemano y te los estuviese mostrando de una manera tan clara la caja de cristal. Casi me preocupa más el hecho de que no responda a ningún estímulo, así que ahora mismo solo podemos hacer una cosa.

—¿Y cuál es? —contestó con cara expectante.

—Esperar, Lorian, esperar —Chris se quedó fijo mirando a la cámara viendo como su amigo ponía un gesto de desagrado—. Entiendo tu preocupación, ¡pero es que no tenemos nada! —Le estaba intentando transmitir algo de calma—. Tienes que esperar, Lorian, por lo menos una semana. Intenta hacer una vida normal y vamos a ver si ese número que falta aparece de la misma manera y tendremos donde poder empezar a trabajar, porque, de momento, no tenemos nada, solo tres coincidencias. No puedo hacer nada aquí por tres coincidencias, por muy asombrosas que sean, que desde luego lo son. ¡Entiéndelo! —El silencio apareció durante un instante y Chris lo rompió diciendo serenamente a través de la pantalla del ordenador: —Escucha, lo hemos hablado en muchas ocasiones al trabajar en esto: no sabemos exactamente acerca de las consecuencias que puede acarrear el poner algo tan nuestro, tan humano como es la intuición a un ordenador, ya que es otorgarle un poder que hasta ahora no tenían, pero Lorian, no podemos estar haciendo mejor las cosas. Antes de mostrarlo al mundo teníamos que comprobar su poder teniendo cada uno de nosotros una en nuestras casas durante un tiempo. No nos podíamos permitir que el proyecto se nos fuera de las manos como esto que está pasando. Y además los dos nos prometimos

que no saldría nada del proyecto WAX a la luz si veíamos que no era como pensábamos. En primer lugar y sobre todo, hacer algo básico como era hablar con algún miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas donde sabes que tengo algunos contactos. En segundo, este hecho es muy importante, ya que una simple caja, nuestra preciosa de cristal, Lorian, con esa bella luz flotante que parece tan inocente y mágica, se podría convertir en algo peligroso, ya que si se le introduce ese mismo *software* a un dispositivo que pueda llegar a hacer daño a los humanos, ¡uf! Se me pone la piel de gallina solo de pensar en que todo acabara en una futura guerra en el mundo en la que, por primera vez en la historia, los contendientes no estarían formados por hombres, sino que uno de los bandos serían simples máquinas o robots. Todo estaría causado por una sola palabra que nosotros hubiésemos introducido al mundo digital mediante tus increíbles matemáticas: ¡LA INTUICIÓN! Así que, Lorian, sé cómo eres y por eso me considero una persona afortunada por trabajar con alguien que quiere lo mejor para sus semejantes. Si viéramos que es algo que podría acabar por someternos, yo mismo con una pala enterraría mi caja de cristal en el jardín de mi casa, borraría todos los archivos del ordenador, dejaríamos el proyecto en el olvido y jamás sabría nada ni nadie de él. Un invento solo será bueno para la Humanidad si aporta mucho más que lo que puede destruir.

—¡Gracias, Chris! Lo bueno de esto es que pensamos igual y no he podido elegir a mejor persona para hacer lo que estamos haciendo.

—¿Elegir? Yo no usaría esa palabra, Lorian —dijo mientras sonreía por un recuerdo fugaz que le vino a la cabeza—. Yo aquí, en San Francisco, voy a tratar de saber qué quieren decir esos cuatro números. ¿Cuál es el cuarto número que me has enseñado antes?

Lorian giró su cara para mirar la caja y contestarle con mucha desgana:

—El 5.

—Ok. No tengo la capacidad matemática que tienes tú, pero no pararé de hacer pruebas y simulaciones para ver si esos dígitos quieren decir algo. ¿Te parece bien?

—Sí, Chris, pero estoy un poco asustado; hablamos de que pasara lo que pasara no íbamos a desconectar a WAX de su fuente de alimentación, pero me lo estoy pensando.

—Lorian —el tono del californiano cambió para que no le dejara elección y ahora fue muy contundente en su respuesta—, solo hay una manera de

saber qué quiere decir todo esto, y es que no desconectes a WAX y dejemos ver qué nos quiere decir, ¿te parece?

—¡OK, Chris! Juntos empezamos esto y te tendré al corriente. Da un beso a Katherine, al niño y un abrazo para ti, amigo.

—Igualmente, Lorian, mantenme informado. Un abrazo. Voy a la ducha, que al final voy a llegar tarde a trabajar —Y mandó un saludo para terminar la larga videoconferencia.

Tres días después de la última conversación con Chris, Lorian había pasado dos noches durmiendo en el sofá de su espectacular salón con la única compañía de sus innumerables pececitos tropicales.

Tenía varias opciones: una era dormir en casa ajena, pero esa opción no le gustaba en días de diario, Lorian quería pasarlas en su casa, así que solo tenía que elegir si dormir en su cama o caer en brazos de Morfeo en el sofá del salón divisando su inmenso acuario, bajando la intensidad de los ledes, disfrutando del movimiento de los peces que parecía que volaban dentro de ese gran cristal, ajenos a todo lo que estaba sucediendo y, sobre todo, intentando olvidarse de pasar la noche junto a unos números que seguían girando incansables, con un dígito que seguía de otro color.

Todo parecía que volvía a la normalidad y dormir en el sofá se empezaba a convertir en una costumbre. En sus clases se había vuelto a centrar por completo en su pasión y sobre todo en la responsabilidad de lo que significa dar clases en una Universidad de una de las ciudades más importantes del mundo.

Es jueves, Lorian regresa a casa y al entrar en el ascensor justo después de pulsar el botón del octavo piso, donde tiene su precioso ático a las afueras de París, es cuando suele sacar su teléfono para ver si le ha llegado algún mensaje de WhatsApp o ver su Facebook. Es un joven del siglo XXI que no se queda mirando la pared del ascensor con la mente en otros lugares cuando sube solo, sino que aprovecha esos segundos para mirar su móvil. Aunque siempre que le acompaña algún vecino, le gusta tener contacto con ellos y por eso sabe que la mejor manera es hablar de cualquier cosa menos del tiempo que hace. En su edificio siempre le han tenido mucha estima por ser un joven muy sociable y divertido. Hasta el hecho de subir con él en el ascensor de repente se convertía en un bonito viaje, un simple trayecto que podía solo ser hacia arriba o hacia abajo, pero que en la compañía de algún conocido era toda una garantía de una buena, aunque breve, conversación.

Al pulsar el botón para llamar al ascensor comienza su primer vistazo al móvil y justo cuando se abre la puerta entra en él sin ninguna persona más.

Como está en ese momento viendo un mensaje que le interesaba pulsó el botón del octavo piso de una manera automática.

Él está atento a la conversación del teléfono cuando el ascensor se para y abre sus puertas. Como ha estado inmerso completamente en lo que le mostraba la pantalla de su móvil, sale del ascensor normalmente y saca la llave para entrar en casa después de un largo día.

Al intentar meter la llave se da cuenta de que esa no es su cerradura, de hecho, dando un paso para atrás un poco asombrado se da cuenta de que no es su puerta siquiera, dato que verifica al mirar en que piso está.

La cara de Lorian al mirar que está en el quinto piso es indescriptible, no puede ser que el número que estaba viendo era el que faltaba de los cuatro dígitos. Él está convencido de que ha pulsado el botón del octavo, pero el ascensor ha parado en el quinto.

Con su mirada clavada en el número 5, no da crédito a lo que está viendo, pero allí no pinta nada. Así que sube rápidamente hasta su casa, abre la puerta, visiblemente nervioso, y se va directamente a ver a WAX que, sin embargo, está igual. No ha cambiado nada. El número cinco sigue siendo de distinto color que los otros tres «compañeros» dentro de la caja de cristal.

Observa cómo siguen girando y, tras un minuto mirándolos, decide olvidarse de ellos y va a prepararse algo de cena mientras sigue con la conversación WhastApp con una amiga. Así pues, con normalidad y tras el cansancio de una jornada agotadora, esa noche vuelve a dormir plácidamente en el cómodo y amplio sofá junto a sus compañeros, los llamativos pececitos tropicales.

En esa misma noche, Lorian tuvo unos sueños agradables, de esos que te gustaría que fueran reales y que duraran mucho, pero parece que su despertador no tuvo piedad con respecto a ese placentero momento de fantasía cerebral tan desconocido por el hombre como es el sentido que tienen ciertos sueños.

Seguramente serán de las últimas cosas en descubrir del comportamiento humano, el por qué soñamos ciertas cosas. Pero eso al despertador le daba igual. Se había empeñado en sonar como lo hacía todos los días a las 7 y cuarto con el tema *You are not from here* (que viene a decir «Tú no eres de aquí») de Lara Fabian, que a Lorian le gustaba especialmente porque su voz

le llegaba a su parte más emocional, aunque su tema, la canción que había decidido ser lo primero que escuchara cada mañana desde hacía años, lo hacía con el diminuto altavoz de su móvil para despertarlo.

Desde hace más de tres años, esa canción era la responsable de un cambio, la del paso de un mundo de sueños y fantasías, donde el cerebro recupera toda la energía que ha gastado en el día anterior hasta el mundo real donde todos habitamos. Aunque Lorian ahora mismo no sabía si lo que estaba viviendo era parte más bien parte de lo primero.

Esta vez, paró la música rápido, sin dejarla sonar mucho como otras veces donde la ha llegado a escuchar hasta en 3 ocasiones de manera seguida en modo «repetición».

Ahora había cumplido la principal función que era la de despertarle a las 7 y cuarto. Después de arreglarse sale de casa, no sin antes cerrar con llave la puerta de su casa. Mientras pulsa el botón del ascensor está pensando en un problema que tenía uno de sus alumnos que no era de mucha transcendencia pero que le tenía completamente abstraído del propio elevador que en cuanto llegó a su piso abrió como siempre sus puertas.

Al igual que todos los días una vez dentro de él pulsó el botón del 0, donde una vez saliera del portal tenía su coche. El ascensor cerró las puertas y pasado muy poco tiempo hizo una parada. Una parada que otra vez fue en el quinto piso.

Mientras se abrían las puertas del ascensor, que eran automáticas, él daba por hecho que algún vecino iba a montar, ya que era hora punta. Casi todo el mundo en ese edificio tenía esas horas como habituales para ir al trabajo. Pero transcurridos unos segundos, no entró nadie.

Lorian se asomó despacio a las puertas aún abiertas para ver si había algún vecino y no vio a nadie, por lo que le vino a la cabeza el episodio que le había ocurrido el día anterior en el que el ascensor le había parado en el mismo piso, esta vez subiendo.

Salió del ascensor despacio, con un gesto de extrañeza, mirando a ambos lados para ver si realmente había alguien. Una vez fuera del elevador, como un imán, sus ojos se fueron al cartel del piso donde estaba, donde encontró de nuevo el número 5. Otra vez había parado el ascensor en el quinto piso e hizo que se le empezara a acelerar de nuevo el ritmo cardíaco, ya que le resultaba muy sospechoso que ocurriera lo mismo dos veces en tan poco espacio de tiempo y exactamente en el mismo lugar sin ningún motivo aparente.

Su mirada al letrero del quinto no estaba vacía, estaba llena de porqués, un montón de preguntas que se agolpaban en su cabeza y que le estaban empezando a agobiar, todas esas preguntas que pasaban por su mente no le dejaban espacio a calcular algo que en condiciones normales y con su corazón bombeando sangre a un ritmo normal sería muy fácil para él de predecir y es la probabilidad de que un ascensor se parara dos veces en el mismo piso, contando que vivía en un octavo.

Todo eso ahora era inviable mentalmente. Así que solo había una manera de comprobarlo. Entró de nuevo y pulsó el botón del 0, donde estaba el portal de su edificio y por donde solía salir. Pero una vez llegado a él, no salió del ascensor y con el dedo en el botón del octavo tan serio que había claros matices de enfado en ese momento, no dudó en pulsarlo rápidamente.

Esta vez estaba pendiente del luminoso que mostraba cómo iban pasando por los diferentes pisos dentro del ascensor, su mirada era fija a los números por donde iba pasando: el primero, el segundo, después el tercero, él seguía mirando los dígitos casi sin pestañear, completamente serio. Después el cuarto, el ascensor seguía subiendo y al llegar al quinto, de nuevo el ascensor paró y abrió sus puertas.

Esta vez no esperó y salió directamente a ver si había alguien. ¡No había absolutamente nadie! Estaba él solo. Sus dedos pulgar y corazón fueron directamente a la zona superior de su nariz, mientras cerraba sus ojos, bajando la cabeza y negando con ella con los ojos cerrados, lleno de rabia, como dando señales de mucho agotamiento y de no saber qué era lo que estaba pasando. Esta vez, además, lo que estaba ocurriendo era dentro de su propio edificio y ¡sin ninguna persona como testigo!

Tras estar así unos segundos se aseguró de volver a mirar al letrero, pero era bien claro ya que mostraba de una manera tajante un gran 5 inconfundible, así que volvió a entrar en el ascensor para pulsar el octavo.

Como pudo, metió la llave en la cerradura temblando, ya que la prisa se había apoderado de él. Necesitaba entrar en casa pronto. Una vez dentro de ella corrió directo hasta su habitación para arrodillarse frente a WAX, que mostraba lo que Lorian se temía: los cuatro números con el mismo color violeta. El 5 esta vez, como ocurrió con los otros cuatro números, había cambiado. Eso le hizo bajar la cabeza de rodillas junto a la cama en señal de que estaba agotado, y sobre todo estaba incrédulo de lo que le estaba pasando. Una de las dudas que se temía se acaba de cumplir, y era que una

caja de cristal a la que él mismo había llamado WAX se había anticipado a lo que iba a pasar o, dicho de otra manera, WAX parecía estar leyendo el futuro y de eso, por fin, Lorian era tristemente consciente.

En sus 33 años de vida jamás se había sentido así. Millones y millones de números con los que había trabajado, jugado y combinado a lo largo de su vida y justo esos 4 que veía girar, todos en un mismo color le acababan de hundir porque se acababa de rendir ante una evidencia que ahora no podía negar, así que estuvo de rodillas más de veinte minutos, puede que incluso media hora. El tiempo necesario hasta que empezaron a dolerle las piernas en esa posición y no le quedó más remedio que levantarse. Con la cara completamente desencajada, sin ganas alguna de querer pensar más, se quedó tumbado, totalmente inerte en su cama junto a los números, tan cansado de lo que le estaba ocurriendo que poco a poco se fue quedando dormido.

UN MATEMÁTICO A PUNTO DE ENLOQUECER

Cuando abrió los ojos, era casi la hora de la cena en París. Lorian continuaba sin creer lo que había pasado. Giró su cara para encontrarse con el carrusel de números de nuevo y, con el ánimo suficiente, Lorian llamó a Chris por teléfono —Era buen momento por la diferencia horaria— para contarle lo que aún él no daba crédito: que una caja inteligente creada por ellos mismos con muchísimo trabajo y talento que solo debiera hacer caso a estímulos sonoros ahora mismo no hacía caso a absolutamente nada; estaba empeñada en mostrar 4 dígitos dando vueltas. Solo eso. Y lo que era peor: en vez de una caja rectangular, de repente parecía una bola de cristal de cualquier adivino mostrando algo que aún no había sucedido aquella noche del apagón.

Es como que se hubiese quedado bloqueada en ese estado. Lorian, con la lógica preocupación, le puso al día de cómo estaba la situación y Chris le contestó:

—Lorian, vamos a intentar ser lo más positivos que podamos. De momento, esta tarde me la tomaré libre y seguiré dándole vueltas y revisando todo el *software* que creamos. Bueno, que más bien creaste tú; a mí me dejaste la parte artística y la configuración de la nueva generación de hologramas.

—No te quites mérito, que ya solo ver como se enciende, bueno, encendía WAX es de un increíble talento tecnológico y artístico. Todo eso es gracias a ti y tu equipo. Visualmente la caja y sus haces de luz, Chris, son perfectos; parecen que tienen cuerpo de verdad y es simple luz. Eres un genio y el tiempo te lo demostrará. Y creo que tu nombre algún día estará en los libros de Historia de todos los colegios de las nuevas generaciones futuras que vendrán como hoy están Marconi, Gutenberg, los hermanos Lumiere y tantos inventores que han hecho que esta vida que nos ha tocado vivir nos la hagan mucho más fácil.

—Muchas gracias, Lorian. Una de las cosas que más te preocupaban era el que crearas una «semilla» de una inteligencia artificial que pudiera hacer daño por primera vez. Los dos sabíamos que íbamos a jugar con fuego, así que, solo esperando sabremos si al final ese fuego nos quemará o no. Esto

que está pasando puede que sean los primeros indicios de ello, pero creo que lo que tenemos en nuestro poder hará más bien que mal. Quiero que sepas que tengo la intuición de que todo quedará en una anécdota entre nosotros, aunque ahora este comentario te parezca una locura.

—Estoy muy orgulloso de haberte conocido y tenerte como amigo, Chris —dijo con un cariño tan sincero que logró llegar intacto y muy cercano a los oídos de su amigo sin que pareciera que era una comunicación transoceánica.

—Y yo, Lorian. Sabes que aquí tienes a una familia que te tiene mucha estima, y que tiene ganas de verte pronto. Ahora ya han aparecido en tu vida los 4 números que, si no apunté mal son el 9, el 1, el 7 y, ahora, el 5. Es decir, el 9175, ¿no?

—Sí, esos son mis nuevos «amiguitos» ahora —dijo mientras reía, aunque desganado con tal comentario irónico.

—Ok. Vale. Desde luego una fecha no puede ser, ¡porque si hay que esperar a ese año...! Esta tarde empezaré a buscar alguna, aunque sea pequeña pista. No obstante, el hecho de que en esta primera fase de nuestro proyecto el que WAX francés parece que falla o quiere decirte algo, el prototipo WAX que tenemos aquí lo vamos a desconectar hasta saber las noticias que nos envíes desde París. Ahora estamos con muchos encargos y la empresa está creciendo a un ritmo increíble. No queremos otra sorpresa por aquí, así que ya hice el complejo proceso de desactivación y ahora solo funciona el tuyo. Bueno, más bien lo de funciona es un decir —Chris sonrió—, digamos que por lo menos tiene luz y cuatro números, aunque parece que se haya quedado bloqueada en ese estado. Además, Lorian, este mes tenemos un proyecto del que estoy muy ilusionado también y que podría suponer el despegue de mi trabajo aquí al lado del Pacífico —Chris paró de hablar, pero enseguida continuó con algo que desconcertó a Lorian—. ¡Ah! y escucha, aunque parezca una locura y esto no te lo debería decir un científico medianamente serio, no te cierres la puerta de que todo sea una casualidad.

—¿Una casualidad, Chris? —dijo nervioso y casi crispado; con tal palabra, le cambió el gesto de repente a oír esa palabra—. ¡Es prácticamente imposible!

—¡Justo! Tú lo has dicho, «prácticamente». Ese prácticamente deja la puerta un poco abierta, mientras que «imposible», así, a secas, cierra la puerta por completo, ¡totalmente cerrada por donde no puede entrar «na-da»! Lorian, escucha —Chris hizo un parón bastante largo con mucha intención

para relajar el tono de la conversación y hacerle una pregunta que iba a resultar una trampa para su gran amigo—, tú que tienes datos, te apasionan estas cosas y te vuelves loco por los números, contéstame: ¿cuántas playas hay en el mundo? Así, aproximadamente.

La pregunta le pilló por sorpresa. Lorian quedó descuadrado con lo que oía porque era una de las cosas que nunca se había parado a pensar y menos en un momento de crisis como el que estaba viviendo, así que contestó —no tengo ni idea Chris, este mundo nuestro es muy grande.

—Pero ¿no podrías decirme así más o menos una cifra aproximada? —volvió a preguntar.

—Me temo que no porque son demasiadas, hay muchos cientos de miles de kilómetros de costa al mar, eso es lo único que me puedo aproximar. Son demasiadas para calcularlas. Pero... ¿a qué viene esa pregunta?

—Tú solo respóndeme. Me vale la respuesta «demasiadas». Ahora dime, ¿cuántas parejas se van a pasar unas vacaciones al año en sitios donde haya playa?

—¡Chris! ¡Ya sé dónde quieres ir a parar! ¡No puedes comparar aquello con lo que me está pasando ahora!

—No me has contestado —Chris usaba ahora esa frase de la misma manera que se la hubiese dicho a un niño pequeño. Tras tres segundos de silencio, Lorian dijo resignado:

—Es algo que no se puede calcular —lo pronunció además con mucha desgana porque sabía adónde quería llegar su amigo californiano.

—Lorian, ¿cuántas yardas o metros cuadrados en vuestro sistema métrico puede tener una playa normal de cualquier lugar terrestre?

—¡No uses lo del *frisbee* para esto! —contestó muy serio Lorian.

—No he oído la repuesta a mi pregunta —dijo Chris otra vez con la misma tranquilidad.

—Muchísimos metros cuadrados —no le quedaba más remedio que contestar—, las playas suelen ser grandes, no puedo hacer un cálculo sin saber qué tamaño tiene dicha playa.

—1 milla. O mejor, 1 kilómetro, por ejemplo, para ponértelo más fácil.

—Pues unos 200 millones de metros cuadrados si hay 200 metros desde la acera hasta la orilla de ancho —dijo con desgana.

—Vale. Y dime, ¿cuántas posibilidades hay de que entre el incalculable número de playas de los cientos de países que existen en el mundo, la de

parejas que están en ellas dando un tranquilo paseo, las pulgadas cuadradas de piel que tenemos en cada uno de nuestros cuerpos y los 86.400 segundos que tiene un día cualquiera, Lorian, dime —y aquí poco a poco se fue acelerando—, ¿cuántas posibilidades hay de que un extranjero francés patoso no sepa lanzar bien a su chica un *frisbee* mientras jugaban y lo impacte de una manera brutal, pensando que un *frisbee* es un platillo volante casi inofensivo? Joder, ¡es un simple juguete de plástico! Justo choca con un hombre de lo más normal que paseaba con su pareja de la mano por aquella tranquila playa, hasta ese momento felices. El impacto debe ser justo en una zona crítica de la frente que le haga caer inconsciente en medio de una playa que estaba vacía. —Las últimas palabras de toda esta argumentación fueron en aumento dándole un especial énfasis, aunque con un tono del que se notaba que había una parte mucha intensidad casi cómica en dicha pregunta.

—¡Chris! ¡No me puedo creer que metas aquello en todo lo que está pasando! El *frisbee* siempre se me ha dado bien. Aquel día igual se lo lancé a Aline demasiado fuerte, pero ¡yo no tengo la culpa de que en vuestras playas haya tanto viento!

—¡Me dejaste KO sobre la arena! ¡Joder, Lorian! —dijo Chris con una rotundidad y seriedad como si le acabase de golpear otra vez—, ¡es que casi no me acuerdo de nada tras aquel el impacto porque encima después te cebaste conmigo!

—Yo, la verdad, me preocupé mucho, demasiado también —recordaba Lorian—, porque no reaccionabas y, sobre todo, porque Katherine se puso muy nerviosa al verte completamente inconsciente. Parecías muerto y no respondías a los estímulos externos en los primeros auxilios.

—¿Estímulos externos? Lorian, me estabas dando unos tortazos en la cara que, aunque me hubieses matado con el dichoso disco de plástico, me habría puesto en pie para decirte: «¡Joder! ¡Para ya de darme bofetones!» —El tono de la conversación era de una discusión con un ligero toque divertido hasta que Chris cambió al punto donde quería llegar poniéndose muy serio con todas esas preguntas—. Ya hace muchos años de aquello, pero desde ese momento, tu preocupación por dicho golpe, que no pudo ser más certero por tu torpeza —una «torpeza» que enfatizó hasta un límite extremo, burlándose de la puntería que exhibió aquel día su amigo francés—, fue un punto de inflexión muy importante en mi vida y no porque temiera por ella.

—Ahora que ha pasado el tiempo, te juro que pensé que te había dejado

seco en el sitio. Vaya manera más triste de morir, ¿no?

Chris sonreía al otro lado del teléfono

—La verdad es que sí —pero se volvió a poner serio para decir—. Oye, sin aquel *frisbee* que lanzaste a la que entonces era tu novia en vuestras vacaciones aquí en San Francisco no nos hubiéramos conocido nunca, jamás, ¿me oyes? ¡Nunca! Lorian, dime, con el corazón en la mano si eso del *frisbee* se puede repetir.

—Está claro que no, que fue fruto de muchas casualidades.

—Pues con los números que muestra WAX puede que simplemente pase lo mismo, que sea otro de esos cúmulos de casualidades y simplemente esté funcionando mal, y ya está y no quiera decirte nada.

—Chris, no lo sé, pero lo que tengo claro es que haberte conocido ha sido muy importante en mi vida. Quién diría que años después de aquel impacto en aquella preciosa playa sería el punto de partida de una amistad tan grande.

—El verte aparecer al día siguiente en el hospital donde estuve dos noches en observación hizo mucho para saber qué tipo de persona eras. Aunque estuvierais esos diez minutos para preocuparos por mi estado, hizo que siguiéramos en contacto. Y a Katherine, que estaba embarazada del que hoy es nuestra gran alegría, le pareció un gesto muy bonito verte aparecer por allí, y eso que casi la dejas sin marido. Cuídate y cualquier cosa me llamas, aunque me tengas que despertar de madrugada por la diferencia horaria. Ya me invitarás a unas buenas cervezas para compensarme de esas llamadas. ¡Suerte, Lorian! Y estate tranquilo, ¿vale?

—Lo de estar tranquilo va a ser muy difícil, pero gracias, Chris —dijo un emocionado Lorian—. Te mantendré informado. Un abrazo y *bon jour*.

—¡*Bon jour*, Lorian!

En la Universidad las clases que imparte se tornan en clases en las que los alumnos notan a su profesor más serio de lo normal, pero consigue sacarlas adelante, aunque las explica con un gran miedo debido a que, al calcular algunas operaciones en la pizarra, el resultado final pueda ser el de 9175, es decir, los cuatro dígitos.

Eso le podría empezar a enloquecer de una manera patológica y ser un serio problema de quien siempre ha tenido una fantástica salud mental.

No disfrutaba de su trabajo, algo tristemente nuevo en su vida. Estaba en una situación muy difícil porque no hay nada más desconcertante que todo lo que le había sucedido en tan poco tiempo y, aunque no creía en el destino,

sabía que tarde o temprano esos cuatro números iban a tener que aparecer.

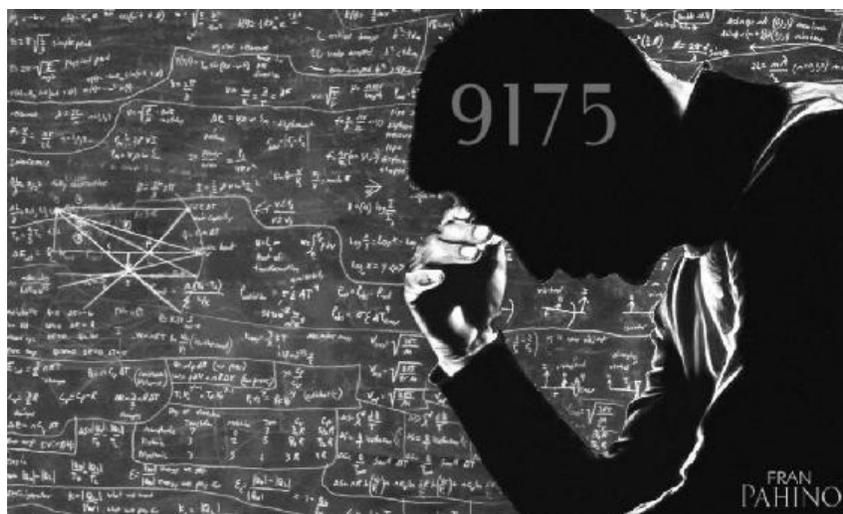
Por su cabeza las preguntas que le machacaban día y noche tenían dos grandes «peros»: el «pero» ¿cuándo aparecerán? y sobre todo el «pero» ¿por qué?

Cuando comía, lo hacía solo, ya que no dejaba de buscar qué relación tenían un 9, un 1, un 7 y un 5. Llenaba todo un cuaderno de unas doscientas páginas con cálculos y simulaciones en búsqueda de una pequeña pista de la relación entre estos cuatro números y, por supuesto, buscando en Internet cuando estaba en casa.

Su vida social se estaba viendo afectada también. No era el Lorian al que le gustaba ir por la noche en compañía de sus amigos. No tenía ganas de salir y pasar la noche en compañía de esas bellas mujeres con las que compartía algo más que una deliciosa cena a la luz de las velas de los mejores restaurantes parisinos.

Su cabeza estaba en los cuatro números y en estar conectado con Chris con el que hablaba a diario por si había alguna pista nueva, pero los días simplemente iban pasando, tan despacio que eran hirientes.

Chris, desde California, solo le podía ayudar como amigo, ya que el corazón electrónico de lo que habían creado era obra de las ecuaciones de Lorian, y Chris en ese sentido no tenía los conocimientos matemáticos del francés para poder ayudar desde ese punto de vista científico.



Todo ello hizo que Lorian estuviese en un bache anímico. En esos días se había convertido en una especie de lobo solitario al que el tiempo

meteorológico tampoco acompañaba, ya que llevaba lloviendo cuatro días seguidos sin parar en París.

Es raro el día que no caiga algo de agua sobre la capital gala, pero en esta ocasión la lluvia era bastante constante, así que tocaba ir con paraguas a todos los lados. Una tarde, mirando en el periódico la cartelera que había en el cine decidió que había una película que le parecía interesante y también la mejor manera de estar distraído, así que antes de coger su coche en el centro de París se dio cuenta de que necesitaba sacar dinero en un banco.

Vio que un cajero cercano estaba ocupado, así que esperó a que la persona terminara de sacar dinero. Con el paraguas agarrado con la mano izquierda, cogió de su bolsillo el teléfono móvil para mirar si había alguna novedad en cuanto a notificaciones o mensajes, pero enseguida se dio cuenta de que la persona que estaba sacando dinero, protegida al igual que él con un paraguas, estaba hablando por teléfono con la voz un poco más alta de lo normal. Solo escuchaba frases sueltas, todas ellas cargadas de preguntas. Dio dos pasos adelante para escuchar si la persona que tenía delante necesitaba ayuda, aunque aún estaba a dos metros del cajero.

En cuanto dio esos pequeños pasos no hizo falta acercarse más, ya que fue la propia persona la que se giró un poco para salir andando, casi corriendo hacia la izquierda, diciendo algo que escuchó perfectamente Lorian: «Ya estoy camino de allí ¡tardo solo diez minutos! ¿En qué hospital es?». Era claro que era una mujer, porque además del tono de su voz, Lorian pudo ver ligeramente el rostro con una preocupación extrema, tan extrema como la velocidad con la que salió corriendo de allí calle abajo.

Todo fue tan deprisa que no tuvo tiempo a decir si necesitaba ayuda, porque en cuanto se quiso dar cuenta, ya había perdido de vista a esa persona que acababa de recibir una llamada que era, desde luego, cuando menos preocupante.

Con el paraguas en la mano izquierda, Lorian guardó el teléfono, ya que necesitaba la mano derecha para coger la tarjeta de crédito y sacar dinero en efectivo. Pero para su sorpresa, al estar frente a la pantalla del cajero automático y antes de que él pudiera introducir su tarjeta, se dio cuenta de que la chica que se acaba de marchar por aquella urgencia se había dejado la tarjeta dentro del cajero. Tenía a medio hacer la operación de sacar dinero, y Lorian leía en la pantalla: «INTRODUZCA SU NÚMERO PIN». En un acto casi automático, iba a pulsar el botón de anular operación con lo que

recuperaría la tarjeta de aquella mujer que se la había dejado dentro del cajero. En el preciso instante en que iba a pulsar la tecla de anulación, la sangre empezó a fluir de nuevo por todo su cuerpo más deprisa. El culpable de todo ello era que estaba ante una máquina que le estaba pidiendo cuatro dígitos. ¡Cuatro números!

Su cabeza de momento hizo que el dedo no pulsara el botón de anulación y sus ojos se quedaron leyendo en la pantalla hasta tres veces «INTRODUZCA SU NÚMERO PIN».

Le parecía una locura. De hecho, miró a ambos lados para ver si había alguien vigilando, pero por primera vez desde que WAX le mostrara los cuatro números, se le presentaba una oportunidad de teclearlos en un sitio que no fuera su ordenador.

Además, no tenía nada que perder, así que primero pulsó el 9, después el 1, luego el 7 y por último el 5. Mientras tecleaba el 5, por su cabeza pasaban pensamientos como que era una ridiculez lo que estaba haciendo. Pero la palabra ridiculez dio paso a una imagen visual que le quedó absolutamente petrificado, ya que lo que apareció justo al escribir el último número fue «CÓDIGO CORRECTO» e, inmediatamente, un menú en donde podía hacer cualquiera de las operaciones propias de una tarjeta normal entre las que estaba sacar dinero.

No había nadie a 50 metros a la redonda, así que Lorian movió varias veces la cabeza renegando «¡No puede ser!» e, inmediatamente, pulsó el botón de anular operación para extraer la tarjeta que aquella chica se había quedado.

Con la tarjeta de esa persona en su mano, la manera de bombear sangre del corazón estaba cerca de alcanzar ritmos que podían ser de nuevo peligrosos para su salud. No podía creer que lo que acababa de suceder tuviera que ver con lo que llevaba mostrando WAX varios días, así que, una vez con esa tarjeta en la mano, solo quedaba mirar a quién pertenecía. En ese momento, Lorian no era consciente de que se le había caído el paraguas al suelo, ya que sus ojos estaban leyendo que la tarjeta de crédito tenía impreso el nombre de una persona, en este caso el de una chica: ¡CHIARA BACHELLINI MASERA!

CAPITULO 5

POR FIN SE CONOCEN CHIARA Y LORIAN

Al día siguiente, a última hora de la mañana, el teléfono de Chiara sonó. Ella no contestó a la primera, aunque quisiera hacerlo, ya que para acceder hasta él tenía que buscar entre un montón de cosas absolutamente imprescindibles en el bolso de cualquier mujer. En este caso estaba perdido por el fondo, y para conseguirlo, su mano tenía que atravesar una serie de objetos como: base de maquillaje con su miniespejo, cartera con multitud de tarjetas de todo tipo (de los supermercados, de tiendas, de cafeterías, algunas tarjetas bancarias entre las que faltaba la que se había dejado en aquel cajero), una botella de agua pequeña, un pintalabios, un llavero del que salían alrededor de 6 o 7 llaves, un bolígrafo, un par de tampones, gafas de sol, una pequeña libreta, tiritas, parches para las calenturas labiales, un mechero (aunque ella no fumaba), medicamentos en una cajita dorada, una memoria USB, horquillas... Pero, sobre todo, no faltan en los bolsos de una mujer del siglo XXI son los tiques de compras, que se van acumulando allí y que con el paso del tiempo solo queda el papel blanco, ya que los números y letras se han ido desgastando y desvaneciendo. Chiara tenía tiques acumulados desde hacía tres meses por buena parte del bolso.

Y justo debajo del todo, en el «lecho marino» de dicho complemento esencial de toda mujer actual, debido a unas las leyes de la naturaleza que nadie ha podido demostrar, pero que suceden con frecuencia y que lleva el nombre de la ley de Murphy, justo debajo de todas esas cosas solía estar su móvil.

Rara era la vez que podía coger su teléfono sin que al final la llamada se quedaba sin respuesta, así que, con frecuencia, era ella la que devolvía la llamada. Tras tener su teléfono en la mano vio que la llamada procedía de un número desconocido, así que, como siempre, ella tecleó el botón para llamar a ese número.

—¿Hola? —dijo ella en cuanto notó que habían cogido su llamada.

—Hola, ¿eres Chiara?

—Sí —dijo un poco sorprendida—. ¿Quién eres?

—No nos conocemos, pero tengo algo que creo te pertenece.

Se hizo un silencio por parte de Chiara en la que buscó y rebuscó en sus pensamientos, pero no consiguió sacar información en esa búsqueda, así que le respondió algo intrigada:

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es?

—Ayer estabas en un cajero automático y tuviste que salir corriendo, ¿no?

—¡Sí! —En ese punto se dio cuenta de qué asunto se trataba—. Recibí una llamada de la cual me asusté muchísimo; tuve que salir disparada. ¡Era algo muy urgente!

—Ya, lo vi. Estaba justo detrás de ti haciendo cola para usar ese cajero, así que te marchaste tan deprisa que no esperaste a recuperar la tarjeta que estaba aún dentro del cajero. Te llamo para decirte que la tengo yo.

—¿De veras? —dijo ya con otro tono diferente mucho más relajado e incluso aliviado.

—Sí. Por cierto, tal como saliste corriendo parecía algo grave... —y Lorian se calló esperando a ver qué le decía ella, no quería meter la pata.

—¡Ah! Gracias a Dios solo fue un susto. A mi padre le dio un amago de infarto y en ese momento le estaban llevando al hospital, pero la cosa fue muy bien. Llegaron justo a tiempo y todo salió perfecto en el quirófano, así que todo quedó ahí. Menos mal, porque jamás había tenido esa sensación y estoy muy unida a mi padre. Muchas gracias por preguntar. ¡Ah! ¡Y también por llamar!

—De nada, Chiara. Habías dejado la tarjeta dentro; podía haber venido alguien y haber sacado dinero de tu cuenta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo pone en la tarjeta que tengo aquí conmigo: Chiara Bachellini Masera.

Ella se ruborizó porque no había caído en tal obviedad. La Chiara despistada hacía acto de presencia. Aunque esto era una simple llamada, un leve color rojizo apareció por sus pómulos como señal de vergüenza.

—Es verdad, fue un día muy estresante y no había caído en cuenta sobre la tarjeta. Solo recuerdo que fue todo muy deprisa desde que me llamó mi hermano. De todas formas, me parece que no había metido los 4 dígitos, no podían haber sacado dinero.

—Pues sí, porque si llegan a saberlos, igual te hubiesen sacado una buena cantidad de dinero. Tuviste suerte de no haber tecleado esos 4 números —

Con esta última frase, Lorian se podía haber ganado un Óscar de Hollywood a la mejor interpretación.

—Y ¿cómo no dejaste la tarjeta en la sucursal y te has quedado con ella?

—Pues quería saber qué era lo que había pasado con esa llamada que te hizo salir corriendo de aquella manera calle abajo —Segundo Óscar de Hollywood para el francés. Estaba claro que no le podía contar nada de lo que había ocurrido con los cuatro números que le mostró WAX.

—Pues, de verdad... ¡muchísimas gracias! —le transmitió ella llena de agradecimiento.

—¡De nada! Una sucursal de tu banco está a dos manzanas de donde vivo yo. Si quieres, te la dejo allí para que te la envíen. —Lorian hizo una jugada maestra que le podía salir mal, contaba con ello, pero era uno de los hombres más inteligentes en cuanto a números y sabía que las probabilidades de que Chiara no tuviese la curiosidad de conocerle en persona para darle las gracias eran muy bajas.

—¡Vale! —contestó Chiara, para continuar diciendo lo que Lorian sabía que iba a decir ella—. Pero quizás nos podríamos ver y me la das en persona. Me gustaría agradecerte lo que has hecho. Si quieres, me gustaría invitarte a un café. Es lo mínimo que puedo hacer. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Lorian. Y, mmm..., vale —hizo una astuta pausa y continuó —, me parece perfecto. En cuanto pase este fin de semana, cuando quieras. Te acepto la invitación.

Las matemáticas son, sin duda, la ciencia más exacta, y en este caso jugaron de parte de él, aunque también entró en juego el factor suerte.

Lorian tenía muy claro que estaba un poquito más cerca de saber por qué esos cuatro números le habían llevado hasta ella. No se pueden contar la cantidad de preguntas que tenía en su cabeza, porque poniendo las piezas del puzle que había aparecido en su vida desde que escribió «el color que no existía» en Google, no encontraba manera de encajarlas, así que con un fin de semana que se le iba a hacer muy largo, casi eterno, ahora ya por lo menos tenía un punto de partida, una cita en la cual iba a intentar saber qué era lo que estaba pasando.

Las noches eran largas para Lorian, que solía quedarse dormido pronto. Pero con la intranquilidad de todo lo que había pasado por su vida en los últimos días y la incertidumbre, (palabra que odian los matemáticos) afectaban a su sueño. Fue uno de los fines de semana más largos, cuando

siempre se le pasaban volando; los pececitos tropicales fueron testigos de esas largas noches a la espera de saber algo más de esa mujer apellidada Bachellini.

Fue la tarde del martes cuando Chiara llamó a Lorian para quedar en una cafetería cerca de la casa de la joven italiana, en pleno centro de París. Para ella era una cita casi de trámite para recuperar la tarjeta y agradecer a esa persona su gesto. No tenía la menor idea de cómo era, aunque no le preocupaba mucho. En ese momento tenía en su cabeza cosas mucho más importantes.

La actitud de Chiara contrastaba con los nervios de Lorian, que flotaban en el aire el día de conocerla. La personalidad de un hombre que solía tener una seguridad en sí mismo fuera de lo normal, esta vez no era ni mucho menos la habitual. Todo lo contrario, estaba hecho un flan, porque cuatro números le habían llevado hasta ella; eso no solo le parecía una locura, sino que ¡directamente lo era!

Cuando quedaba con una mujer, cosa que hacía a menudo, antes de ver a la persona con la que había quedado sus sensaciones eran de una tranquilidad tal que parecía una especie de hombre de acero en cuanto a su templanza, algo que ellas notaban enseguida. Esta vez tenía muchos porqués acerca de lo que se iba a encontrar y sobre qué sentido tenía que cuatro simples números le hubieran llevado a conocer a una desconocida. La última mirada al espejo de su habitación una vez arreglado de manera informal fue para decirse a sí mismo mentalmente: «¡Que sea lo que Dios quiera!». Lo hizo muy serio, ya que desde que aparecieron esos 4 números en su vida hasta el ritual de sonreírse a él mismo en su gran espejo había desaparecido tristemente.

Chiara fue la primera en llegar al café, un sitio donde solía acudir antes de ir a trabajar, aunque en esta ocasión era por la tarde, a punto de caer la noche parisina, una vez que ha concluido su jornada de trabajo.

Como no saben cómo son físicamente, ella le manda un WhatsApp diciendo que está sentada nada más entrar en la cafetería en la barra de la derecha, mensaje que contesta Lorian con un «OK, estoy llegando». Ambos aman la puntualidad y en este caso no iban a dejar de serlo. Mientras ella echa un último vistazo a su móvil y a diferentes mensajes que tiene pendientes de leer, Chiara está tan tranquila; Lorian está caminando, se encuentra a menos de cien metros del lugar del encuentro y su actividad cerebral está al ciento cuarenta por ciento, lo cual le hace estar nervioso. Está

a tan solo unos cuantos pasos de encontrarse con alguien que no sabe cómo es, qué aspecto tiene... Por su voz tenía claro de que hablaba con una chica joven. Lorian estaba allí, acercándose a la cafetería a consecuencia de lo que le había iluminado y mostrado una caja de cristal que tenía en su habitación y que, además, para rematarlo todo él mismo había diseñado. Lo raro sería que no estuviera nervioso y él estaba hecho un manojo de nervios. Pero según daba cada paso, quería empezar a resolver de uno en uno los porqués de todo.

Nada más entrar en la cafetería Lorian se dirige hacia la derecha y, efectivamente, justo en el fondo del local, casi pegando a la pared ve a una chica que tiene la mirada clavada en su móvil tranquilamente. Su primera impresión no es mala, ya que ve a una chica que parece veinteañera y que, de perfil, a escasos quince metros, por lo menos muestra una primera referencia que no le disgusta.

Justo al acercarse a ella, Lorian comenzó a hablarla, pero no se da cuenta de su presencia.

—¿Chiara?

Ella se vuelve y se produce el primer contacto visual entre los dos protagonistas de esta historia.

—Lorian, me imagino, ¿no? —dice con una preciosa sonrisa, una sonrisa que es seis veces más fuerte que la templanza que suele tener en los primeros diálogos con chicas desconocidas. Por una vez desde mucho tiempo, hace que se quede sin saber qué decir a causa de las ciento de preguntas que tenía interiormente, de la extraña situación rematada con tan tierna y bella sonrisa que le regalo ella de entrada cortésmente. Por primera vez en años, Lorian se quedó sin saber qué decir y respondió con una timidez que nunca antes había transmitido al hablar, así que, casi más que responder, le balbuceó.

—Sí, ¿cómo estás? —Sin más que eso, un simple «¿cómo estás?» y ¡demasiado que pudo llegar a pronunciarlo!

Ella le contestó con total normalidad:

—Muy bien, mira estaba aquí poniéndome al día hablando con una de mis mejores amigas. Está pasando una mala racha la pobre.

Fue justo en ese momento cuando se hizo un silencio, que fue hasta surrealista, ya que Lorian se quedó sin palabras en su cabeza qué decir. Aunque parezca mentira y un poco absurdo, un catedrático de una Universidad de la Ciudad de la Luz no se sabía en ese momento ni una sola palabra de las casi sesenta mil que tiene el diccionario francés y, por eso, el

silencio fue tremendamente incómodo. Era como si alguien le hubiese congelado o paralizado y no tenía ni palabras ni movimiento, así que Chiara, al ver que no reaccionaba, le dijo a Lorian, que estaba completamente en fuera de juego:

—Creo que tienes algo que me pertenece, ¿no?

Frase que, tal como se estaba comportando él, iba a ser de las pocas que se pronunciaran porque en esa línea el café iba a ser rápido e incluso inexistente. Pero en ese momento, Lorian volvió a recuperar todas las palabras perdidas por una fugaz amnesia, producida por la sonrisa de Chiara, reaccionó y empezó a ser el Lorian de siempre que, además, por primera vez desde que la vio, pudo devolverle la sonrisa.

—¡Ah sí, es verdad, qué tonto! ¡La tarjeta! —Se rio de sí mismo, pero por lo menos había recuperado el timón de la situación y se centró en lo que tenía que decir—. Perdona, es que venía pensando en un asunto del que casualmente me he acordado al entrar en la cafetería y ha coincidido justo cuando me has hablado.

Parecía que Lorian empezaba a reaccionar, aunque fuera de esa manera, y volvía a ser el de siempre con la rapidez propia de un buen conversador.

—¿Llevas mucho esperando?

—Cinco minutos —respondió ella.

—Lo de cinco minutos es algo casi indefinido en el tiempo para vosotras —ya pudo decir en un tono mucho más distendido—, hubo una vez que una amiga mía me dijo bajo en cinco minutos; inocentemente la creí, y cuando ella bajó, para que te hagas idea de lo que fueron según ella esos cinco minutos, me hubiese dado tiempo a ir a Disneyland, montar en cuatro atracciones, hacerme tres fotos con Mickey, tomar algo con él, hablar de en qué punto estaba su relación con Minnie y al regresar otra vez a París igual ¡aún no hubiese bajado!

Ella se rio, lo cual fue la mejor señal para la brillante cabeza de Lorian, que había colapsado unos segundos antes. Por lo menos, la situación estaba, cuando menos, estabilizada.

—¿Quieres que nos sentemos? —comentó ella.

—Sí, vamos a esa mesa de ahí, ¿qué quieres que te pida?

—Un café solo.

Mientras esperaban a que se lo pusieran, siguieron hablando del estado del padre de Chiara, ya que, como no podía ser de otra manera, Lorian se interesó

por él.

Tras sentarse ya con las consumiciones sobre la mesa, Lorian notaba que estaba más en su terreno, con una chica delante y los cafés sobre la mesa y por fin podía empezar a analizarla desde todos los puntos de vista además de escucharla y charlar con ella.

Lo primero que observó fue que Chiara era una persona que trataba y hablaba con gente a diario y que sonreía mucho. De entrada, veía que era una mujer jovial además de comprobar que estaba con una chica muy guapa.

También se dio cuenta enseguida de que ella era de una belleza muy simple, con unos rasgos muy dulces que, junto al tono de voz tranquilo que empleaba, la hacían muy atractiva.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —preguntó Chiara.

Fue algo curioso, porque era ella la que llevaba las riendas de la conversación cuando, generalmente, con Lorian eso no solía suceder.

—Doy clases de Matemáticas.

—¡Ah! En un instituto —soltó Chiara que tantas veces pecaba de esa inocencia y que la hacía tan especial.

—¡Nooo! —Él sonrió porque su pregunta estaba lejos de la realidad—. Doy clases en la Universidad Diderot. Aquí, en París.

—¿Universidad? ¿Pero cuántos años tienes? —preguntó con muchísima curiosidad y asombro.

—Treinta y tres —dijo mientras sonreía.

—¿Y siendo tan joven tú das las clases? —dijo muy sorprendida y sin creer bien lo que oía.

—Sí, así es —la sonrisa con que dijo esta última frase ya estaba cargada de un poco más de picardía, pero en esta ocasión necesitaba obtener información, saber cosas de ella para ver qué era lo que estaba pasando. Lo primero que quería saber Lorian era de dónde era, ya que su nombre desde luego no sonaba a un nombre francés.

—Tu nombre es italiano.

—Sí, soy de Roma, aunque ya llevo muchos años aquí, en París.

—Pues la verdad es que se nota poco el acento italiano que tienes; no cabe duda de que te has enraizado en esta preciosa ciudad y tu francés es más puro que el de muchos de los propios parisinos. —Ella sonrió ante aquel pequeño halago al que siguió otro—. Tienes un bonito nombre —Lorian miró justo después hacia un lado, a un punto indefinido para pronunciarlo y asentir con

la cabeza ahora ya sin ninguna prisa—, ¡Chiara! Sí, es bonito. ¡Muy bello! — exclama ya mirándola a ella.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo con una medio sonrisa—, pero es curioso que podemos elegir color de pelo, peinado, nuestra ropa de vestir, si creer en Dios o no, tener nuestras propias ideas... Tenemos un abanico casi infinito de cosas que podemos elegir y, sin embargo, una de las cosas más importantes, como es nuestro nombre, que es seguramente ¡lo que más nos van a decir en nuestra vida!, resulta que nos viene impuesto por nuestros padres. Pero claro, eres tan pequeño que tú, en ese momento, no tienes la capacidad de hacer alguna sugerencia. —Lorian se empezó a dar cuenta según ella iba hablando, de que tenía una forma de comunicarse y de decir las cosas que le estaban empezando a agrandar, así que siguió escuchándola—. Los padres, de hecho, cuando ya saben el sexo del bebé comienzan con un mundo de posibles nombres para su pequeño retoño y claro, buscan opciones. Algunos nombres son como para hacerle pasar al pobre niño una dura infancia cuando vaya al cole. Los padres hacen listas de posibles nombres y van descartando hasta llegar al nombre elegido.

—Y Chiara fue el elegido, ¿no? —dijo con total convicción.

—¡Qué va! —rio.

—¿Entonces? —preguntó extrañado Lorian porque era la primera vez que oía algo así.

—Digamos que mis padres no tenían ni idea del nombre de su primer hijo; de hecho, no quisieron saber si yo sería niño o niña.

La conversación tomaba un matiz más serio, y Lorian sentía que lo que le iba a contar era algo interesante, por lo que prestó más atención aún, aunque no tuviera que ver absolutamente nada con la caja, y preguntó muy curioso:

—¿Tus padres no querían saber si su hijo era un varón o una hembra?

—Sí, así es; mi madre me contó que cuando estaba embarazada hablaban de qué hacer en cuanto a mi nombre y, al final, los dos decidieron esperar a verme para elegirlo con la alegría de saber que ya estaba en este mundo una nueva criatura.

—¡Qué curioso! Nunca me lo había planteado. Me parece una idea brillante. Y ¿qué pasó?

—Pues que como habían prometido, no se dijo ningún nombre mientras mi madre estaba embarazada. Seguro que ella tenía alguno en la cabeza, pero mi padre... Te puedo asegurar que lo del nombre era lo de menos; estaba feliz

con ver a su mujer embarazada. Y fíjate qué curioso, que una vez que nació, estuvieron mirándome. Según mi madre, los dos estaban tan contentos que había cruce de miradas entre ellos y de ellos hacia mí. Yo, como te puedes imaginar, no puedo recordar aquello, pero mi madre me lo ha contado tantas veces que ya me lo sé de memoria. —Chiara desprendía entusiasmo al contar este tipo de cosas—. Mi padre, el hombre por el que tuve que salir corriendo del cajero donde me dejé la tarjeta de crédito, estuvo durante unos veinte minutos sentado en la cama junto a nosotras en aquel hospital de Roma mirándonos con una alegría y emoción que solo interrumpió con dos palabras que repitió varias veces. Mi madre me decía que era como si a él se le hubieran olvidado todas las palabras del diccionario —En ese momento pensó Lorian: «Mira, como a mí antes»—, excepto dos: «es preciosa». Y se dedicó a repetir «es preciosa». Esas le salían perfectamente, pero se limitaba a decirlas cada cuatro o cinco minutos —Este comentario hizo especial gracia a Lorian, que estaba encantado por la manera de explicar lo del nombre, aunque seguía expectante a la resolución, ya que esta aún no había llegado—, cuando yo tenía aproximadamente cuarenta minutos de vida. ¡Ya ves lo que son solamente cuarenta minutos de vida! —continuaba Chiara sonriendo al contarlo—. Por fin, mi padre cambió el repertorio y no dijo «es preciosa». Miró a mi madre e hizo la pregunta sobre aquello que tenían que decidir pronto. Acababan de invitar a esta vida a una nueva personita, un nuevo ser, y necesitaban algo crucial, un nombre, que habían decidido poner después de ver el rostro del pequeño o en este caso pequeña. Pero después de que mi madre preguntara: «cariño, ¿cómo la vamos a llamar?» mi padre estaba tan sumamente perdido, seguramente por la cantidad de emoción que tenía, y le contestó a mi madre que no sabía. Si a ella le gustaba alguno en especial, que le pusiese el nombre que quisiera, ya que según mi padre iba a ser la niña más increíble de toda Italia. Ya ves, las cosas de nuestros papis. En esos momentos, y todo esto según mi mamá, mi padre se comportó un tanto extraño, seguramente por la lluvia de felicidad que tenía en su cabeza —Lorian seguía escuchando lo que le estaba contando, estaba muy expectante, pero había cambiado algo quizás resultado de que quería saber el desenlace de todo aquello. Sin darse cuenta, casi no pestañeaba, ya que estaba a punto de conocer la decisión final de aquellos padres en ese viejo hospital, así que el joven matemático preguntó:

—¿Y entonces? ¿Cómo surgió lo de Chiara?

—Pues a veces esta vida te lanza y envía señales, no sé si fruto de la casualidad. Pero justo en esos momentos, mi madre le pidió a mi padre que abriera un poco la cortina, ya que entraba poca luz en aquel viejo hospital y las bombillas de la habitación eran de estas de filamentos tan tenues que podías mirarlas directamente sin deslumbrarte. Así que mi papá abrió las cortinas, igual un poco bruscamente, pues los rayos del sol llenaron absolutamente toda la habitación de luz haciendo que tanto mi madre como yo misma quedáramos completamente iluminadas. A mi madre le deslumbró muchísimo aquella intensa luz. De estar en una semipenumbra a que te den los rayos del sol directamente, pues normal que mi madre cambiara el gesto y le cegase tal cantidad de luz. Pero, por lo visto, yo permanecí inmóvil, imperturbable, aunque en ese momento mis padres, dos jóvenes italianos que estaban muy emocionados, vieron mi rostro (según me han contado una y otra vez) que irradiaba esa luz que me llegaba, mucha más de lo que debiera. No sabemos hoy en día el porqué. Venía directamente del sol, ese sol que hace que la vida en la Tierra sea posible. Mis padres se miraron en ese instante y, aunque no te lo creas, los dos dijeron a la vez exactamente lo mismo.

—¿Lo mismo? —dijo Lorian tan extrañado como asombrado.

—Sí, dijeron mirándose el uno al otro: ¡Chiara! (Clara en italiano). Lo dijeron juntos y sincronizados, aunque mi padre agregó: *«lei è come la mattina, lei adesso sarà la nostra piccola Chiara»* («ella es como la mañana, ella ahora será nuestra pequeña Chiara»).

—¿De veras? ¡Vaya pasada! —El entusiasmo de Lorian era evidente porque le parecía un nombre precioso, un nombre que podría decirse que la naturaleza había elegido y, sobre todo, él como experto en términos de probabilidad, sabía que era muy poca la de que dos personas dijeran la misma palabra a la vez en el mismo espacio de tiempo.

—Y aquí estoy veinticinco años después de aquel precioso momento, recuperando una tarjeta de crédito por una casualidad —ambos rieron a la vez por primera vez, al igual que coincidieron los padres de Chiara en elegir su nombre.

—¿Es una preciosa historia! Y ahora, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo vendiendo ropa en la sección de mujer en Printemps.

—Estaba claro que por tu manera de hablar tenías que trabajar de cara al público.

—Sí, me gusta mucho el contacto con la gente y adoro mi trabajo, aunque a veces no puedo con determinado tipo de señoras.

— ¿Y eso? —preguntó Lorian.

—Porque parece que, en vez de ir a comprar, van a pasar el tiempo y te hacen perder el tuyo...

Mientras Chiara hablaba, se producía algo que en todos los años de su vida nunca le había pasado a Lorian como fue el dejar de escuchar a quien tenía delante, es decir soltar el hilo de la conversación debido a que por su cabeza tenía cuatro números clavados que no acababa de entender y de porqué le habían llevado hasta lo que tenía enfrente hablándole. Se perdió en lo que le estaba contando Chiara, desconectó de lo que oía y eso le estaba pasando por primera vez en su vida con una persona, ya que era un gran escuchante y prestaba muchísima atención siempre. ¡Siempre! Casualmente, hasta hoy. De una manera automática preguntó algo que no tenía nada que ver con lo anterior, ya que no quería meter la pata y que se notara su parcial desconexión de la conversación:

—Háblame de tus amigas.

—¿Mis amigas? Pues yo creo que no las cambiaría por ningunas. Bueno, igual alguna de ellas la cambiaría por cualquier chica elegida al azar en un manicomio de aquí, como el Pitié-Salpêtrière. Pero, por lo demás, las quiero con locura. Me siento afortunada con ellas.

Lorian se rio con tal comentario y, sobre todo, se centró de nuevo en la conversación. Cualquier pregunta que apareciera en su cabeza la dejaría para otro momento. Ahora tocaba charlar, ya que a él le gustaba la manera que tenía de comunicarse esa chica que tenía delante. El sonido de su voz estaba acorde con los movimientos armoniosos de su lenguaje corporal. Estaba ante no solo una chica bella, sino que Lorian estaba empezaba a notar que la categoría de aquella chica era de muchísima pureza al tener la mirada bien fija en esos dos diamantes ocultos que eran los ojos de ella debido a ese gran secreto visual que poseía Chiara.

—Tienes toda la razón en cuanto a los amigos, es lo bueno, los eliges tú. Y tú, seguro que cuando miras a tus amigas y viene algún desconocido o estáis en ese momento de la charla en que os queréis comunicar entre vosotras os miráis y sois capaces de enviaros hasta los emoticonos del WhatsApp. ¿A que sí?

—¡Sí! —Chiara echó una carcajada de la que se dieron cuenta en la mesa

de al lado—. ¡Justo! Entre nosotras tenemos códigos visuales que nos mandamos.

—¡Así os quitáis a los «moscones» de encima!

En poco más de 5 minutos, lo que estaba más que claro es que habían conectado y se sentían a gusto el uno hablando con el otro, y una vez comentadas las cosas más triviales, la conversación se fue yendo hacia otro terreno un poco más profundo y divertido también.

Chiara tenía curiosidad por lo de ser catedrático cuando era evidente que lo normal era que fuese alumno y no profesor

—¿Y cómo es eso de dar clase a gente de tu propia edad e incluso mayor? ¿No te sientes cohibido?

—¡Qué va! Aunque no te voy a negar que la primera clase que di fue un poco especial. Cambia mucho ver las cosas desde un lado a verlas desde un lugar en el que tienes que aguantar y sentir más de cincuenta miradas atentas a qué les vas a decir. Es un poco vergonzoso, sobre todo, si te quedas callado —Pensó: «como me he quedado yo antes al verte»—, pero enseguida, por lo menos en mi caso, lo que hice fue coger las riendas. Si te sumerges en el tranquilo mar de conocimiento que tienes que explicar con un poco de entusiasmo por tu parte, al final toda la clase queda inmersa dentro de esa agua que es donde tú quieres que estén. En un sitio cómodo.

—¿Un sitio cómodo? ¡Pero estamos hablando de matemáticas! Estar tumbada aquí, en París, en la hierba del Campo de Marte en una tarde soleada es divertido, una pizarra llena de símbolos que son difíciles de comprender no creo que tenga nada de divertido.

—Todo al final depende del color que quieras ver las cosas —Chiara, al oír la palabra color, de manera inconsciente se movió ligeramente en la silla, ya que él había nombrado una palabra clave para ella. Lorian notó que ahora sí era aquel hombre de las conversaciones en las que no solo hablaba cosas interesantes y divertidas, sino que estaba pendiente de las diferentes reacciones corporales de quien tenía delante—. ¿Cuál es el color de todos los que nos regala la naturaleza que más te gusta? —preguntó Lorian aprovechando lo que había notado en ella.

—¿Y esa pregunta? ¿A qué viene? —sonreía mientras ella sentía que de alguna manera él se había dado cuenta de su estado de alerta en cuanto había nombrado la palabra color y, por eso, estaba extrañada. Lorian se dio cuenta de que estaba repentinamente nerviosa por lo que estaban hablando y ahora

así que contrató.

—Si quieres, cambio de pregunta. Es la primera que se me ha venido a la cabeza; no creo que sea una pregunta difícil, ¿no? —Lorian de nuevo tenía otro as en la manga, pero con el joven francés el hecho de que una baraja de cartas tuviera solo cuatro ases se le quedaba pequeño, porque podía estar toda la noche usando uno tras otro y parecer que no terminaba tan bonito naipe de la baraja.

—No, ¡no!, me gusta hablar de ese tema y más con un chico... ¡Humm...! Con un hombre, bueno... con... —En este momento fue ella la que se puso nerviosa definitivamente, porque no sabía cómo considerarle.

—Con chico está bien, no te ruborices —y sonrió relajándola. Ella ya tenía coloretos en sus pómulos.

—Es que me choca que des clases en una Universidad, pero bueno, dejémoslo en chico —le devolvió la misma sonrisa—. Me gusta hablar de colores con un chico porque siempre hablo de colores con y para mis clientas y, de repente, escuchar esa pregunta de un hombre, perdón, chico —otra vez se puso nerviosa, como un nuevo tropezón en la misma piedra—, vaya, me agrada... la verdad —su respuesta mostraba dudas y por su cabeza pasó el temido ¡uf, acabo de hacer el ridículo! ¡Qué vergüenza! Y cómo no, el ¡tierra, trágame!

—¿Y entonces? —preguntó Lorian.

—Entonces, ¿qué? —preguntó ella con una cara extraña.

—Que, ¿cuál es el color que más te gusta? Chiara, ¿te estás aburriendo o es que directamente hay algo que hace que no nos entendamos?

Chiara no se esperaba tal comentario porque hacía mucho que no se encontraba tan a gusto con un hombre en tan poco espacio de tiempo y, cuando saca el tema que más le apasiona a ella y por lo que lleva luchando toda su vida, resulta que está a punto de echarlo todo por la borda quedando en evidencia de manera escandalosa.

—¡No! Lorian, para nada me estoy aburriendo, todo lo contrario, solo que me ha pillado un poco de sorpresa esa pregunta.

—¿La de tu color favorito? Pero si es una cuestión casi de niños de cinco años que se acaban de conocer y se hacen ese tipo de preguntas. No te he preguntado... ¡Yo qué sé! —Pensó por unos segundos para reorganizar lo que iba a decir—. ¿Qué es lo que preferirías si te dieran a elegir entre las opciones de... hum... tener un mando a distancia? Sí... ¡un mando distancia

imaginario! Con un botón donde lo pulsaras y todo ¡absolutamente todo! se parase. Las personas quietas, como congeladas, incluido todos los relojes para tener diez o veinte segundos extra donde pudieras pensar bien tu respuesta sin decir a veces tonterías en discusiones, solo por la presión que nos mete a veces el tiempo y los nervios que sentimos, o la segunda opción, que sería tener un botón en ese mismo mando donde pudieras rebobinar momentos de tu vida de hace más de cuatro años hacia atrás y volver a ellos para cambiar aquellas cosas que hiciste mal —y levantó las cejas como queriendo decir «esa sí que es una pregunta difícil».

Chiara tenía la cara completamente perpleja. No se creía lo que acababa de oír y no dudo en decir —deja, deja, prefiero responderte a lo de mi color favorito—, porque se había quedado de piedra con la pregunta que le acababa de lanzar que hasta ahora nadie le había hecho. No se podía creer todo lo que le acababa de decir sobre un... ¿supuesto mando a distancia? Pero le pareció gracioso el momento. Se quedó pensando dos segundos en silencio mirándole a los ojos y dijo muy segura:

—El violeta muy oscuro.

—¿El violeta muy oscuro? Es un color muy especial y que se ve poco —soltó Lorian sin dar mucha importancia a la respuesta, pero ya sabía su color favorito, que son las cosas que suceden en la primera toma de contacto entre dos personas que empiezan a conocerse. No obstante, si antes había estado fuera de juego Lorian al verla a ella, las cosas en este preciso momento habían girado y era ella la que tenía muchas preguntas, demasiadas, como para centrarse en la conversación ya que estaban hablando de colores. Ella tenía un secreto, pero su manera de esconderlo fue dar una patada a todas esas preguntas que le rondaban por la cabeza y seguir con una conversación que, tratándose de colores, tenía que ser completamente normal. Así que ella, que también tenía ases en su manga para salir airosa de conversaciones que sacaran demasiada información, hizo un comentario perfecto para no seguir profundizando en el asunto del color violeta oscuro:

—El otro día leí que para los esquimales el concepto color es un tanto particular, ya que tienen más de treinta palabras para describir el blanco, ¡treinta! —continuaba Chiara—. Necesitan ver diferentes zonas transitables y allí en el polo no hay más que hielo, nieve y cielo azul. No necesitan más, todo se basa en el blanco.

—Qué curioso, nunca me había parado a pensar en ello; tienes razón en

que allí casi todo es muy claro, pero no creo que me gustara mucho la vida esquimal. Prefiero mi París con sus días lluviosos —ambos rieron.

Chiara salió triunfante de ese asunto; pero, por si acaso, volvió al tema de las matemáticas, ya que quería conocer más cosas sobre él, que poco a poco iba sintiendo como más cercano e interesante. Sobre todo, ella se estaba empezando a sentir a gusto:

—¡Yo odiaba las clases de Matemáticas en Roma de pequeña! —Fue un jarro de agua fría de sinceridad que Lorian se tomó bastante bien, ya que sabía que podía demostrarle cómo pueden llegar a ser divertidas.

—Igual algún día las ames como me cautivaron a mí. ¿Quieres que te haga una pequeña muestra?

—¡*Wow!* —Ella levantó las manos airosamente—. ¡El gran matemático me va a sorprender con un cálculo asombroso!

Chiara se estaba burlando, aunque en claro tono de broma y en un marco divertido.

—¿Cuánta gente dirías que hay aquí ahora mismo contando con nosotros dos y las dos camareras? —Lorian se puso serio al hacer la pregunta.

—¡No tengo ni idea! —echó un vistazo disimuladamente y le preguntó en voz baja, extrañada y con un tono infantil—. ¿Tú lo sabes?

—Por supuesto que sí, somos 27 ahora mismo, y aunque no te lo creas, hay un 50 por ciento de posibilidades de que alguno de los 27 tenga el mismo día de cumpleaños.

—¿De veras? Dijo Chiara un poco sorprendida y volvió a mirar, pero ya no de manera disimulada, sino calculando un poco por encima si esa cifra era más o menos aproximada.

—27, te lo aseguro. Ahora mismo somos 27, justo después de que una pareja se marchara hace tres minutos.

—¿Lo cuentas todo? —le dijo con un tono más serio, pero con mucho asombro.

—Digamos que sí, pero era para mostrarte que las matemáticas pueden ser divertidas. Si en vez de los que estamos ahora, fuésemos 56, te podría asegurar que alguno de los que estamos aquí cumple años el mismo día.

—Pero ¿eso cómo puede ser?

—Es cierto. ¿Y que cómo puede ser? Pues por probabilidades de las matemáticas aburridas como acabas de decir tú —Y le soltó una sonrisa arqueando las cejas que se le quedó grabada en la mente de la joven italiana

—. Si quieres, les preguntamos. Tú coge una libreta y yo soy el que pregunte uno a uno su día y mes de nacimiento. Ya verás cómo alguno de los que estamos aquí coincide en el día de sus cumpleaños. ¡Venga! ¡Vamos! —e hizo no solo el ademán de levantarse, sino que se levantó de la mesa. La cosa iba en serio, lo que hizo decir a Chiara de una manera cortante, pero hablando muy bajo y como no creyendo lo que oía.

—¡Qué dices! Venga ¡Siéntate! —acompañado de unas risas y sabiendo de que hablaba en serio.

Lorian se sentó, la miró y le dijo muy seriamente:

—¿No decías que las matemáticas eran aburridas? ¿Y por qué te estabas riendo al comprobar que se cumple en el 99 por ciento de los casos? —No hace falta decir que ella estaba completamente incrédula acerca de lo que acababa de pasar. Solo la imagen de ir por las mesas preguntando uno a uno su fecha de nacimiento sería algo para lo que no estaba preparada. ¡Se moriría de vergüenza! Pero Lorian estaba decidido, estaba dispuesto a hacer ese tipo de locura de ir mesa por mesa apuntando las fechas de nacimiento, y eso creó emociones en ella, que estaba empezando a descubrir el increíble mundo que escondía Lorian—. Veo que no te atreves, que te puede la vergüenza al qué dirán —que sonó muy serio.

—Por supuesto. ¡Era una locura!

—Sí, pero divertida. Vivimos en un mundo donde vibra más un teléfono móvil que nuestro propio corazón y eso, Chiara, ¡no puede ser! —le soltó tal frase clavando su mirada fría y seria en el mismo centro de su angelical rostro que, por ello, esta frase caló muy hondo. Y no solo en la cabeza de ella, porque estaba escuchando de un hombre una frase que no se esperaba. Era más propia de una chica y, sobre todo, mostraba la más auténtica y triste realidad respecto a los sentimientos entre dos personas de distinto sexo.

Siguieron charlando porque los dos estaban muy cómodos, sentados en una cafetería perdida en París charlando durante varios minutos de diferentes temas como, por ejemplo, el que le decía Lorian a Chiara:

—No sé qué es lo que pasa con las chicas de hoy en día, todo ha cambiado de una manera brutal y muy veloz. Es como que en solo diez o veinte años hubiéramos pasado a otra era. Pero lo de vosotras, las mujeres, ha sido algo espectacular. Me parece totalmente asombroso el cambio en muchas de vosotras.

—¿A qué te refieres? No entiendo —Su cara expresaba «a ver por dónde

me sale este ahora».

—A ver cómo te lo explico para que lo entiendas de manera sencilla — hizo una pausa mirando hacia arriba para pensar, y en cuanto tenía claro lo que decir, volvió a mirar hacia ella—. Mira, si yo ahora mismo extendiendo mi mano y justo en mi palma tengo una rana, una rana verde, con textura muy rugosa —La cara de ella era todo un poema, ya que de buenas a primeras no sabía que tenía que ver todo lo que estaban hablando con ¿una rana? Así que su rostro era el de no saber por dónde iba a querer llegar esta vez Lorian—. Sí, no me mires así, ya sabes cómo son las ranas, una que fuera de lo más normal, pero con un color verde intenso, y que, de repente, te dijera a ti o a cualquier chica de todo el mundo: «Si me das un besito, me convertiré en un apuesto príncipe. Y esta vez no soy una de los cuentos, ¡soy una rana de verdad! Así que, dame un beso y ¡ya verás cómo sí que me transformo!» No tengo dudas, casi todas vosotras diríais: «¡Hala! ¡Qué dices! ¡Prefiero tener una rana que habla!».

Todo ello relatado con la palma de su mano extendida encima de la mesa para que todo tuviese más credibilidad. Chiara no pudo contener la risa porque era una historia totalmente absurda, pero en la que tenía parte de razón. Sin embargo, inmediatamente se puso algo más seria para decir.

—Yo, sin embargo, la besaría a ver qué pasaba —dicha respuesta no se la esperaba Lorian y le sorprendió.

—¿No prefieres una rana que habla para enseñársela a tus amigas y toda tu gente conocida?

—No —se quedó pensando tres segundos y concluyó con rotundidad asintiendo con la cabeza—, creo que me arriesgaría.

—Es toda una sorpresa oír eso, créeme —Los dos se miraron fijamente durante dos intensos segundos al mismo centro de los ojos—. Chiara, escucha, me tengo que ir; tengo que hacer unas cosas antes de volver a casa.

—Sí, vamos cuando quieras.

Ella pagó los cafés y se encontraron fuera de la cafetería para la despedida. Estaba claro que Chiara y Lorian habían conectado y, además, lo habían hecho sin tener que nombrar ninguno de los dos los secretos que cada uno guardaba, como eran, por un lado, el verdadero motivo que le había llevado a Lorian hasta ella, una caja de cristal llamada WAX, y el sobrenatural don visual que tenía Chiara. Ahora mismo, dos personas increíbles se acababan de ver por primera vez y ya estaban en la calle para despedirse:

—¿Hacia dónde vas? —preguntó ella.

—En esa dirección, más allá tengo el coche.

—Perfecto, yo también voy hacia allí, así que ¡vamos, que te acompaño!

Comenzaron a caminar tres manzanas hasta que ella paró y le dijo:

—Bueno, yo me quedo aquí, esta que ves aquí es mi casa. Ha sido todo un placer conocerte, señor matemático —dijo ella con una bonita sonrisa.

—Igualmente, Chiara. Bonita zona en la que vives.

—La verdad es que no estoy muy contenta.

—¿Y eso? —preguntó él extrañado.

—La zona es muy buena, pero he tenido mala suerte en cuanto a la orientación de la casa.

—¿Qué le pasa? ¿Qué se te pierde? —dijo Lorian para hacer nuevamente sonreír a la joven italiana.

—¡No! ¡Tonto! Vivimos en París, pero en esta increíble ciudad hay para mí dos tipos de casas.

—¿Dos tipos de casas? —Su cara era de no saber qué era lo que quería decir con «dos tipos de casas». El que estaba confuso ahora era él; estaba viendo una preciosa fachada en pleno centro de París. ¿Qué podría ser lo que hiciese que no estuviera contenta si parecía una casa bien bonita?

—Las casas de París para mí no están divididas en bonitas o feas, en más ricas o más pobres, en más modernas o más clásicas, o un largo sinfín. Para mí la división radica en si se ve la Torre Eiffel desde algún lugar de tu hogar o si tienes la mala suerte de no poder ver el gran símbolo de esta ciudad.

—¿Eso es lo que piensas? —Lorian sonrió con esa extraña manera de dividir la categoría de una vivienda parisina.

—¡Sí! —dijo tajantemente y con un tono al estilo de ella, es decir, muy divertido—. Jamás viviría en París en una casa en la que no se apreciara, aunque fuera a veinte kilómetros, esta maravilla. Yo solo la puedo ver desde la cocina y casi teniendo que subirme a una silla. Me encantaría que esta casa tuviera una ventana. Ya no te digo una terraza, que me hiciera verla sentada plácidamente. La Torre me tiene totalmente cautivada. Pero bueno, algo es algo. Desde mi cocina la puedo ver un poco, aparte de mirarla un rato en el descanso del trabajo en Printemps, aunque no es lo mismo que verla desde el lugar donde vives —Chiara cambió su tono de voz hacia algo más profundo e, incluso, dijo con algo de tristeza—. Cuando la hicieron, la gente de aquí la aborrecía, no la querían; fue muy criticada. Incluso la llamaron «el monstruo

de hierro» y vino a París porque en otra gran ciudad europea no la quisieron para ellos mismos. La gente suele ser muy cuadrículada con los cambios. Pero, contéstame con sinceridad, Lorian, ¿te imaginas lo que sería dar un paseo por cualquier punto de la ciudad sin que ella estuviera?

—La verdad es que sería muy difícil imaginar París sin su Torre Eiffel.

—A mí me encanta perderme por París tan solo para pasear —seguía hablando Chiara mientras seguían parados frente a la casa de ella—, y una de las cosas que más me gusta es saber exactamente dónde estoy, porque siempre la tienes a la vista. Ha sido una buena compañera en mis paseos solitarios por esta ciudad que, créeme, ¡han sido muchos! —dijo con mucho entusiasmo—. Hay rincones desconocidos para los turistas que estarían muy reñidos con las vistas de Disneyland, que está como a 40 kilómetros solo de aquí y, además, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —ahora el que no sabía por dónde iba a salir ella era Lorian.

—Que son gratis —le dijo acercándose a su oído como cuando te cuentan un secreto de una forma muy susurrante para después alejar su cara sin perder el contacto visual. Chiara le regaló una de esas sonrisas que no se pueden olvidar jamás—. Algún día, si quieres, te enseño alguno de esos rincones. Eso si puedes hacer un hueco en tu agenda de matemático, que me imagino que tiene que tener un montón de números —seguía hablando mientras se iba acercando a su casa lanzando un guante imaginario al aire, un guante de esos que se lanzaban en la Edad Media para retarse en duelo, aunque esta vez este guante imaginario no tenía esa intención, sino que dejaba claramente las ganas que ella tenía por volverle a ver.

—Pues te tomo la palabra. Dejaré que algún día me sorprendas —La sonrisa era mutua, ambas estaban cargadas de complicidad y a él le había gustado mucho que nombrara la palabra gratis para cosas que nos hagan disfrutar, ya que dejaba bien claro que Chiara no era una muchacha materialista. Estaba claro que los dos querían ir despacio. Ella había hecho una invitación a algo que le parecía genial y eso que, en cuanto a propuestas, Lorian podía hacer un listado de todo tipo. Desde muy ridículas y tímidas hasta las proposiciones más directas y picantes que le habían dicho o insinuado.

Así que mientras Lorian regresaba a casa, llevaba media sonrisa porque pasaban por su memoria momentos de la conversación. Se acordaba de su dulce rostro, de las ciento de sonrisas que había mostrado cada una con un

matiz distinto, cuando de repente se dio cuenta de algo que le hizo parar al andar.

Cayó en que habían quedado para darle a Chiara su tarjeta y, al final, ¡la tarjeta seguía en su propio bolsillo! Se lo tomó con una gran sonrisa porque sabía que ella, tarde o temprano, se iba a dar cuenta e iba a tener la misma sensación que Lorian. Y es que cuando dos personas están a gusto, se olvidan las cosas más lógicas y dejan paso a pensamientos más emocionales.

En cuanto llegó a su casa, Lorian mandó un WhatsApp escribiendo:

«Hola, Chiara. He pasado una tarde estupenda contigo, pero somos un poco desastre porque habíamos quedado para algo y se nos ha olvidado» y adjuntó un emoticono de una gran sonrisa.

«Ja, ja, ja... Es verdad. Al final sigo sin tarjeta, pero me quedo muy tranquila porque yo también he pasado un rato muy divertido contigo, así que creo que está en buenas manos. Además, no te sabes el código PIN» adjuntado el mismo emoticono sonriente.

La cara con la que leyó esta última frase le dejó otra vez descolocado, ya que pasó de estar en esa especie de nube en la que subió cuando se despidió de ella para volver a entrar de lleno en el misterio de los cuatro números que seguía mostrando la caja de su habitación.

Y sin pasar ni veinte segundos, su teléfono volvió a recibir un mensaje suyo que decía:

«¡Ah! Por cierto, sin dudarlo preferiría un botón de pausa de los diez segundos extra en ese mando a distancia que nombraste antes, que lo de rebobinar cuatro años atrás en el tiempo. Sería muy aburrido. Las cosas pasadas, pasadas están. Que descanses».

Lorian miró primero el mensaje y después dejó su vista en un punto indeterminado de su habitación, pero con la mirada perdida en el infinito sonriendo, esta vez, con la sonrisa más pura que nunca había tenido en sus 33 años de vida. Y era muy llamativo porque estaba sentado justo en el borde de la cama donde la caja seguía mostrando esos cuatro números, pero esta vez él tenía la cabeza en otro sitio. Incluso, por unos momentos, se olvidó de aquel carrusel circular que le hacía casi enloquecer.

CAPITULO 6

UNA LLAMADA INESPERADA DESDE SEVILLA

Solo ha pasado un día, pero hasta el propio lapicero que comenzó a escribir esta historia considera que lo que está contando es una auténtica locura, aunque él solo puede ser testigo y a la vez cómplice, ya que, después de todo, solo se está dejando llevar por una mano. El hecho de que todo esté sucediendo tan rápido le impulsa a dejar esa marca en el papel cada vez con más entusiasmo y curiosidad al ver que Chiara y Lorian por fin ya se habían conocido.

Ella estaba en su casa en este momento y tenía una extraña, pero grata mezcla de recuerdos por haber conocido a Lorian. Estaba contenta, sentía una especie de ilusión que antes no había tenido y que la invadía de lleno. Sin embargo, había algo que le llamaba mucho la atención sobre lo ocurrido en la cafetería el día anterior y que hace que le esté dando vueltas en su cabeza al ritmo del centrifugado de la más moderna lavadora. Chiara siempre ha sido de pensar mucho las cosas; a veces, demasiado, quizás debido a sus 25 años. Esta vez, ese ajeteo en sus pensamientos se debía primero a cómo se comportó Lorian en el preciso instante de conocerse, cuando se quedó petrificado en la cafetería como una gélida e inexpresiva estatua de hielo. Chiara ha estado delante de hombres que se han puesto nerviosos al hablar con ella, pero que se quedaran sin saber qué decir de la manera tan escandalosamente ridícula que Lorian mostró cuando solo iba a devolverle una tarjeta le parecía algo muy extraño, como algo que desentonaba y chirriaba de entrada. Pero solo unos minutos después a ella le resultó uno de los cafés más divertidos e interesantes que había compartido con alguien ajeno a su círculo más cercano de amigos.

Mientras tomaba una gratificante y reparadora ducha tras una mañana muy activa en el trabajo, bajo el cálido recorrido del agua que caía por todo su cuerpo, Chiara pensaba y le daba vueltas a todo lo sucedido. Cuando salió de la ducha y estaba colocándose la toalla a la altura del pecho, escuchó su móvil a lo lejos. Esta vez no está en su bolso, sino posado sobre la mesa de su salón, así que le da tiempo a llegar hasta allí y coger la llamada a la primera.

Cuando pulsa el botón verde empieza a oír hablar a un señor que parece tener cierta edad, con una voz grave y varonil, y que comienza saludando en francés al principio e, inmediatamente después, en un inglés muy correcto, y que pregunta precisamente por ella:

—*¡Bon jour!* —le dijeron desde el otro lado del teléfono móvil—. Quería hablar con la señorita Chiara Bachellini. ¿Es usted?

—Sí, soy yo —ella contestó también en inglés mientras se colocaba aún la toalla debido a las prisas por haber contestado con tanta rapidez y le llama mucho la atención la seriedad y profundidad de la voz del hombre que le llama. El rostro de Chiara delata curiosidad por tal llamada, así que se limita a escuchar:

—Hola, señorita Bachellini. Soy el decano José Luis Campos, de la Universidad de Farmacia en la ciudad de Sevilla, en España. Le llamo porque nos ha llegado un paquete certificado desde Roma. En él había, además de unos documentos, una nota que ha escrito una anciana en la que decía que su marido había fallecido hacía un mes. Se trata de un médico oftalmólogo que se llamaba Giacomo Moretti. Le resulta conocido, ¿no es así?

En ese momento, el corazón de Chiara se aceleró de una manera inevitable y su voz sonó con un temblor que hasta ahora solo había mostrado dos veces en su vida: primero, cuando aquel novio la traicionó de una manera tan humillante y la destrozó el corazón; luego, en el momento de la llamada en el cajero cuando la vida de su padre, Giampaolo, peligraba y tuvo que salir corriendo hacia el hospital; esta era la tercera vez y contestó rápidamente:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Por supuesto que le conocía! Era el primer oftalmólogo al que me llevó mi madre. Por aquel entonces, él estaba a punto de jubilarse, pero... —Chiara se echó la mano a la frente para seguir diciendo—, ¡han pasado muchos años! Diecisiete o dieciocho por lo menos, así que todo este tiempo habrá estado inactivo, e incluso estaría rondando los cien años si mis cálculos y la edad que aparentaba no me fallan.

—Pues le ha faltado un mes y tan solo unos días para haber sido centenario, pero desgraciadamente ha fallecido en su ciudad, según me cuenta su mujer. Lo siento mucho, más si me dice que tiene un vínculo especial con dicho hombre.

—Muchas gracias, señor... perdón, ¿cómo me ha dicho que es su nombre?

—Campos, José Luis Campos.

—Señor Campos, le agradezco mucho que me haya comunicado esta

noticia, aunque sea tan triste —decía bastante emocionada, ya que lo recordaba con mucho cariño. Con el móvil en la mano no pudo evitar cerrar los ojos y hacer una regresión en la que aparecieron al instante unas inevitables y nostálgicas imágenes mentales de aquella época y de la manera en que el médico quedó impactado cuando le hicieron aquellas pruebas siendo todavía la pequeña Chiara—. Me deja de piedra, señor Campos. Pero, no entiendo, ¿por qué me llama usted desde España?

—Porque hemos recibido un paquete junto a una nota que hace referencia a usted. ¿Tiene un rato para comentarle el asunto? Es un poco largo, por eso se lo digo...

—Sí, ahora estoy en casa. Hoy trabajé de mañana, tengo tiempo; cuénteme, por favor —No cabía duda de que Chiara estaba ahora expectante e intrigada con dicha llamada.

—Su viuda, una señora llamada Erica, al hablar con su abogado para los asuntos del testamento de Moretti, supo que su difunto esposo había dejado escrita una cláusula que es el motivo de esta llamada. Dicha cláusula tiene que ver usted, ya que contiene su nombre junto a sus apellidos —Chiara estaba extremadamente atenta e incluso nerviosa. Era una situación muy extraña para ella, ya que estaba hablando desde Francia en inglés con un español sobre un médico italiano, aunque estaba oyendo cada detalle de lo que decía el decano que hablaba perfectamente esa lengua al igual que ella—. En dicha cláusula decía el testamento del doctor Moretti que quería que se cumpliera una voluntad, muy importante, que según palabras textuales... Mmm... Espere, que leo tal como viene escrito aquí: «podrían cambiar todos los cimientos que tenemos sobre nuestro concepto del ojo humano y su capacidad visual. He dejado en mi consulta una carpeta con el informe que escribí aquel día en el que una niña tenía una capacidad visual que superaba casi la de los mejores depredadores del reino animal. Los detalles están en dicho informe y son absolutamente impresionantes y, sobre todo, difíciles de creer, pero auténticos. Tan reales que incluso asustan. Los he guardado todo este tiempo porque nos estamos refiriendo a una niña que en ese momento tenía 7 años. No quise convertirla en una persona sometida a una cantidad de pruebas que, desde mi punto de vista, no se le pueden ni deben de hacer a una menor de edad. Me negué de forma tajante a que esa criatura tan frágil y con este increíble don que posee pudiera ser convertida en una cobaya de laboratorio, porque el asunto que estamos tratando se encuentra en el límite

de lo sobrenatural. Quiero y deseo enviarlos a un centro donde puedan estudiar el potencial que tiene, pero solo cuando sea una persona con mayoría de edad y, sobre todo, que sea ella misma y no terceras personas quienes decidan si quiere someterse a ese tipo de pruebas...» —el decano Campos que estaba leyendo el papel que había dejado como legado Moretti hizo una parada de 2 segundos al teléfono para continuar—, y esto es lo que hemos recibido.

Durante unos instantes hubo un silencio en la comunicación telefónica en la que no se sabía si había algún problema técnico o de cobertura, pero al final Chiara cortó dicho silencio bastante emocionada.

—Vaya doctor, no sé qué decir, ¡uf! Ha sido una mezcla de emociones muy fuertes, no sé por dónde empezar —Se apoyó en una de las paredes del salón que tuvo que soportar muchísima más presión que los 51 kilos que poseía la italiana y miró hacia arriba, volviendo a cerrar los ojos otra vez con muchísima fuerza sin soltar el teléfono, que seguía pegado a su oreja derecha. Ahora mismo se le venían a la cabeza todos los recuerdos a la vez.

—Señorita Chiara, si me permite la pregunta, me gustaría saber qué pasó en las sucesivas consultas médicas allí, en Roma, después de la que habla Giacomo Moretti en estos papeles que tengo aquí.

—Tutéeme, Señor Campos, por favor.

—De acuerdo, Chiara —el decano dejó hablar y explicarse a la joven italiana.

—Cuando pasó lo que indican esos informes, yo solo tenía 7 años. Pocos veranos después nos vinimos a vivir aquí a París. Mi madre, después de la única consulta que tuve con el doctor Moretti, habló por teléfono con él y, según me dijo, al tener la visión sin problema alguno no era necesario volver. Él no contaba que yo me marcharía después a vivir a otro país.

—Es decir, que solo viste a Moretti una vez en tu vida, que era cuando tenías ¿7 años?

—Sí, así es. Bueno, mejor dicho 2 veces, ya que al día siguiente nos hizo volver para realizar de día la prueba de visión mientras miraba hacia la Ciudad del Vaticano desde un inmenso ventanal.

—Sí. Lo describe todo aquí. La distancia hasta ese lugar y el tamaño de las letras de la fachada no dejan lugar a dudas en cuanto a cómo ha sido redactado este informe, aunque es muy difícil de creer. Y me parece algo bastante llamativo que solo le hayas visto dos veces.

—Pues sí, así es. Nunca olvidaré aquella primera vez que fui a revisar mi visión. Por aquel entonces debía hacer lo que me mandaba mi madre, como es lógico, pero no me imaginaba que él iba a... digamos archivar esos informes para precisamente hacer esto que me está contando —Chiara estaba demasiado emocionada por la noticia de su fallecimiento y lo que acababa de oír, algo que percibía desde su móvil el decano Campos—. Pero no sé, no pensé que tuviera tanta importancia para el mundo médico.

—¿Me dices que si tiene importancia para el mundo médico? —dijo el decano con bastante contundencia e incluso sorpresa—. Si Moretti llega a comentar a compañeros suyos lo que indican estos informes, no me queda ninguna duda que hubieses pasado de ser una simple y anónima niña italiana, que por lo que he leído aquí eras una niña feliz, a convertirte en el foco de muchos profesionales de la Medicina y la Ciencia, que igual hubiesen tratado con respeto y cautela tu don, pero hubiese sido muy difícil que no se filtrara los medios de comunicación y habría cambiado notablemente tu infancia, y creo que hubiese sido para mal. Si un periodista de entonces llega a enterarse de que desde una distancia de 3 kilómetros de podías leer las letras de la fachada de la basílica de San Pedro del Vaticano o divisar una pequeña paloma, Chiara, no tengas la menor duda de que tu vida habría sido bien distinta, y no hace falta que te diga que para peor.

—Desde luego, yo guardo un gran recuerdo de aquel hombre, y con esto ha demostrado que me apreciaba de verdad. Me sobrecoge profundamente el que prefiriera no haber contado por aquel entonces a toda la comunidad científica lo que había descubierto por protegerme y dejar que creciera de una manera natural sin tener que ser un bicho raro. Lo que ha hecho Moretti le honra como gran médico que era y, sobre todo, honra a un gran hombre. Espero que descanse en paz —La emoción con que decía cada palabra era evidente—. Me imagino que habrán visto el informe que les envié, ¿no es así?

—¡Por supuesto! Es algo muy difícil de creer y por eso nos hemos puesto en contacto contigo. Chiara, nos gustaría que vinieras a Sevilla donde se encuentra el informe que nos ha mandado la viuda de Moretti, y además vieras en persona lo que él escribió sobre ti, ver los planos de la ciudad de Roma y todo tipo de detalles de lo que ocurrió aquellos días cuando aquel hombre tuvo el placer de contemplar lo que la razón nos dice que es imposible, pero que un profesional como él, que dedicó absolutamente toda su vida al mundo de la visión con absoluta pasión, documentó

cuidadosamente. Nuestra Universidad estaría encantada de poder conocerte en persona y por ello nos gustaría que pasaras dos o tres días en nuestra preciosa ciudad. Te hacemos desde aquí una invitación, por supuesto con todos los gastos pagados, para conocernos y saber qué es lo que hay de verdad en el informe que hemos recibido o cuáles son los límites de dicho don. Soy consciente de que así, de repente, tanta información, tantos recuerdos y que te llame alguien que no conoces quizá sean demasiadas cosas para responder en esta misma llamada, así que creo que lo más sensato es que te llame en un par de días y mientras pienses en lo que te he contado y hablemos nuevamente. De momento, solo quería comunicarte todas estas cosas.

—Muy amable, señor Campos, no hace falta que me lo piense. Ya le digo ahora mismo que puede contar con que acepto encantada la invitación. Es lo menos que puedo hacer, se lo agradezco mucho. En unos días le llamaré porque quizá la próxima semana pueda hacer ese viaje a España. ¡Muchas gracias, Señor Campos!

—¡Perfecto, Chiara! Es una alegría y serás muy bien recibida. ¡Gracias a ti!

Cuando colgó el teléfono se dio cuenta de la dimensión de lo que había escuchado y lo que había hecho el doctor Moretti por ella, por lo que ahora, además de estar ocupada con pensamientos sobre un joven matemático que acababa de conocer, estaba el asunto de viajar a Sevilla. Aunque para ir hasta *dicha ciudad sabía que al coger el avión su primer destino no sería en* dirección al país tras los Pirineos, sino que iría en dirección hacia los Alpes.

VISITA A LA VIUDA DE MORETTI

Antes de viajar a Sevilla, Chiara tenía una semana por delante, por lo que habló con su jefe en su centro comercial, en Printemps. Tenía días pendientes de vacaciones y los quería aprovechar para volar a Roma, la ciudad que la vio nacer.

Chiara sentía la necesidad de hablar con la viuda de Moretti en persona para verla por primera vez, ya que, para ella era una completa desconocida. Quería darle su pésame, charlar sobre lo ocurrido y también sentía que tenía que volver a aquel lugar de Roma donde hace 18 años su marido convirtió una consulta rutinaria en algo que había marcado no solo su infancia, sino mucha parte de su personalidad. Así que se puso en contacto con la anciana mujer que estuvo más que encantada de dejarla ver por última vez aquella consulta. Después de todo, la mujer del oftalmólogo era la única persona que sabía de la propia boca de su marido lo que aquel día pasó, así que para ambas mujeres fue un día muy especial.

En un vuelo fugaz se presentó en Italia y fue hasta la consulta donde quedó con la que era ahora la viuda del oftalmólogo. Era una señora de una edad muy avanzada como era evidente, pero que a simple vista gozaba de buena salud:

—Siento muchísimo lo de su marido, doña Erica. Me ha dado mucha pena. Después de lo que ha hecho por mí sentía que tenía que volver para darle las gracias a usted en primer lugar y también honrar a su marido volviendo a este sitio tan importante, y es que, además de volver a estar aquí y sentir de nuevo lo que pasó hace tanto tiempo, los recuerdos desgraciadamente se van perdiendo con el paso de los años y me gustaría volverlos a revivir. Sé que necesito visitar este sitio de nuevo. Aunque esto esté algo cambiado, me hará volver a aquella época.

—Gracias a ti por venir, hija. Considera que estás en tu casa. Mira, como ves, el polvo se ha ido posando lentamente en cada parte de la consulta — Chiara miraba la mesa de caoba que daba fe de lo que doña Erica decía con una voz que denotaba tristeza por la pérdida de quien fue su compañero de viaje a través de la vida que tuvieron—. No te imaginas lo que mi marido me habló de ti, la de veces que me comentaba en casa que era imposible, que no podía ser, pero que lo había visto con sus propios ojos y cómo, cuando

hablábamos de ello, él tenía muy claro que no podía hacerlo público a sus colegas de profesión. Le costó mucho, no te puedes hacer a la idea del dilema que tu caso supuso para Giacomo durante mucho tiempo. En la cercanía de una cama se puede notar la inquietud de tu pareja por las noches. Cuando ocurrió todo aquello, ¡la de veces que se levantaba porque era incapaz de dormirse! —La anciana hacía pausas de vez en cuando para coger algo de aire que parecía faltarle al relatar todo aquello—. Eso, cariño, yo lo he sentido muy de cerca. Él siempre fue un gran profesional. Entregó su vida en primer lugar a su familia y, luego, a su trabajo. Su prioridad fuimos nuestros hijos y yo, pero por aquel entonces su vida dio un giro de 180 grados. Esta consulta ocupó su mente desde que viniste tú, ya que después solo pensaba en aquella niña y en cómo era posible que esa criatura naciera con semejante capacidad para ver lo que tan lejano estaba. Ya ves, toda una vida dedicada al mundo de la Oftalmología, a la que entregó su tiempo de una manera tan profesional. Pero, Chiara, por encima de ello tenía muchísimo respeto por todo lo que representaba la infancia. Fue un padre y esposo ejemplar y no tenía la más mínima duda de que si decía algo a alguien de su gremio, aunque fuera algún conocido cercano sobre lo tuyo, te podían convertir en una cobaya de laboratorio, cosa que no iba a permitir con una niña de 7 años. ¡La de veces que dijo esa frase de la cobaya! Así que cumplió con lo que dijo, como solía hacer mi difunto esposo con todo. —Según hablaba, no podía dejar de emocionarse al recordar a quien había perdido—. Lo que no me imaginaba era que el informe de aquellas lejanas consultas lo tenía tan bien guardado. Ese fue su gran secreto que ahora conocemos gracias a que no se lo llevó con él a la tumba, sino que, en uno de los cajones de su mesa de caoba lo guardó absolutamente todo, impecablemente detallado, para que quedara constancia de lo sucedido.

Mientras oía esto era inevitable que los ojos de Chiara pasaran de estar vidriosos a derramar alguna lágrima. Eran muchas emociones en tan poco tiempo y, además, lo estaba oyendo de la voz de una mujer de unos 90 años que acababa de perder a su marido, a la que le temblaba la voz, ya que todo estaba muy reciente. Tras toda una vida juntos y, sobre todo, oyendo a la única persona que fuera de su familia sabía de aquel secreto. Se sintió en la propia piel de la entrañable viuda del doctor Moretti:

—Doña Erica —Chiara miró la consulta durante unos instantes y habló a la viuda—, si le digo la verdad, mi idea era pedirle permiso para estar aquí por

lo menos cinco minutos a solas, sin que hubiera palabras, solo recuerdos en mi cabeza, pero me encantaría que se quedara conmigo y, ya que sabe la versión de su marido, contarle cómo recuerdo yo todo aquello. Sería para mí toda una alegría que se quedara y me escuchara. Un pequeño homenaje a él y también a usted. Creo que a su esposo le hubiese gustado. ¿Le apetece quedarse conmigo y oír cómo recuerdo las cosas que pasaron aquel primer día de consulta?

—¡Por supuesto, cariño! —respondió con una muy tierna sonrisa aquella adorable señora también casi centenaria. Las dos fueron hasta el ventanal y lo primero en lo que clavó su vista Chiara fue en la basílica de San Pedro. Doña Erica se dio cuenta de la seriedad y el momento de regresión que estaba haciendo a aquella época, y tuvo conciencia de lo que podía haber sido una infancia con multitud de pruebas, muy distinta de la que al final la niña pudo disfrutar en su ciudad actual, París.

—Chiara, cariño, ya veo dónde tienes puesta la mirada. Ahora, a mi edad, me cuesta casi hasta poder ver aquella basílica, pero ¿tú sigues viendo lo que viste de niña?

—Sí, doña Erica. Es más, con más claridad aún. Con 7 años, alguna letra fallé, pero ahora lo puedo leer perfectamente, con total nitidez.

—Este ventanal fue muy especial para mi marido, ya que en él testeaba a pacientes al igual que hacía con el viejo panel de los símbolos. Me ha contado muchos casos de gente que, por la vergüenza de no admitir que no veían algo lejano, se lo inventaban y este ventanal les delataba. Otros, lo veían como un cuadro abstracto. Han sido tantas las personas que han mirado desde aquí este paisaje que para Giacomo fue una herramienta más para su trabajo además de ser, como ves, algo único en esta ciudad que ha tenido tantos siglos de historia en sus calles.

—Mi madre se quedó enamorada de esta vista. Dudo que haya un sitio mejor para ver nuestra ciudad y, Doña Erica, tiene que estar muy orgullosa de su marido, ¡y mucho además!

Las dos estaban con los ojos rebosantes de emoción y humedecidos de tanta nostalgia, así que Chiara pasó su brazo por encima del hombro de la anciana para pasar un buen rato contemplando la maravilla que tenían delante y recordando cosas del pasado pegadas la una a la otra. Dos mujeres con casi ¡70 años de diferencia! Pero con un mismo, bello y puro sentimiento en ese preciso momento, el tiempo parecía que se había parado para las dos, que

estuvieron divisando el ventanal durante un buen rato.

LA REUNIÓN EN SEVILLA

Una nueva parada del lapicero para recuperar de nuevo aquello con lo que va dejando su huella en el blanco folio. Al posarse se va un poco lejos de París y de Roma. En concreto, hasta esa Universidad de Farmacia en Sevilla, en la calle San Fernando de la capital hispalense desde donde había salido la llamada por la cual Chiara estuviera ahora en Roma y en unos días tuviera que pasar por allí mismo, una Universidad 5 veces centenaria y que es un referente mundial. Su director, don José Luis Campos, que llevaba al frente de ella como decano 18 años, y el profesor de la sección de Óptica, Fotometría y Color, un joven a punto de entrar en la década de los treintañeros, Ángel Arcos, fueron los dos especialistas que vieron el informe que el doctor Moretti había redactado años atrás y, por supuesto, sus reacciones fueron de total incredulidad.

No obstante, al estar todo tan detallado y explicado, estaban plenamente seguros de su veracidad.

Tanto el doctor Campos como Ángel, el joven profesor, tuvieron una reunión de las que solían tener habitualmente, aunque esta era mucho más que una visita ordinaria, ya que en el despacho del primero iban a preparar la visita de la mujer sobre la que hablaban los informes, aquella niña llamada Chiara que ahora era adulta. Era evidente que el ambiente que se respiraba en ese despacho era de mucho entusiasmo y se apreciaban algunos tintes de nerviosismo, ya que iba a venir una persona que contradecía algunas de las limitaciones del ojo humano, materia y enseñanza que ellos mismos impartían en su propia Facultad. Por encima de todo, ambos tenían muchísimas ganas de que llegara el día de comenzar a trabajar con la mujer italiana.

En el informe que dejó el desaparecido oftalmólogo explicaba que su capacidad visual se podía comprobar fácilmente: tan solo tendrían que invitarla a leer algo a una distancia muy lejana; pero también dejaba entrever que su capacidad visual podría distinguir unos colores de otros, por pequeño o insignificante que fuera el cambio de matiz. Precisamente era en ello en lo que querían basar las pruebas los dos días que Chiara estaría en el sur de España. El decano hablaba:

—Ángel, después de pensarlo muy detenidamente te voy a dejar como

responsable de las pruebas que le hagáis a nuestra invitada. Casi están listos los dos paneles de los que mañana te hablaré y te dejaré al mando, ya que estás más cualificado que yo mismo y, además, dominas el italiano y el inglés. Bueno, pocas cosas hay que no domines, pero el Erasmus lo hiciste en Florencia, así que la dirección y comunicación con ella la voy a dejar en tu mano. Yo estaré presente, pero solo como testigo. Ayudaré si hace falta y, sobre todo, estaré muy pendiente de las grabaciones que realizaremos. Las pruebas las haremos con las cámaras de tecnología 4k para analizarlas luego más despacio y obtener las conclusiones.

—Me parece perfecto, José Luis. Muchas gracias por la confianza que me ofreces —Dicha entrega de responsabilidad agradó mucho al joven profesor —, no te defraudaré —hizo una pequeña pausa y mirándole muy serio le dijo —. Pero para conseguir resultados concluyentes necesitamos hacer una comparativa con alguien que sea completamente ajeno a este mundo de la ciencia, que no sepa absolutamente nada de lo que vamos a realizar y que sea una primera referencia para obtener una conclusión perfectamente ajustada y precisa.

—No estarás pensando en quien me estoy imaginando, ¿no? —dijo el decano con claro tono de incredulidad.

—¡Es perfecto! ¡Confía en mí! —dijo con una sonrisa en la cara, tratando de disipar dudas al respecto.

—¡Joder, Ángel! —replicó el decano bastante enfadado, pues era lo que menos quería escuchar—. Vamos a ver, ya sabes que fuera de este Campus no me puedo ni quiero meter en tu vida. ¡Fuera de aquí no puedo ordenarte nada! Pero, pese a que eres un gran docente y lo tremendamente orgulloso que estoy de ti, el día que te tuve que mandar para casa y meterte yo mismo, Ángel, ¡yo mismo! en un taxi que te llevara a casa a dormir la mona porque venías con aquella «tajá», sin dormir y desprendiendo olor a alcohol a 50 metros de distancia, ese día no tuve la menor duda de que habías salido de copas ¡con el mismo individuo que quieres poner al lado de Chiara! —El tono de indignación en el decano era más que evidente—. No tengo nada en contra de tu mejor amigo, pero creo que pinta poco en esto. ¡Es un asunto muy serio! Encima, hay que sumarle que le pierden las faldas, Ángel, y Chiara es una joven atractiva por lo que he podido apreciar en las fotos que tenemos. ¿Tú crees que va a prestar atención a los paneles? ¡Joder! ¡No le va a quitar ojo! ¡Por el amor de Dios! ¡Es una locura, así que olvídate!

—José Luis, —le miró fijamente y dijo muy despacio: —me acabas de decir que me dejas la responsabilidad de hacerlo a mi manera y esta, ¡precisamente esta!, es la mejor para obtener los mejores resultados de algo que es muy importante primero para la Universidad; y segundo, para el mundo de la Ciencia. Si conseguimos los resultados que parece indicar todos estos informes, nuestra Universidad, ¡tu Universidad, José Luis!, sería el referente mundial en descubrir a alguien que es mucho más que especial y me voy a encargar yo personalmente para que todo salga bien. ¡Él es perfecto para esto! No te voy a decepcionar. Y, además, él no sabe italiano, lo cual le va a impedir entablar cualquier posible conversación con ella, de eso me encargaré yo. —Hizo un parón para concluir: —José Luis, sé lo que hago, solo te pido que confíes en mí.

El doctor Campos miró hacia los papeles que tenía en la mesa, pero no los estaba viendo; estaba pensando los pros y los contras; los últimos iban ganando por goleada a los pros en esa lucha de pensamientos. Tras un buen rato, le dijo a Ángel casi resoplando y resignado:

—Está bien. Hazlo, Ángel. Hazlo como quieras... A tu manera.

De este modo daba luz verde para trabajar según deseaba el profesor Ángel Arcos, todo un talento en el mundo de la Óptica y el campo de la visión.

Lo que pretendían con las pruebas que iban a realizar a Chiara nunca se había hecho en la Historia de la Humanidad. Era un examen visual tan pionero y vanguardista que hizo bastante complicada su preparación, tanto en la parte de planteamiento como de elaboración de todo lo necesario para llevar a cabo el estudio.

Hasta ahora no había constancia de ni una sola persona que tuviera esa capacidad que mostraba el informe de Moretti y cualquier prueba que se había practicado hasta la fecha no servía para nada dada la magnitud del poder visual descrito por el médico italiano.

Ya metidos de lleno en otro siglo, como era el actual siglo XXI, tenían delante un reto al que nunca nadie se había tenido que enfrentar y, por lo tanto, era un desafío que necesitaba grandes dosis de imaginación, información y, sobre todo, de extremada precisión por parte de Ángel y su equipo. Tenían que comprobar si lo escrito de la mano del desaparecido Moretti era veraz y, por lo tanto, extraordinario.

Pero ese desafío ya lo tenía Ángel asido con ambas manos e iba a dar el 100 por 100 de sí mismo en el estudio que iban a realizar el estudio a Chiara

Bachellini.

La prueba se la iban a hacer junto a dos de los alumnos de Ángel, que iban a grabar y apuntar todo lo que ocurriría ese día. Contarían con la ayuda del mejor amigo de este en tan controlada y secreta prueba de visión. Era alguien que, pese a ser un tipo que poseía una gran cultura, no quería ni tenía la más absoluta idea de términos que relacionados con la Física, nombres científicos, datos, números o asuntos relacionados con un laboratorio. Era un peculiar personaje al que todos conocían como Currito.

Decir «todos» podría ser algo exagerado debido a que Sevilla cuenta con casi 700 000 personas, pero es que muy poca era la gente que no conocía a Currito en la ciudad. Su verdadero nombre era Francisco Antonio Martín Candelas, pero no le gustaba oír esos nombres así, todos seguidos, ya que era el rey de las supersticiones. ¡Las creía todas! Y cada vez que oía su nombre y apellidos enteros no solo no le agradaba nada, sino que enseguida tenía que tocar algún objeto de madera porque si no, algo malo podría suceder en las horas venideras, o eso era lo que pasaba por su cabeza.

Currito no solo era sevillano de nacimiento, sino que consideraba la ciudad como si fuera su propia madre y tenía motivos para que esto fuera realmente así, ya que se quedó huérfano siendo niño y no tuvo quién le enseñara y transmitieran las reglas que rigen la vida y, finalmente, le criaron las ciento de calles que se enredaban con el río Guadalquivir.

Sin llegar nunca a ser indigente debido a que siempre se preocupó muy bien de estar acompañado, Currito tenía algo que le hacía único: su forma de entender la vida. Se sentía como alguien que estaba viviendo en un periodo anterior al nuestro; sí, un personaje más propio de unos cuantos siglos atrás, un auténtico bohemio del sur. Era escritor de novelas, casi todas ambientadas y, sobre todo, muy bien documentadas en la época medieval donde no reinaban ni se les daban mucha importancia a los colores y lo grisáceo era más que habitual.

Currito acababa de estrenar hace dos semanas sus 28 años, pero es que por sus venas habían pasado muchísimos más «tacos» de vida que lo que te podía mostrar su DNI, ya que estaba curtido en más de mil batallas.

Un ser entrañable, amistoso y divertido que amaba por encima de todo a su ciudad; se podía decir que Sevilla hacía grande a Currito, pero es que ocurría lo mismo al revés y se lo recordaba muchas noches su gran amigo Ángel.

—¡Yo siempre me he preguntado qué cojones sería de esta ciudad sin ti,

tío!

Y es que, aunque eran muy distintos, Ángel y Currito tenían exactamente el mismo carácter. Se conocían de una manera tan profunda que incluso habían llegado a un punto en que eran capaces de saber lo que estaba pensando el otro en sus numerosas salidas nocturnas.

El concepto de ser dos almas gemelas no solo se puede usar para relaciones amorosas; en este caso se podría decir que ellos estaban conectados de una manera casi mágica. ¡Eran simplemente amigos! Hay hermanos gemelos, pero Currito y Ángel ¡eran amigos gemelos! O, por lo menos, eso era lo que los dos sentían.

Ángel quedó con su amigo del alma para hablar del asunto de Chiara en una cafetería cercana a la casa del gran Curro. Allí le contó los planes que tenía y lo que quería que él hiciese en la Universidad, algo que en principio era muy sencillo, así que tras contarle en qué consistía lo que iba a suceder en las pruebas, Ángel concluyó la conversación con mucha seriedad.

—Currito, esto es muy importante para mí y, sobre todo, para la Universidad; necesito que me ayudes. Eres la persona ideal para lo que quiero, para lo que necesito, pero vamos a tener que poner unas pautas esenciales. Currito, ¡son vitales e inquebrantables! —dijo claramente dilatando en el tiempo la segunda palabra—, porque justo a tu lado en esa aula de mi Facultad va a venir una chica italiana que, según me han dicho, es muy guapa. Currito, mírame a los ojos, porque necesito tu palabra de honor de que te vas a olvidar de ella como mujer que es y de hacerle ningún comentario como hacemos en nuestras noches locas. Quiero dejarlo claro desde un principio porque si no te digo esto de entrada, la cosa no va a funcionar. ¿Vale?

Después de cerrar un poco los ojos poniendo picardía en su mirada para responderle, quitando hierro a lo serio que se había puesto Ángel y acercándose a tan solo unos milímetros a su rostro, Currito le soltó una frase cargada de muchísima gracia sevillana:

—Ángel, ¡compadre! ¡Yo por ti me tiro desnudo al Guadalquivir un 1 de enero a las 6 de la mañana si me lo pides! Así que cuenta con ello, ¡cojones!

—Curro no dejaba lugar a duda de que iba a ayudar en todo a su alma gemela y siempre que decía la palabra cojones lo hacía sin pronunciarla letra «s». Después de decirle que sí, paró en seco en su primer impulso para preguntar:

—Pero vamos a ver, que es que no lo acabo de entender ¿por qué tengo

que ser yo y no otro el que haga la prueba? ¿No tienes en clase suficientes alumnos?

Currito, al hablar, desprendía alegría a raudales como pocas veces se han visto y, por supuesto, un acento andaluz que igual era un poco exagerado, pero que le daba lo que en esta parte de España llaman hablar con mucho «arte» cada vez que abría la boca para decir algo. Su manera de pronunciar cada frase se podía comparar con el hecho de oír a alguien que iba surfeando palabras por olas de una mar de bello lenguaje y casi recitado en vez de hablado, pero usando algo muy conocido en el sur de España como es el poderío, gracia y la seguridad al hablar. Ángel le razonó por qué tenía que ser él precisamente.

—A mis alumnos los tenemos que dejar aparte de esto, exceptuando a los dos que van a grabar y tomar notas de la prueba. De momento, será algo secreto. A ellos les vamos a hacer firmar un documento que está redactando el abogado de la Universidad en el especifica que no pueden hablar, ni filtrar nada de lo que pase entre esas cuatro paredes y, por supuesto, ni hablar de redes sociales, ya que de momento es algo confidencial. Tú no tendrás que firmar nada porque sé de sobra que tu palabra para mí es más valiosa que el oro más puro. Las grabaciones de lo que pase en la prueba que hagamos a Chiara, que así es como se llama esta muchacha, las tendremos una vez las realicemos José Luis y yo para analizarlas detenidamente después y poder sacar las conclusiones oportunas.

—Ah, ¿que encima lo vais a grabar? ¡Joder, Angelillo! ¡Que yo no tengo ni idea de colores! Que lo mío ya sabes que es otra cosa, y tú que has leído mis novelas habrás apreciado el poco entusiasmo que reinaba en esas épocas del Medioevo respecto a esto que me pides. Creo que no soy el adecuado, ¡compadre! —al decir esto se dejó llevar por un arrebató, pero de desencanto que contrastaba con la primera frase que le había soltado, aunque Ángel le explicó el verdadero motivo.

—Por eso quiero que lo hagas tú —le dijo tan tajante como contundente.

—¿Para verme hacer el ridículo? —increpó Curro a su peculiar manera.

—¡Nooo! Qué va —Ángel le sonrió para seguir de manera que de una vez lo entendiera del todo y sin ninguna duda—, quiero que seas tú porque siempre has dicho lo que se te pasaba por la cabeza, siendo consciente de que a veces eso te podía pasar malas jugadas, pero necesito a una persona con una visión completamente normal como tú tienes, o que todos tenemos y que

además diga las cosas claras y no tenga miedo a decirlas tan claras como las ve. ¡Así, sin más! Currito, vamos a ver —Ángel le hizo una pregunta para que finalmente lo entendiera del todo—, ¿no le dijiste a una chica una noche «te juro que te estoy intentando mirar a los ojos... pero es que tus tetas me están gritando»?

Currito se acordó de aquello, le cambió el rostro y no le quedó más remedio que reírse.

—Sí, eso le dije. Vaya tela, ¿eh?

—¿Lo ves? No tienes miedo a decir lo que ves —Ángel seguía muy serio porque para él era muy importante lo que le pedía—. Aquella noche yo estaba esperando un tortazo por parte de la chica que se hubiese oído en... yo que sé, Cádiz. Lo único que recuerdo es verte cuatro horas más tarde de la mano de ella junto al puente de Triana. Te juro que no sé cómo lo haces, pero siempre dices lo que pasa por tus ojos y por tu cabeza, sea bueno o malo. Mira, Currito, simplemente te vamos a sentar. Sí, solo sentar en una silla, normal y corriente de las que tenemos en clase y tú nos vas a ir nombrando los colores que te vamos a ir mostrando en dos paneles. ¡Nada más! Es así de fácil.

—¿Colores? ¿Como a los niños de 5 años? —dijo con la misma desgana que poca gracia.

—¡No, Curro! Son unos colores especiales y bastante complejos —estaba claro que Ángel no sabía contarle exactamente lo que tenía que hacer sin que pareciera que se trataba de un juego de niños, cuando precisamente estaba en juego el calibrar la visión y probarla a unos niveles como nunca se había hecho antes—. Cuando hagamos la prueba te daré los detalles, pero quiero que seas tú quien marque la primera referencia. Esa es la clave de que estés en esto: ¡solo que seas la primera referencia! Que seas el que diga lo que sus ojos le muestran. Curro, sabes que soy una persona muy seria para mi trabajo y no te lo pediría si no fueses casi mi hermano, pero es que te necesito en esto tan importante. ¿Qué me dices?

—¡Está bien! Pues «ná», a decir colores. ¡Ea! ¡Como en Barrio Sésamo! ¿No? —El gesto le cambió, pero por fin aceptaba; no le iba a dejar de lado en ese «simple» favor que le pedía su gran amigo, aunque soltó una última frase pronunciada con un volumen casi inaudible.

—¿Estarán Epi y Blas?

—¡No! ¡No seas tonto! —el momento serio se acababa de romper y rieron

como lo hacían a menudo—. ¡Gracias, Curro! Además, te lo compensaré. ¡Ven aquí!

Le abrazó, aunque no fue del todo correspondido por su amigo que se veía en una especie de encerrona, a la que viniendo de quien venía no tenía la opción de decir que no. Con su «semihermano» poniendo cara de pocos amigos, Ángel estaba feliz, ya que ¡por fin podía contar con el gran Currito para la prueba!

LOS DOS PANELES DE LAS PRUEBAS VISUALES

Pasados unos días, una mañana, el decano Campos buscó a Ángel al terminar las clases en la Universidad. Le dijo que le quería explicar lo de los dos paneles, ya que era la mejor forma de ver hasta qué punto Chiara podía observar los matices o los sutiles cambios de color, brillo o si estaban mezclados con otros tonos. Así que le llevó hasta una puerta donde, después de girar la llave en la cerradura, entraron en la sala en la que se iban a realizar las pruebas al día siguiente.

—Mira, Ángel: aquí tienes los dos paneles que vamos a usar con Chiara. El primero no hace falta que te diga cuál es, pero para elaborar el segundo han tardado en diseñarlo ¡tan solo tres días! ¡Tres! Para elaborar esto que vas a ver, han venido a Sevilla cinco de los mejores expertos en fotometría de España, Francia y Holanda. Un trabajo increíble que requería de una labor extraordinaria.

—Vaya, habéis hecho un trabajo brillante. La resolución de las impresiones en semejante tamaño es casi perfecta. Pero, José Luis, creía que íbamos a tener todos los colores del espectro visible, —vamos, los colores que vemos en el arcoíris— en el segundo panel y aquí veo que solo hay diferentes violetas, todos violetas, no hay ni uno solo que no tenga algún matiz de ese único color. ¿Qué pasa con los demás colores: amarillos, verdes, azules y demás?

—Ángel, en diversas conversaciones que he tenido por teléfono con Chiara durante estos días me ha contado algo que es sumamente importante —hablaba el decano sereno, aun sabiendo que no iba a gustar lo que por su boca iba a salir—, y que debes de saber ahora. Ella cree que hay un color que existe pero que aún no ha logrado ver.

—¿Qué quiere decir «exactamente»? —dijo Ángel recalcando esa palabra que le había chirriado en su cabeza como cuando paras tu disco de vinilo preferido de manera repentina y que, además de sorprenderle, no le había hecho nada de gracia—. ¿Que hay un color que existe, pero que nadie ha podido ver? —preguntó sorprendido el joven profesor—. No estaremos ante una loca que piensa que se le va a aparecer el Espíritu Santo, ¿no? ¡Estamos hablando de Ciencia! ¡José Luis, por Dios! —El enfado era evidente en el joven profesor, pues no se esperaba nada de esto—. No dudo de que tenga

una capacidad visual que la hizo ver las letras esas del Vaticano a kilómetros de distancia con una perfecta nitidez, pero lo que me acabas de decir ahora mismo es bien distinto —Poco a poco Ángel se iba calentando cada vez más en su argumentación y al hablar su volumen se incrementaba a una velocidad endiablada—. Aquí enseñamos a nuestros alumnos la realidad del mundo donde vivimos y esa realidad está compuesta por los colores que entran por nuestros ojos y que justo después interpreta el cerebro. Pero, joder, ¿no hay más colores que los que vemos, que se basan justa y básicamente en los que tiene el arcoíris y los que las ondas visuales envían y que pueden ser detectadas por ciertos instrumentos o aparatos electrónicos! ¡No existen más colores que los que la Ciencia ha mostrado hasta hoy! José Luis, ¿Tú estás seguro de que tiene bien sus facultades mentales la chica que va a venir mañana?

Ángel echaba humo del cabreo que tenía. Toneladas de rabia parecían que era lo que portaba según hablaba y estaba más que decepcionado con lo que acababa de oír porque, como profesor de la asignatura que enseña e investiga precisamente dicha rama, le parecía muy absurda y casi ridícula la frase «que falta un color». Eso se notó incluso en llamar a la que hasta entonces había llamado por su nombre en un casi despectivo «la chica que va a venir mañana».

—Ángel, escucha, y tranquilízate. Ella ha recorrido medio mundo, incluidas las auroras boreales, el hemisferio sur del planeta, la India, ¡sus vacaciones las programa en función de esa búsqueda! No te voy a negar que todo, la verdad, es muy extraño y que... —el decano hablaba dubitativo—, tienes razón, no te lo voy a negar; ¡pero en ningún caso estamos hablando de una chica que piensa que se le va a aparecer en la prueba Elvis cantando *In the ghetto*! Y su estado mental según informes que he pedido expresamente marca todo lo bien que puede estar para ser una veinteañera con sus altibajos emocionales, pero te aseguro que en ningún caso estamos ante una loca. Ángel, sea como sea mañana saldremos de dudas.

—Está bien.

Parece que Ángel se tranquilizó un poco, así que puso de nuevo atención a lo que le quería enseñar su director.

Ángel estaba observando los dos paneles, ya que tenían una resolución y colorido de muy alta calidad y quiso saber más acerca de ellos. Nunca había visto semejantes impresiones digitales.

—Lo que estás viendo está elaborado con la más alta resolución de la que disponen desde el mejor laboratorio que hace este tipo de trabajos —le decía el decano Campos mientras se acercaba Ángel a escasos 9 centímetros de cada panel—. Del panel de la izquierda, ¿tienes algo que decir? Fíjate bien durante 30 segundos, por favor, antes de contestar.

Se alejó lo suficiente para mirar el primer panel. Las condiciones de iluminación eran muy buenas, aunque para el día de la prueba serían perfectas ya que era de suma importancia, aunque Ángel no notó absolutamente nada raro.

—Está claro que es el cuadro Pantone, el sistema de identificación y comparación del color para las artes gráficas.

—Sí, y que más se usa en el mundo para todo tipo de trabajos. Así, los colores están todos numerados, por lo que, si queremos pintar una pared de un color particular, en esta imagen que parece un rompecabezas de muchos colores podremos encontrar justo lo que buscamos diciendo solo el número que lo identifica y que, además, está perfectamente ordenado en esos cuadrados; bueno, cuadraditos. ¡1 500 nada menos, Ángel!

—Parece mentira que haya ahí 1 500 cuadraditos, ¿eh? ¡Es asombroso! —parecía que se le iba pasando el enfado poco a poco.

—La verdad es que sí. Luego, a la hora de pintar una pared se pueden mezclar con otro tipo de sustancias que puede hacer que existan más de un par de millones o incluso un infinito número de diferentes colores, pero sigo sin creer que la chica italiana esté buscando uno que no sea como estos y que diga que de momento no lo ha visto. José Luis, me voy a olvidar de lo que me acabas de decir hace un rato y voy a hacer la prueba tal y como la tenía programada —terminó diciendo mientras seguía negando con la cabeza con las últimas señales de ese humo imaginario que aún desprendía debido a su cabreo.

—Me parece perfecto, ya te dije que te dejaba como responsable y sé que el asunto no puede estar en mejores manos, pero, por favor, vuelve a mirar el cuadro Pantone, míralo otros 30 segundos a ver si notas algo raro.

—¿Qué pasa, que habéis cambiado alguno de lugar para ver si lo detecta, no? —De nuevo el gesto de Ángel no era de mucho agrado, el humo aparecía de nuevo.

—Sí, vuelve a mirarlo otra vez —le contestó el decano tranquilamente.

Ángel estuvo no 30 segundos, sino que acercándose otro minuto miró y

miró todas las tonalidades del cuadro Pantone. Este cuadro tiene una particularidad, y es que los colores están colocados de manera que el tono que está justo al lado del contiguo es prácticamente igual y solo cambia muy poco y, de ahí que los 50 cuadraditos de la fila de arriba en horizontal, multiplicados por las otras 30 filas más colocadas debajo de esta, son exactamente los 1 500 colores del panel.

—No tengo ni idea José Luis, es muy difícil.

—Pues mira, hemos cambiado estos dos verdes que están juntos aquí, uno por el otro —señalando justo esos dos colores.

—¿Estás de coña? ¡Eso a más de 5 metros es imposible de apreciar y menos teniendo 1 500 colores a los que mirar!

—Ángel, si todo lo que indica Moretti en su informe es cierto, debería verlo. Ya sé que es ponérselo difícil, pero de eso se trata. Si luego hay que ayudarlo se hace y ¡ya está! Y en cuanto a este segundo panel, pues decirte que solo hemos usado diferentes violetas con su nombre exacto y ver por dónde anda el color que ella... —El decano Campos dejó de hablar porque se dio cuenta de que Ángel estaba aún atrás y no le estaba escuchando, estaba pegado a 5 centímetros escasos de los dos cuadraditos verdes del primer panel, moviendo la cara, buscando ángulos nuevos y, en definitiva, inmerso por completo en intentar buscar y encontrar que esos dos colores se habían cambiado— ¡Ángel! ¡Te estoy hablando! —le gritó muy fuerte—. ¡Deja el cuadro Pantone, que tengo prisa y resulta que veo que estoy hablando solo! ¡Ven aquí, anda!

—Creo que os habéis pasado con trampear el cuadro.

—El cuadro Pantone no me preocupa tanto como este ya que, como te decía, hemos usado diferentes violetas con su nombre exacto y ver por dónde anda el color que ella dice que falta y no ha visto aún.

En el momento que vio el segundo panel, Ángel se acordó de Currito, ya que le había dicho que la prueba era de colores, de todos ellos, amarillos, azules, verdes, rojos, y que, además era algo muy sencillo. Resulta que iba a ser de un único color con diferencias entre sus tonalidades muy sutiles. Mientras miraba ese panel sabía que iba a ser un momento un poco tenso en el que su amigo igual lo iba a pasar un poco mal, pero ya tenía un sí por su parte, así que iban a seguir como habían dicho.

—¿Algo que decir acerca de este segundo panel?

—No —hizo una ligera pausa, pero al final acabó diciendo—, solo que

estoy deseando que llegue nuestra invitada desde París.

—Recuerda ir a buscarla mañana al aeropuerto. Acuérdate de que ella viene desde Roma, no desde París. ¡Ah! Y, sobre todo, por favor, que no vaya «ese» Currito contigo, ¿vale? —concluyó el doctor Campos tocando el hombro dos veces con una sonrisa perversa por su comentario acerca de su gran amigo en su rostro mientras dejaban el lugar de las pruebas.

Estaba claro que el día siguiente iba a estar cargado de muchas emociones, así que solo tocaba esperar a que las ruedas del avión que traía consigo a Chiara tocaran tierra española.

SEVILLA TIENE UN COLOR ESPECIAL

Ángel fue al aeropuerto a buscar a Chiara y, mientras la acercaba al hotel donde iba a estar esos dos días alojada, la trató con la amabilidad propia de una invitada a su Sevilla. Tanto en el coche como en el hotel donde dejó la dejó hablaron en italiano. Hablaron de todo un poco, como que a ella le encantaba estar de nuevo en España, ya que había estado dos veces anteriormente, y que era un país donde siempre se había encontrado muy a gusto y que tenía la sensación de que esta ocasión no iba a ser menos.

Al entrar en el hotel, ella le dio las gracias en castellano, a lo que el profesor contestó:

—¿Pero hablas español?

—Sí. Bueno, un poquito, lo suficiente para poder mantener una *piccola* —dudó y dijo—, perdón, pequeña conversación.

—Vaya, veo que eres una caja de sorpresas. Mañana te paso a buscar a las 11 de la mañana, ¿vale? Y si necesitas cualquier cosa, me llamas; no lo dudes. Estás en un lugar muy bonito y céntrico para dar un paseo y conocer un poco la ciudad, no te decepcionará.

—Muchas gracias, Ángel, eres muy gentil. Después de dejar las cosas bajaré a dar un paseo por la... —se quedó pensando y le preguntó a Ángel cómo se decía orilla en español y por fin concluyó la frase—, la orilla del río. Pero iré pronto a dormir; mañana será un día muy intenso y estoy deseando que llegue.

—Perfecto, Chiara. Que descanses —le sonrió amablemente para despedirse de ella.

Justo cuando se habían alejado solo un poco, tras dar cinco pasos, por la cabeza de Ángel se le pasó un nombre por la cabeza, un nombre que hizo que se diera la vuelta para decir.

—¡Chiara!

—Dime —contestó tras girarse también mientras veía cómo de nuevo se acercaba Ángel.

—Una cosa que es importante, bueno, tremendamente importante para mañana. Olvídate de hablar en español. Hablaremos en italiano, creo que es mejor. ¿Te parece bien?

—¿Y eso? Puedo hacer la prueba en castellano, no me importa.

—Es mejor que la hagamos en italiano para que te encuentres más a gusto. No te importa, ¿no?

—Para nada. Como quieras, en italiano entonces —y le sonrió con la simpatía de la que siempre hacía gala la chica de Roma.

Una vez que por fin sí que se habían despedido, Ángel tenía en su mente como un letrero luminoso en el que se mostraba bien visible la razón por la cual había hecho esa última petición para la prueba y en dicho letrero solo había una palabra. Bueno, más bien un nombre: ¡el de Currito!

Por la mañana, Chiara abrió los ojos y poco a poco fue despertando en su habitación del hotel. Tras levantarse, lo primero que hizo fue caminar descalza por la suave moqueta para observar por la ventana y contemplar que hacía un magnífico día de sol en Sevilla. Miró su móvil y vio que tenía un mensaje. Era de Lorian, que ponía: «Tengo muchas ganas de verte».

Era evidente que era un mensaje que le hizo mucha ilusión, porque su primera reacción fue de alegría. No lo esperaba tan temprano, pero hubo algo que le extrañó como fue el hecho de que ni saludara al principio del mensaje, lo cual no era propio del Lorian que había conocido en París y, sobre todo, por lo escueto del texto. Lo que quería decir con esas palabras estaba claro y era muy directo y bonito, pero simplemente se quedó un poco extrañada por recibir cinco palabras de alguien a quien le encanta regalarte muchas expresiones más.

Así que Chiara, con la toalla como única prenda en su cuerpo, le contestó de la misma manera: «¿Sí? Yo también». Ella lo miró vio que no podía ser más escueto, e incluso se preguntó si quitarle la pregunta «¿sí?» y le dio al botón de enviar para ver qué contestaba.

Como estuvo esperando un minuto y no tenía respuesta, se empezó a arreglar. Se dio una ligera capa de maquillaje y rímel en los ojos. Era la sencillez del maquillaje que solía usar, ya que no necesitaba más para sacar a relucir su belleza natural.

Se aproximaba la hora en la que había quedado con Ángel en la recepción, así que bajó al vestíbulo del hotel en el que estaba alojada y que estaba a la altura de una invitada como Chiara.

Se sentó en uno de los sofás de recepción a esperar cuando recibió un nuevo mensaje a través de WhatsApp.

Lorian: «¡Hola, Chiara! ¿Cómo estás? Antes te escribí, pero no tuve

tiempo de ponerte más cosas de las que al final escribí, pero creo que el mensaje te llegaría entero, porque si encima le quitas una palabra a eso tan corto se hubiese quedado en nada».

Chiara notó que esta sí que era la verdadera manera de comunicarse del chico que la encandiló en aquella cafetería parisina, pero entonces se le pasaba por la cabeza una gran pregunta a ella: ¿qué misterio tenía ese mensaje para que solo tuviera tan pocas palabras?

Chiara: «¡Buenos días Lorian! —le añadió un emoticono y le envió un segundo mensaje—, tu mensaje de antes ha ido muy certero, ya que donde apuntaste ¡diste justo en el mismo centro de la diana! Me ha encantado despertarme con algo así, aunque igual esperaba más disparos que uno solo. ¿Qué pasó? ¿Te quedaste sin flechas hasta el punto de que te olvidaste de dar los buenos días?».

Lorian: «Jajaja, así que te quedaste como con ganas de algo más...».

Chiara: «Hombre, a ver, cómo te explico, ¿cómo llamáis los matemáticos a algo extremadamente pequeño o corto?».

Lorian: «Canijo».

Chiara: «Nooo, ¡tonto! En serio ¿Cuál es la palabra científica para definir ese mensaje que me has enviado tan canijo?».

Lorian: «Creo que esa palabra que quieres decir es infinitesimal».

Chiara: «¡Esa! Esa es la palabra que describe tu mensaje de antes; me ha encantado, y mucho, pero me ha parecido extremadamente canijo e ¡infinitesimal!»

Lorian: «Ja, ja, ja, ¿así que eso te ha parecido?, pues a mí se me ha hecho un mundo».

Chiara: «¿Un mundo? ¿Cinco palabras? Lorian, debe de ser que yo soy romana y tú parisino, pero veo que ¡hay veces que no nos entendemos nada! ¿Cómo se te va a hacer largo un mensaje de cinco palabras?»

Lorian: «Muy fácil, Chiara. Te lo he escrito en plena clase, hablando a mis alumnos. No sé por qué has estado toda la mañana rondando por cada parte de mi cabeza, sin mi permiso, por cierto, y he probado a hacer algo que nunca había hecho justo en un momento en concreto. Mientras estaba explicando en la pizarra un razonamiento matemático y con la mirada atenta de todos mis alumnos, he cogido de mi mesa algo que simulara una esfera o una piedra para mostrarles el movimiento parabólico que debería describir un objeto cualquiera según el gráfico que estaba escrito en la pizarra. Como no tenía

dicha piedra, he cogido mi propio móvil para simular ese mismo movimiento a modo de que los alumnos comprendieran la curvatura de la gráfica que estaba escrita, y con el iPhone agarrado con mi mano derecha, nadie se ha dado cuenta de que mientras les hablaba, con las teclas ocultas a ellos, he creado una línea imaginaria en el aire con forma parecida a la de un arcoíris un tanto particular, pero simulando la gráfica que tenía escrita, y he conseguido desbloquearlo, escribirte eso y ponerlo de nuevo encima de la mesa ¡sin que ni uno solo de mis pupilos que estaban atentos a este complejo gráfico se haya dado cuenta de que lo he usado para teclear y escribir a una persona que estaba a más de 1000 kilómetros de esa misma aula para, simplemente, decirle que le echaba de menos! Solamente porque en ese momento lo sentí así. Así que igual ahora ya le das un poco más de valor»—, y por último una sonrisa dibujada para rematar ese texto.

La cara de Chiara leyendo aquello en Sevilla y, sobre todo, imaginándose la situación hizo que, de repente, al mirar al vacío empezara a sentir e incluso oír en ese vestíbulo del hotel algo que parecían unos golpes que iban cada vez más deprisa, y que eran muy potentes. Miró a los dos lados, ya que no sabía de dónde venían, hasta que Chiara se dio cuenta de que estos venían directamente de ella. ¡Era su propio corazón que con cada latido parecía más bien un potro desbocado corriendo por una colina en sus primeros meses de vida!

Solo pudo contestar con un infinitesimal «¡Wow!» junto con dos emoticonos, uno sonriendo y otro con un beso, ya que, en ese momento, con mucha puntualidad, Ángel, vestido con un traje recién estrenado, entraba en la recepción del Hotel para recogerla.

Tras despedirse de Lorian rápidamente por WhatsApp, miró a Ángel.

—*Buon giorno*, Chiara —saludó este muy gentilmente.

—¡*Buon giorno*, Ángel! —y siguió diciendo—: ¿No me dijiste que nada de hablar en español?

Ángel rio y dijo:

—Tienes razón, quedamos en ello. Cuando acabe la prueba te diré el porqué; de momento, vamos a buscar a un amigo y luego a la Universidad, que estoy impaciente. ¿Estás nerviosa?

—¿Debería estarlo? —contestó con picardía—. Según hablé con José Luis Campos, solo tengo que decir y nombrar lo que vea en dos grandes paneles que habéis preparado. ¿Qué me puede pasar? ¿Que se me caiga uno de ellos

encima? —ambos rieron.

—Tienes razón. Pero tengo que reconocer que desde que leímos lo que nos enviaron desde Roma estábamos deseando que llegara este día. Vámonos, que hay gente que nos espera.

Y de esta manera, ambos se montaron en el coche de Ángel y se dirigieron a la Facultad.

Chiara iba vestida muy sencilla: con un pantalón, una camiseta y unas zapatillas, todo a juego, de un rojo intenso; totalmente informal pero impecable en cuanto a cómo le sentaba un conjunto cómodo para estar a gusto todo el día.

Una vez más, la esencia de Chiara hacía que dicha vestimenta luciera de una forma muy agradable para cualquiera que mirara a la italiana. Ángel le dijo que de camino tenían que pasar por tres sitios que eran símbolos de su ciudad, como eran la Real Maestranza, la Torre del Oro y un poco más apartada, la Plaza de España, en la cual pararían cuando regresaran de las pruebas.

El día era espléndido en Sevilla, y con las ventanas de su coche bajadas, Ángel le preguntó por cómo había pasado la noche.

Ella le contestó que de maravilla y empezó a comentar la belleza del paisaje con un río Guadalquivir que no les quitaba ojo, mientras continuaban en dirección hacia una cafetería junto a la Facultad.

Estaba feliz de estar en España, era algo que se le notaba en la expresión que llevaba y cómo sacaba ligeramente la cara por la ventanilla para sentir en su rostro el viento mientras el coche de Ángel aceleraba.

Era momento de pocas palabras. Algunas miradas entre ambos enviaban mensajes de que ella estaba disfrutando y es que la parte más divertida de Chiara casi estaba en plena ebullición.

Pero le faltaba algo, y saltándose una norma de conducta de esas que no están escritas pero que se dan por válidas en todos los países como es «no tocar botones de un coche que no es el tuyo», Chiara miró la radio del coche y no dudó en pulsar el botón del encendido del Radio-CD.

Necesitaba música para que ese bonito momento fuera aún mejor, así que empezó a sonar la música de la emisora que tenía sintonizada Ángel. Parecía que, de repente, todo se alineó para que fuera totalmente perfecto, ya que tras volver a incumplir la norma de no tocar otra vez los botones ella subió más aún el volumen. A veces, las casualidades hacen cosas increíbles, así que en

ese coche junto al Guadalquivir sonaba en ese momento la canción de Chris de Burg *Lady in red* (La dama de rojo) y Chiara empezó a cantarla, primero bajito con algo de vergüenza y viendo qué reacción tenía Ángel, pero en cuanto llegó el estribillo, sintió que tenía el permiso de cantarla bien alto y sin ningún miedo y metiéndose de lleno en la letra de la canción con la llegada de la parte más conocida, y con las risas del conductor por el hecho de ir precisamente vestida de ese preciso color, por sus labios, a plena voz sonaba un «*Lady in red, is dancing with me...*» al más puro estilo de quien canta en un karaoke la canción por vigésima vez entregada de pleno a la melodía de tan conocido tema.

La cara de Ángel, que estaba más pendiente de ella que de la carretera, era de total asombro; no daba crédito a tal casualidad, aunque estaba también sintiendo ese mágico momento. De repente vio a una chica que vivía un genuino estallido lleno de entusiasmo que nunca había visto y de felicidad pura por la orilla de ese río que seguía vigilante junto al paseo de Cristóbal Colón.

En cuanto acabó la canción Chiara, bajó como de esa nube en la que acababa de estar y le dijo a Ángel con un tono totalmente opuesto a lo cantado hace unos segundos.

—Perdona que haya encendido la radio sin haberte pedido permiso, pero algo me decía que debía de hacerlo. Ahora ya sé lo que era —dijo con la misma expresión que hubiese puesto una niña que sabía que había hecho algo indebido y buscaba perdón con un simple gesto—, espero que no te haya molestado—.

—¡Para nada, Chiara! Desde luego, me ha sorprendido la confianza que te has tomado, pero tengo que reconocer que yo mismo he notado que necesitabas encender la radio y también entiendo por qué la encendiste.

—Casualidades de esta vida que se dan más a menudo de lo que nos creemos, pero que casi todas pasan inadvertidas y otras, como ahora, salen a la luz. Ya ves, de los cinco conjuntos de ropa que he traído en mi maleta, curiosamente, el más sencillo de todos es el de hoy, precisamente este, el rojo.

Ya cerca de la Universidad y tras aparcar el coche, habían quedado con su gran amigo Currito en una cafetería para ir los tres juntos a la Facultad. Se habían conocido previamente antes de las pruebas y justo, al querer entrar en aquella concurrida cafetería, Ángel vio a su amigo en la primera mesa

sentado. Estaba solo esperándoles y le observó a través de los cristales sin que este se diese cuenta de su presencia.

En cuanto le miró por la ventana, Ángel sonrió orgulloso de ver que su amigo estaba allí. Se fijó en que Currito iba vestido como era típico en él. Contaba con ello. Los trajes elegantes no estaban hechos para Curro, los aborrecía. La mirada de Ángel desde fuera de la cafetería estaba cargada de agradecimiento, pese a que su gran amigo estaba dentro del bar a lo suyo, sin saber que le estaban observando.

Al igual que hacía siempre, estaba acompañado con una fusión de estilos que le hacían único en cuanto a vestimenta, lo cual estaba acorde con su manera de ser y entender la vida. Se le veía como un lienzo al óleo lleno de pincelazos de tonos sepias, ocres y marfiles, parecido a un atardecer en una sabana africana en sus camisas, que eran sueltas y bastante llamativas pese a no tener colores chillones intensos. Él las solía acompañar con unos fulares lisos en tonalidades muy claras que restaban la sobrecarga que tenían camisas, más que llamativas y muy curiosas, para hacer una combinación propia de su personalidad.

Una combinación que le sentaba muy bien, aunque esa misma ropa en la piel de otro hombre no tendría ni un diez por ciento del carisma que él le imprimía a su vestimenta.

Currito, en primer lugar, era increíblemente divertido. Todo lo basaba en no tomarse la vida en serio, le pasara lo que le pasara. La vida le había dado muchos palos de niño y por eso ahora quería recuperar esa felicidad perdida. Era bohemio de pensamiento y poeta de corazón. Siempre decía lo que se le pasaba por la cabeza. Era un ser cristalino, sincero y muy atrevido. Quizás demasiado, como si no le tuviera miedo a nada, y siempre estaba luchando por cosas que le pudieran hacerle sentir bien; constantemente pensaba con toda la intención lo que quería decir como un certero dardo que se clavaba en el centro de la diana ¡siempre! No salía de su boca nada que no tuviera gracia o fuesen palabras vacías, aunque a veces el ser tan transparente, gracioso y atrevido en sus comentarios le había traído algunos problemas, ya que siempre estaba al borde de sorprender para bien, para enamorar, para fascinar, para entretener o de incomodar para mal por su exagerada franqueza. Ese era su gran secreto que podía sostener gracias a algo que muy pocas personas poseían y era que Currito salía siempre airoso porque era increíblemente astuto y rápido de mente, un mago de la improvisación, un genio en dar la

vuelta a la tortilla de las situaciones en décimas de segundo.

Podía haber sido cualquier cosa que se hubiese propuesto porque tenía talento e inteligencia innata, pero él prefirió estar en ese lado de la vida más loca, menos complicada, la de vivir más el día a día, sin lujos y, por supuesto, sin mucho trabajo. Tomó hace muchos años esa decisión y el tiempo le dio la razón, ya que, por lo menos, era la opción que le hacía más feliz. Según él mismo decía cuando estaba inmerso en el embrujo que se producía en Sevilla tras el atardecer: «Esta noche es tan bonita que no contéis con que luego nos la estropee el sol».

La frase le salía todas las noches perfecta, del tirón, disfrutando al pronunciarla, sonando de manera mágica y magnética para quien tenía la suerte de oírla, y a la gente le encantaba cómo sonaba en su boca. Eso sí, más bien antes de que entrara la madrugada, ya que sobre esa hora empezaban las dificultades para pronunciarla entera sin que su lengua le traicionara debido a las pequeñas minivallas que los cubatas le iban colocando en su lengua y la dijera a trompicones, tropezándose con ellas de vez en cuando. Pero, aunque la dijera un poco dilatando vocales, la gente la entendía perfectamente.

Con el tiempo hizo que esa frase, ¡su frase!, fuera famosa en la ciudad e incluso las chicas se la decían cuando a veces no se acordaba de alguna de ellas debido a la cantidad de gente que conocía.

Currito, al oír su propia frase en otros labios, sabía que era la clave de que habían estado con él anteriormente. Alguna noche se le acercaba alguien y le decía:

—¿Esta noche es tan bonita que no contéis...?

Y era el propio Currito el que remataba la frase señalando con el dedo con muchísima alegría y efusividad, porque era la frase clave de que ya se conocían de antes, comenzando una nueva y divertida conversación.

Así era él, divertido por el día, ¡mágico por la noche! La mejor frase que le podía describir. Y allí estaba hoy, tan tranquilo, sentado en esa cafetería esperando sin saber que le observaba su mejor amigo junto a aquella muchacha desconocida.

Antes de abrir la puerta de la cafetería, ya con ella medio abierta, Ángel le dijo a Chiara:

—Recuerda, nada de español a partir de ahora, ¿vale?

Ella afirmó con la cabeza un poco extrañada y entraron por fin en la cafetería.

Ángel procedió a presentar a Chiara, en italiano por supuesto, y Currito viendo lo serio que se lo había puesto su amigo aquel día que le contó todo, le dio la mano sonriente y muy cortésmente, pero de una manera que nunca había visto Ángel.

Curro estrechó la mano a Chiara para saludarla como si en vez de una joven le hubiese presentado a un ejecutivo de 50 años a lo que Ángel le contestó riéndose, sin dar crédito:

—Currito, yo sé que esto de dar la mano no es lo tuyo, joder. ¡Es la primera vez que te lo veo hacer! Así que voy a empezar otra vez y ¡dale dos besos a esta muchacha! ¡Que no muerde! Y, además, ella es como tú, muy simpática. Venga—, mientras Chiara sonreía como sin saber lo que Ángel estaba diciendo.

—A ver, que empiezo otra vez. Currito, te presento a Chiara, de Roma, la chica a la que hemos invitado a la Universidad —dijo Ángel mientras volvía a sonreír.

Currito ahora le dio dos besos que fueron muy bien recibidos por parte de ella con su ya mágica sonrisa y contestando en italiano que era todo un placer en conocerle.

Justo después de esto, Ángel se acercó a su mejor amigo y le dio un abrazo como si ella no estuviera delante, solos ellos pese a estar contemplándolo Chiara, cargado de esa gran amistad que se procesaban y al oído muy bajito le dio las gracias por prestarse a las pruebas que en una hora iban a hacer y que iban a ser tan importantes en su vida y en su trabajo.

Dicho abrazo fue algo muy intenso. Sobre todo, por parte del joven profesor sevillano porque estaba ante uno de los días más importantes de su imaculada y precoz carrera profesional. Ese era el parecer y el presentimiento que tenía mientras estrechaba los brazos al gran Currito, abrazos de los que son frecuentes entre quienes han compartido incontables noches de fiesta en las que nunca faltaron las risas, y donde muchas veces en esas veladas estaban como testigos dos o tres botellas de una conocida marca de ginebra sevillana. Era raro que pudieran faltar, aunque sus más divertidas salidas coincidieron con un control sobre las bebidas espirituosas, ya que Ángel nunca más volvió a aparecer o impartir sus clases con síntomas de haberse pasado con el alcohol; y su gran amigo Currito hasta en eso era leal y se solidarizaba para siempre beber lo mismo a lo largo de la noche que él. Las llamaban «sus noches 3», que querían decir que a partir de las 3 de la

madrugada cualquier consumición que entrara en el organismo de ambos ya no contendría alcohol, pues no lo necesitaban para que la noche despegara directa hacia momentos de verdadera magia sevillana y fases nocturnas con «frases para la historia» de tan peculiar pareja.

Eso sí, cuando llegaban los sábados y no había Universidad de por medio, durante los más de siete años que llevaban de amistad los dos jóvenes sevillanos pasada cierta hora la tarde se empezaba a convertir en noches con tintes de una intensísima y divertida locura entre ambos. Las ciento de botellas que llenaban el fondo de todos los *pubs* de la capital hispalense eran testigo de ello.

Si dichas botellas que todos vemos como simples objetos inanimados tuvieran la capacidad de comunicarse de alguna manera, tendrían más momentos divertidos que contarse que las entradas existentes en la Wikipedia, y una colección de chistes por miles, incluso millones al igual que anécdotas graciosas que habían oído de ellos y que dejaban bien claro no solo la armonía que existía entre Ángel y Currito, sino que ellos cuando se ponían la ropa para salir a las calles hispalenses era como si la ciudad se alegrara de tenerles entre sus calles sus numerosos bares, *pubs* y tablaos flamencos, ya que personas como ellos dos son los que hacían aún más grande a la noche sevillana. ¡La propia Sevilla era la que se alegraba de que no se quedaran esa noche en casa y recorrieran siempre los mismos lugares!

Cada noche, las conversaciones entre ellos dos se entrelazaban con los momentos que tenían acompañados, casi siempre en compañía femenina, una compañía que dejaba bien claro que se encontraba muy a gusto con estos dos «caballeros de fina armadura del siglo XXI». La noche les transformaba, ¡por completo!, y de una manera inexplicable. Pero, sobre todo, se sentían increíblemente a gusto el uno con el otro.

Y para acabar de definir la relación de estos dos inseparables amigos tan distintos, pero tan iguales, hay que decir que casi siempre estaban acompañados, ya que a ellos les embelesaban y a ellas las enamoraban. Jamás tenían secretos el uno del otro, excepto de los momentos inmediatamente después de quitar el sujetador a alguna de la que fuera una aventura de cualquiera de los dos, y es que hay cosas que, entre caballeros, aunque sean de fina armadura del siglo XXI no se podían ni querían contar. ¡Y eso lo seguían a rajatabla!

Si ellos fueran una canción no cabe duda que dicho tema sería una versión de guitarra flamenca, tocada por las manos del mágico Paco de Lucía y en la voz de un Camarón de la Isla que bajaría desde lo más alto para cantarles con toda la pasión de su desgarrada voz una entrañable versión del *Amigos para siempre*. Un «para siempre» que además ¡fuera taconeado por Sara Baras!

Tras ese abrazo a la vista de una Chiara que sintió la unión que existía entre ellos y que llegó al sensible corazón quien ya lo tenía lleno de ternura, Currito la miró y le dijo muy serio:

—*Benvenuta bella Chiara, un piacere per me, y... ¡ya no me sé más!* —
Fue un momento en el cual los tres rieron con una carcajada casi a la vez y por fin rompieron el hielo del todo, así que a partir de ahora tocaba ponerse serio porque tenían una mañana muy intensa por delante.

LORIAN CONTACTA CON CHRIS DE NUEVO

De nuevo en París al terminar las clases Lorian quiso poner al corriente a Chris de todo lo que había sucedido la última semana, aunque fuese bastante difícil de creer. Al coger el teléfono en San Francisco, Chris le contestó un poco acelerado:

—¡Lorian! Iba a llamarte ya mañana. Estoy ahora mismo con muchísimo trabajo del nuevo proyecto que te comenté; llevo dos semanas que casi no puedo estar con Katherine y el niño y disfrutar de ellos, pero no me he olvidado de ti. Creo que tengo algo en cuanto a esos 4 números. Un amigo mío ha encontrado un indicio de algo curioso haciendo unas simulaciones por ordenador y, por lo menos, es algo de donde poder tirar.

—¡Chris! Escucha, ¡ya no hace falta investigar más esos 4 números! — desde luego que el tono era mucho más relajado que la última vez que hablaron, esta vez el que estaba tranquilo e incluso aliviado era el propio Lorian, que dijo esa frase hasta con alegría, que era justo lo que había faltado en su última comunicación.

—Ah, ¿no? —Se quedó un poco asombrado sobre todo por la diferencia en la forma de hablar que percibía al otro lado de la línea—. ¿Y qué ha pasado entonces? ¿Estás bien Lorian?

—¡Como nunca! Sí, estoy muy bien, ya que el 9175 que casi me vuelve loco por fin ha aparecido y, aunque no te lo creas, me ha llevado... —sonrió y, sin ninguna prisa, por fin lo soltó—, a conocer a una chica.

—¿Una chica?

—Sí, es italiana y todavía es pronto, pero por lo menos tengo claro que esos números no me han llevado hacia algo malo; por lo menos, de momento. Ahora estoy más tranquilo y te llamo para decírtelo. Céntrate en eso que tienes en tus manos ahora.

—Bueno, se nota por tu tono de voz que ya estás más tranquilo y me alegro mucho. Pero Lorian ¿qué tienen que ver esos 4 números con esa chica que acabas de conocer? Tú y tus amigos conocéis chicas todos los fines de semana.

—Sí, pero escucha, la he conocido donde menos te lo esperas, ¡en un cajero automático!

—¿Un cajero automático? —dijo entre preguntando y exclamando, más

que sorprendido junto con un taco de los importantes y muy típico de aquella zona californiana—. A ver, que igual no he oído bien, Lorian ¿me estás diciendo que todo esto tiene que ver con un cajero automático?

—Sí. Igual tenías razón en que todo haya sido por una casualidad; yo aún sigo sin creer lo que pasó aquella tarde.

Chris le tuvo que interrumpir y decirle con mucha velocidad:

—Lorian, perdona que te corte, pero acaba de venir una gente que estaba esperando y la reunión de hoy es vital para el proyecto. Te tengo que colgar. Ya me lo contarás, ¿vale? Te llamo yo en cuanto pueda. Ah, y me alegro por ti, y por esa chica también ¡te llamo esta semana!

Lorian quiso despedirse de su amigo californiano, pero se dio cuenta de que hablaba solo ya que Chris había colgado. El francés entendía perfectamente cómo eran a veces de estresantes determinadas reuniones de negocios allí, en aquella Costa Oeste de los Estados Unidos, donde una reunión con la gente adecuada podía llegar a firmar contratos entre empresas por valor de muchos millones de dólares en una sola mañana.

LA HORA DE LA VERDAD EN SEVILLA

Cuando por fin se presentan en la Universidad de Farmacia, los tres jóvenes: Currito y Chiara encabezados por Ángel son recibidos por el decano Castro y los saluda. En primer lugar, la máxima autoridad de la Facultad se dirige a la invitada hablando en inglés. El recibimiento es muy afectuoso y comienza con un gran agradecimiento por haber aceptado la invitación que le hizo por teléfono.

De la misma manera, da la mano a Ángel, que será el responsable en el ya hablado cambio de funciones durante esas pruebas. Por último, faltaba el saludo por parte del decano hacia una persona que era más que evidente que no le agradaba mucho que estuviera allí, pero por propio respeto a la invitada y, sobre todo, al joven profesor dio la mano a Currito, aunque de una manera extremadamente fría y cargada de tensión en vez de entusiasmo:

—Don Francisco, bienvenido —le dijo muy serio, lo que no le hizo ninguna gracia, por lo que este le contestó agitando bastante más las manos, dándole otro aire mucho más acompasado a dicho apretón y diciendo también muy serio con dos puñales como mirada.

—Currito, señor Campos, Currito.

Era evidente que entre ellos no había la más mínima simpatía y el apretón de manos en forma de saludo pareció más un desafío o un reproche que una bienvenida. Tras ella, todos pasaron a la sala donde se iba a realizar la prueba, en la cual habían retirado todo aquello que entorpecía su desarrollo. En el centro habían colocado dos sillas y seis focos perfectamente colocados con una luz totalmente blanca, que no falseara los colores y que tuvieron que pedir prestados a los mismos laboratorios que elaboraron los dos paneles para que los colores fueran exactamente los que habían imprimido.

Las dos sillas estaban a 7 metros del primer panel colocado justo enfrente y que estaba tapado por una gran sábana blanca.

En la prueba ya estaban preparados los dos alumnos que iban a grabarlo todo y que saludaron a los recién llegados a ese lugar que iba a vivir en unos instantes algo fuera de lo común.

Todo estaba listo y había en general buen ambiente debido a la presencia de Chiara con la que el decano y Ángel charlaban en inglés.

Una vez se sentaron en las dos sillas tanto Chiara como Currito se hizo el

silencio y desde el mismo centro de la gran aula habló Ángel en español con una voz bien alta para que quedara registrado en las cámaras que habían comenzado a grabar desde ese momento.

—Buenos días. Estamos en la Facultad de Farmacia en su sección de Óptica y Fotometría en Sevilla y vamos a realizar dos pruebas a dos personas distintas. Desde este momento, no quiero oír ni una sola palabra sin mi permiso, quiero el más absoluto silencio. Voy a pedir a uno de mis alumnos, en este caso a Mario, que apague las luces de esta sala, ya que tenemos encendida la iluminación necesaria para la prueba. Y quiero pedir a Rosa, nuestra segunda alumna, que destape el primer panel que tienen justo a 7 metros de distancia las dos personas que se van a someter a esta prueba. Chiara Bachellini Masera es una muchacha italiana, por lo que vamos a realizar su parte en su idioma, que yo iré traduciendo para que quede todo registrado en las grabaciones. Chiara, ¿estás preparada?

—Sí, lo estoy —dijo en su idioma natal bajo la mirada de todos los presentes incluido el decano Campos, que estaba muy atento alejado de ellos dos.

Ángel, que estaba en el medio de la sala entre las dos sillas y el panel preguntó:

—Nuestra primera referencia para realizar dicha prueba la va a realizar un joven sevillano llamado Francisco, aunque todos lo conocemos aquí como Currito y así lo haremos llamar en estas pruebas, Currito ¿estás preparado?

—Por la cuenta que me tiene —dicho con mucha desgana y tan bajito que a Ángel le costó oír la ridícula contestación, ya que estaba allí casi contra su voluntad y solo por la amistad que le une a su «hermano del alma». A Ángel no le valía esa respuesta para las grabaciones, así que le volvió a repetir la pregunta, pero con mucho más volumen y contundencia.

—¡Currito! ¿Estás preparado?

—¡Sí! ¡Estoy preparado! Sí, ¡totalmente preparado, listo, ya! —dijo casi con rotundidad militar. Aunque fuera muy exagerada la respuesta, la dio por válida Ángel mirando a su amigo por un instante, no con buen gesto. El joven profesor estaba deseando empezar de una vez, así que continuó.

—Bien, pues aquí tenemos el primer panel. Vamos a empezar por ti, Currito, ¿qué ves en este primer panel?

Curro miró al panel y miró a Ángel, cosa que repitió hasta cinco veces en unos interminables 40 segundos antes de abrir la boca. Se acordó de las

palabras que tuvieron cuando quedaron para hacer esta prueba. Los colores eran los mismos que los que salían en Barrio Sésamo como bromeó en su momento, pero allí estaban todos los colores básicos que conocemos para concluir diciendo, o más bien quejándose:

—Pues que voy a ver, ¡muchos colores! ¡«Tela» de colores! De todos los tipos: azules, amarillos, verdes, rojos, claros, oscuros, colores y más colores —le volvió a mirar a Ángel y le dijo—. Eso es lo que veo, ¿tengo que contarlos? ¡Ahí hay más de cien cuadraditos de esos, Ángel!

—Perfecto. No hace falta que los cuentes ni me digas más, gracias Curro —de nuevo la seriedad rondaba las palabras de Ángel, que quería empezar a oír lo que decía la verdadera protagonista de la prueba.

—Chiara, ¿qué ves en el panel? —preguntó en italiano con la misma seriedad de antes.

—El cuadro Pantone —también contestó en su idioma muy tranquila y confiada.

—¿Lo conocías? —La seriedad por parte de Ángel era cortante.

—Por supuesto, 1 500 cuadrados, 1 500 colores, todos ellos diferentes —Ángel hizo la traducción al español, por lo cual, Currito la miró sin creer que ella hubiese dicho 1 500 cuadraditos cuando él había calculado unos cien; de hecho, nada más oír ese elevado número Curro con su dedo extendido y cara de asombro empezó como a contarlos, pero en voz baja. Chiara tenía ya la mirada clavada en el panel y no tardó mucho en decir:

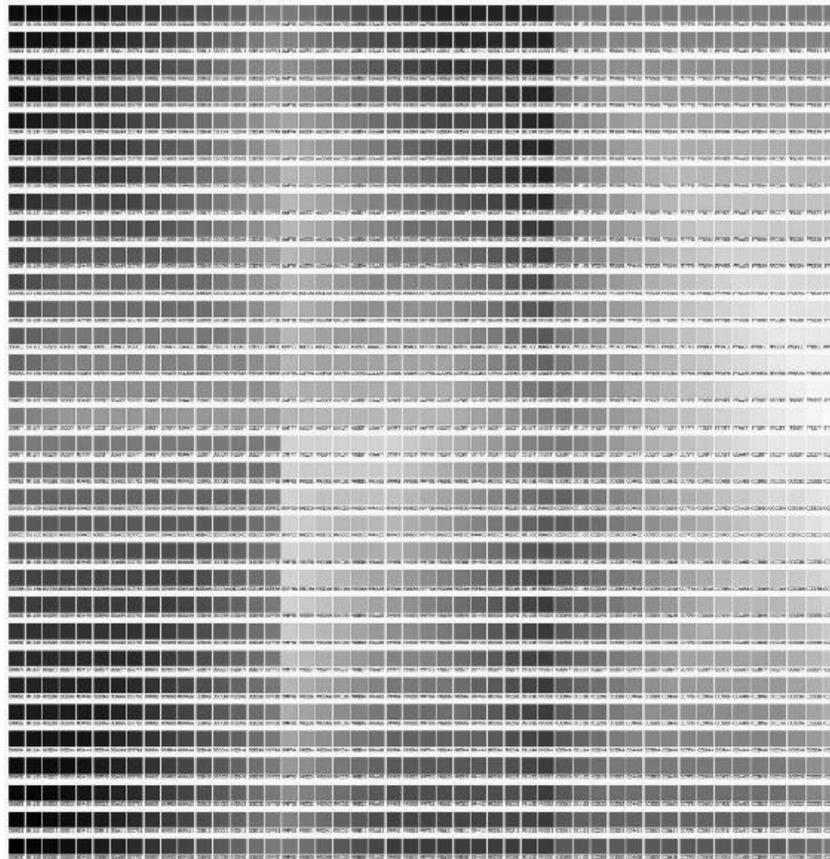
—Hay dos cuadrados que no corresponden con su posición.

—Sigue, por favor, te escuchamos —le replicó tranquilamente Ángel.

—Los dos colores que están cambiados son dos verdes fuertes, posiblemente donde menos se podrían distinguir, pero está claro que están cambiados en aquella zona de allí y en esta tonalidad —dijo señalando con el brazo extendido hacia la zona que habían trucado—, el de la izquierda está en el sitio del de al lado ¿Quieres que te diga la numeración?

EL CUADRO PANTONE

EN LA IMAGEN EN BLANCO Y NEGRO



—No, no hace falta Chiara. Tienes razón, esos dos cuadrados están cambiados —decía Ángel, bajo la mirada de estupor de Currito que dejó de contar y que, pese a que no entendía nada de lo que decía la italiana, no veía nada raro en el panel; no sabía qué pasaba y, además, sentía la mirada seria del decano que seguía muy atento las pruebas desde una distancia de unos cinco metros aproximadamente con los brazos cruzados.

—Esa era la trampa que te habíamos preparado y que yo sigo sin poder ver, pero que, efectivamente, está trucado como tú dices. Si en otras zonas del panel es difícil de divisar, justo donde están los colores verdes y azules más puros es donde no se aprecia el más mínimo cambio si separas los dos cuadrados del panel. Es, por decirlo de manera y que lo entienda todo el mundo, imposible. Y, sin embargo, lo has visto si decirte nada. —Seguía diciendo Ángel incrédulo, pero manteniendo las composturas para continuar: —No obstante, el laboratorio donde han creado este panel nos ha imprimido un cuadrado grande, en tamaño de 50 centímetros de alto por 50 centímetros

de ancho que, por favor, Rosa, muestra a nuestra invitada. Los informes de tu oftalmólogo, que en paz descansa, Giacomo Moretti eran tan asombrosos que nos hemos querido aventurar a realizar la siguiente comprobación. Aunque los estabas viendo en cuadraditos pequeños, estabas teniendo una referencia, ya que estaban colocados todos en orden excepto esos dos. Este cuadrado más grande que ya tiene nuestra alumna Rosa en sus manos al lado del panel hace que ya no tengas la referencia dicha antes. Chiara, ¿sabrías decir cuál de los dos verdes corresponde a este cuadrado de medio metro que te está enseñando nuestra compañera? ¿Es el de la izquierda o el de la derecha?

El silencio se hizo presente de forma tajante durante unos seis o siete segundos en los cuales Chiara miraba el cuadro Pantone, es decir, miraba 1 500 colores diferentes y después observaba el color que tenía que nombrar y que tenía en sus brazos la alumna de Ángel. Esta vez la seriedad sí que acompañaba a la italiana, pero solo por un momento.

Currito estaba a su lado también expectante hasta que el silencio lo rompió nuestra protagonista que dijo tranquilamente en italiano.

—No es ninguno de los dos colores que habéis cambiado, es justo el color que iría después de ellos. Más concretamente y para que no quede ninguna duda, Ángel, ese color que tiene en sus brazos tu alumna Rosa es el 66FF22, que es el que va tras los dos que habíais cambiado cuya numeración debería ser el 33EE22 y el 33FF22. Creo que el haber querido comprobar de esta manera lo que habías leído sobre mí de la mano del doctor Moretti, sinceramente, no me lo esperaba. Como decimos en Francia «esto no es jugar limpio, ya que habéis hecho trampa», pero también entiendo que hayáis querido llegar hasta este límite para cercioraros de que lo que escribió este buen hombre en sus informes era verdad. Y, Ángel, por favor, quiero que traduzcas esto que voy a decir porque el hecho de que hayas elegido a una alumna tuya para que no fuerais todos hombres aquí en la sala observándome es de agradecer, así que quiero darte las gracias por ello a ti en primer lugar, y a ella, a tu alumna Rosa, que ahora ya sabe que lo que tiene en sus brazos es el verde número 66FF22—, concluyó Chiara con su tierna sonrisa hacia la alumna de la Facultad.

En ese momento se produjo el segundo cruce de miradas entre Ángel que no podía creer lo que acababa de escuchar y el decano, en donde estaba implícita la incredulidad por un lado y la satisfacción de que los resultados eran los correctos.

Tras esa mirada, Ángel miró a Chiara y le dijo:

—Creo que acabamos de llegar a entender con total profundidad lo que quería decir Moretti con su frase, que además nos llamó mucho la atención porque la tenía escrita dos veces, subrayada y en mayúsculas en sus informes: «UNA VISIÓN QUE PUEDE ECHAR POR LOS SUELOS LOS CIMIENTOS DE LO QUE CONOCÍAMOS HASTA AHORA SOBRE EL OJO HUMANO». Chiara, tienes toda la razón con la numeración de ese color que has acertado y te pedimos perdón por haber hecho esta prueba así, pero espero que entiendas que queríamos comprobar qué límite había. Creo que todos hemos visto que parece que tus ojos no tienen ningún límite. Estoy que no sé qué decir así que simplemente... ¡Puf! Enhorabuena —le dijo Ángel mientras seguía sin creer lo que acababa de suceder—. La numeración es la que dice la verdad y que quede grabado que Chiara Bachellini ha logrado ver entre 1 500 colores uno por separado y haya nombrado su referencia, con dos pistas falsas que le habíamos dado. Vamos a por la segunda prueba. Enhorabuena, Chiara, y ¡Currito deja de mirarla así, por favor!

Su amigo le hizo caso, aunque le costó, ya que no podía creer lo que acababa de ver con sus propios ojos.

Ahora entendía la seriedad de Ángel cuando le pidió su ayuda, así que volvió a mirar hacia adelante con un montón de preguntas sobre su cabeza.

LA SEGUNDA PRUEBA

—Vamos a comenzar con la segunda prueba, que antes de ver lo que hemos presenciado era la que más nos interesaba, la que para nuestros informes era la más importante, aunque ya la vamos a hacer con otra actitud debido a lo que acabamos de ver—explicó Ángel en el mismo medio de la sala, justo entre Chiara y Currito por un lado, mientras Mario y Rosa, los dos alumnos, cambiaban el primer panel por el segundo, que estaba también a los mismos 7 metros—. Para ello tenemos este segundo panel.

Tenía unas dimensiones de unos dos metros de largo por poco más de medio metro de altura en el que había en este caso solo franjas verticales, todas ellas de diferentes tonalidades de violetas.

Los violetas eran muy parecidos, pero se notaban ciertos cambios en cuanto a brillo o intensidad en alguno de ellos.

Parecía que ese color era el que más se asemejaba a lo que Chiara decía que no había visto nunca pero que sabía que existía.

De nuevo estaban Chiara y Currito sentados juntos, un Currito que se había olvidado de que tenía una bella mujer junto a su lado de la impresión que le había producido lo que había sucedido en la primera prueba.

Ángel, desde el centro de la sala, tras el nuevo mensaje para las grabaciones de lo que iban a hacer pidió a Currito y Chiara que intentaran nombrar los colores que veían de izquierda a derecha, a lo que su amigo del alma le contestó:

—¿Estás de coña, Ángel? ¿Quieres que te diga qué colores veo? Yo solo veo diferentes violetas, pero no me sé los nombres. ¿Esto era para lo que querías que viniese? ¿Estás intentando dejarme en ridículo delante de esta gente después de lo que acabamos de ver? Y encima estoy a menos de medio metro de una chica sentado que, aunque sea italiana, ¡joder, se va a reír de mí!

Estaba más que nervioso, ya que pensaba que iba a haber más colores y no solo el violeta. Pareció que, por unos segundos, se olvidó de la promesa que le había hecho a su amigo, así que Ángel, al verlo con esa actitud, se acercó y le dijo al oído:

—Currito, escucha —susurró a escasos 2 centímetros de su oído en un tono de una seriedad que nunca había usado con él, ya que lo que estaban

intentando descubrir era muy importante para él y para el mundo científico en general—, queremos hacer una simple comparativa. Tú solo intenta nombrar lo que ves y si no te sabes los nombres, joder, tío, ¡te los inventas! ¡Qué bien que te inventas cosas para llevarte a las chicas a la cama! Y encima, sabes de sobra que eso ¡te funciona a la perfección!

—¡Qué «joputa» eres! —exclamó entendiéndose «joputa» como una abreviatura cariñosa de hijo de puta muy usada en el sur de España, dicha con una mirada que dejaba bien claro de que ya arreglarían cuentas más tarde.

Sabía que había tocado en la parte donde a Currito le dolía y tenía a su lado a una atractiva joven italiana, así que su cambio de actitud y, desde entonces, fue bien distinto.

Se acomodó poniendo sus manos en las abrazaderas de los asientos, y como un disparador de flechas con arco, puso los dos ojos en el panel que se le mostraba, totalmente serio y concentrado bajo la atenta mirada de todos los que había en la sala. Esperó a que Ángel sacara un puntero de aluminio con el que señalar y le dijera esta vez junto al segundo panel:

—¿Eres capaz de nombrar o reconocer algún violeta que te sea conocido? Necesitamos los nombres de dichos colores. Solo haz lo que te digo, luego te sigo explicando el proceso que tenemos preparado.

—Ok, ¡puf! (puso cara de que ya que estaba ahí iba a decir simplemente lo que veía, no pensaba que la encerrona iba a ser de este calibre, pero no podía echarse atrás). Pues el quinto yo diría que es como el del vestido de una amiga mía en una boda, pero ya no me acuerdo de su nombre.

—Verónica.

—¿Tú estás tonto, Ángel? —le miro de una manera desencajada, con la que se notaba que esto iba a ser largo y difícil para él—. No me acuerdo del color, Ángel, ¡no del nombre de ella! ¡Joder!

—¡Venga, va! Que se nos echa el tiempo encima. ¡Curro por favor! —y Ángel señaló al primer color con su puntero metálico e intentó ayudar a su amigo—. Currito, tranquilízate, que además esto te va a venir bien para que aprendas algunas cosas. Confía en mí. Mira este color, olvídate de todos los demás, solo fijate en este. ¿Qué color ves?

—Violeta —dijo todo convencido y con seguridad con un volumen elevado.

—¡Perfecto! Es un buen comienzo. ¡Ya has dicho algo! La mala noticia que tengo es que para que lo entiendas, violetas son todos o casi todas estas

franjas, y necesitamos su «apellido» —e hizo con sus dos brazos el símbolo del entrecomillado—, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, pero que vamos, que el primero no es un violeta a secas, ¿no?

—No.

—Pero sí que es violeta, ¿no?

—Sí, Currito, ¡sí que es violeta! —Ángel se estaba impacientando porque notaba que lo que no quería era empezar a arrancar con la prueba—. Pero ¿qué color dirías, «a-par-te-del-vio-le-ta»? —todas esas sílabas Ángel las dilató en el tiempo para ver si la cosa comenzaba por fin de una vez que después de todo lo que quería el joven profesor era ver la dimensión de agudeza visual y su capacidad de distinguir colores de Chiara, no de Currito, que estaba claro que no valía como referencia, aunque él lo seguía intentando.

—Vale, el primer color es violeta oscuro rojizo —miró a Ángel que ya estaba cambiando el puntero hacia el siguiente color con lo que le había valido la respuesta, cosa que alivio a su entrañable amigo que, por lo menos, había dicho lo que él veía y que por fin había conseguido saber de qué iba la cosa.

—Violeta claro, violeta oscuro, violeta morado —todo esto mientras Ángel iba apuntando a los colores y pasando de uno a otro y sus alumnos iban tomando nota de cada una de las respuestas que iban apuntando en una libreta —, azul violeta, mira ese sí que es azul violeta —Parecía que se empezaba a animar, ya que por lo que fuera tenía la sensación de que como en un programa de televisión había dado la respuesta correcta, así que un poco de moral no le venía nada mal. Un poco más animado después del mal rato que estaba pasando, continuó con el resto de los colores que había—, violeta muy violeta, porque se puede repetir, ¿no? Porque justo ese lo veo como el violeta de toda la vida y prefiero decir «violeta-violeta» que el violeta de toda la vida.

—Perfecto, Currito. Tú di lo que estás viendo y lo que te parece —La paciencia de Ángel empezaba a agotarse.

—Vale. Este es... —paró para poner un gesto de que no tenía ni idea así que simplemente salió de su boca—, un violeta más oscuro que el de antes, voy a decir que el próximo es morado, porque ya me estoy mareando con tanto violeta y con esos «niños» que no hacen nada más que escribir y apuntar ¡a saber qué! ¡Joder! —Currito siguió con el siguiente color, donde ya estaba colocado el puntero de Ángel—. ¡Puf! No he llegado a la mitad y

los otros son casi iguales que los otros. Ángel, me parece que me voy a empezar a inventar nombres porque, compadre, ¡yo ya no me sé más nombres de lo que tengo delante! ¡Esto es tela difícil! —De nuevo usó la palabra «tela» para darle más énfasis a la palabra «difícil»—. Ángel, tengo la boca muy seca, tío. Tengo los violetas esos que me está empezando a dar la sensación que hasta se mueven e ¡incluso vienen hacia mí! Tengo a tus alumnos que están apuntando cada palabra que digo que yo ya no sé si son palabras con algún sentido; estoy aquí casi codo con codo con una chica que no dice nada y que me está viendo hacer el ridículo porque, aunque no hable español, joder, el hacer el ridículo ¡se nota y se ve! Ángel, te pido no como amigo, te pido como hermano casi tuyo que soy, que me des algo líquido, aunque sea colirio para los ojos, ¡pero en un vaso, que me lo bebo!

—Ok, tranquilo.

Ángel ya notaba extremadamente nervioso a su amigo, así que ordenó que alguno de sus alumnos le llevaran un vaso de agua, y así, además de quitarle la sequedad de boca que le causaba esa ansiedad, igual se tranquilizaba y relajaba un poco.

Con lo que no contaba fue con la manera de beberse el vaso de agua que le trajeron, ya que quedaron con una expresión en la cara muy singular cada uno de los que veían semejante manera de ingerir lo que le trajeron. Por la cabeza de alguno de los que le observaron a Currito tan sumamente sediento se les pasó por su mente si en vez de una prueba de acertar colores, sentado en una cómoda silla, había corrido 15 kilómetros al *sprint* por el desierto de Atacama.

Nada más terminar de beber el contenido completo del vaso, que fue algo espectacularmente fugaz, pidió otro, a lo que Ángel desde el panel de los colores dijo:

—Currito, estate tranquilo, no te voy a hacer decir más colores; creo que con la información que hemos apuntado tenemos suficiente por un lado y, además, lo estás pasando muy mal. Incluso creo que tienes cierto color violeta en tus mejillas y eso me preocupa —le dijo con una sonrisa, lanzada a sus dos alumnos, acercándose hasta él y poniendo la mano sobre su hombro.

—¡Compadre! ¿De verdad te gusta trabajar aquí con todos esos malditos colores? ¡La madre que me parió! —En ese momento, Currito estaba que echaba humo. ¡Un humo además violeta!

—Cierra los ojos —le aconsejó Ángel.

—¿Que cierre los ojos? ¿Pero tú estás oyendo lo que dices? ¿Qué te crees que iba a ver, oscuridad? Si los cierro ¡el más maligno de los violetas estará ahí para hacérmelo pasar mal! —Las risas de su amigo se convirtieron en carcajada, aunque el mal rato que estaba pasando Currito era tan real como el cabreo que tenía encima—. Sí, ¡Tú encima riéte! ¡Maldita la hora que me liaste para esto!

—Ya no hace falta que me describas los colores, es decir, no va a hacer falta que acabes el panel. Lo que quería saber lo tenemos apuntado, ahora te vas a relajar por cualquier sitio de esta sala. —Se acercó nuevamente a su oído para decirle bien bajo: —Bueno no, en cualquier sitio no, que te veo venir, Currito; ponte donde quieras, bebe más agua si quieres, pero no te sientes aquí junto a Chiara, ¿vale?

—¿Cómo eres tan cabrón? —le dijo también en voz baja con una pizca de mala hostia.

—Es que te conozco como que fueras de verdad mi hermano —le replicó por último en secreto separándose ya con una sonrisa cargada de más malicia —, venga, ponte cómodo y estate callado allí, junto a la pared y, por favor, observa —guiñándole un ojo justo cuando Ángel pronunció la palabra callado.

Currito se puso en una pared del aula para ver lo que iba a ocurrir con aquella chica que estaba sentada en la silla justo a su lado hace solo un minuto y sobre todo porque tenía curiosidad por lo que iba a suceder tras la impresionante primera prueba.

—Chiara —se dirigió Ángel hacia la joven comenzando a hablarle de nuevo en italiano, iba a empezar lo que tanto tiempo estaba esperando—, ¿qué te ha parecido mi amigo? Puedes decir lo que quieras, él no habla italiano y creo que no se va a enterar.

—La verdad es que tu amigo es muy divertido, pero me he asustado al ver beber un vaso de agua a esa velocidad. Ha sido toda una experiencia porque lo ha pasado mal, se le notaba muy tenso, casi podía oír sus latidos desde mi silla y eso que solo le has pedido que nombrara esos colores.

—No estaba nervioso por los colores, estaba nervioso por tenerte al lado, porque no le gusta estar tan cerca de una chica y saber que no tiene el control de la situación, y eso le desespera —con lo que cruzaron miradas cómplices entre ellos hablando italiano, mientras Currito no se sabía muy bien si estaba apoyado en la pared o era él el que sujetaba la pared. Nunca había tenido la

cara tan desencajada, pero dijo fuerte a su peculiar manera y aunque le costara decirlo, porque aún le faltaba aire en sus pulmones:

—¡Oyeee! ¡Que no sepa italiano no quiere decir que no esté notando que estéis hablando de mí, ¿eh?!

—Bueno, vamos a ver si nos calmamos y empezamos de una vez con la prueba con Chiara. Currito, necesito silencio para que se concentre, ¿estamos? —dijo con la misma rotundidad que tranquilidad, a lo que Currito, que tenía hasta entonces los brazos cruzados, le señaló con el pulgar hacia arriba en señal de aprobación y, sobre todo, sin decir nada, tenía mucho oxígeno por recuperar.

Ángel, de pie junto a ella, que estaba sentada frente al panel, comenzó con lo que tanto tiempo llevaba esperando bajo la atenta mirada del decano Campos. Este estaba totalmente al margen de todo lo que sucedía, muy atento, pero sin querer interferir ni decir nada. Le había dado el bastón de mando a Ángel y ahora era el momento de ver qué es lo que ocurriría.

—Chiara, voy a hacer contigo lo mismo que con él, voy a ir señalando con el puntero uno a uno los diferentes tonos y tú dime simplemente lo que ves. Por favor, tómate todo el tiempo que necesites, no tenemos prisa —le explicaba en italiano a la preciosa joven.

—Ángel, antes de que empecemos tengo que pedirte algo.

—Dime, Chiara —contestó extrañado el profesor.

—Los nombres, ¿te los digo en italiano? Me gustaría decirlos en español —su voz sonaba muy serena y segura, aunque esa pregunta sorprendió de pleno a Ángel, que ya tenía puesto el puntero en el primer color y la estaba escuchando ahora, al igual que todos los presentes, hablando un perfecto castellano.

—¿Sabes todos los colores en español?

Chiara no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza con mucha dulzura mirando a los ojos a un atónito Ángel, que lo primero que hizo fue mirar a su compadre Curro.

Chiara continuó argumentando.

—Precisamente por tu amigo, quiero hacerlo en español, para que vea cuáles son los verdaderos colores que están ahí, ya que me siento un poco mal debido a cómo se ha sentido. Perdona, Ángel—.

—Joder, ¡niña! —dijo Curro—. ¡Si parece que has nacido en Jerez!

Por fin la pared tuvo que dejar de soportar tanta presión, ya que Currito se

sentó, aunque aún apoyado en ella, y consciente por completo de que ella había entendido todo lo que había salido de su boca. Pero ahora también estaba muy pendiente, como todos los presentes, de la silla que estaba ocupada en pleno centro de la sala, en la que ella estaba tan tranquila. Ángel le dijo:

—Chiara, nombra los colores si quieres en español, así quedará registrado en las grabaciones. Cuando quieras.

De repente, con una suavidad y una segura serenidad que llenaba la sala donde todos estaban, Chiara empezó a hablar un bonito y dulce castellano:

—Creo que eso que tienes en tu mano te sobra, es más, llevamos un buen rato con esos paneles a la vista. Si quieres comprobar la capacidad de una persona que ha nacido con un don que seguramente no se merece, y ya que queréis ver el potencial que puede llegar a tener un ojo humano, quiero hacer una cosa. Ángel, solo observa al panel y a mí, y olvídate de ese puntero que tienes en tus manos, porque voy a cerrar los ojos.

Se hicieron unos segundos de silencio que no se supo cuánto duraron hasta que revisaron las grabaciones, ya que lo que acababa de decir era algo que nuevamente pilló por sorpresa a todos los presentes.

Así que como Ángel no reaccionaba, Chiara cogió esa imaginaria pistola que tienen los jueces para comenzar a las carreras de las pruebas atléticas y la disparó para por fin empezar a decir tranquila y rítmicamente con los ojos cerrados:

—El primero por la izquierda es el púrpura —en un perfecto castellano—, luego va el malva, el orquídea, amatista, lirio, tras el color lirio le sigue el púrpura de Pekín —Se produjo un cruce de miradas entre todos los presentes, que tenían los ojos increíblemente abiertos y estaban empezando a no creer lo que precisamente sus oídos y sus propios ojos oían y veían porque, además, su voz sonaba con una perfecta cadencia.—, luego el color violín —continuó tranquilamente Chiara sin abrir ni un momento los ojos y totalmente relajada —, que no solo es un precioso instrumento aquí, sino que está en ese panel, a su derecha está el violeta que conocéis como erica, luego el púrpura tráfico, el *perlato*, perdón, aquí en España es perlado, y para acabar están el vinca, el fucsia, el *berry*, que por cierto es uno de mis preferidos... —paró dos segundos porque no estaba segura del todo, pero siguió diciendo—, sí, el fuente de rubí, luego otra vez viene el vinca —En este momento se miraron Ángel y el decano mucho más que asombrados, ¡no podía ser lo que estaban

presenciando!—, y lo de la derecha no es un color como tal, sino que es una foto sacada de cerca y está claro que habéis vuelto a hacer como en el primer panel para ver si caía en otra mini trampa, ya que eso está trucado —decía mientras sonreía pero con un gesto propio de alguien que estaba disfrutando por saberse en poder de la verdad—. Ese es fluorita, pero en color violeta. ¿Queréis saber los nombres de las tres piedras preciosas que podrían ser las de la foto?

—¡Ay, la madre que me parió! ¡Pero hija mía! ¿De qué planeta te has «escapao»? ¡Pincharme con un alfiler porque creo que ahora mismo no saldría ni una gota de sangre! ¿Tú de dónde has salido? ¡Alma de mis ojos! (con ese acento andaluz tan característico) —gritado sin tener que decir de quién eran esas palabras.

—No hace falta, Chiara —susurró Ángel junto al panel tan sereno que daba hasta miedo; no estaba preparado para tales respuestas y menos de la manera que lo acababa de realizar, solo pudo decir despacio y muy bajito, casi pronunciando para él mismo el nombre de las tres piedras preciosas que él sabía y que la italiana no llegó a pronunciar—; efectivamente, Chiara: fluorita, espinela y calcedonia.

—¡Calcedonia lo conozco yo! ¡Ahí compré yo un conjunto íntimo que le quedaba que ni «pintao» a una amiga mía! —un grito de sobresalto alegre en un momento de total seriedad que no venía a cuento ni mucho menos.

—¡Cállate, Currito! —dijo en voz alta, gritando con una rotundidad de tal magnitud que dejó a su amigo con pocas ganas de decir más cosas de las que estaba acostumbrado. Si siempre ambos amigos habían estado juntos de broma, ahora era el peor momento para decir semejante cosa por lo que estaba viviendo y sintiendo Ángel en el medio de la sala tras escuchar a Chiara.

Los dos que estaban en el medio de la sala, tanto ella que estaba sentada y un serio y atónito joven profesor, después de pedirle que abriera los ojos le dijo serenamente:

—Chiara Bachellini, si no fuese porque estamos aquí varias personas y lo tenemos todo grabado yo te juro por lo más sagrado que esto no lo creería en absoluto —se quedó serio en medio de la sala con las miradas muy atentas de todos, pero estaba buscando en su cabeza las palabras que fueran apropiadas a todo lo que acaba de decir la italiana. Se quedó pensando durante 8 o 9 segundos y rompió el silencio para mirar a uno de sus alumnos—. Dejad de

grabar, por favor. Tú también, Mario, los dos.

El decano, tras haber estado en silencio, cambio el gesto rápidamente por esta orden que acababa de oír y le preguntó a Ángel por qué tenían que parar las grabaciones a lo que el joven profesor contestó:

—No hace falta grabar más, ya que no quiero que quede registrado lo que voy a preguntarle a Chiara. José Luis, por favor, me has dejado al mando de esto y hemos sido testigos de algo que es absolutamente... —no encontraba la palabra que pudiera pronunciar—, no sé ni cómo llamarlo. La cualidad de esta chica, de la que yo mismo dudé cuando hablamos tú y yo a solas es algo que ya hemos comprobado.

La tensión era palpable en la sala donde estaban una muchacha sentada frente a un gran panel, dos alumnos que acababan de pulsar el botón para detener las grabaciones, el decano que estaba junto a uno de esos dos alumnos, Currito que seguía sentado pegado a una de las paredes completamente callado y muy serio y, en el centro de todo, Ángel, que había querido que todo quedara en silencio, todavía más serio.

Todos le miraban a él, que estaba muy pensativo, pero que dejaba entrever que de un momento a otro iba a romper ese silencio. Por lo menos, eso parecía, ya que pasaban los segundos que parecían retumbar en las paredes al ir cayendo uno tras otro, creando en esa sala cada vez más tensión.

Él no decía nada, solo caminaba unos lentos pasos para dar a entender que por su cabeza seguían fluyendo pensamientos y que tenía que ser el que hablase y rompiese esa atmósfera que se estaba volviendo incómoda para todos, que solo le veían andar y pensar.

Otros segundos más y miraba el panel de tonos violetas para después volver otra vez a mirar a Chiara, que estaba también expectante, pero que, con mucho, era de lejos la más tranquila de la sala. Ella se limitó a seguir esperando. Tras un minuto que duró mucho más que sesenta simples segundos y en donde no se dijo ni una sola palabra, Ángel por fin habló con una suavidad fuera de lo normal.

—Chiara, después de ver primero los informes que nos llegaron de Roma de aquellas pruebas que hiciste con tan solo 7 años, cuya veracidad ha quedado hoy más que comprobada, y sobre todo porque hoy lo hemos visto con nuestros propios ojos, no cabe duda de que tu visión está fuera de lo que cualquier humano pueda tener. Está claro que esto que acaba de pasar aquí, como no se ha dado nunca en el mundo científico, no hay manera de

calificarlo y yo, como docente de este centro, me uno a las palabras de tu primer oftalmólogo. Lo que ves a través de tus ojos —continuaba con un tono tan serio como sereno y seguro de lo que decía—, echa por tierra los cimientos de lo que conocíamos hasta ahora. Lo que me importa ahora es una pregunta que nadie se ha hecho desde que el ser humano comenzó a comunicarse con palabras, hace ya millones de años. Chiara, ¿cómo es «ese» color que tú dices que aún no has visto pero que existe?

Tras un par de segundos que dieron la sensación de haber sido más, ella habló:

—No lo sé —contestó despacio, terriblemente seria y con la mirada hacia Ángel, cargada de pena acompañando sus palabras con una negación que contrastaba con su angelical rostro y con una sensación de la que todos los presentes en la sala se dieron cuenta. Ese «no lo sé» estaba tan lleno de tristeza que sonó a decepción, a una total desesperación; un «no lo sé» que dejaba entrever que estaba cansada de buscarlo.

—Chiara —continuó Ángel con el mismo tono—, tienes un don, eso es evidente. Pero yo como profesor de esta Facultad tengo que decirte lo que tú ya seguramente sabes, y es que los colores son los que hay, es cierto que algunos animales pueden llegar a ver los que nuestro ojo humano no es capaz de detectar, pero creo que no es tu caso, mucho me temo que ya que has buscado y no has dado con él, te tengo que decir que nunca lo vas a encontrar, porque simplemente ese color que tú buscas no existe —La mirada con la que le dijo estas últimas palabras estaba cargada de pena, pero quería hacerle ver la realidad—. Me duele mucho decirte esto Chiara, pero a partir de ahora, si vas a seguir haciendo esos viajes en busca de dicho color, por lo menos quiero que tengas la opinión del mundo científico que esta Facultad representa porque lo más probable es que nunca darás con él, debido a su inexistencia.

Chiara estaba muy atenta a lo que le decía Ángel y después de lo que oyó, bajó la cara como queriendo desenchufarse de esa mirada. Era lo peor que ella podía oír por parte quien representaba en ese momento a la Universidad y, en general, a todo el conocimiento que se tenía hasta ahora en Óptica.

Bajó la mirada dándose cuenta de que quizá en esos viajes a través del mundo estaba chocándose con un muro que, tras las palabras de Ángel, se hizo sumamente resistente a su paso; es muro ya era inquebrantable de todas las formas posibles. Para ella fue el principio del fin, o al menos eso sentía, y

la tristeza que ahora mismo tenía dentro era cada vez más dolorosa y notaba que pronto saldría de lo más profundo de su ser.

—Chiara, quiero darte las gracias. —le decía Ángel mientras se acercaba poco a poco, ya que ella necesitaba sentir a alguien cerca. No dejaba de ser una chica que tenía un sueño que parecía que estaba llegando a su final, así que una vez se acercó a su silla, Ángel se puso en cuclillas y con una mano en su hombro y una voz que quería desprender ánimo siguió diciéndole: —Eres una chica única, no solo por estas pruebas o lo que tus ojos son capaces de ver. Solo han hecho falta unas horas contigo para darme cuenta, para darnos cuenta —dijo mientras miraba a todos los presentes de la sala—, de la categoría de mujer que nos ha venido a visitar. Estamos increíblemente orgullosos de lo que nos has regalado —Ángel miró en ese momento al decano Campos que también parecía estar pensando y sintiendo lo mismo. En su rostro se reflejaba que había hecho muy bien en dejar todo en manos del joven profesor. Estaba muy orgulloso de tenerle como docente allí, en Sevilla, y de contar con él como amigo, ya que no le podía explicar a Chiara con más tacto y sensibilidad lo que la Ciencia era tajante en decir—, tienes toda una vida por delante y, sobre todo, tienes algo que te hace mucho más que especial, así que no estés triste —dicho con un tono que no podía estar más lleno de comprensión.

Aunque las palabras muchas veces van por un lado, los hechos iban por otro y eran demoledores; de ello eran testigo las lágrimas que brotaban por los ojos de Chiara, que estaba intentando hacerse la fuerte pero que estaba rota por dentro.

Solo se conocían de un par de días, pero Ángel, que también estaba en plena juventud, no dudó en abrazarla y decirle al oído algo que tampoco olvidará jamás nuestra joven chica de rojo.

—*Grazie*, Chiara.

Esto hizo que por fin sacara ese dolor que tenía dentro a la vista de todos y llorara como si hubiera perdido a un familiar muy cercano y lo estaba haciendo con alguien con quien pudiera desahogarse. Con toda esa pena que ahora tenía dentro abrazó mucho más fuerte a Ángel que entendió perfectamente cómo ella por fin se había venido abajo y necesitaba ese calor por su parte.

No hubo prisas ahora por parte de ninguno de los que estaban en la sala contemplando aquello, esta vez su llanto llenó el silencio que había en esa

sala, pero todos entendían el duro momento de la chica que vino desde Roma, así que ese abrazo y esas lágrimas se alargaron durante bastante tiempo.

AL ACABAR LAS PRUEBAS

Mientras los alumnos recogían el equipo y todo empezaba a volver a la normalidad, Ángel quiso hablar a solas con Chiara ya fuera de la sala y le comentó algo que le parecía bastante extraño:

—Chiara, no me puedo creer que, si tanto has estado buscando ese color, no hayas acudido a ningún oftalmólogo que te diga el porqué de tu visión tan sumamente portentosa y lo que te acabo de explicar acerca de los colores que existen.

—Sí he ido. Pero además del doctor Moretti solo otro oftalmólogo ha intentado revisar mi vista.

—¿Intentado? —soltó Ángel extrañado.

—Sí. Cuando cumplí los 18 años quise volver otra vez a un oftalmólogo para saber el porqué de que yo viera lo que otros no lograban ver. Para mí era algo normal y los únicos que sabían toda la historia eran mis padres. Con esa edad ya sentía e intuía que me faltaba un color por ver de todos los que había conocido, pero me explicaron la manera de cómo iban a examinarme la visión y para dicha exploración supe que necesitaban necesariamente verme con un aparato especial el fondo de ojo, es decir, su propio interior, y ver algo así como las entrañas de mi propia vista con un aparato, como tú ya sabes.

—Sí, pero aplicándote un colirio que te dilate la pupila antes de dicha prueba, un colirio midriático.

—Eso es, y en cuanto me comentó el oftalmólogo que, con ese colirio, al dilatarse la pupila iba a ver completamente borroso por lo menos durante 4 horas, hizo que me fuera de la consulta inmediatamente. Le dije que «bajo ningún concepto» me podía aplicar en los ojos dicho colirio. Aún recuerdo cómo intentó convencerme aquel doctor, pero para mí la frase «bajo ningún concepto» tiene un sentido, y con mis 25 años la he cumplido, Ángel; la he cumplido. ¡Siempre!

—Pero, Chiara, ¿por qué? ¡Es un poco incómodo, pero con cerrar los ojos e ir a la consulta acompañada basta! Y en unas horas se pasa el efecto, casi todo el mundo lo ha hecho alguna vez en su vida.

—Pues yo no. Curiosamente, Ángel, desde las consultas con Moretti he tenido pesadillas que consistían precisamente en eso, en verlo todo borroso, pero al despertarme sabía que había sido un sueño. «Bajo ningún concepto»,

Ángel, he dejado que me echaran dicho colirio necesario para explorarme por dentro el ojo y nunca lo haré.

—Entiendo —se quedó pensativo. Volvió a meditar detenidamente y con mucha calma y con su brazo posado en el hombro de ella le dijo—. Chiara, has venido hasta aquí, sé la gran decepción que ha sido todo lo que te he dicho, pero también te digo que te puedes ir de aquí sabiendo algo que será muy importante en tu vida y que ya es hora de que sepas, como es el porqué de tu don, por qué tus ojos son diferentes de los de los demás. Está en tus manos, todo lo que ha pasado quedará aquí en la Universidad, pero creo que ya va siendo hora de que tú misma sepas el motivo, la razón de tu portentosa visión. No por mí, ni por la Ciencia, ¡sino por ti misma! ¡Y sin esta prueba no podemos saberlo! Tienes que enfrentarte a tus miedos, y aquí vamos a estar a tu lado para que no lo pases mal. Solo tendrás que ver borroso unos segundos, muy pocos, luego una vez consiga ver el interior de tus ojos con el aparato ese que dices, que se llama oftalmoscopio, solo tendrás que cerrarlos y así no verás borroso. Yo mismo seré, si quieres, quien esté contigo cuando tengas los ojos cerrados y tendrás siempre mi brazo hasta que se pase el efecto del colirio. Te prometo que solo verás borroso unos segundos. Pero hoy, que sé que es uno de los días más duros de toda tu vida, te puedes marchar sabiendo el porqué de esa capacidad visual. Como profesional te lo recomiendo, y como persona privilegiada en presenciar lo que has hecho esta tarde con los paneles, te lo pido como un favor personal, ya que podría ver cómo funciona el mecanismo interior de tus increíbles ojos. ¿Qué me dices? —le dijo muy sereno. Ella le miró y, aunque dudó, sentía que tenía que dar por fin ese paso a lo que contestó.

—Vale. Creo que es justo lo que me dices, Ángel. Pero, por favor, no me sueltes del brazo en ningún momento.

—Tienes mi palabra de honor, Chiara. Seré tu perro lazarillo durante esas horas que me necesites ¡No te soltaré bajo ningún concepto! —ella sonrió y Ángel concluyó con un «bajo ningún concepto».

—¡Y gracias de nuevo!

LA VUELTA AL HOTEL

El regreso al hotel en el mismo coche donde antes rebosaba la alegría ahora era todo silencio. Toda esa ilusión que tenía Chiara dentro del coche a la ida y que llenaba casi cada rincón de la ciudad, ahora se había transformado en una cosa bien distinta.

De imágenes de una mañana soleada en Sevilla ahora solo había tristeza y, sobre todo, una oscuridad total al estar con los ojos cerrados como consecuencia de que Ángel había podido observar, por fin, sus ojos detenidamente y ya tenía y sabía la razón del porqué de lo que seguía siendo un don, pero que ahora la Ciencia podía explicar.

Ángel, mientras la llevaba al hotel, le iba hablando e intentando animar.

—¿A qué hora sale tu avión mañana hacia París?

—A las 11 de la mañana —contestó ella.

Era más que evidente que no tenía muchas ganas de hablar con los ojos cerrados, así que al llegar al hotel quedaron en que sobre las 9 de la mañana él pasaría a buscarla y la llevaría al aeropuerto. Como había prometido Ángel, su brazo era como su perro lazarillo hasta la recepción donde cogieron la llave y una vez con ella subieron hasta la habitación. Ángel la ayudó a tumbarse en la cama para que descansara.

—Chiara, ahora me voy a marchar. Aún te queda como poco una hora de visión borrosa, por lo que es mejor que no abras los ojos e intentes dormir. Si quieres, creo que lo mejor es que me quede aquí por si necesitas hablar y estar distraída.

—Muchas gracias, Ángel, de verdad, por todo. No hace falta que te quedes; ha sido un día muy largo y estoy cansada. Creo que incluso me podré quedar dormida en breve.

Ángel se puso en su piel y, además, no sabría muy bien qué decirle estando ella con los ojos cerrados tras tan fatídica noticia dicha por él mismo hace tan solo unas horas antes sobre la gran creencia que hasta hoy ella tenía y que se acababa de esfumar de manera repentina para siempre. Así que, simplemente, no insistió y se despidió. Ángel sabía que mañana sería otro día bien distinto y que se levantaría con otra sensación que la que tenía en ese momento:

—Como quieras, Chiara. Mañana nos vemos pronto; al amanecer pasaré a recogerte. ¿Estás bien? —le preguntó casi como la confianza propia de un

hermano.

—No —dijo con total franqueza—, pero lo estaré, no te preocupes. Gracias, Ángel —dijo acompañando esta frase con una ligera sonrisa, una despedida un poco extraña, pero con sus manos, que estaban aún en contacto. Ella no podía abrir los ojos y le apretó la mano muy cariñosamente.

Chiara había tenido uno de los días más tristes de su vida, pero al día siguiente comenzaría una nueva etapa, así que a ciegas ella se despidió cariñosamente de Ángel, que abandonó la habitación sobre las 5 y media de la tarde, más o menos.

El día siguiente sería el día en que volvería a París; le quedaba el consuelo de que, con los ojos cerrados, pensaba en la persona que en la ciudad del Sena había conocido. Poco a poco se fue quedando profundamente dormida, pero no por mucho tiempo, ya que justo a las 2 horas de que Ángel se fuera de ella sonó el teléfono de la habitación:

—¿Sí? ¿Dígame? —contestó ella pensando que iba a hablar con la chica que había en la recepción cuando sonó una voz de un chico. Al abrir los ojos en su habitación los efectos del colirio ya habían pasado y veía con la normalidad de todos los días, lo cual le alegraba bastante ¡había superado en su vida esa pesadilla que tanto la persiguió! Y que igual ya no se repetiría más por haberla hecho frente valientemente, pero lo que no esperaba para nada fue escuchar a quien estaba al otro lado del teléfono de recepción.

—¡Chiara! ¡Soy Currito! —le dijo con mucha alegría, casi con el entusiasmo de un niño de 5 años.

—¡Currito! ¿Qué pasa? Me acabo de quedar dormida, ¿pasa algo? —ella adormilada aún no entendía a qué se debía ese entusiasmo.

—¿Cómo que qué pasa? Escucha, estoy aquí en la recepción con Ángel. Después de hablarlo hace un rato, tú no te puedes ir de Sevilla así sin más. Antes de nada: me dice Ángel que si vuelves a ver con normalidad, que si se te ha pasado el efecto del colirio mediático —hubo un silencio en el que parecía que alguien le corregía—, ¿cómo? Ah, me dice que midriático, ¡bueno, es igual! Qué más da, Chiara, ¡que si ves bien, cojones!

—Sí, voy a encender la tele, pero estoy con una buena sensación ahora sin la angustia de otras veces al despertarme con la pesadilla.

—Vale, no sé de qué pesadilla me hablas, pero escúchame bien porque tienes dos opciones, son las 7 y media de la tarde. La primera de esas 2 opciones es que te duches y que te pongas cualquiera de los vestidos —otra

pequeña pausa en ese hablar tan característico suyo—, cinco me está diciendo Ángel que te has traído.

—¿Y la segunda opción? —contestó Chiara que estaba que no se creía lo que estaba pasando, sentada en la cama con el teléfono sobre su oreja.

—La segunda es que te subamos a buscar y seamos nosotros los que elijamos el vestido que te vas a poner para venirme. Tú misma, Chiara. No hay más opciones.

—¡Estáis locos! —dijo entre leves risas—, no me apetece salir, de verdad. Curro, os lo agradezco mucho, pero ha sido un día muy duro.

—¡Ángel! ¡Creo que quiere la segunda opción! —se oyó un poco lejano.

Chiara se echó a reír porque no lo podía creer y tuvo que decir rápidamente:

—¡No, no! ¡Prefiero la primera! —y echó una risa al aire tras oír tal locura.

—Vale, eso me gusta más. Te damos media hora en lo que te esperamos, que aquí hay una cervecería nada más girar a la derecha, Chiara. Media hora; si no, subimos a buscarte. ¡Te lo juro por el Cristo del Gran Poder! Y créeme que con él la cosa es muy seria.

—Venga, vale, antes de media hora estoy allí. ¡Estáis locos! ¿Llamáis desde la recepción del hotel? ¿Cómo lo habéis hecho?

—¿Que cómo lo hemos hecho? Pues bien fácil, lo hemos hecho para que sepas que estamos aquí, y que por nada vamos a dejar que tu última noche en Sevilla sea un día de darle vueltas a la cabeza, sufriendo. Aquí tienes a dos amigos que hoy serán como tus hermanos que te van a mostrar cómo es la gente de aquí, así que tú solo encárgate de elegir vestido. ¡Lo demás, nos lo dejas a nosotros! ¿Vale?

—Vale. Venga, Currito. —Seguía sin creer lo que estaba pasando, pero le dio mucha alegría dicha llamada.

No pasaron más de 20 minutos cuando la puerta de aquella cervecería se abrió y apareció Chiara, que había decidido coger el más atrevido de los cinco conjuntos de ropa para esos dos días en Sevilla.

Ángel y Currito estaban sentados en el centro de aquel local en plena barra y sillas altas. Cuando apareció ella los dos quedaron absolutamente petrificados por lo que estaban viendo aparecer por la puerta.

De entrada, nada tenía que ver su manera de entrar, ya que al verles de nuevo relucía la alegría en el rostro de Chiara. No había esa tristeza que presenciaron en última instancia.

No cabe duda de que la cosa había cambiado, porque además con paso firme ella llevaba sobre su cuerpo un vestido que cortaba la respiración de quien lo miraba: muy ajustado, de una sola pieza, corto, pero es que ese vestido blanco con diferentes azules era de las cosas más bellas que habían visto.

Ellos se conocían desde hacía siete años y la cantidad de días que habían salido se podían acercar a las mil y una noches. Tranquilamente esa podía ser su mil y segunda noche disfrutando de su tiempo de ocio juntos en un bar, pero nunca habían visto nada igual, ni siquiera parecido.

La manera en que estaban combinados sobre ese blanco que irradiaba mucha claridad, los diversos tonos celestes, azules verdosos, colores agua marina con partes que parecían acuarelas de un añil increíblemente suave, daban una sensación de estar tumbado en la propia orilla de una playa del mar Caribe.

Era curioso que todos los tonos eran muy llamativos pese a ser increíblemente suaves y se podría decir que la combinación vista de lejos de todos ellos era como ¡crear un color nuevo! O que, por lo menos ellos, no habían visto nunca; esa era la especie de magia que conseguía Chiara al combinar colores a su manera, porque además lo que más llamaba la atención era que toda esa armonía de colores tan magistralmente mezclados la rompían por completo de una manera radical tres líneas de color negro perfectamente trazadas de manera caligráfica, que se entrelazaban curvándose de una manera inmejorable según recorrían su delgado cuerpo desde el hombro hasta la cadera, como trazadas a mano por tres rotuladores Rötring alemanes (de los que crean diferentes y perfectos trazados de un proyecto de arquitectura) que se hubiesen deslizado por la tela enredándose de vez en cuando y que creaban una diagonal perfecta vista desde lejos y que reforzaban más las curvas de la mujer que llevara el vestido.

Por la tarde les había sorprendido por su sencillez y dulzura cuando combinó su vestimenta con algo muy básico y cómodo en rojo para las pruebas, pero es que, por la noche, los 11 pasos que dio Chiara desde que abrió la puerta de la cervecería hasta que, con una sonrisa, no dejó de mirarlos, se convirtieron en una de las imágenes más bonitas que jamás habían visto.

Para ellos fue como contemplar un renacer, algo espectacular en tan solo unas horas. Ángel fue el primero en levantarse para darle dos calurosos

besos:

—Chiara, ¡estás preciosa! Pero lo que más me gusta es que solo ha pasado muy poco tiempo desde que te dejé en la misma habitación del hotel y te vi tumbada con los ojos cerrados como un cristal que se acababa de caer al suelo junto con tus sentimientos. Yo, que tenía los ojos abiertos, noté que eran de tristeza en esa cama donde te quedaste dormida y llena de dolor; esa imagen tuya con los ojos cerrados nunca la conseguiré olvidar. No podíamos dejarte pasar tantas horas en aquella habitación sola. Según parecías sentirte, iban a ser interminables hasta que te recogiera por la mañana. Y teniendo una ciudad por descubrir para tener la cabeza ocupada... ¿Y sabes lo mejor de todo?

—No —contestó Chiara.

—Que al rato de ese pensamiento tuve una llamada de alguien que sentía lo mismo que yo y que me decía que teníamos que hacer algo —Chiara miró a ese alguien y puso la mano en su cara; este respondió que estaba encantado con ello sonriéndola.

—¿De verdad ibais a subir a buscarme a la habitación si no me animaba? —preguntó con mucha ingenuidad, ya que no hizo falta decir nada; a veces hay silencios que hablan, y además dicen muchísimas cosas—. ¡Estáis locos! Jajaja.

—Además, aunque te lo quería dar mañana, tengo este regalo que sé que te va a hacer mucha ilusión y que, por cómo sucedió todo, se me olvidó entregarte en la Facultad para darte las gracias por venir. Ten, quiero que lo cojas justo ahora, pero como estás con Currito y conmigo en nuestras locas tardes-noches, estas tienen una serie de reglas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es una de esas reglas?

—Que no puedes abrir el regalo hasta que te subas al avión mañana camino de París. Parece fácil, ¿no?

—¿Por qué no puedo abrirlo y verlo ahora? —lo miró y se quedó muy extrañada.

—Porque nos encanta ver cómo la curiosidad femenina es tan potente que sabemos que nos vas a preguntar si lo puedes abrir dentro de un rato o ya mismo. No tenemos dudas de que seguramente sea así toda la noche. Chiara Bachellini, ¿me prometes que no lo vas a abrir hasta que mañana te abroches el cinturón de seguridad sentada ya en el mismo avión? —dijo Ángel con total seriedad.

—¿No puedo abrirlo ahora?

—¿Lo ves? —Ángel rompió esa seriedad—. Así vas a estar toda la noche y ¡nos encanta! Cuando nos hacemos una foto con unas chicas nuestra norma dice que tienen que esperar 5 minutos hasta verlas, cosa que muchas no aguantan. Es matemático. —A Chiara esa palabra le llevó fugazmente a otro lugar—. Es traviesamente divertido y pone de manifiesto vuestra curiosidad, que la tenéis más que disparada, y para nosotros es parte del juego de nuestra diversión. Tú solo déjate llevar por lo que sientas en cada momento, y ya verás. Quizás por ello nos lo pasamos tan bien juntos Currito y yo, porque hacemos cosas que nadie más hace. ¿Quieres abrir ahora tu regalo? —dijo Ángel otra vez serio.

—Sí, por supuesto.

—¡Pues no puedes, Chiara! Porque has prometido no hacerlo —la cortó de manera tajante con una sonrisa maligna que era la señal definitiva de que iba a ser una noche inolvidable—, a ver, ¿qué es lo que bebes? Que estamos en un bar y te llevamos una ronda de ventaja, anda.

Currito, mientras ella lo pensaba, le dijo:

—Chiara, tu vestido es precioso. No tengo palabras, pero te tengo que agradecer que no haya ningún tipo de violeta en él. —Estaba claro que iban a ser muy pocas cosas serias las que salieran de la boca del gran amigo de Ángel. Chiara rio.

—¡Muchas gracias, chicos! Creo que voy a dejarme llevar por los dos mejores anfitriones que podría tener, así que voy a tomar lo mismo que vosotros.

—¿Esos son los vestidos que recomiendas a tus clientas allí, en París? —preguntó un Ángel que seguía impactado por la combinación tan perfecta de colores. Nunca vio algo así ni en cuadros de muchos museos a los que le gustaba acudir asiduamente.

—Este precisamente, no. Este lo he creado yo. Yo no soy diseñadora, ni quiero serlo. A mí me encanta ser dependienta y aconsejar a la gente que va por allí. Adoro mi trabajo, pero me gusta dibujar, y este lo dibujé y luego se lo pasé a una modista que me lo confeccionó como veis de manera muy cuidadosa.

En ese momento le pusieron el *gin-tonic* que también estaban tomando ellos, así que Ángel quiso hacer un brindis e invitó a Chiara y Currito a que levantaran sus copas y cambiando el tono festivo se puso un poco más serio,

más en la línea del Ángel profesor:

—Quiero brindar por lo que he vivido hoy, por esta chica que, aunque haya venido en avión, parece más bien que cayó del cielo. Tengo que reconocer que al principio pensé que iba a venir una mujer con alguna especie de trastorno mental por lo que intentaba descubrir y ha resultado ser una chica llena de vida y entusiasmo con las ideas muy claras. —La miró y siguió: —Aún en este mismo momento sigo sin creer lo que mis propios ojos han visto, pero quiero brindar sobre todo porque aunque la he explicado lo que tenía que decirle como profesional que soy, tengo la sensación de que eso no la detendrá en seguir buscando ese color que ella dice que existe. —Sus ojos estaban conectados y muy atentos—. Brindo por una mujer que me ha conmovido profundamente en las pruebas y a la que deseo lo mejor. ¡Todo lo mejor! ¡Brindo por Chiara Bachellini! Y brindo también —cambiando el destinatario de su mirada— por mi mejor amigo, al que he hecho pasar un mal rato, ¡pero al que quiero con locura más aún después de lo de hoy! —Los tres chocaron sus copas con una gran satisfacción en sus rostros.

—Yo también quiero brindar —dijo Chiara—, y brindo por cómo me habéis tratado los dos. Me he sentido muy especial los dos días y aunque me voy con una desilusión que no traía de París, a cambio me llevo la amistad de dos chicos extraordinarios ya que tengo... —unos segundos de suspense revolotearon en el ambiente—, otro pequeño secreto visual. Sí, no solo veo letras lejanas o los colores más complejos, sino que soy capaz de divisar con estos dos ojos cuando existe una amistad tan pura como la vuestra. Quedaros con esta palabra, porque es con la que quiero brindar. Brindo por vuestra amistad que es... Ángel, ¿cómo es en español *indistruttibile*?

—¡Indestructible!

—Uf, eso es muy difícil. ¡Brindo por vuestra amistad *indistruttibile*! — Todos rieron.

Tras el brindis sus ojos se fueron al rostro de Currito, ya que era su turno:

—Bueno, yo voy a brindar... —de entrada, habló con una seriedad demasiado solemne, ya que Currito había hecho cientos de brindis y jamás había comenzado ninguno así; por lo menos, que su amigo del alma hubiera visto—, quiero brindar —hizo una pausa para coger aire y decir bien alto de forma rotunda—, ¡por la madre que parió al violeta! Y no solo eso, sino ¡a todos los sobrinos de este para mí maldito color! Y juro, por la amistad que me une a quien considero como mi hermano, que jamás vestiré una prenda

que lleve el malva ese, o el orquídea, amatista, lirio, violín —cada vez Currito cogía más y más velocidad—, violeta claro, violeta oscuro, violeta pálido, el vinca, el fucsia, el berry, el «morao» o cualquiera que se le parezca medianamente. Brindo por lo que ella vio, por lo que yo no vi, y resumiendo, desde hoy yo, Curro, ¡doy por desterrado de por vida este color! ¡Para siempre! ¡Lo juro por mis muertos! Pero lo hago orgulloso de mi mejor amigo. Y porque tú, Chiara, disfrutes de esta noche. Tengo que decir que Ángel me pidió que no intentara ligar contigo —ella miró a Ángel extrañada y siguió atenta a lo que seguía diciendo Currito—, pero ¡alma de mis ojos! ¡Con ese vestido se me va a hacer «tela» de difícil! Pero cumpliré mi promesa y ninguno de mis comentarios o conversaciones tendrán dicha intención, así que brindo por la que esta noche va a ser mi hermanita pequeña, ¡un ángel llamado Chiara! ¡Y que viva Sevilla y la madre que nos parió!

Ese brindis final de los tres fue el comienzo de la tarde y la noche que ellos dos querían regalarle a Chiara. Currito hizo como que se iba a los aseos de la cervecería, pero en cuanto no estaba a la vista de Ángel y Chiara, cogió su móvil e hizo una llamada que fue respondida enseguida:

—¡Paco! Oye, es el momento. En tres minutos salimos de aquí.

—Perfecto, voy para allí —le contestó el tal Paco al otro lado del teléfono.

—En la misma puerta, Paco, ¿has oído? —le exigió Currito muy serio.

—¿En la puerta de la cervecería? ¿Tú estás loco?

—Paco, escucha, sé que no puedes en la misma puerta, pero me debes una y además de las gordas, así que vente, no preguntes más y cuando estés me haces una llamada perdida. En la misma puerta, Paco. ¿Vale?

—Me estás buscando un buen lío, Curro —su voz sonaba con cierta desesperación.

—¡Tres minutos, Paco! ¡Tres! —Tras lo que colgó el teléfono para volver con ellos que seguían hablando y para pagar las copas tomadas y seguir conversando a tres bandas a la espera de dicha llamada perdida.

—Me tenéis que contar cómo os conocisteis —dijo Chiara—, es que sois tan distintos, pero tan iguales...

—Hay mucha noche, pero sí, fue algo curioso que «este» elemento y yo nos viéramos por primera vez —dejó caer Ángel mientras en el bolso del pantalón de Currito le vibraba el móvil. Era la llamada perdida que estaba esperando, con lo que le cortó:

—Chiara, ven, vamos, que vas a conocer nuestra ciudad. Una de las

muchas joyas que tiene este país. Y una de las cosas más importantes es entrar de lleno en el alma de ella, viéndolo todo desde el mejor sitio que se puede ver, desde la mejor perspectiva.

—Vaya, Currito, qué serio te has puesto —dijo una sonriente Chiara.

—Es que este momento se merece esta seriedad. Ven, dame la mano.

Chiara le cogió la mano a Currito y tras despedirse del camarero enfilaron hacia la salida.

—Chiara, abre la puerta y ¡bienvenida a la auténtica Sevilla!

Al abrir la puerta, justo en la misma salida de la cervecería, había una calesa: un coche de caballos que es típico de esa ciudad. Calesas en Sevilla hay muchas, pero que tengas la más bonita de todas ellas con el cochero abriéndote la puerta de una auténtica obra de arte rodante en el mismo color blanco que el vestido de ella recibiendoles en la misma cervecería era de una categoría superior.

Y es que esa calesa era especial por varios motivos. En primer lugar, porque era un coche de caballos para bodas y estaba arrastrada por dos imponentes equinos con una capa de pelo acorde con la claridad de la calesa.

Esta vez no había colores, ni uno solo, solo muchísimo blanco y adornos en negro, pero la cara que se le quedó a ella al ver tal preciosidad justo enfrente de ella la impactó de tal manera que no sabía dónde mirar.

—Chiara, te presentamos a Paco —dijo Currito.

—Hola, Paco, ¡encantada de conocerte! —le dio la mano con la misma alegría que si le estuviesen presentando a alguien de la realeza del siglo XIX. Definitivamente, la cara de Chiara radiaba de nuevo su habitual luz y alegría ayudada además por el reflejo de la blanca calesa. Era una sorpresa que, para comenzar la noche, era muy intensa, así que quiso disfrutarla al máximo.

Paco, que tenía su mano en la puerta del coche de caballos para que ella subiera, le dijo:

—El placer es mío, señorita. Hoy esta será la nave de sus sueños; yo, quien deje que estas dos maravillas que tengo delante nos guíen por donde deseen ellos: estos dos pares de golfos —mirándolos con mucha complicidad y guiñándoles un ojo.

—Gracias, Paco, ahora mismo subo —le dijo mientras miraba a Ángel y Currito con el rostro de desbordante felicidad—; pero, si me permite, tengo que ver de cerca a estas dos preciosidades que van a echar ahora a trotar. Paco, ¿puedo tocarlos?

—¡Por supuesto! Creo que estarán encantados de ello, adelante.

Y así Chiara se acercó al caballo de la derecha de frente para acariciarle y presenciar cómo un animal podía ser tan sumamente bello. Por unos momentos, la Chiara que tenía 7 años en Roma la envolvía de nuevo, estaba disfrutando como aquella niña que fue. Tras aquel momento junto al precioso animal de la derecha, hizo exactamente lo mismo con el caballo de la izquierda, que todavía era más tranquilo.

Mientras acariciaba al caballo muy despacio quiso mirar a Curruto y a Ángel para darles las gracias, aunque no hicieron falta palabras, ya que con una mirada le bastó. Chiara estaba muy emocionada por el contacto con esos dos caballos y el regalo que la estaban ofreciendo era algo más que dar un paseo.

Ángel dijo:

—¿Estás preparada para que Paco nos enseñe un pedacito de nuestra tierra?

—¡Claro! ¡*Andiamo!*

—Pues venga, ¡sube, que Paco te ayuda!

La calesa era de las más apreciadas en Sevilla por ser un coche especial para bodas y eventos de alto nivel económico. Todos los asientos eran blancos, adornados con muchas flores, todas ellas tan claras como la propia tapicería. Era de un estilismo especial, confortable para cuatro personas, dos en un lado y justo enfrente otros dos que iban de espaldas.

El vestuario de Paco estaba acorde con el servicio que daban, ya que lo que más llamaba la atención de su vestimenta era un sombrero de copa, todo un lujo que iba a estar a la disposición de los tres jóvenes. Agitó las riendas y comenzó a dar sus primeras instrucciones para empezar con el trote ligero de los dos caballos; al tocar el suelo las herraduras de sus patas se hacían notar en los oídos el sonido del paso lento de los equinos, que parecía que iban orgullosos de llevar consigo a esa chica que con tanta ternura les había acariciado.

Nada más empezar el viaje cruzaron el río Guadalquivir en silencio.

Sobraban las palabras, solo se oía el bello sonido del trote de los caballos en contacto con el suelo. Chiara miró el agua que fluía y, según la observaba, pensó de manera fugaz en otro río que estaba exactamente a 1 736 kilómetros de allí, aunque no pensaba precisamente en esa agua que fluía por él. En su cabeza ahora estaba presente uno de los muchos habitantes que viven día a día viendo el Sena.

Chiara se acordaba mucho de Lorian, lo que hizo que surgiera una nueva casualidad, ya que en ese preciso momento el hombre que tenía Chiara en sus pensamientos mientras ella miraba fijamente el agua, estaba atento a la caja donde empezó todo. Sentado en la cama de su dormitorio en París llevaba cinco minutos observando aquellos cuatro números. Los miraba fijamente porque había un nuevo cambio desde que se conocieron, hecho que de nuevo volvió a desconcertar a Lorian. Los números seguían girando a la misma velocidad, pero su luz, esa luz que hacía tan especial a la caja de cristal, WAX, se estaba desvaneciendo.

De momento, era muy leve la diferencia, pero Lorian veía y, sobre todo, intuía que los números acabarían apagándose, y con ello se abriría un nuevo misterio. ¿Por qué ahora se estaban apagando esos números?

Tendría que esperar como hizo antes, no le quedaba otra opción. De nuevo no le gustaba lo que veía, pero por un momento hubo una sincronización exacta en el mismo tiempo entre los pensamientos que conectaban a Chiara con Lorian sin que, curiosamente, fueran conscientes de ello.

En Sevilla, nada más cruzar el río, Chiara volvió a centrarse en Ángel y Currito y tenía una duda que le rondaba la cabeza y que ya era hora de dar a conocer.

—¡Chicos! Yo no me puedo ir de Sevilla sin saber cómo os conocisteis para que seáis tan buenos amigos después de solo 7 años.

Chiara casi dominaba el español a la perfección, ya que algunas palabras sueltas las decía en italiano o se las inventaba, pero se entendía todo lo que quería comunicar, haciendo que algunas de estas palabras fueran muy graciosas.

Ángel miró a Currito que puso cara de «¿quién de los dos se lo cuenta?» para después mirarla a ella y decirle:

—No te lo vas a creer, Chiara, pero fue así. —Se detuvo unos segundos porque lo que tenía que contar necesitaba de todos los detalles—. Resulta que un día, en el escaparate de una librería, me fijé en una novela que tenía una portada con un castillo medieval que no podía ser más bello —le explicaba Ángel a Chiara con una cara que es indescriptible—. Ese castillo hizo que entrara en la librería y comprara el libro sin dudarle un momento. Tú más que nadie, Chiara, sabes que los humanos somos muy visuales. En casa lo leí en una sola noche porque me gustó mucho el estilo que tenía escribiendo ese autor. Era totalmente distinto a lo que había leído antes —seguía contando

Ángel—, y aunque era ficción de algo pasado hace mucho tiempo, el escritor te sumergía de lleno en las épocas medievales. ¡Como si él mismo hubiera vivido en ellas! Al acabar el libro esa era mi sensación y me llamó mucho la atención. Era realmente magistral la manera de narrar y contar esas historias. Así que al ser hoy tan fácil contactar con alguien por Internet vi que su autor era casualmente de Sevilla. El hombre que la escribió no tenía Facebook ni red social alguna, pero logré contactar vía email con él para felicitarle por su novela. Él agradeció el gesto, me preguntó a qué me dedicaba yo y se interesó por mi trabajo en la Universidad de Farmacia. En varios emails le pregunté si estaría dispuesto a firmarme el libro porque me apetecía tenerlo «sellado» por su autor. Para mí, Chiara, ¡era como tener la firma en ese libro de alguien que había vivido en la mismísima Edad Media! ¡Como un viaje en el tiempo! —contaba con mucho entusiasmo al recordarlo—. Él accedió encantado. Quedamos en una terraza muy conocida. Yo estaba viendo mi móvil con una cervecita y se me acercó un chico rubio, con la melena al aire y con una camisa que, Chiara, parecía que venía de pintar un cuadro y que los colores ocres que no habían quedado en el lienzo ¡se los había esparcido en su camisa! Esa fue la sensación que me dio —Los dos chicos se cruzaban miradas de las que dañaban recordando aquello; había tensión, sobre todo, por parte de Curro, que negaba constantemente con la cabeza. Ángel siguió hablando sin que Curro dijera nada, solo negaba con la cabeza—. Yo estaba sentado con un jersey fucsia muy llamativo para que me reconociera pronto, así que me vio en la terraza y me dijo hola. Yo le contesté con otro «hola».

—¡Un hola «mu» seco, Ángel! Vamos, ¡no me jodas! —le reprochó Currito con todo el poder del «quejío» andaluz, que viene con su mágica chispa de gracia, subiendo el volumen y que sus palabras acompañaron unos brazos levantados como si lo estuviera viviendo de nuevo—. Eso te lo perdonaba —continuó Currito—, ¡pero que me dijeras que no tenías nada suelto, eso lo tendré clavado en mi mente para siempre! —concluyó la frase con un total desprecio al que ahora era su gran amigo quien miraba al fondo del paisaje con total indignación.

—Es que, Chiara, pensé que era uno que venía a pedir que le diera unas monedas. ¡Te lo juro! —justo en ese momento Chiara no podía creer lo que estaba oyendo y la carcajada que soltó hizo que Paco, el cochero girase la cabeza para ver qué estaba pasando.

—¿Y qué pasó? —preguntó cómo pudo Chiara ya que no paraba de reír.

—Pues que me dijo que era Francisco Candelas, el autor del libro.

—¿Ese es tu verdadero nombre? —preguntó de nuevo Chiara esta vez a Currito, ella no podía creer esa escena que estaba oyendo.

—Ese es mi nombre literario o artístico: Francisco Candelas —dijo Currito ya un poco más calmado—, porque me llamo Francisco y uno de mis apellidos es Candelas y a los de la editorial les pareció usarlo por sonar, según ellos, más comercial.

—Chiara, la manera de vestir y la forma de ser de Currito son únicos ahora, y ya le ves que, aunque un poco a su aire, viste como nadie y la gente le admira por ello. Aquí, en Sevilla, es ¡casi un Dios! —continuaba Ángel con entusiasmo—. Pero es que ese día no pudo elegir peor la camisa, y ¡no tenía nada que ver con la foto que tenía en el libro! ¡Absolutamente nada! Y claro, yo pensé: «el que ha escrito el libro ha mandado a su hermano pequeño, el vago, a que haga un garabato en el libro y asunto zanjado». Era lo único que se me ocurría, porque yo es que miraba la foto del libro y le miraba a él y te lo juro, ¡para mí que no eran la misma persona! ¡Era imposible!

Ángel se entregaba también en la forma de contarlo tal y como sucedió, ambos amigos casi estaban viviendo de nuevo aquello que, para Chiara, se había convertido en un carrusel de risas en el que quería seguir subida.

—Chiara, vamos a ver —continuó serio y, de manera sorprendente, calmado Curro—. Los editores no me dejaron ponerme a la manera que me gusta vestir a mí, solo me he puesto una camisa lisa y solo he dejado que alguien me «enguarrara» el pelo con ese fluido infernal y viscoso llamado gomina más que para la foto de las tres «jodías» novelas que he escrito. Los de la editorial me decían que no «vendía» mi manera de vestir en ese tipo de género medieval. Así que imagínate la situación, Chiara: yo, de pie en la terraza ¡porque «este» ni se dignó a decirme que me sentara! —De nuevo empezó a echar humo violeta—. ¡Y ya lo que lo remató todo fue lo que hizo con el libro!

—¿Qué hiciste, Ángel? —ella solo reía y preguntaba, caras de no dar crédito, risas y más preguntas. Ángel se contagió de la risa de Chiara y no podía seguir contándolo, así que fue Currito quién siguió con la historia:

—Pues que Ángel puso el libro así hacia arriba para que desde su perspectiva viese la comparativa de dos imágenes, la de la foto del libro que tenía con el brazo totalmente extendido y mi cara real. ¿Tú crees que eso es

normal? ¡Estaba viendo si yo era el de la foto! ¡Menudo desprecio a una persona! ¡Y yo ahí de pie aguantando esa humillación! Así que le dije: «¿Y tú eres el que das clases de Farmacia en la Universidad?».

—Ahí fue cuando empecé a crearme que igual, solo igual, ¡podía ser él realmente! «Siéntate, por favor», le dije para calmarle, «y perdóname, pero es que no te pareces nada al de la foto del libro».

—Yo ya pensaba que estaba todo aclarado y que se convenció por fin de que era yo, parecía que la humillación había tocado a su fin cuando, nada más sentarme, lo primero que me preguntó fue: «Oye, ¿cómo son las almenas del castillo del capítulo 4 del libro?».

Al decir eso, Currito negaba con la cara mirando no se sabe bien dónde, pero con un claro gesto de rabia recordando esa pregunta y soltando un «¡"Cagüen" sus muertos!»!

—¿Y qué pasa con esa pregunta? —dijo de manera inocente Chiara.

—¿Que qué pasa?, ¿que qué pasa? ¡Pues que me estaba haciendo como un test de veracidad! Seguía sin convencerse de que no era yo, ¡y aquí, el «señor profesor» me ponía a prueba! ¡En ese momento me harté del todo y de que pensara que no era yo el del libro! Fue lo que me faltaba por oír. ¡Eso me indignó!

—¿Qué es «indignó»? —preguntó Chiara, pues había ciertas palabras que ella no conocía del idioma español.

—Que se enfadó, indignar es igual que enfadar. ¡No veas cómo se puso! Y empezamos como un combate de boxeo, pero no físico, sino dialéctico. No nos conocíamos de nada y los de las mesas de al lado, que serían como 30 personas, al oír que algo pasaba allí, estaban todos pendientes de lo que ocurría en la nuestra. Chiara, Currito se levantó de la silla y en voz alta para que lo escucharan todos los de la terraza e incluso gente que paseaba por la acera me dijo y me llamó de todo. ¡No te haces idea la de palabras que salieron por su boca! ¡Yo no sabía dónde meterme! Pero justo ahí vi que, por su manera de insultarme, conocía términos muy bonitos y diferentes, aunque fueran insultos. Me estaba cayendo un chaparrón de humildad con decenas de miradas hacia mí en aquella terraza, pero «este elemento» que ves aquí lo decía todo con un estilo y una gracia que fue cuando me di cuenta de que ese que estaba sentado a mi lado era realmente Francisco Candelas, ¡mi amigo Currito!

Chiara no daba crédito a lo que oía mientras sonaba el lento trotar de la

calesa sevillana a su paso por el centro de la Plaza de España al caer la noche ya.



—Ese mismo día descubrimos que había química entre nosotros porque los dos éramos exactamente igual de cabezotas, de *testardi* como decís allí, en Italia, y que nos gustaban las mismas cosas. —Ángel paró para concluir: —Y eso es todo.

—¿Eso es todo? —dijo Currito no dando crédito a esa última frase—. Joder, Ángel, ¡cuenta el final, que parece mentira! ¡Qué pasa! ¿Que te da vergüenza decirle a Chiara como acabó esa firma del libro? ¡Si resulta que es lo mejor de la historia! ¡Anda que! —soltaba mirando y riendo por un lateral de la calesa.

—Está bien —dijo Ángel que quiso acabar aquella historia—. Tras rebajar un poco la tensión y con la mirada de toda la terraza, le dije que, por favor, se sentara y le pedí de nuevo perdón, cosa que aceptó porque nos tomamos unas cervezas y eso parece que calma bastante. Poco a poco empezamos a bromear y contarnos cosas sobre nuestras vidas, es decir, empezamos como a conectar, y justo esa misma y primera noche se nos fue de las manos —hizo una pausa en la que miró a Currito que puso cara de «venga anda, suéltalo ya»—. Bueno, está bien, se nos fue bastante de las manos. El tiempo, y sobre todo la ginebra, volaron y llegué un poco pillado a la Universidad por la mañana para dar clase.

Chiara cambió el gesto por un asombro que se asomó a su bello rostro, ya que había dicho la palabra «mañana», es decir, en la cabeza de ella estaba la frase: «¿Estuvieron tantas horas juntos el mismo día que se conocieron que se les hizo de día y siguieron hablando y bebiendo hasta el amanecer?».

—¡Ángel! ¿Pillado? ¿Llevabas una «estocada» de tres pares de cojones! —dijo Currito riendo al recordar el estado de su amigo en aquel momento haciendo con la mano el gesto de que iba muy bebido, luego miró a Chiara y continuó: —El decano, al verle entrar en la Facultad, no le dejó dar las clases en esas lamentables condiciones y le mandó para casa ¡en un taxi en el que le tuvo que subir él mismo! —Currito cada vez reía más—. Y, encima, el cabrón me echó la culpa a mí; le dijo que todo era por ¡un fabuloso novelista! El decano le decía: «sí, sí, un fabuloso novelista. Venga, anda, sube al taxi, que ya hablaremos tú y yo». «¡Menuda excusa más ridícula!», pensaba José Luis Campos. ¿Y sabes lo mejor de todo?

—¿Qué? —preguntó Chiara deseosa de saber el final.

—¡Que esa noche el libro se quedó sin firmar! Y, de hecho, nos hicimos tan amigos que no lo he querido firmar, ni ese ni ninguna de las otras dos novelas. Ni se las firmaré jamás en honor de tan mágica noche. Y precisamente por eso, yo estoy vetado en esa Facultad, y José Luis Campos, el «Ilustrísimo» decano, me tiene tanta manía —expresó poniendo un gesto de burla al decir lo de Ilustrísimo.

—Te tiene manía porque te conoce todo Sevilla y sabe cómo eres. ¡Y con la gente seria no encajas, Curro!

El momento en la calesa era inmejorable. Definitivamente, había hecho olvidar el mal rato que Chiara había vivido por la tarde. Otra vez estaba feliz; ahora era una muchacha que iba perfectamente a juego con el cuero blanco del lujoso coche de caballos y que no podía estar mejor acompañada. No podía tener mejor sonido de fondo como era el ritmo que marcaban los dos imponentes caballos que parecían ir llenos de orgullo por llevar a esas cuatro personas, tres de ellas abismalmente distintas, pero que, en ese momento, estaban exactamente en la misma sintonía.

Todo ello además con el mejor telón de fondo que podían tener: unas vistas espectaculares de un reciente atardecer sevillano, dirigido por las expertas y curtidas manos de Paco que llevaba orgulloso las riendas de los bellos equinos blancos.

—Chiara, ¡esto que nos envuelve es Sevilla! —dijo lleno de orgullo Currito abriendo los brazos queriendo él mismo abarcar con ellos todo lo que veía—. A mí lo serio es que no me va, lo único formal y sensato que me gusta aquí es «este» que tienes a tu lado, que le pierde y vuelve loco la Ciencia, la Óptica, las Matemáticas, los medicamentos y todas esas cosas tan

cuadriculadas y aburridas para mí —al decir Matemáticas no hace falta decir de quién se acordó ella—. Chiara —continuó Currito, cambiando el tono y dirigiéndose a ella de una forma un tanto seria—, ¿no tienes curiosidad de verdad por saber qué es lo que te ha regalado Ángel y que tienes justo a tu lado en esa bonita bolsa?

—¡Claro que quiero! Pero me ha dicho que no lo abra hasta mañana sentada en el avión y le voy a hacer caso, lo he prometido y soy una chica de palabra.

—¿Y si te dijese yo que lo abrieras ahora?

Ella miró a Ángel, que puso cara de «yo no quiero saber nada de esto».

—Esto es lo que hacéis para jugar con la curiosidad de las chicas, ¿no? —soltó ella en el mismo tono en que venían hablando—, y como está claro que vais a tentarme toda la noche porque os divierte, Currito, me lo podrás decir más de 100 veces o ¡incluso 3 000! Pero este regalo, te aseguro por ese violeta que odias tanto, no lo voy a abrir hasta que mañana esté con el cinturón de seguridad puesto en la pista de despegue. Y para que se os quiten las ganas de jugar con la curiosidad de las mujeres os diré que no tengo la menor duda de que esto que tengo a mi lado es una copia de todo el informe que realizó sobre mí y que envió a la facultad el doctor Moretti y que sería un regalo espléndido; sin duda, espectacular. ¿A que sí? —les dijo muy seria, mirándolos a los dos, que no se esperaban esa respuesta. Los acaba de dejar fuera de juego, pero si algo tenían Ángel y Currito, era un diablillo dentro de cada uno que aparecía al anochecer, precisamente en el momento del día en que estaban. Así que Ángel le preguntó también muy serio y levantando una ceja:

—¿Una copia?

Ella quedó de nuevo bloqueada al principio y luego asombrada y pensativa. Ángel le estaba sugiriendo que lo que podía haber en el paquete eran los informes auténticos, no una copia, lo cual sería algo de un valor sentimental incalculable, ya que estaría todo escrito y detallado con el puño y letra del mismísimo oftalmólogo.

Chiara, tras mirar fijamente unos 10 segundos a Ángel, que parecía que congelaba su rostro como desafiante, cogió inmediatamente el paquete y lo abrió con una rapidez pasmosa.

La promesa que había hecho se acababa de romper a la altura del Palacio de San Telmo. Estaba loca por ver la letra de Moretti y nada más contemplar

una sola palabra de él los miró a los dos con una cara que no podía irradiar más felicidad. Estaba viendo lo que escribió aquel doctor, el oftalmólogo que quiso proteger su infancia por encima de todo.

—Pero Ángel, ¡estos son los auténticos papeles que se supone que tendrían que estar aquí en vuestra Universidad! ¡Son vuestros!

Ella apenas se lo podía creer.

—No, Chiara —volvió a decir con el tono pausado que suele usar Ángel en cosas extremadamente serias—. Esos papeles, todo ese informe de Moretti y el que te he redactado yo sobre las pruebas que te he realizado hoy son tuyos. Es nuestro regalo. En la Universidad quedarán las copias, pero el de verdad tiene que estar cerca de ti. ¡Te lo mereces!

Según iba mirando todo lo que escribió aquel viejo oftalmólogo cuando era una niña y cómo describía con absoluta precisión lo que ocurrió en Roma, los miraba a ellos también y era como ver a la Chiara de cuando tenía 7 años en sus momentos más alegres. Si hubiese en ese momento una clasificación mundial de personas felices ella estaba entre los diez primeros puestos, sin duda.

No hizo falta decir nada, ya que sobraban las palabras. Las miradas de ella hacia los dos eran de tal magnitud y tan plagadas de agradecimiento que salpicaron y llenaron de color una calesa que hasta ese momento era blanca y negra a los ojos de Chiara, que estaban rebosantes de las mismas lágrimas que aparecieron por la tarde. Pero esta vez era fruto de una inmensa y placentera emoción.

La lujosa calesa poco a poco se detuvo. El paseo, que solo estaba disponible para bodas y eventos o momentos muy especiales, acababa de realizar su última parada.

Paco, el cochero, fue quien se bajó primero del lugar donde había estado sentado guiando a los caballos y lentamente hizo su recorrido para ya, junto el carro, tender la mano a Chiara para ayudarle a bajar:

—¿Qué le ha parecido el paseo, señorita?

—Paco, ha sido una de las cosas que jamás podré olvidar —El conductor, con el sombrero en la mano izquierda, se sorprendió de que ella recordara su nombre, lo cual le alegró y, además, mucho—. Tienes que estar muy orgulloso de tener esta maravilla andante. ¿Sabes? En muchas ocasiones he soñado que volaba en una alfombra como la de los cuentos y me deslizaba por los cielos de cualquier ciudad de una muy suave observando bellos

paisajes. Es curioso que ese sueño se haya repetido en mi vida con mucha frecuencia. Yo diría que muy a menudo, junto con otros no tan agradables, y nunca he sabido el porqué. Tengo la sensación Paco, de que, desde hoy, en alguno de esos sueños bonitos, la alfombra voladora tan presente en ellos va a ser sustituida por algo bien distinto, como es el sonido del trote lento de tus dos caballos de capa blanca y las inmensas ruedas que giraban sobre un asfalto, a veces un *piccolo* irregular —ella sonreía mientras lo decía—, pero en la que me sienta muy cómoda. Puedes estar en contacto con el suelo y, sin embargo, sentir que estás volando. Y no sé qué me da que en alguno de esos sueños que siempre tuve, a partir de ahora aparecerá ese sombrero que te has quitado ahora tan galantemente para despedirte de mí y que lo he visto a lo largo de todo este recorrido, firme en nuestro precioso viaje. —Paco escuchaba muy orgulloso lo que esa muchacha le decía, pero no se esperaba que se le acercara a decirle una cosa al oído con la intención de que solo la escuchara él—. Y, sobre todo, gracias por llevarnos por una ruta que estaba claro que no sueles usar con los turistas o con tus clientes. —Paco se quedó muy sorprendido porque el hecho era tal y como decía ella, que remató la frase: —Llevo recorrido medio mundo y sé cuándo se va por los sitios de siempre, las llamadas rutas turísticas, y tú nos has llevado por sitios por donde seguramente te podían multar, así que no ha podido ser mejor, como decimos en Italia: ¡*Grazie di cuore*, Paco! ¡Gracias!

Paco, con el sombrero cogido con la mano izquierda, se quiso despedir con la misma elegancia con que la había recibido, así que con la mano derecha asió la de Chiara y la besó como se hacía en otras épocas, aquellas donde estaba de moda el sombrero que ahora Paco portaba.

Con toda una noche por delante, Ángel y Currito solo tenían un objetivo: hacer pasar una noche que ella nunca olvidara y tenían un solo límite, la hora de salida del avión, ¡que era a las 11 de la mañana! Un reto más que fácil para ellos, pero que no sabrían cómo respondería Chiara a tantas horas de diversión por delante y el cansancio que pudiera aparecer a ciertas horas de la madrugada.

Era algo que les faltaba por descubrir en la que ya era su nueva amiga italiana, quien parecía que conocían desde hacía muchos años y que una vez más superó sus expectativas, ya que esa noche sucedió todo esto: más de cien amigos presentados, otras cuarenta personas más entre camareros, camareras, dueños de locales, artistas de los sitios con actuación, porteros de

discotecas... Todas esas personas hacían que, a lo largo del tiempo que estuvo el sol oculto en ese «peacito» de España, Chiara tuviera en su cabeza alrededor de doscientos nombres de personas que les había presentado sus dos anfitriones. Ellos solo se moderaron un poco en su forma de disfrutar la noche porque querían que la joven italiana llegara al aeropuerto en buenas condiciones y no como llegó Ángel a la Universidad el día que conoció a Currito.

Alternaron en sus rondas con algunos refrescos o zumos de vez en cuando, pero querían que ella se montara en ese avión de regreso a casa sobria y, sobre todo, con la sensación de que no podía haber sido mejor la noche ni la compañía.

Escuchó más de treinta y cinco anécdotas de diferentes momentos de las noches locas entre Ángel y Currito, ni una sola que fuera aburrida y que según iban siendo contadas parecían un *ballet* perfectamente sincronizado. Al ser relatadas por ellos hicieron que Chiara riera antes de que saliera el astro rey más de ¡600 veces! desde el barrio de Santa Cruz, el Arenal o toda la zona de Triana. En esta última zona Chiara descubrió la misma esencia de tan bella ciudad y se emocionó porque contactó con una parte que ella hasta entonces, a sus 25 años, no sabía: que existía en su cuerpo «el embrujo», que la envolvió por completo mientras escuchaba a un guitarrista que, con solo seis cuerdas y sus diez dedos, pudiera hacer mover algo tan profundo dentro de ella, y que mientras veía a las bailaoras moverse por uno de los muchos tablaos, hicieron que brotaran en sus ojos otra vez algunas lágrimas. Y otra vez estaban llenas de la más pura felicidad de descubrir, oír y ver una de las artes con más verdad y pasión que existen en el mundo como es el flamenco en su propio «hábitat», ya que todo sucedió a escasos 10 metros de sus ojos.

Los momentos serios brillaron por su ausencia, si bien cabe destacar el momento en que Currito le preguntó a Chiara si tenía novio. Ángel le echó una mirada propia de quien se estaba saltando una norma que habían dejado bien clara. Currito le reprochó a su amigo esa mirada contratando:

—Ángel, compadre, se lo he preguntado por saber algo más de ella, no con otra intención, ¡que vaya marcaje que me estás haciendo hoy! ¡Compadre! Ya te dije que tenías mi palabra de lo que no iba a suceder con ella, nada de intentar intimar, pero sentía simplemente curiosidad.

Chiara les contestó que ahora mismo no, pero les habló de que acababa de conocer a alguien en París y les habló un poco por encima de la historia del

cajero y de cómo era Lorian. Fue algo que no dejó escapar Currito que, como era muy supersticioso, cogiendo una de las manos de Chiara y muy serio le dijo que no tuviera duda, que esa era una señal, que no tenía ninguna duda de ello y, además, una señal bien clara. Currito se puso muy serio con este tema y le explicó que casualidades de esas se dan muy pocas veces en la vida y que el culpable era según él algo llamado ¡DESTINO! Una palabra que según salió la boca del más bohemio de los dos amigos estuvo acompañada con un:

—¡Rocío, pon aquí otros tres *gin-tonics*, que acaba de salir en la conversación mi palabra favorita!

A lo que contestó la simpática camarera amiga de ellos:

—No sé cómo lo haces, Currito, pero siempre que me pides una ronda tienes que decir algo del destino. Pero, por lo menos, es la primera vez que no dices algo de que ese destino tenga que ver entre tú y yo —comentario que se tomaron a risa los cuatro presentes en esa barra.

Mientras estaban a altas horas de la madrugada en la Discoteca Fun Club, Currito soltó dos perlas, dos frases que se quedarán en la mente de la italiana para siempre:

—La Ciencia tiene que dar las gracias a que Newton no naciera en Sevilla, porque si llega a vivir aquí la teoría esa de la manzana se hubiese perdido por culpa ¡del rebujito y los lunares de los trajes de nuestras sevillanas! —y añadió la otra al decirle a ella todo serio: —¿Y «el» Einstein? Chiara, mírame que esto es ¡tela de serio! El «tío ese» solo estuvo una vez aquí en Sevilla. Has visto esa foto con la lengua fuera, ¿a que sí? ¡Pues esa se la hizo en una caseta de nuestra gran Feria!

Ella disfrutó de una noche que quedará para siempre en su cabeza. Estaba claro que lo de dormir lo iba a tener que hacer en el avión debido a que ya estaba amaneciendo y los tres fueron al hotel para que Chiara cogiera las cosas mientras Ángel y Currito la esperaban de nuevo en la recepción.

Tras un desayuno en La Cacharrería ya de día y los intentos de Currito por explicar lo que es una cacharrería a una chica italiana, las últimas risas las dejaron allí donde disfrutaron los tres de sus últimos momentos juntos en lo que había sido una noche mágica. El tiempo se les agotaba, así que pusieron rumbo al aeropuerto donde esta vez sí se despidieron de ella.

El abrazo entre Ángel y Chiara estuvo acompañado de unas palabras de agradecimiento, pero fue más propio de aquella persona que la había recibido y había testado la visión de la italiana. Quería despedirla de una manera

elegante, cosa que no ocurriría justo después, cuando le tocó el turno a su gran amigo.

Al abrazar a Chiara, Currito quiso despedirse como hacía todo en su vida, es decir, a su peculiar estilo, único e inimitable, abarcando con sus brazos de una manera muy tierna. Y así habría sido si no fuera porque como tenía la oreja de ella muy cercana a su boca, al abrazarla quiso decirle algo muy bajo para que no lo oyera Ángel.

—Mi niña, tú si ves que el francés ese no te hace mucho caso no te olvides de mí, que estaré esperándote de nuevo con la calesa. Pero esta vez, tú y yo solos.

El tono de broma estaba mezclado con una proposición seria como no podía ser de otra manera, con lo ella le contestó:

—Lo tendré en cuenta, señor Francisco Candelas. ¡Gracias!

Ambos, al separarse, se lanzaron una mirada llena de cariño en la cual estaba presente que la proposición por parte de él había sido una broma. Ángel, al ver ese abrazo desde unos tres metros, le encantó ver que dos personas que hace unas horas ni se conocían, ahora mismo parecían haber crecido juntas. El gran profesor de Óptica y Fotometría no dudó en decirle a Chiara, que estaba junto a Curro:

—Creo que has visto el *feeling* que «este elemento» y yo tenemos, y por si te queda alguna duda de que somos casi como almas gemelas, estoy convencido y me jugaría lo poco que me queda en la cartera ahora mismo apostando que te ha dicho algo al oído y que seguramente tenga que ver con el chico ese que te espera en París. ¡Y digo lo del dinero porque si me juego un brazo lo perdería! —dijo sonriente—. A Currito no lo cambiaremos nunca, pero por eso siempre será mi mejor amigo. —Ángel estrechó el brazo por encima del hombro de su «hermano».

La mirada de ella era nuevamente de asombro porque era imposible que hubiese escuchado lo que le acababa de decir al oído en lo que pareció un simple, aunque muy caluroso, abrazo.

—¡Buen viaje, Chiara! —concluyó Ángel desde los tres metros que les separaban ahora.

—¡Gracias a los dos! Habéis hecho que uno de los momentos más decepcionantes, duros y tristes de toda mi vida se haya transformado en una de las noches más especiales y divertidas que he podido disfrutar, y además me llevo este regalo, el informe de Moretti, que guardaré en un lugar

privilegiado de mi casa en París. Ángel, no te imaginas lo que es para mí tener estos papeles de aquella increíble persona. Estaremos en contacto porque, ¡ah, Currito! —en ese momento le miró a él—, vete practicando el francés, ya que estáis invitados y me encantaría que aceptarais venir un fin de semana a mi casa. Y escúchame: tengo unas amigas que se van a volver locas contigo, te lo aseguro. ¡Allí os espero! Estamos en contacto.

Los dos vieron como se alejaba aquella chica que les pareció que había caído del cielo hacia el control de seguridad del aeropuerto. Ambos tenían delante de ellos una mujer que llamaba la atención de la gente que había en la terminal, pero ellos la estaban mirando con los ojos de quien ve alejarse a un familiar muy cercano. Con dos amigos felices por haberla conocido, Chiara ya tenía la cabeza en la Ciudad de la Luz donde, en unas horas, posaría sus pequeños pies.

CAPITULO 7

UNA CENA PARA LA HISTORIA

Cinco días después, Lorian conocía los mejores restaurantes de casi toda Francia y los sitios más supremos para disfrutar de una noche en compañía, pero quería que esta vez fuera más que especial, así que llevó a Chiara a su sitio favorito, que no era el más caro curiosamente pero que sí que al entrar era el que más te fascinaba, Lorian no quería jugársela a la hora de que ella quedara decepcionada con el sitio donde la iba a llevar así que fueron al Ciel de París que resalta por una buena atmósfera, mezclando su decoración con las vistas que ofrece ya que es un lugar muy alto y desde el cual según mientras cenas y estás hablando con alguien solo tienes que girar el cuello para estar viendo una iluminada París que parece no tener fin, tienes la sensación de que no estás en una ciudad, sino de que todo lo que ves desde allí es como presenciar ¡el mundo entero!

Lo primero que notó Chiara era que casi toda la gente estaba cenando en pareja, y por supuesto sus ojos echaron un rápido vistazo por el paisaje que se podía observar por los ventanales, muy especialmente a los más lejanos a los que solo ella podía ver.

—Esto es precioso —le dijo a Lorian que le contestó:

—Sabía que te gustaría, pero tengo miedo de traerte aquí.

—¿Por?

—Porque son muy llamativas las vistas aquí y si te traigo aquí es para conocerte a ti no para que mires por el ventanal—.

—Qué pasa, ¿ya te ha ocurrido alguna vez?

—Pues sí, hacía ya tiempo que no pisaba este lugar, pero la última vez que lo hice fue un fracaso total.

—¿Un fracaso total? —preguntó con una cara extrañada Chiara—. Entonces, ¿por qué me traes aquí?

—Porque esta vez sé que no va a pasar lo mismo. No me gusta hablar de antiguas relaciones y menos si salieron mal, pero si al entrar aquí no estás prestando atención en las cosas que tienes delante de ti, no te estás fijando en este precioso entorno y vistas y, en cambio, no haces más que de hablar de

tus uñas, de la de veces que te has cambiado el peinado, de lo imbéciles que son algunas de tus compañeras, sin apenas detenerte a tomar algo de aire y no tienes ocasión de poder casi decir nada porque no te deja hablar, sabes que la cosa, por lo menos, no ha empezado bien. A ti Chiara sin embargo te ha cambiado el rostro al ver este ambiente acogedor, no sé por qué razón has buscado y has localizado la Torre Eiffel nada más entrar en menos de un segundo y juraría que ha pasado por tu cabeza «¡allí está!». —Ella se sorprendió por cómo él se había dado cuenta tan pronto de este detalle. —Me has dicho que el sitio es precioso, estás hablando de algo completamente ajeno a ti y eso me ha gustado. En definitiva, que la última vez que vine estaba deseando marcharme porque parecía que yo mismo sabía lo que iba a decir mi acompañante, intuía lo que iba a venir a continuación y eso aburre ¡aburre mucho! Casi cené en modo piloto automático. Hoy estoy deseando escucharte y conocerte, sin hablar ya has dicho muchísimas más cosas al ir mirando cada lámpara, cada detalle que tiene este sitio y eso te hace una chica curiosa de conocer nuevas cosas, por lo que estoy impaciente por estar sentado frente a ti y entrar a conocer tus pensamientos, tus sueños, e incluso por qué no, tus miedos —hizo una pausa de solo un segundo para concluir—, para saber cómo eres realmente.

Chiara estaba deseosa de que llegara ese momento así que fueron a su mesa donde se iba a producir algo que iba a poner en un aprieto a Lorian.

En el momento que Chiara se quitó el ligero abrigo que llevaba a Lorian se le hizo un nudo en la garganta que le dejó completamente inmóvil, paralizado. El motivo era el vestido que ella había elegido para esa noche, un vestido de un color rojo cereza, muy intenso, que a primera vista parecía de una finísima seda y brillos como diminutos diamantes, con dos simples tirantes más claros en la parte de arriba que rodeaban su cuello y que se cruzaban para desde la zona del pecho empezar a caer con dicho color abrazando y curvándose por todo el cuerpo de Chiara.

Él nunca había visto algo inanimado e inerte como era una prenda de vestir, en este caso femenina, ¡cobrar vida delante de sus propios ojos! Pero lo que estaba observando era como la propia seda estaba como buscando su piel y la recorría sabiendo perfectamente el camino. Lorian había estado con chicas muy guapas, pero sobre todo mujeres con exquisito estilo, algunas de ellas habían salido en la portada de revistas de moda francesas, pero lo que tenía a dos metros delante de él no tenía nada que ver con lo que sus ojos le

habían brindado hasta ese momento.

Lorian estaba viendo una mezcla que nunca había contemplado antes, ya que tenía frente a él la elegancia en persona, con una postura natural y donde se notaba desde fuera cómo ella se encontraba muy a gusto dentro de ese precioso vestido, en sus 33 años de vida ¡jamás había visto nada tan bello!

Nunca se había puesto nervioso. Solía tener la situación controlada debido a su privilegiada cabeza, y una seguridad en sí mismo que era casi de titanio. Pero por segunda vez en su vida, con Chiara, Lorian se quedaba completamente bloqueado e hipnotizado por la combinación del vestido y la naturalidad con que ella lo llevaba. Se notaba desde fuera cómo disfrutaba de estar dentro de tal maravilla. Era un vestido que parecía creado como si se hubiesen juntado los cuatro mejores pasteleros del mundo y hubiesen elaborado una crema con las mejores cerezas que se pudieran recolectar. ¡Solo las más brillantes y dulces! Después, le hubiesen añadido a la crema un delicioso licor de fresa para darle más brillo y lo hubiesen mezclado durante dos horas muy lentamente, despacio, sin ninguna prisa, pero sin parar de remover hasta que su textura fuera casi líquida y de un color rojo muy intenso; tras ese proceso, esperar a la llegada de la noche y dejarlo bajo las estrellas para que se impregnara de su brillo quedando selladas en él para siempre. Al día siguiente, con toda esa brillante crema líquida solo había que dejarla caer sobre los hombros de Chiara, deslizándose por cada curva de la anatomía que la italiana poseía y que era el molde perfecto. Y, por si fuera poco, unos largos pendientes que irradiaban su dulce cara con un brillo más intenso que el que procedía del reflejo de las muchísimas lámparas que tenía el local parisino.

—Estás preciosa —pudo decir al ser capaz de romper el nudo que tenía en la garganta.

Ella sonrió con la más sincera y dulce, y de la misma forma respondió:

—Muchísimas gracias, Lorian —y concluyó diciéndole de manera tan elegante como el propio vestido—. Es todo un halago viniendo de ti.

Una vez sentados, él quiso romper el hielo con un comentario que procedía de un simple hilo. Sí, has leído bien. ¡Un simple hilo!

Y no precisamente de ese precioso vestido, ya que en la privilegiada cabeza de Lorian existían una cantidad casi ilimitada de esos hilos de los que poder tirar, ya que cada uno de ellos era el comienzo de algo interesante de lo

que poder conversar y de donde además podían salir así de repente casi por arte de magia otros tantos miles de ellos diferentes.

Esa era la seguridad que tenía en sí mismo y en esta ocasión tenía claro que tenía qué decirle a Chiara.

—Sabrás cuál es la ley femenina número uno, ¿no?

Ella, sorprendida por esa pregunta, no sabía por dónde venían los tiros.

—No tengo ni idea —mientras por su cabeza pensaba: «qué pregunta más rara para comenzar la cena; bueno, solo para comenzar, porque aún ni siquiera hay cena».

—¡Venga ya, Chiara! ¡Si seguro que la aplicas cada día cuando sales con tus amigas! —le sorprendió con una sonrisa pícar.

—Pues no sé, dime —y esperó impaciente esa respuesta.

—No me creo que nunca te hayas parado a pensar que dicha ley, que siempre se cumple con vosotras es... —hizo una pequeña pausa para que ella pensara y sobre todo para enfatizar de manera exagerada la frase— «¡Mejor llegar tarde que llegar fea!» —exclamó acompañando dichas palabras con el movimiento del dedo índice señalándola.

Chiara se quedó perpleja con esto, levantó sorprendida las cejas y le contestó:

—Algo de razón hay, sin duda, pero de ahí a que sea una especie de regla..., no sé yo, pero por supuesto, para toda chica que se quiera un poquito lo primero es lo primero. Y hasta que no nos vemos como nos gusta, sí que te digo que en mí, para salir en condiciones, se puede parar el mundo, así que el reloj puede esperar.

—¿El reloj? ¡Qué dices el reloj! ¡Los que esperamos siempre somos nosotros! —alzaba ligeramente la voz, pero siguiendo en tono de broma para seguir—. Y los que sufrimos dicho retraso de esa ley que, sin duda, es ¡la primera ley femenina! Y no metas a un pobre reloj en esto, que bastante tiene con estar ahí el pobre pensando: «¡Uy, madre! ¡Esta no llega a la hora que ha quedado ni de casualidad!» —Chiara le miraba sabiendo que lo que estaba diciendo estaba empezando a tener peso, así que continuó atenta a lo que él la decía—. ¿Quieres que te demuestre que es una ley muy cierta?

—A ver... —contestó ella un tanto desafiante y viniéndose un poco arriba. Lorian sacó su móvil de su bolsillo y con mucha rapidez accedió a un mensaje que ponía y que le mostró: «Ya casi estoy, bajo en tres minutos».

—¿Te suena?

Mientras lo maliciosa que era la cara de él, la de ella era una sonrisa un poco avergonzada ya que esos tres minutos se habían alargado casi hasta el cuarto de hora por lo que ahora el comentario de Chiara estuvo acompañado de un «¡Qué cabrón eres! ¡Ese mensaje es el que te he enviado yo antes desde mi casa!».

—Te lo acabo de decir, hay leyes que para bien o para mal nunca fallan —dijo tan tranquilo tras lo que guardó el móvil en su bolsillo, ya que no hace falta decir que él nunca dejaba el móvil posado encima de la mesa cuando cenaba con alguien—. Igual Newton con la ley tan famosa suya se pudo confundir, pero te aseguro que esta se cumple siempre —le dijo con ironía, pero ella en ese momento se acordó de Currito y lo que dijo del descubridor de la ley de la gravedad.

Chiara se tapó la cara avergonzada, pero dentro de esa tapadera que se habían convertido sus diez dedos estaba una risa porque sabía que él tenía razón. Cuando quitó las manos seguía con esa risa y con unos coloretos que de repente aparecieron en su cara sin que nadie los hubiera invitado, pero que Lorian no pensaba desaprovechar para lanzar otra de sus flechas.

Se ha hablado tanto de Cupido y de sus famosísimas flechas que nadie ha pensado que, para que surjan efecto, las tiene que lanzar el hombre o una mujer, y no un angelito que puede ser muy bonito y celestial, pero que como arquero del amor deja mucho que desear. Lo más importante es que, en determinados momentos, deben ser lanzadas por nosotros mismos e intentar apuntar en ciertos lugares para que no reboten como si fueran de goma o silicona en su punta, sino que se queden bien clavadas y marcar la mente de la persona que tienes delante.

Lorian había lanzado ya unas cuantas flechas y lo bueno de ello es que estaban haciendo un efecto devastador y estaba consiguiendo que, poco a poco, ella lo viera con mejores ojos y, sobre todo, lo sintiera de una manera todavía más especial que hacía unos días.

Chiara quiso llevar la conversación a otros terrenos, pero estaba claro que él se movía perfectamente en cualquier tema:

—¿Y cómo es la vida de un matemático?

—Pues me imagino que tu pregunta es cómo es MI vida de matemático, ¿no? Porque matemáticos hay muchos y cada uno lleva un ritmo de vida muy diferente. Supongo que dependerá, como en todo, de lo que quieras que te absorban las propias matemáticas. En mi caso, siempre estoy con números en

la cabeza, no te lo voy a negar, pero siempre dejo mucho espacio de mi tiempo a cosas que no tengan que ver con ellos. ¡Es vital! Demasiado tengo con las clases e intentar hacer que los números sean divertidos para que la gente los quiera y no los odie como los hemos detestado casi todos de pequeños. A mí ya me gustaban desde que era un niño. ¿Tú que tal eras con las matemáticas cuando ibas al cole?

—Pues no se me daban mal, pero te doy la razón que todo tiene que ver en la forma que te lo enseñen porque nuestro profesor era bastante aburrido y con esa edad se te hacían las clases largas. Además, el hecho de que te mandaran de deberes resolver problemas pues no ayudaba mucho.

—Claro, porque ahí tienes ya un fallo que viene desde nuestra infancia. ¿Por qué los tuvieron que llamar «problemas»? ¿Quién fue el lumbreras que los bautizó con tan nefasta palabra? ¡Problema! ¡Si es que ya te suena mal de entrada! Si te vas a casa y a media tarde tienes que hacer los deberes y tu madre te manda a resolver problemas la verdad es que no debe de apetecer mucho. Sin embargo, si se hubiesen llamado «retos», los niños los hubiésemos tomado de otra forma. Un niño necesita jugar, y con los números se puede jugar y pasarlo bien, pero si de base lo llamas «problema», el niño hará lo posible para buscar una excusa para no hacerlos.

—Nunca lo había visto así —comentó Chiara en esta parte de la conversación, que ya parecía más habitual en una cena normal y cualquiera, aunque él no tardó mucho en pegar un nuevo volantazo para decir algo que ella no esperaba.

—¿Sabes que hay una diferencia increíble de cuando estás seria a cuando regalas a la gente, en este caso a mí, una de esas sonrisas que, créeme, son increíblemente tiernas?

De nuevo el rubor aparecía en los pómulos de nuestra pequeña Chiara, aunque no con la intensidad de antes.

—¿De veras? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—De veras —con una serenidad total—, y es algo que me encanta. Lo que no se es por qué. ¿Me puedes explicar tú el porqué?

—Mmm —Chiara se había quedado en blanco; estaba muy halagada con ese piropo que le acaba de decir Lorian, pero tenía una pregunta en su tejado y no tenía la menor idea de cómo responderla—, ¿qué dicen las matemáticas de esto?

—Me temo que las matemáticas no tienen una respuesta concreta, pero

¿sabes una cosa? ¡Que me alegro!

Ambos sonrieron, porque una cosa estaba clara: se estaba creando una mágica atmósfera en la que ambos, a su manera, estaban muy cómodos y parecía que todo el ruido de fondo y toda la gente de las mesas del restaurante, completamente lleno, estaban desvaneciéndose muy poco a poco. Lorian sentía que solo estaban ella y él, absolutamente nadie más y eso era lo que le hacía disfrutar más.

—¿Cómo es tu vida diaria? —preguntó Lorian.

—¿Mi vida diaria? —ella pensó: *«por fin una pregunta que puedo responder sin que me ruborice»*—. Pues es bastante tranquila, la verdad. Resumiendo, diría que los días laborables, como es lógico, voy a trabajar, pero lo hago muy ilusionada y contenta. Me considero afortunada por tener el empleo que tengo; después hago algo de ejercicio como norma general, aunque siempre me gusta quedar con algunas de mis amigas.

En ese momento, llegó el camarero y les dejó las cartas para que las echaran un vistazo; mientras seguían hablando, cada uno iba viendo lo que más le apetecía cenar.

Ella le preguntó acerca de sus amigos, pero él estaba tan inmerso que pareció como si no hubiese oído la pregunta, por lo que ella no insistió. La explicación más lógica era que tendría hambre y que estaba buscando lo que le saciara en esa cena tan especial y, simplemente, no se había percatado de la pregunta.

Chiara tenía decidido lo que iba a elegir y de hecho tenía la carta encima de la mesa, pero Lorian parecía que no se decidía, ya que seguía mirando la carta; algo le había resultado curioso y tardó alrededor de un minuto desde que ella posó la suya en la mesa hasta que dijo lo cenaría y llamó al camarero para que les tomara nota.

—Bueno, ¿y cómo son tus amigos? Ya que antes no me has contestado...

Lorian respondió:

—¿Me lo habías preguntado? Perdona, no me había dado cuenta —enseguida se centró en la pregunta—. Son buena gente, leal y divertida, así que no pido más; cada uno con sus pasiones y locuras, pero lo más importante es que cuando nos vemos, dejamos todo lo que tenga que ver con nuestro trabajo de lado. A lo mejor, estando junto a nosotros sientes que una cuadrilla de amigos sigue hablando de trabajo, pero no es así. Creo que eso no te ayuda a desconectar y lo peor: no conoces la parte más divertida de tus

propios amigos, así que nosotros, a no ser que se trate de algo muy importante, dejamos ese tema de lado.

Chiara había escuchado lo que Lorian le estaba contando, pero no pasó por alto el largo tiempo que pasó mirando una simple carta de restaurante.

CON LOS PLATOS EN LA MESA

Entre el primer y segundo plato hubo unos segundos de silencio. Ese silencio, para Lorian era cómodo, se encontraba a gusto con él, siempre lo había sido. Pero a Chiara le agobiaba un poco, ya que hasta ese momento se había creado una atmósfera que les envolvía a los dos en la que ella disfrutaba, como si estuvieran solos en un lugar muy concurrido. Pero ahora sentía que con ese silencio se estaba diluyendo todo él muy poco a poco, por lo que quizás preguntó algo que quería saber pero quizá no era el momento adecuado para hacerlo. Aun así, una vez sus labios se abrieron, ya no hubo marcha atrás.

—¿Te has acostado alguna vez con alguna alumna tuya? —y, a continuación, siguió diciendo en su cabeza: *«tierra, trágame»*.

Lorian se quedó tan sorprendido que tuvo que decir que le repitiera la pregunta porque no se creía que una chica como Chiara, al comienzo de la velada, le hubiese hecho tal pregunta.

Ella, aunque estaba avergonzada, ya no tenía camino de retorno, así que decidió seguir adelante

—Igual es una pregunta indiscreta así, tan pronto; perdona, pero sentía curiosidad.

De nuevo otro *«tierra, trágame»* rondaba por su cabeza mientras estas últimas frases casi tartamudeándolas por la vergüenza que le produjo soltarlas tan de sopetón.

—Tranquila, no pasa nada, no me esperaba una pregunta tan directa de una chica que tenía hace unos minutos unos coloretos de rubor en sus pómulos.

—Él le hacía ver que le había gustado que preguntara saber sobre él, eso demostraba interés por conocerle más, así que contestó con una gran sonrisa:

—Pero aunque no me lo esperaba, me ha gustado la pregunta.

—¿Y entonces? —dijo con lógica, ya que no había contestado a su pregunta.

—¿Tú que crees?

—He preguntado yo antes. —Ella tenía el camino de vuelta cerrado y ya solo quería ir hacia adelante y ser la Chiara atrevida que muchas veces aparecía en sus viajes a través del mundo.

Él sonrió aceptando que ella se había anotado un punto y que no iba a parar

hasta obtener la respuesta, así que él dijo:

—No. Nunca. —Lorian se puso muy serio para ser más convincente—. Jamás he mezclado mi trabajo ni el prestigio de la Universidad Diderot por una aventura o algo similar con alguna alumna. Traicionaría mis principios, ¿te vale mi respuesta?

—No.

—Lo sabía —dijo él sonriendo aún más—, quieres que te cuente alguno de los casos en los cuales ellas se han insinuado, ¿no?

—Pues me gustaría que me contaras más, sí.

—Solo te puedo decir que alguna vez se me han insinuado, sí, para quedar, y sí, para algo más, está claro, pero para mí te aseguro que esa puerta está más que cerrada porque el candado que la cierra lo creé yo mismo, de un material más duro que el acero y, tras ponerlo, tiré la llave al mar, bien lejos; porque no hace falta que te recuerde que soy un hombre, y soy muy sexual, pero... —Clavó su mirada con una seriedad que era rotunda—. ¡Jamás lo he hecho y te aseguro que jamás lo haré! Mis alumnas son sagradas para mí, aunque ellas me vean con otros ojos cuando imparto las clases.

—Qué serio te has puesto.

—Es que es un tema serio... —una vez que había pasado ese momento que no esperaba en absoluto, él no se iba a quedar atrás y quiso profundizar en la conversación. Lorian sentía que tenía que dar un nuevo volantazo y este era el momento.

—¿Sabes lo que pienso de esa pregunta que me has hecho?

—No —dijo expectante.

—Que estás preciosa esta noche —Chiara se quedó confusa, no sabía a qué venía eso.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Absolutamente nada! Pero estaba deseando decírtelo y justo ahora es el momento —decía mientras alzaba un poco la voz—, y que mejor instante que este. Chiara, me gustaría decirte justo ahora, aquí, que el otro día también estabas preciosa. No llevabas el vestido que tanto me ha impresionado, pero tenías algo que llevas siempre contigo... —Lorian era un maestro en decir las cosas directamente, pero prefería que la curiosidad de su acompañante le diera más importancia a esas palabras que se convertían en magia en los oídos de ella.

—¿Y qué era eso que tenía?

—Una simpleza en tu rostro que te hace más bella. No necesitas de ningún producto para cubrir o resaltar rasgos de tu cara.

—Vaya —empezaba a comprender por dónde iba él ahora—, había oído muchos piropos de chicos, algunos muy ridículos, pero uno que empieza con la palabra simpleza, aparte de ser algo nuevo para mí, me agrada mucho. ¡Muchas gracias! —De nuevo, el rubor se asomó a su piel.

—Recuerdo que una vez, una chica que no dejaba de hablar durante una cena (ya hace mucho de esto) —contaba Lorian notándose que lo iba a decir era interesante—, y no paraba de hablar de sí misma y que hacía preguntas, todas muy ridículas —Lorian se puso un poco más travieso en su argumentación—. Esta muchacha tuvo la mala suerte en ese preciso momento de decirme: «¿Tú crees que estoy muy maquillada?» y le respondí lo que sentí que le debía decir: «Pues mira, sinceramente, ¡pareces un Dorito que no para de hablar!».

—¡Venga ya! ¿Le dijiste eso? No te creo —Él la miro de una manera que no dejaba lugar a dudas—. Ja, ja, ja.

Chiara casi no se lo creía, pero hizo que sus carcajadas las oyeran los comensales de las mesas más cercanas, que se quedaron mirando unos segundos.

—¡Se lo había ganado durante toda la noche! —y remató la frase al estilo que caracterizaba a Lorian, con ese toque de gracia—. Se sintió ofendida y se marchó no sin antes llamarme de todo, pero es que hasta para insultar hay que tener estilo ¡y se ve que doña Dorito no lo tenía! ¡Pero qué a gusto me quedé! —Lorian se unió a las carcajadas de Chiara y esto hacía que desde alguna de las mesas contiguas, se viera a dos jóvenes pasando un momento único.

Justo en ese momento, el camarero pasó a su lado, ocasión que aprovechó él para decirle:

—Perdona, ¿nos podrías traer otra botella de vino, por favor?

—Por supuesto, ahora mismo —le contestó muy amable el camarero que fue a por dicha botella.

—No tratarás de emborracharme, ¿no? —le dijo Chiara en cuanto el camarero ya se había alejado empleando un tono burlón y, por primera vez en toda la noche, provocativo y, sin ninguna duda, sugerente.

—¡No lo dudes! —le contestó con muchísima convicción—, pero me parece que tendré que pedir 19 botellas para conseguir dicho efecto, ya que has bebido solamente 4 veces del vaso.

Ella se extrañó de lo que acababa de oír.

—¿Las has contado?

—Por supuesto. Procuero contar y fijarme en todo el entorno que tengo a mi alrededor, en todo lo que se pueda contar. —Hizo uno de esos incisivos que él estaba convirtiendo en habituales para seguir diciendo: —Te has limpiado la boca con la servilleta en 7 ocasiones, en una de ellas se te ha caído al suelo, has mirado a un punto del paisaje del ventanal justo a mi derecha 22 veces — Lorian hizo una pausa escueta para continuar—. Sí esa, ¡con esta van 23 ya! —Sonrió de nuevo con algo de malicia.

Chiara estaba más que sorprendida y alzando las cejas diciendo sin creer lo que oía.

—¿De veras que has contado todas esas cosas? Es que justo... —Los nervios se apoderaron de ella— Mmm ... Me llama mucho la atención un edificio que tienes donde tú has señalado. Está lejos de aquí, pero forma parte del paisaje de esa zona de París y creo que es un edificio. —En realidad ella no quería contar lo que estaba viendo, ni tener que darle explicaciones de por qué lo hacía; lo que le apetecía era preguntar por qué hacía eso, así que le preguntó de nuevo con expresión de no poder creer lo que oía—. ¿De veras has contado la de veces que he mirado hacia allí?

—He contado las veces que has mirado en esa dirección mientras yo te estaba mirando a ti, ya que, de vez en cuando, he tenido que mirar a mi plato porque el tenedor necesita alguien que le guie para pinchar en la carne del entrecot —sonreía de nuevo mientras seguía argumentando—. Pero estate tranquila, que quizás te haya sonado a que, en vez de haberme fijado en esos detalles, lo que me he dedicado es a espiarte mientras cenabas, y no se trata de eso —hizo una pausa y siguió argumentando—. Para que te quedes tranquila, tengo que decirte que estamos en la planta 56 según ha marcado el ascensor, cuando llegamos aquí había 96 personas cenando y 6 camareros. Ahora mismo somos bastante menos y seguramente seamos de los últimos en levantarnos. En el tiempo que llevamos aquí han sonado 13 móviles en diferentes mesas, aunque en una de ellas ha sonado la misma melodía de tono 5 veces. Su dueño debe de estar muy solicitado. Y el camarero que nos ha atendido ha repetido una misma frase 6 veces de algo que es bastante obvio, lo cual me hace pensar que lleva muy poco tiempo trabajando aquí y que está un poco nervioso por tratar de hacerlo bien.

La cara de Chiara no se había inmutado desde que empezó a nombrar todas

esas cosas. No se quería creer lo que estaba escuchando, pero todo le cuadraba, así que no tardó mucho en soltarle un «me quedo muchísimo más tranquila sabiendo que no solo te has fijado en mí» en en que la ironía sobrevoló sus palabras.

—Todo se reduce a números, Chiara. No dejo de ser como el resto de personas que estamos aquí; tú también has oído esos móviles —se acercó un poco hacia ella para hablarla un poco más bajo— que, por cierto, en una cena deberían estar apagados o, por lo menos, silenciados. —Volvió a alejar un poco su cara y a hablar como lo estaba haciendo hasta ahora—. Tú también has visto en qué piso estamos, pero quizás ya no te acuerdes. Si se trata de un número, deja una marca en mi cabeza, simplemente eso. No soy diferente al resto de los que estamos en este lugar; y sobre lo que ocurre a nuestro alrededor, yo solo lo cuento mentalmente. Los números son un reto para mí, estoy enamorado a mi manera de ellos, simplemente.

—No sé qué decirte, me has dejado más que sorprendida.

—No digas nada. Para que veas que no todo son números, vamos a hacer lo contrario: imagínate una báscula de las que se tiene en el cuarto de baño. Pero no las digitales, sino como las de antes, esas que tenía una aguja que apuntaba a unos números que te decían el peso que tenías. Sabes cuáles te digo, ¿no?

De nuevo Chiara se sorprendió porque Lorian había cambiado el tema de conversación de una manera natural para hablar ahora de... ¿una báscula antigua?

—Sí, sé cuáles dices, pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando?

—Pues muy fácil, no todo en esta vida son números. No quiero que pienses que soy un friki de las matemáticas. Tu cara, al contarte todo lo que he visto en la cena, ha sido de «yo me voy corriendo de aquí ahora mismo, me estoy empezando a asustar» y quiero que veas que los números no lo son todo. Esa báscula, cuando te subías a ella, tenía una aguja que señalaba algo, ¿qué era lo que señalaba?

—Pues tu peso —contestó haciendo signos de evidencia.

—Sí, tu peso, evidentemente, pero ¿a qué apunta la aguja?

—A unos números.

—¡Eso es! Pues esos números nos han hecho sufrir mucho a todos ya que, si engordábamos o adelgazábamos, esos dígitos no mentían así que, en ese

caso, no me digas que no hubiese sido mejor haber quitado todos y cada uno de esos números y en su lugar poner palabras, pasar de las matemáticas.

—¿Palabras? No entiendo.

—¡Sí! ¡Palabras! —poco a poco iba enfatizando un poco más para intensificar lo que quería decir—. Palabras como divina, o sexi. —Se paró a pensar dos segundos—. Ideal, adorable, perfecta, simpática, ¡perfecta! —terminó con una gran sonrisa—. ¡Todas ellas, buenas! Entonces al subirte a la báscula te sentías bien ¡siempre! No te importaría lo más mínimo que hubiera pasado la Navidad, ya que igual antes estabas «ideal» y ahora has pasado a «divina», o de «perfecta» a ¡«espectacular»! Y ahí no hay números de por medio, ni uno solo, ¿verdad?

Chiara no tuvo más remedio que reírse porque la manera en que le había dado la vuelta a la tortilla de la conversación y las imágenes en su propia cabeza subida en esa báscula que tan bien había definido Lorian, la hicieron pasar un momento muy divertido. De nuevo el francés acababa de hacerla sentir muy a gusto. La muchacha italiana se lo estaba pasando muy bien, y que tenía la sensación de casi total certeza de que la cosa no solo podía ir a más, sino que ella misma estaba deseando que todo lo que estaba ocurriendo sucediera en una dirección que la llevara directa a una sensación llamada «pura intensidad».

Pero él también quería respuestas porque si estaba sentado en esa silla y sintiéndose como nunca de bien junto a alguien, era todo fruto de una caja de cristal que él mismo había diseñado y que, aunque estaba inmerso en cada segundo de esa cena, que ya se había convertido en una cena muy especial, cada detalle podía ser vital, así que fue Lorian fue claro y directo:

—¿Sabes? Siento curiosidad por que me digas qué es lo que has mirado esas 23 veces, eso que está justo al lado de mi cara desde tu asiento pero que está tan lejos que yo necesitaría girarme para poder verlo. Estando como estamos en una posición tan alta, todos tenemos un sitio donde fijar la mirada cuando hablamos. Cuando nos sinceramos, necesitamos perder la mirada. Solemos buscar un punto en el que dejar la vista perdida para pensar mejor, pero al estar tu perspectiva tan cerca de mí me hace pensar que tus ojos han mirado mucho más de lo normal hacia allí. Chiara, ¿por qué te llama tanto la atención ese punto? Para mí sería muy fácil darme la vuelta e intentar buscarlo, pero me gustaría que me dijeras tú qué es realmente.

Ella había pasado momentos en los que se había sentido subida en un

carrusel de emociones, pero la seriedad con que Lorian dijo algo que ella no pensaba que fuera tan obvio la puso en un serio aprieto. Él tenía toda la razón, pero llegados a este punto solo podía sincerarse del todo como estaba haciendo él o intentar ocultar algo que era demasiado grande como para ser cubierto con una simple servilleta de papel.

—Es un cartel luminoso —dijo seria. Tranquila, pero seria.

—¿Un cartel luminoso? Ah... —contestó como no dándole importancia, aunque realmente la tuviera—. Chiara, estamos en la planta 56, lo sabes, ¿no? —e hizo de nuevo un silencio que la invitaba a seguir hablando. En su interior la respuesta le había sonado demasiado extraña.

—Curiosamente, procede del lugar donde yo trabajo, de Printemps, y además está pegado a otro lugar especial para mí porque he estado muchas veces allí. Nunca lo había visto desde una posición tan alta y me parece curioso que, como dices tú desde mi ubicación, aquí sentada, queda casi pegado a tu mejilla derecha.

—Vaya casualidad.

Él dio por buena esa respuesta y ella había decidido que no era el momento de hacerle saber su gran secreto, así que, muy inteligentemente le preguntó a Lorian:

—¿Te acuerdas de que te dije que hay lugares que tienen una vista que poca gente ha visto donde se ve París desde un sitio único? Pues, casualmente, está casi al lado de ese panel luminoso al que, sin darme cuenta, estoy mirando. Estamos muy arriba, y te dije que te iba a enseñar un lugar casi mágico para mí, pero no me imaginaba que iba a quedar a escasos diez centímetros de tu cara. Es como si me estuviese llamando con la intención de llevarte a verlo. Te hice una propuesta el primer día que te conocí, así que al acabar de cenar me gustaría que fuéramos allí, ¿te apetece?

—¡Por supuesto que sí! —Aceptó más que encantado y Chiara sentía que había salido airoso cuando ya parecía estar acorralada y tener que contar la asombrosa realidad de lo que sucedía. Por si acaso, ella quiso cambiar de tema lo más rápidamente y le hizo un comentario que era más que obvio:

—Llevamos hablando unos 40 minutos y no me da la sensación de hacerlo con un matemático.

—Ah ¿no? —dijo él dándole poca importancia a lo que acababa de oír, pero con la intención de regalarle un nuevo comentario que de nuevo la sorprendiera—. Ya... —hizo una pausa de las que solía crear y siguió—,

pensabas que iba a venir con una calculadora en la mano y con una bata blanca en la que hubiera tres bolis de diferentes colores en el bolsillo, ¿no?

—¡Nooo! —ella rio—. ¡Qué va! ¡No es eso, tonto! —Se rio avergonzada, ya que en su contestación Chiara notó que lo que había respondido igual no era lo más apropiado, pero no sabía cómo expresarlo. Aun así, lo intentó—. A ver... —ella tuvo que pensar rápidamente y siguió—, todo el mundo sabe que las matemáticas son bastante lógicas... Mmm... ¡cuadriculadas! Y, sin embargo, tengo la sensación de estar hablando con una persona que está justo al otro lado de ser cuadriculada. Tú eres muy emocional y totalmente distinto a lo que había conocido hasta ahora. Lorian... —Se puso muchísimo más seria. Esta vez fue ella la que pegó un volantazo en la conversación de manera radical. Estaba disfrutando de la cena, pero había cosas que no le encajaban y quiso soltar algo que ya a estas alturas le pesaba, y además ¡mucho! Ella quería desprenderse de una vez de ese peso—. Me parece demasiado extraño todo esto que está pasando —Su tono era muy serio—, la manera en que nos hemos conocido ha sido una casualidad un poco extraña, pero a veces las cosas pasan y ya está. Hasta ahí lo veo normal, pero lo que me preocupa es que todo está tomando muchísima velocidad, y lo peor es que la cosa sigue acelerando y, por lo menos yo, no tengo intención de pisar el freno, pero creo que es el momento de que sepas algo sobre mí que sabe muy poca gente.

—Pues creo que este es muy buen momento para que me cuentes lo que quieras —dijo con mucha serenidad; sentía que ella necesitaba que la escucharan con calma para contar algo con lo que él también obtuviera algunas respuestas a tantas preguntas en los últimos días y que, por fin, quizás tuvieran que ver con la caja de cristal, con WAX.

—Es algo que te puede sorprender —le dijo como si no se atreviera del todo a soltarlo temiendo que la tomara por loca.

—Chiara, a estas alturas pocas cosas me puede sorprender. Bueno, el color de tu vestido la verdad es que lo ha hecho. ¡Uf! ¡Y mucho! —El momento era de total solemnidad: seriedad y serenidad donde definitivamente parecía que estaban solos y no había nadie más alrededor.

—Pues por ahí van los tiros. Tiene que ver con los colores —Y ahí paró porque no sabía por dónde empezar. Necesitaba explicar su secreto, pero partiendo de una especie de esquema, de cómo contarle todo sin que él saliera corriendo asustado debido a la dimensión de lo que iba a decirle. Las dudas

hicieron que Lorian le ayudara a expresarse y que todo simplemente fluyera de manera natural por su boca.

—Chiara, te conozco de vernos en tan solo dos ocasiones, pero de una cosa no tengo duda. Cada vez que yo nombraba un color, algo visual o, simplemente, miras a lo lejos, algo cambia en ti. No sé el motivo, pero, aunque sea casi imperceptible, tu expresión es distinta y tus pupilas se dilatan. Es muy llamativo. El color de ese vestido que traes puesto hoy es de una inmensa belleza, no había visto nunca nada igual, y no se trata de cómo te sienta, es la maestría con que están combinados los diferentes tonos. —La miró como ningún chico la había mirado antes con la mirada clavada en el centro de sus dos ojos y le dijo serenamente: —¿Por qué no dejas que vuelva a aparecer la chica de antes? ¿La que no ha tenido vergüenza al preguntarme si me he acostado con alguna alumna? Di de una vez lo que me tengas que decir, no va a pasar nada, no te va a hacer daño, creo que todo lo contrario. ¡Suéltalo, Chiara!, ¡salta! No tengas miedo a saltar porque lo harás sabiendo que hay red.

—¿Cómo que hay red?

—Sí, yo soy esa red. Confía en mí. Sé que lo que me digas va a ser verdad, créeme —se lo dijo con una manera tan paternal que solo sus propios padres la habían hablado así hasta ese momento, en sus 25 años de vida.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por tu rostro. Por cómo tu cara irradia luz casi pura como cuando me contaste cuando te dieron los primeros rayos de sol al nacer. Tu rostro está lleno de paz, inmensa paz y belleza. Chiara, sea lo que sea, no te voy a tomar por loca. Yo también estoy asustado, porque me encuentro muy a gusto contigo, pero yo también sé que hay algo que se nos escapa de las manos. ¡Algo demasiado grande! Pero ¡no sé lo que es! —Esta frase fue de las que caló en lo más profundo de ella y por fin dio el paso de contar qué era lo que estaba pasando—. ¿Qué pasa con esos colores? —y dejó que ella siguiera.

—Está bien... —se sintió al borde de un precipicio con una venda en los ojos donde tenía que dar un paso hacia el vacío, pero él le había pedido que diera ese paso, que era necesario y que, según sus palabras, «había red». Así que, de una vez dio ese pequeño salto hacia adelante—. No sé por qué, pero nací con una cualidad que nadie ha tenido jamás. Desde pequeña he tenido una visión privilegiada; tanto, que ha asustado a los propios médicos, sobre todo a uno que quiso guardar el secreto para proteger mi infancia y no lo

difundió entre sus colegas oftalmólogos. —Estaba decidida por fin a contarlo todo—. Ese letrero que dices que he mirado tantas veces. Date la vuelta y míralo. ¿Eres capaz de leer lo que pone? Es el que está justo al lado del parque a tu derecha, lejano hacia allí —Ella le señalaba el cartel luminoso porque estaba muy lejos—.

—No lo veo —contestó Lorian, que se había girado y mirado hacia donde ella señalaba.

—Mira aquella carretera, guíate por todas aquellas farolas que te llevan justo hasta donde está el cartel luminoso. Ya te estoy diciendo que está muy lejano, son muchos los kilómetros que debe de haber desde aquí.

—Sí. Ahora lo veo —la miró otra vez con expresión de extrañeza—, pero es muy pequeño. Desde aquí no se ve apenas el cartel. Yo solo veo las luces que lo iluminan, y además solo se intuye que es un cartel publicitario —tuvo que decir Lorian con una calma un tanto extraña.

—Pues, aunque sea de locos —hizo una pausa, pero ya no había marcha atrás—, puedo leer perfectamente lo que está anunciando, que además coincide con el sitio donde yo trabajo.

Por fin se acababa de librar de un gran peso, ya que ocultar ese don era demasiada carga. Pero acababa de meter a Lorian en la realidad que la ha acompañado toda su vida y ahora ya no podía arrepentirse, solo podía decir la verdad.

Él miraba el cartel y la miraba a ella, y su expresión era de incredulidad total. Repitió el doble gesto, y lo volvió a mirar una vez más con la expresión en su rostro de incredulidad, de que no podía ser, pero sus palabras quisieron ser tranquilizadoras dentro del gran impacto que esa revelación suponía.

—Chiara, es imposible —decía entre asombro y mucha confusión; él no se imaginaba una cosa como esa, ya que añadía más incertidumbre a todo. Y la palabra incertidumbre la odiaba con toda su alma como matemático que era. Sobre todo, porque enredaba más la situación, pero ella se estaba sincerando, así que dejó que continuara explicando.

—Lorian, ese cartel que tú casi no ves desde aquí, desde en este restaurante donde estamos cenando hay gente que no llega a divisarlo si quiera. Yo te podría decir exactamente lo que pone, incluidas las letras pequeñas que tiene junto a las grandes.

—Ah, ¿Que allí hay además... unas letras más pequeñas todavía de las que yo ya ni divisó desde aquí? —le sonaba todo tan extraño..., pero comenzaron

a rondar por su cabeza aquellos momentos en que casi pierde la cordura por cuatro enigmáticos números que la llevaron hasta ella.

—Sí —dijo con toda la sinceridad que le podía decir no su boca, sino su corazón, que parecía que era el que estaba hablando. El asombro, definitivamente, se había instalado en la cara de Lorian. Ella continuó de manera que él lo entendiera—. Para que lo comprendas, como científico que eres, y te convenzas, aunque parezca irreal, la razón de por qué esto es posible tiene que ver con mis retinas, que están más densamente cubiertas por células de detección lumínica llamadas conos y, sobre todo, la clave esencial de todo es una parte del ojo llamada fovea. ¿Has oído hablar de ella?

—No, nunca —Lorian, con sus 33 años oía una palabra que desconocía totalmente.

—Todos los seres vivos tenemos foveas, que están en la parte de atrás de nuestros ojos y que en los humanos el tamaño debería de ser el de una concha de mar, pero que en el caso de los águilas y las aves rapaces dichas foveas son mucho más profundas y con un tamaño mayor, lo que permite a sus ojos actuar como un teleobjetivo, otorgándoles unos aumentos extra en el centro de su campo de visión, y eso... aunque suene absurdo... es lo que me ocurre a mí. Así que Lorian, aunque ya te dije que es de locos, es como si mis ojos vinieran con un gran regalo desde el día que nací: el de poder ver muy diferente a como ve todo el resto de la gente. —Lorian no había pestañado ni un solo momento desde que empezó a contar todo esto y seguía escuchándola sabiendo que su razonamiento, aunque era difícil de creer, contenía términos científicos y lógicos. Antes de que ella siguiera, Lorian volvió a intentar distinguir el lejano cartel, pero no podía divisar nada de su contenido y siguió atento a lo que le seguía explicando Chiara—. Por ello, respecto al tema de los colores aún se acentúa más, ya que los distingo todos por muy pequeña que sea la diferencia. La semana pasada estuve en Sevilla donde me hicieron unas pruebas que tenían que haberse hecho hace tiempo, pero por razones que ahora no vienen al caso, confirmaron todo lo que te estoy diciendo, y... Mmm... Eso es todo —hizo una pausa de tres segundos y concluyó con una pregunta lógica a esas alturas. —¿Me crees?

Lorian estaba serio, pero no estaba asustado y la miraba fijamente, ya que lo que acababa de oír era una locura, pero además de mayor envergadura que sus propias ecuaciones, esas tan complejas que con ellas había conseguido crear una inteligencia artificial llamada WAX. Se paró cuatro o cinco segundos

a pensar mientras la miraba con mucha paz, y no le quedó más remedio que contestarle con lo que él sentía dado el hecho de cómo había sucedido todo:

—Sí, Chiara, te creo. Por supuesto. Y ahora me explico por qué llevas sobre tu cuerpo algo tan sumamente bello. Pero falta precisamente lo de los colores. ¿Qué es lo que pasa con ellos?

—Aquí es donde la cosa se complica —tuvo que soltar con cara de otra vez no saber cómo abordar el tema y levantando los brazos.

—Ah, ¿y hasta ahora no era la parte complicada? —le contestó rápidamente Lorian exagerando no solo el tono sino su propio semblante, lo que hizo que Chiara sonriera muy levemente. Pero, por primera vez, era un gesto que restaba seriedad a todo lo que estaba pasando. Era un pequeño respiro para relajar la tensión que había sobre la mesa.

Ella continuó.

—Digamos que lo que te he contado es algo con lo que he nacido, algo que me ha venido como un regalo, yo no he hecho absolutamente nada por tener esta visión tan sumamente nítida, ¡nada! Yo lo considero como un regalo que me hicieron mis padres al crearme. Lo que viene ahora tiene que ver con algo que estoy buscando y la parte complicada de todo este enredo —hizo una pequeña pausa porque ahora era cuando venía lo más importante, por lo menos para ella—. Siempre tuve la certeza de que había un color que nadie ha visto jamás.

—¿Un color que nadie ha visto jamás? Chiara, eso es imposible —le dijo con una rotundidad total con la voz no muy elevada para la dimensión de lo que estaba oyendo, no quería que les oyeran en las otras mesas. Lorian estaba intentando ayudarla a expresarse, pero cada vez eran más preguntas y menos las respuestas. Para él era como ir dando pasos, pero hacia atrás en vez de hacia adelante—. Además, Chiara, estás usando el pasado, ¿qué pasa? ¿Ahora no tienes esa certeza?

—No. Hace una semana se esfumó todo aquello en lo que creía —Miró hacia abajo recordando todo lo que ocurrió en Sevilla y la conclusión final a la que llegaron allí, en España, junto al equipo del doctor Campos y las palabras de Ángel y, de repente, se vino abajo, ya que aparecieron las mismas lágrimas que en aquella sala cuando tras hacerle las pruebas y supo la opinión de Ángel, y recordó cómo ese jarro de agua fría cayó sobre ella, estaban de nuevo sobre el rostro de la dulce Chiara. La tristeza parecía que, por desgracia, no se quería perder esa increíble cena que estaban teniendo hasta

ese momento. Pero Lorian, al ver cómo ella empezaba a llorar, decidió que no lo iba a permitir y le dijo que le mirara, cosa que hizo, pero solo tras insistir él dos veces.

—Eh, escúchame —su tono era muy relajado y de una serenidad que le costó mantener pero que sabía que ella necesitaba—, no me gusta verte llorar y creo que esta cena no se merece que tengan como invitadas unas lágrimas de tristeza como esas que acaban de deslizarse por tus mejillas, así que vamos a hablar de otra cosa. Vamos a olvidar todo esto que ha pasado, ¿vale? Ya lo hablaremos en otro momento, tenemos mucho tiempo por delante. Pero ahora necesito a esa chica encantadora, dulce, sensible y, sobre todo, alegre enfrente de mí. Sécate esas lágrimas, por favor —cada vez pronunciaba más suave y convincente—, y vamos a seguir haciendo de esta noche algo especial, pero por lo que hayamos disfrutado, no por haber estado sufriendo, ¿te parece?

Ella asintió como pudo, porque también quería eso mismo, así que ella puso de su parte secando la humedad de sus ojos con la servilleta que, de repente, se convirtió en un borrador de la tristeza, aunque necesitaba algo más que eso para salir de ese estado. Ese algo lo tenía precisamente enfrente de ella dispuesto a devolver la sonrisa lo más rápido posible al bello rostro de Chiara. Él no dudó en saber qué decirle.

—Te voy a contar un secreto —le dijo Lorian acercándose a ella todo lo que la mesa le permitía y poniendo el dedo sobre sus propios labios como hacen los niños cuando quieren que no les oigan nadie más de una forma muy graciosa. Miró a los lados para cerciorarse de que nadie le veía de manera bastante graciosa y le susurró—, no se lo cuentes a nadie, ¿eh? Pero yo todos los días necesito una sonrisa para empezar el día, ¡todos! Y me levanto al espejo para regalármela yo mismo, ¡durante un minuto, Chiara! Porque todos nos merecemos una, salga de donde salga, y no tiene nada que ver con mirar a ver si estoy guapo o no, solo presto atención a esa sonrisa. Así que, ahora, ¡aquí! Sé que no te apetece, pero te quiero pedir que sonrías como un favor personal, que la busques dentro de ti, de donde sea, que se la pidas si hace falta prestada al señor que tengo detrás, que ya me ha dado dos codazos el pesado de él, pero que me sonrías y todo volverá a cambiar, ¿vale? ¡Vamos a disfrutar de la noche, Chiara!

Con el comentario de los codazos ya consiguió que algo de alegría se asomara, aunque fuera muy levemente, a los labios de Chiara, cosa que

aprovechó Lorian para hacer el resto y llevar la cena al punto donde estaba antes de empezar toda esa revelación.

—¿Lo ves? ¡Ahí está! ¡Ya tenemos algo! —dijo con mucho entusiasmo—. Ya se prendió la chispa. Y oye —se volvió a acercarse a ella para que se le quedaran clavadas sus palabras—, los más grandes incendios nacen de las chispas más pequeñas. ¡Gracias, Chiara! ¿Quieres que le dé las gracias al señor de atrás? ¿Al de los codazos?

Este comentario definitivamente hizo que tuviera que decirle, por fin, con el mismo tono que había transcurrido la cena y con otro brillo en sus ojos distinto al de las lágrimas:

—¡No! Deja al señor —tras lo que miro a Lorian con una gran mirada en la que había implícito mucho agradecimiento y que quiso hacer audible también para el joven matemático—. ¡Y gracias a ti!

¡La cena parecía que iba a volver a ser una cena que nunca olvidarían!

—¡Cómo ha cambiado tu rostro en cuanto a aparecido la Chiara que hasta ahora conocía! Aprovecho ahora para decirte que me parece un detalle muy bonito el que te hayas olvidado del móvil para la cena. Que no esté presente en este mantel y que, aunque hayan sonado varios avisos de mensajes que procedían de tu bolso, los has ignorado. Es todo un detalle. En eso también eres especial. Te tengo que confesar que en todas las cenas que he tenido, bien de trabajo, bien de placer, eres la primera persona que lo hace. Y eso dice mucho de ti.

La complicidad de nuevo se había instalado en el semblante de ambos que ahora parecía que habían vuelto a la senda de conversaciones divertidas y agradables. Para los dos quedaba mucha noche por delante y pensaban exprimirla desde sus sentimientos más positivos y alegres.

Chiara le dijo:

—El móvil encima de la mesa de esta cena sobra y a mí también me ha llamado la atención que tampoco hayas posado el tuyo en el mantel como hace todo el mundo. Estoy cenando contigo, solo contigo, bueno, y el señor de los dos codazos. El resto de la gente es ajena a esta 57 planta dijiste, ¿no?

—56 —él sonrió al corregirla.

—Bueno, pues eso, la 56 —le devolvió la sonrisa—. Todas las demás personas, incluidas todos los amigos y amigas o familiares de la agenda de mi móvil, no están invitadas a esta mesa, ¡solo tú! —Ambos rieron y Chiara levantó su copa para decir: —¡Pues vamos a brindar por las cenas sin móviles

encima de la mesa! —Tras lo cual sonó el cristal de ambas copas y bebieron mirándose fijamente a los ojos.

Una vez posaron otra vez las copas de vino, Lorian le dijo:

—El WhatsApp y las nuevas tecnologías han sido una comodidad en muchos sentidos, pero pierdes ciertas costumbres que son una pena perderlas.

—¿Como cuáles? —pregunto ella curiosa.

—El WhatsApp nunca tendrá el encanto de recibir una carta escrita de puño y letra, que igual hacía una semana que alguien la había escrito, pero que hacía mucha ilusión recibirla. ¿Sabes lo más bonito de todo?

—No.

—Echar unas gotas de la colonia o perfume en ese papel que recibirías y que, al olerlo, te llevaría directamente hasta el último momento en que os visteis o encontrasteis.

—¡Es verdad! —dijo ella con mucho entusiasmo porque había recibido cuando era una adolescente ese tipo de cartas perfumadas. Y revivir muchos años después un recuerdo tan grato le agradó muchísimo—. Tengo que decirte que hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien, de veras —de nuevo ella necesitaba decir lo que se le pasaba por la cabeza y sincerarse—. Eres muy divertido, me estoy acordando de cuando te vi en la cafetería la anterior vez. Te quedaste tan callado que me parece mentira que seas la misma persona que en aquella ocasión no sabía qué decir.

—Venía dando vueltas a alguna cosa antes de entrar al café y el verte igual hizo que colapsara mi cabeza. ¡Ah! Y, por cierto, aquí tienes por fin tu tarjeta de crédito —la sacó de su cartera y la dejó sobre el mantel, junto a ella para que ella la guardara.

—¡Ah! Muchas gracias. ¡Madre mía! La de guerra que ha dado esta tarjeta de crédito.

Lorian no pudo evitar decir con toda la intención:

—¡No lo sabes tú bien!

Tras esa frase se hizo un silencio inmenso, ya que coincidió con un momento en el cual, por una nueva casualidad, la gente que estaba en las otras mesas también se calló en ese mismo instante.

Ellos eran conscientes de que se había creado una atmósfera que parecía que estaban aislados del resto de la gente debido a la complicidad que existía entre los dos, pero en esta ocasión notaron ese silencio que tan solo fue de 5 segundos y que fue bastante llamativo, ocasión que no dejó escapar Lorian

para decirle a Chiara:

—Madre mía, ¡qué silencio se ha hecho! Parece que hubiese dicho algo sumamente importante.

Tras muchas historias compartidas por ambos, llegó la hora de pagar la cena y el camarero estaba pasando a su lado, con lo que Lorian le llamó para que acudiera a la mesa.

—Por favor, ¿nos trae la cuenta si es tan amable? —dijo a quien les había servido tan exquisita cena para después mirar a Chiara y decirle: —Me gustaría invitarte a esta cena. Te lo comento porque quiero hacerlo, no me gustaría oír la frase «pagamos a medias, ¿vale?». La he disfrutado tanto, ha sido tan especial, tan bien servido, tan delicioso, incluso cuando se te ha quedado una mancha de helado en la parte superior de tus labios durante minuto y medio ha sido muy gracioso.

—¿Que he tenido helado y no has sido capaz de decirme que lo tenía para que me limpiara? —le reprochaba ella, pero medio avergonzada.

—¡Justo! Estabas muy graciosa y, además, en ese momento estabas contando algo muy importante, concretamente el momento de la aurora boreal para ser más exacto y, claro, no quería interrumpirte. Las imperfecciones también me encantan, no tiene nada que ver con que no me atreviera a decirte «perdona, pero tienes un poquito de delicioso helado de fresa en la parte de arriba de la boca, que debe de estar succulento, pero que te queda solo un poquito ridículo». Está claro que en ese momento no estabas como para hacerte una foto para el Facebook, pero ha sido divertido, me ha gustado mucho verte así. —Era imposible que la manera de decir esto no fuera acompañado de un gesto un tanto malicioso por parte de él.

—Es decir, ¿que he estado más de un minuto con algo que me ponía en ridículo ante el camarero y otra gente y tú has seguido oyendo lo que te estaba contando?

—¿No decís las chicas que los hombres no podemos pensar en dos cosas a la vez? Pues ahí tienes la prueba de que es falso. Te he escuchado con todo detalle cómo me describías los lugares y situaciones, como cuando fuiste a la India, y sin embargo, no he dejado de mirarte a los ojos y a ese trocito de helado que, el pobre, ha quedado ahí durante un buen tiempo —decía con una sonrisa pícaro que le hacía aún más atractivo a sus ojos—. No le he prestado la menor atención y eso que era bastante llamativo, e incluso sentía que me llamaba para que lo mirara, parecía como un imán.

—Pero ¿cómo eres tan malo? —sonrió Chiara con cierto rubor, ya que le acababan de decir que estaba haciendo el ridículo y que él no lo estaba evitando adrede.

—¿Tú sabes la pena que me ha dado cuando al final te has pasado la servilleta por la boca después de un buen tiempo y, de repente, ha desaparecido ese trocito que ya casi formaba parte de la conversación? —Esto ya lo dijo con un tono completamente de cachondeo. No quería que ella se sintiera mal y estaba claro que Chiara también lo tomó como algo divertido.

—¿Y si no me hubiese pasado la servilleta que hubieses hecho?

—Pues esperar a que acabaras de contar lo que estabas diciendo y decirte que te limpiaras, no soy tan cruel como piensas.

Ella sonrió e incluso se tapó la cara con la servilleta; se sentía muerta de vergüenza, aunque mientras ella tuvo el rostro cubierto echó una carcajada que se oyó perfectamente. Estaba claro que una vez más la había vuelto a sorprender y, lo que era más importante, que cada sorpresa no tenía nada que ver con la anterior y eso la llevaba hacia algo inevitable que estaba empezando a arrastrarla hacia un río muy caudaloso lleno de sentimientos hacia Lorian. Estaba empezando a hacerse adicta a esa caja de sorpresas que se había convertido el francés, así que justo después de quitar la servilleta de la cara y seguir con una sonrisa y un color rojizo que mostraba lo ruborizada que estaba, tuvo la suerte de que llegara el camarero, que traía la cuenta, en una cajita de metal, muy del estilo del lugar donde estaban cenando y donde dentro estaba oculta la cuenta que había dicho que iba a pagar poniéndola justo al lado de Lorian.

Le dijo al camarero:

—¡Muchas gracias! —después hizo un movimiento muy particular que consistió en poner el dedo índice encima de la cajita metálica y moverla de sitio, desplazando muy despacio la caja con solo ese dedo por todo el lateral derecho del mantel de la mesa hasta llevarla justo donde estaba ella, que se quedó con una expresión muy sorprendida. Acababa de pasar de estar sonriendo, e incluso riendo y con coloretos de la vergüenza por la escena del helado, a ver que el hombre que le había dicho que le iba a invitar estaba pasando de su propio lado de la mesa al de ella la cuenta con toda la tranquilidad, despacio y lo que es peor, haciéndolo sin dejar de mirarla imperturbable a los ojos.

Si en ese momento había una persona descolocada en el mundo, esa persona se llamaba Chiara Bachellini. Creía recordar que él había dicho que le iba a invitar a cenar y, de repente, ¡le estaba pasando la cuenta!

Se produjo un momento tenso por parte de ella, ya que no sabía que decir, así que se quedó callada y esperó a que él dijera algo, cosa que no ocurría, y cada milésima de segundo que pasaba en esa mirada seria, transcurrían para ella como un cuarto de hora de reloj.

Solo se le ocurrió decir una cosa y seguramente lo que dijo no vino de su cabeza, sino directamente de los nervios que tenía.

—¿Y esto? —pudo decir mientras él mostraba otra ligera sonrisa más maliciosa todavía que la anterior aún en su boca—. ¿No decías que me ibas a invitar?

—Sí, lo dije —dejó otras milésimas de silencio que de nuevo se le hicieron eternas a ella. A nuestra joven italiana la situación se le había vuelto de repente incomoda porque no sabía si le estaba tomando el pelo o, lo que aún era peor, no sabía si él estaba usando una chulería o arrogancia, que era lo que Chiara más odiaba en un hombre, hasta que él por fin volvió a abrir la boca—. Lo dije. Y lo voy a hacer, quiero invitarte, he estado muy a gusto contigo en esta cena y te voy a invitar encantado de hacerlo, pero quiero probar una cosa en la que llevo pensando desde hace un rato y es algo que es un reto para mí. —Ella escuchaba atenta y, sobre todo, muy seria, pues seguía sin saber de qué se trataba—. Un matemático lleva los números no solo en su cabeza, sino que ellos todo el rato corren por sus venas. Al comienzo de la cena nos han traído la carta con los precios, los dos la hemos leído y hemos pedido lo que nos apetecía, y toda la carta no deja de tener precios (que, curiosamente, son dígitos) de todo lo que había en el menú. Quiero que compruebes si lo que pone la cuenta coincide con lo que he calculado mentalmente. El precio total que indica la caja que tienes justo a tu lado.

—¡Estás de broma! ¿No?

—Hay cosas que me tomo muy en serio y esta es una de ellas, Chiara. Es un reto difícil, pero me daría por satisfecho si acierto con un margen de dos euros arriba o abajo.

Chiara tenía una nueva expresión para la colección de gestos suyos exhibidos durante toda esa noche, que ya era de una cantidad bastante considerable. No podía creer lo que le decía, pero una cosa estaba muy clara y era que lo que estaba escuchando era algo que decía de una manera rotunda

y totalmente en serio.

Ella notaba que estaba calculando o, por lo menos, que había mucha actividad cerebral en su cabeza, así que la caja que la italiana tenía a su lado ahora tenía otro sentido, era la solución a un problema que Lorian quería resolver. Aun así, la curiosidad que tenía por lo que parecía algo imposible, hizo preguntarle:

—A ver, un momento. ¿Me estás diciendo que cuando hemos pedido hace ya unas... mmm... dos horas y estábamos viendo la carta donde venían los precios y cuando hemos elegido cada uno lo que íbamos a comer, te has quedado con la cantidad de cada cosa y las estás sumando ahora?

—No, no exactamente. Con un complejo sistema que uso y que he desarrollado mentalmente, para que lo entiendas, he hecho como una fotografía de la carta al principio de la cena. Ahora mismo esa foto está presente en mi cabeza, una foto de los precios de todo lo que había —dijo Lorian con toda la tranquilidad.

—¿De todos los precios? —dijo en voz muy baja porque estaba muy nerviosa y no quería que lo notaran las otras mesas que, afortunadamente cada una estaba a lo suyo, al margen de lo que pasaba en la suya durante esa especie de truco de magia sin posibilidad de haber trampa, sino pura memoria matemática.

—Sí, es así, para mí lo importante de la carta solo son los números, ¡solo números! El que ponga que un plato se llame «solomillo de ternera con guarnición de *fuet* de pato y confitura de tomate», que es una de las cosas que has pedido, eso no me importa nada. Solo cuento que ese plato estaba el tercero en la lista de la carta y así con todo. Entonces, tengo toda la carta memorizada. La tengo retenida en mi cabeza desde que hemos pedido; ahora solo es cuestión de calcular y comprobar si lo que creo que suma corresponde con lo que tienes junto a ti en esa cajita.

—No sé qué decirte, Lorian. Me suena a que me estás tomando el pelo.

—Solo hay una forma de comprobar si te estoy tomando el pelo o te estoy diciendo la verdad, que es decirte la cantidad y que abras la caja. Así saldrás de duda y para mí será también una lección porque, como te he dicho, me gustaría que me dejaras tener un margen de dos euros arriba o abajo. Chiara, te he dicho que no me gusta mentir, tengo un buen baile de números revoloteando en mi cabeza. Siempre que salgo a cenar intento adivinar cosas y muchos días acierto, pero también tengo que decirte que algunas veces he

fallado, aunque cada vez que no acerté la cantidad exacta ¡me ha servido para aprender en qué momento lo hice mal! Y así no volveré a cometer ese error otra vez. Esa ha sido una norma en mi vida y que intento inculcar a mis alumnos. Los fallos son buenos porque aprendes de ellos y sabes una nueva lección, y eso en esta vida te hace ser grande. Lo que ocurre es que esta vez ha pasado mucho tiempo desde que vi la carta —El tono serio con el que estaba diciendo todo aquello a una Chiara que hacía tiempo que no sonreía, de repente, se quiso tomar una tregua, ya que con una sonrisa de las que le había regalado toda la velada volvió a relajar un poco la tensión que se estaba viviendo en esa mesa con ese mantel tan elegante y le dijo: —Tú, ¿cuánto dirías que es?

—¿Estás loco? ¡Yo no tengo ni la menor idea! —seguía sin dar crédito a lo que estaba pasando y prácticamente gritando. Para ella, la escena era casi surrealista.

—67'55 euros —dijo inmediata y serenamente—. Abre, por favor, lo que tienes junto a ti y di la cantidad de la cuenta.

Ella abrió esa cajita metálica y sacó el papel donde venían detallados los precios hasta buscar abajo el total de la cena para decir:

—67 Euros con 23 céntimos —para justo después mirarle con cara de asombro.

Su boca estaba inconscientemente abierta, no podía creer lo que acababa de adivinar. Para ella, había acertado. Casi no se creía que había estado tan cerca, pero la cara de él era de ligera decepción. Le hubiese gustado acertar la cantidad exacta como había logrado acertar con exactitud el total de la suma cuando come en restaurantes, solo o acompañado, y suele acertar.

—Ya te he dicho que podía fallar —dijo sin darle importancia y con algo de decepción.

—Para mí, esto no es fallar, ¡solo has estado a unos céntimos! Tengo que decir que estoy más que asombrada.

—¿Has disfrutado de la cena? —le dijo rápidamente, porque para él era lo importante y, además, era una pregunta que parecía resumir la cantidad de cosas que habían pasado.

—Muchísimo, ha sido casi perfecta y no digo casi porque hayas fallado en esos 32 ridículos céntimos, sino que yo también he puesto de mi parte para que no fuera perfecta con esa maldita mancha de helado en mi boca para hacer un poquito el ridículo. Pero tengo ahora mismo una gran sensación de

lo que ha ocurrido en estas dos horas y lo que es más importante: siento que lo que viene ahora va a estar a la altura de esta invitación que me has hecho. Me toca a mí, ahora que sea la que quiera sorprender, ¿aceptas mi invitación para este preciso momento?

—¡Por supuesto! —dijo Lorian de nuevo con mucha alegría.

Así que Lorian, después de pagar y dejar una buena propina en esa caja que había tenido en vilo un buen rato a Chiara, le dijo:

—Bueno, pues tú dirás, ¡en tus manos estoy! —frase que dijo unos segundos antes de que ella se levantara y volviera a ver de nuevo entero el vestido de Chiara con ella ya de pie para ponerse el abrigo. Seguía preguntándose cómo podía haber algo tan bello posado sobre la piel de una mujer y ella, que notó cómo le miraba el vestido, le dijo con el mismo tono burlón que había usado antes él:

—¿Vas a venir conmigo? Lorian, el vestido se viene también —con semejante comentario pícaro por parte de ella, el que estaba en fuera de juego esta vez era él, que solo pudo contestar:

—Sí, vamos —sabiendo perfectamente que, por mucha templanza que tuviera la situación y la belleza del color y forma de ese vestido, había podido con él.

Con una negación que acompañaba de una risa que no podía esconder se levantó diciendo:

—¿Cómo es posible que pueda haber un vestido así, Chiara? ¡Cualquier palabra que diga se queda corta!

—Mientras vamos en el coche hasta donde te voy a llevar te explico cómo lo hice.

—¿Que cómo lo hiciste? ¿No es de ningún gran diseñador? —preguntó con fascinación.

—No, es de una joven italiana dependienta —y le guiñó un ojo para ponerse en camino hacia el ascensor dejándole sentado solo y con cara de estupor. Tras 20 segundos, se levantó y se encontraron en el ascensor, aún en la planta 56.

Una vez dentro de él lo primero que miró ella fue ese número y después buscar la mirada de él. Sin decir nada recordaron ambos con una nueva risa lo que había sucedido en la mesa acerca de dicha planta en la que estaba situado el restaurante. La puerta del ascensor se abrió, volvían a pisar el suelo de París, así que ahora el destino estaba en las manos de Chiara, quien cogió su

coche en el cual los dos montaron para llegar en unos 15 minutos hasta ese lugar especial.

Una vez aparcado el coche, donde Chiara quería mostrar esa vista desconocida de la ciudad, tuvieron que andar unos 5 minutos por una especie de senda apartada, pero nada más llegar a él, solo viendo la cara que puso Lorian, sobraba decir que había merecido la pena.

Los dos se besaron, y mirando primero a la gran Torre, que se elevaba imponente desde ese rincón secreto que Chiara conocía, no dudó en decirle muy seria a escasos 6 centímetros de la cara de Lorian:

—Llévame a tu casa.

Tras mirarla una vez más, contemplándola de esa forma en la que parece que toda la ciudad está observándote, él no dudó en decirle:

—Vamos, aunque tendremos que irnos a las afueras de la ciudad.

—¿Acaso hay prisa? —le dijo una sugerente voz de mujer, la cual fue la última frase para que pusieran rumbo al hogar del prodigioso matemático francés.

No se sabe muy bien si en ese momento Lorian fue consciente de lo que suponía llevarla hasta su casa, pero una vez montados en el coche destino hacia las afueras de París entre divertidas conversaciones, parece que se le olvidó el hecho de que, por primera, vez se podían cruzar sus dos quebraderos de cabeza. Eran una chica por la que sentía algo extremadamente fuerte, por un lado, y una caja transparente, inanimada, dotada de una inteligencia por él mismo creada y que le había llevado a conocerla por el otro. Lorian ponía rumbo finalmente a su ático, en el octavo piso, pensando exclusivamente en que iban a disfrutar del salón de su casa y en su inmenso acuario del salón, que no tenía duda que iba a fascinar a la bella italiana.

CAPITULO FINAL

En casa de Lorian

Llegó el momento de entrar en la casa de Lorian. Ella estaba feliz porque la noche no podía estar siendo más apasionante y sabía que aún quedaban muchas horas hasta que saliera el sol de nuevo. En esos momentos se acordó de la frase de Currito en Sevilla sobre la salida del astro rey.

Lorian solo pensaba en que no hacía falta que ella viera su dormitorio. Sabía de sobra que lo que había en el salón ya era de pasar una magnífica noche, acompañados por los muchos pececitos que iban a ver cómo se amaban digno, así que se olvidó del todo de su cuarto.

Una vez abrió la puerta de entrada a su casa, la dejó pasar caballerosamente y nada más entrar en el vestíbulo el sistema domótico encendió las luces sin que hiciera falta pulsar ningún interruptor.

Chiara se dio cuenta de que esa estancia era muy hermosa. Se apreciaba una decoración muy moderna y elegante, totalmente acorde con la forma de ser y de vestir de Lorian. Al entrar al salón, hacia la derecha, se veía un gran reloj de pared de madera muy envejecida, con un péndulo de grandes dimensiones y que rompía por completo con la modernidad del lado opuesto de la misma habitación, en el recibidor. A Chiara le chocó este contraste, pero le llamó más la atención que dicho reloj estuviera totalmente parado y que su hora no correspondiera con la actual, así que, en tono de broma, ella le dijo:

—Para ser matemático, no coinciden mucho los números de ese reloj con los que tienes en tu muñeca —Fue un comentario evidente y que no le hizo mucha gracia, pero al que Lorian tampoco quiso dar mayor importancia.

Lorian, olvidándose del reloj de péndulo y haciendo una especie de solemne presentación, pues iba a enseñarle a la joven italiana algo que la iba a impactar, hizo los honores exageradamente protocolarios.

—Señorita Bachellini, bienvenida a mi casa. Mire bien: este es el salón y creo que le va a gustar mucho. Por favor, si usted es tan amable, pase. Adelante —le dijo acompañando sus palabras con un gesto de su brazo derecho propio de los Lores de la Inglaterra del siglo XIX y una gran sonrisa en su cara.

Ella entró en el salón que también se iluminó al detectar movimiento en las puertas y, en ese momento, sus ojos se quedaron clavados en un punto concreto.

—¡Es precioso! —lo miró entusiasmada para después volver a mirarle a él y decirle: —¡Qué manera más creativa de dividir el salón en dos partes! ¡Esto está lleno de vida! ¡Cuántos colores y cuanto movimiento! ¡Es vida en estado puro! —se acercó más para tocar el cristal, la felicidad la desbordaba al ver el acuario; no le hacía falta acercarse para ver mejor cualquiera de los muchísimos peces, pero quería tener contacto con el robusto vidrio que era lo más cerca que podía estar de hacer lo que ella deseaba, acariciar a esos pececitos tropicales. Lorian al verla tan impresionada, le dijo:

—Es mi manera de dar las gracias a la vida teniéndolos a ellos, que nadan libremente en este amplio acuario y que, aunque lleva mucho trabajo de mantenimiento, merece la pena. Pero hay un gran inconveniente —dijo muy serio—. Hay algo que aún no he logrado.

—¿Cuál? —preguntó ella intrigada.

—¡Pues que no me dan lo que se dice mucha conversación, la verdad! —ambos rieron.

Chiara, tras mirar solo un rato más y observar cada uno de los peces y sus diferentes colores, se acercó a la ventana del fondo del salón. Estaba claro que quería ver la Torre Eiffel y saber cómo de lejos estaban de ella, pero desde esa ventana no se veía el centro de la ciudad gala debido precisamente a esa orientación que decía Chiara que tenían las casas de París y que tan importante era para ella.

—¿No me decías que se veía la Torre?

Lorian, de repente empezó a sudar frío, ya que cayó en algo que se le había pasado por alto al llevar a Chiara a su casa, y era que la única habitación desde la cual se veía la Torre Eiffel ¡era desde la ventana de su dormitorio! Y eso era meterla justo en el epicentro de todo este enredo. ¡Juntar a Chiara con WAX por primera vez! La caja que él diseñó y que hacía que ella, sin saber el porqué, estuviera allí, aunque ya llevase unos días siendo una simple caja de cristal completamente vacía y transparente. Pese a sentirse nervioso, intentó que no se le notara y le dijo:

—Desde la única habitación desde la que se ve el centro de París es mi dormitorio.

Ella bromeó diciendo:

—Vaya manera más directa de llevarme hasta tu cuarto, ¿no?

—Tú has sido la que has preguntado —siguiendo con el tono divertido—. Mira, mejor tomemos algo aquí, junto al acuario. ¿Qué quieres tomar? Lo sirvo en la cocina y nos sentamos ahí, en el sofá.

—¿Y no ver la Torre? ¡Vaya un anfitrión más desastroso! —le reprochó enseguida con el mismo tono burlón—. Primero tienes que enseñar la casa a las visitas que tengas y luego ya veremos qué hacemos, ¿no? Y, además, es una norma de cortesía enseñar el lugar donde vives y, sobre todo, indicar dónde está ubicado el cuarto de baño o aseos.

Chiara tenía toda la razón, así que no tenía opción y le enseñó todas las habitaciones dejando para el final su dormitorio.

A ella le gustaba la casa. Era un gran lugar para vivir, digna de alguien de un elevado nivel económico. Un hogar moderno y con mucho gusto en cada detalle, exceptuando el reloj antiguo de la entrada. Ella no sabía por qué había un objeto tan antiguo, ya que rompía la estética de toda la casa. Pero siguió viendo el hogar de Lorian que, finalmente, le enseñó su dormitorio:

—Y este es el cuarto donde yo duermo y, además, trabajo con el ordenador innumerables horas, quizá más de las que debería. El trabajo en la Universidad acaba siendo agotador a veces.

Chiara entró y giró su cara a la izquierda para ver la habitación entera. Le agradaba mucho lo que sus ojos le mostraban e inmediatamente vio la caja de cristal.

Para Lorian era un momento clave, ya que sus dos quebraderos de cabeza y lo que le había llevado al borde de la locura ahora estaban bajo su mirada al mismo tiempo y se encontraban juntos por primera vez: un objeto transparente era el responsable de que ella estuviera allí y por ello él estaba pendiente de cada mínima reacción en el bello rostro de Chiara al observar a WAX. Fueron simples décimas de segundo, pero que a él se le hicieron muy largas. ¡Casi eternas!

Las otras chicas que habían llegado a cruzar el umbral de esa puerta se quedaban ensimismadas en ella. La reacción de Chiara, sin embargo, fueron estas simples y casi ridículas palabras:

—Me gustaba más el otro acuario, aquí solo te caben cuatro peces —dijo mientras sonreía en un claro tono de broma. Él no sonrió, era la frase que menos pensaba oír y la reacción que menos esperaba de ella, así que por su cabeza las preguntas se enredaban unas con otras: ¿He oído bien? ¿Un

acuario? ¿Cuatro peces? ¿Los mismos que los cuatro números que casi me hacen enloquecer? ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¡Y encima está pasando de la caja y se va hasta la ventana del fondo!

Mientras sucedía este revuelo de preguntas en la mente del francés, que era lo más parecido a un palomar después de un disparo, ella ya estaba mirando por la ventana buscando lo que estaba deseando mirar.

—¿Lo ves? Estamos muy lejos, pero tu casa además de tener mucho gusto y de tenerla decorada brillantemente, tiene el gran privilegio de tener el centro de París a la vista. ¡La orientación de las habitaciones es tan importante aquí! —contaba ella mientras seguía derrochando entusiasmo—. Y ahí la tienes, un símbolo que se alza más que orgullosa. —Parecía una chiquilla al ver la imagen de todo el lejano centro de París, ensimismada en un monumento de hierro que parece controlar toda la ciudad. Desde esa ventana estaba siendo capaz de ver claramente detalles lejanos tales como los ¡propios ascensores!

Chiara podía ver lo que solo se conseguiría con unos prismáticos de muy alta gama. Lorian borró tanta pregunta de su cabeza y se acercó muy despacio para mirar también. La abrazó justo por detrás quedando ambos observando el centro de París, olvidándose por completo de la caja de cristal.

Chiara estaba inmersa en los detalles lejanos, muy relajada delante de él que ahora no podía estar más cerca. Lorian la besó en el cuello de una manera tan dulce que ella se olvidó de seguir mirando. Cerró los ojos muy despacio y se dejó llevar por lo que sentía que desde hace ya mucho era un río de receptividad completamente desbordado.

Lorian le dijo al oído con un volumen mínimo:

—Me encanta cómo hueles, bueno... —hizo una parada en la que exhaló aire sobre su cuello generando más calor en esta zona tan sensible, y susurrando más aún le decía muy despacio: —Me encanta cómo eres, me encanta estar aquí contigo. —De nuevo le dio otro beso, pero esta vez no tan intenso, sino un beso menos erótico. La apretó un poco más hacia sí en ese abrazo como señal de querer estar más cerca de ella aún. Parecía que se había detenido el tiempo, ya que en la mente de ninguno de los dos había pensamientos, solo sensaciones. Podrían estar así durante horas.

Tras un par de minutos como en una nube, Chiara volvió a mirar atentamente a la Torre:

—No hay nadie arriba del todo —dijo Chiara que estaba viendo

perfectamente la planta superior vacía desde unos treinta kilómetros de distancia. Justo después cerró los ojos pensando que había metido la pata al hacer este comentario.

—¿Cómo sabes que no hay nadie? Desde aquí no se ve.

—Porque ya es casi medianoche. Es de suponer que ya no dejan subir gente —parecía que había salido airosa del apuro.

—Pues ahora sería el momento perfecto para estar allí, sin nadie, tú y yo solos. ¿Te imaginas? Tendríamos todo París para nosotros solos, una ciudad a nuestros pies —dijo Lorian cuando Chiara se giró para quedar frente a él y, sin mediar palabra, besarle.

Se dejó llevar por lo que cada poro de su piel le pedía. Le quitó la americana muy despacio mientras le miraba a los ojos como nunca antes había mirado a nadie.

El deseo definitivamente se había apoderado de Chiara, y estaba mirando al hombre que un día la llamó casualmente para decir que tenía su tarjeta de crédito.

Estaba tan excitada que estaba muy seria, pero disfrutando como nunca lo había hecho hasta ahora. No sonreía, solo se dedicaba a besar y tocar a Lorian. Nunca había entrado en tal estado. Solo tenía una cosa en la cabeza: puro deseo que, además, parecía ya imparable.

La pequeña Chiara que comenzó esta historia muchas hojas atrás quedó escondida en su interior. Lo que iba a suceder no se correspondía con una niña, ya que en este momento se iba a dejar llevar por su cuerpo de mujer, a disfrutar de cada caricia que le regalaba Lorian y que sería correspondida por su parte.

Las sensaciones que estaban atravesando el cuerpo de Chiara la hizo sentirse al volante de un potente Maserati que iba a 280 kilómetros por hora cuando nunca había superado los 140 con su vehículo. Así que le dio tanto vértigo que solo por puro instinto pisó fuerte el freno para decirle:

—Lorian —Se dio dos segundos para coger algo de aire, aunque no pudo coger mucho—, estoy asustada, y mucho; creo que estoy enamorada de ti como nunca antes lo he estado de nadie —sus palabras, aunque parecían salir de su boca, venían de un sitio mucho más profundo—, ¡te deseo muchísimo! Pero no sé por qué todo está yendo así de deprisa —él la escuchaba atentamente mientras no podía dejar de mirarla:

—Chiara, yo estoy más asustado que tú. Y no precisamente por lo deprisa

que ha ido todo, más bien por todo lo contrario —ella le miró un poco extrañada con este comentario, ya que era justo lo opuesto a lo que acababa de decir.

Y es que en sus cabezas había dos secretos demasiado grandes como para no querer frenar lo que los dos estaban deseando.

Lorian se quedó serio pensando, sin mirarla a ella, ya que no sabía qué rumbo tomar. Con la mirada perdida pensaba en un gran timón imaginario que no sabía hacía donde hacerlo girar porque las consecuencias eran imprevisibles.

—Lorian, ¿qué pasa? —preguntó un poco preocupada al ver que ahora no la miraba a ella, sino que tenía la mirada tan perdida como a 6 kilómetros más allá de la pared.

—Ven —dijo serenamente mientras la cogió de la mano y la sentó en la cama junto a la caja.

Él también se sentó, justo a su lado. No sabía por dónde empezar, ya que lo más lógico era que le tomara por un chalado, pero sintió que ella se merecía la verdad, porque ahora le importaba mucho. Los mismos sentimientos que se habían adueñado del cuerpo de Chiara le estaban atravesando también a él con tanta o más intensidad aún. No tenía a su lado como otras veces a una de sus conquistas fugaces de fin de semana; ahora sentía y quería decir lo que pasaba realmente, aunque fuera la locura más grande que ella pudiera escuchar. Definitivamente, Lorian giraba el timón hacia un lado, ¡y al máximo!

Así que decidió decir la verdad, es decir, la complicada y enredada realidad.

—Chiara —cerró los ojos 2 segundos, suspiró y comenzó a explicar—. Esa caja de cristal con la que has bromeado antes, la creamos entre un ingeniero amigo mío, que es estadounidense, y yo. No te puedes hacer idea la de cientos de horas que hemos empleado en desarrollar esto que ves aquí —decía hablando tan despacio que parecía que no quería soltar todo lo que quería argumentar mientras señalaba a WAX.

—¿En esa caja vacía? —replicó rápidamente con cara de no creer lo que escuchaba ya que, como dijo cinco minutos atrás, para ella era un pequeño y moderno acuario.

—Chiara, necesito que escuches atenta y, por favor, no me interrumpas. —Necesitaba seriedad, pero de manera serena para poder explicar lo que

parecía inexplicable.

—Está bien, perdona.

Lorian no sabía siquiera por dónde comenzar a hablar, cómo explicar tantas y tantas cosas para que las entendiera. Pero, por lo menos, al abrir la boca ya no paró.

—Chiara, eso no es una caja decorativa, y mucho menos un acuario. Es un dispositivo electrónico que desde hace unos días no funciona. Simplificando un poco, para que lo entiendas así por encima, debido a unos cálculos que desarrollé tras muchos años trabajando en ellos intentamos crear algo que iba a meter al ser humano casi en otra era, la de la inteligencia artificial de última generación. Se trataría de una de seres inanimados electrónicos como es esta caja que, aunque parezca que no contiene nada, tiene la capacidad de pensar por sí misma. Solo te puedo decir que desde que tecleé una frase en ese ordenador que ves ahí, todo lo que ha hecho este dispositivo electrónico ha sido llevarme directa y justamente hasta ti. —hizo una parada para ver si seguía con la difícil explicación, pero concluyó con un simple: —Así, si más.

—Ah —contestó Chiara como si se hubiese enterado de algo. Podía haber dicho otra palabra, ya que lo que le acababa de contar Lorian era una de las cosas más extrañas que había escuchado en sus 25 años, además de que solo había captado menos de la mitad de dicha explicación más o menos. Un «ah» muy escueto, que casi sonó ridículo y que dijo por la vergüenza que hubiese supuesto haberse quedado callada en ese preciso momento. El silencio hubiese sido incómodo, así que le preguntó ingenuamente:

—¿Y cuál fue esa frase que tecleaste?

Lorian miró al ordenador, serio, y recordó aquel momento para decir sin darle importancia a ese dato.

—Creo que estaba en Google tecleando la frase «el color que no existía».

De repente, ella se puso de pie de un salto.

—¿Cómo? —ella preguntó repentinamente, pero esta vez Chiara había entendido por lo menos algo, así que al oír esa frase soltó sus manos mirándole muy extrañada y con el miedo reflejado en su cara. De repente, el rostro de ella era como... ¡si estuviera viendo a un extraño!

Lorian seguía intentando contar la verdad.

—Chiara, créeme, tecleé «el color que no existía» en el ordenador, así sin más, y WAX se encendió solo.

—¿WAX? ¿Quién o qué es WAX? —dijo Chiara muy nerviosa y acelerada al

oír por primera vez palabra. Ahora todo estaba ocurriendo muy deprisa. Parecía que una tremenda locura se había instalado en cada rincón del dormitorio ya que, justo en ese momento, ¡WAX comenzó a activarse de nuevo!

Los dos giraron sus cabezas y se quedaron viendo el proceso de encendido que Lorian ya conocía y que consistía en la emisión de un punto de luz blanca azulada perfectamente suspendida en medio de la caja. De esta forma, WAX estaba iniciando el protocolo que activaba el dispositivo.

Chiara estaba con la vista tan fija en la caja que era incapaz de articular ni una sola palabra, ya que lo que parecía un objeto decorativo transparente estaba cobrando vida, aunque fuera electrónica. ¡No se movió ni un solo músculo de la cara de la joven italiana!

Lorian entendía todavía menos, ya que él sí conocía cómo era ese proceso de encendido, pero pensaba que ya nunca más volvería a verlo.

Mientras los dos estaban mirando fijamente a escasos centímetros de la caja, poco a poco desapareció el punto de luz blanca. Desde ese momento, la caja estaba ya activada; él, definitivamente, no comprendía nada. Por supuesto, ¡ella mucho menos! Pero lo que era irrefutable y pilló por sorpresa a los dos por igual era que de una manera muy suave y lentamente, desde la base de WAX salió una luz que llenó la habitación completa de un color. Uno muy intenso e increíblemente bello. Chiara se puso de pie y dijo, como buenamente pudo, porque lo que estaba presenciando la dejó casi sin palabras:

—¡Dios mío! ¡Es ese! —con la misma seriedad que incredulidad, mirando la caja, el techo y al propio Lorian, llevó la palma de su mano a su boca, un gesto que delataba una fascinación extrema. Era su manera de expresar que ¡no podía ser!

—¿Cómo que es ese? —contestó Lorian viendo cómo ella se había quedado paralizada mirando a la caja y al techo—. ¡Me estás asustando, Chiara!

La tensión en el dormitorio crecía y ella estaba a punto de gritar.

—Lorian, ¡es el color del que te he hablado! Y está saliendo de la base de la caja, y... ¡está llenando toda la habitación! ¡Mira el techo! ¡Dios mío! ¡Es justo como yo decía! —Chiara se echó las manos a la cabeza, no se lo podía creer y estaba emocionada. Acababa de pasar de un estado de excitación sexual muy fuerte a contemplar donde menos se lo esperaba el color que

había buscado por todo el mundo.

Desde las auroras boreales del Norte, en pleno círculo polar ártico, las cuevas de Nueva Zelanda en el hemisferio sur, gran parte de Brasil, España, o hasta en remotos países africanos, en un total de casi 16 000 kilómetros había recorrido en su búsqueda, prácticamente secreta, sin lograr encontrarlo, pero que no la detuvieron nunca, ni siquiera después de lo que oyó en la voz de Ángel en Sevilla. Chiara tenía ahora dos lágrimas que no la impedirían por nada del mundo ese momento que tanto había buscado y que quisieron disfrutar de dicho color. Recorrieron las mejillas de una chica que ahora solo miraba el techo del dormitorio. ¡No se lo creía! Le costó mucho decir alguna palabra, pero al final de su boca salió un simple, casi balbuceante y plenamente cargado de emoción:

—¡Míralo! ¡Cariño!

—¿Ese es el color del que me habías estado hablado antes? —Si Lorian estuvo hace unos días a punto de enloquecer, en este punto fue donde ahora todo le parecía un sueño, algo irreal, ya que no entendía nada de lo que ¡ocurría en su propia casa! —Yo lo veo como un violeta oscuro, tan oscuro que casi no se aprecia. Nunca lo había visto antes. Su tonalidad a la vez es extraña y muy llamativa, pero no entiendo cómo has estado buscando lo que yo mismo estoy contemplando con total normalidad y tú estés llorando, Chiara. ¡Te juro que no entiendo nada!

—Creo que es hora de que te cuente mi gran secreto, pero de forma que lo comprendas bien, que viene desde que nací y que ha marcado mi vida. —era su turno para contar su verdad, y relajando el tono que la acababa de poseer, Chiara intentaba volver a hablar despacio, mirándole a él y olvidándose por un momento del color—. Escucha, ven aquí —le tendió la mano para que se levantara y así ponerse de nuevo juntos en pie, cara con cara nuevamente muy cerca—. Nunca sabré por qué se me ha dado a mí un don que tiene que ver con la visión y que hace que pueda ver cosas que son imperceptibles para cualquier ser humano a distancias como la que hay desde aquí a la propia Torre Eiffel. Tenía la certeza de que ese color que ves en el techo faltaba. Míralo, ahí está, es justo como yo me imaginaba —mientras le contaba eso le acariciaba cariñosamente la mejilla—, pero hoy, además, lo veo contigo. No podía ser mejor momento para encontrarme con semejante... —según Chiara le iba contando, ocurrió algo que nunca ella podría imaginar. Lorian empezó

a cerrar los ojos de forma muy suave, justo delante de ella, poco a poco hasta que solo la oía, aunque la tenía enfrente, justo a escasos centímetros, totalmente consciente y con sus párpados ya bajados dejó de mirarla. Quería escucharla solamente. Chiara sorprendida por lo que tenía delante, al no entender lo que estaba haciendo el francés, simplemente le preguntó: —¿Por qué cierras los ojos?

—Porque hay cosas que es mejor verlas con los ojos de otras personas, ¡no con los tuyos propios! —dijo con voz muy suave. Si Chiara había sido sacudida hace unos segundos por un cóctel de emociones, lo que acababa de escuchar la dejó de piedra, casi paralizada y solo pudo decir:

—¿Qué has dicho? —preguntó cómo no creyendo lo que había escuchado.

—Que hay cosas que es mejor verlas con los ojos de otros, no con los tuyos propios.

—¿Y por qué has cerrado los ojos? —Ella estaba empezando a ponerse más nerviosa aún y, sobre todo, estaba muy confusa; esa frase la tenía grabada en su mente desde que tenía ¡7 años! ¡Y de repente ahora la volvía a escuchar muchísimos años después!

—Porque yo antes era ciego —dijo Lorian con una tranquilidad que contrastaba con el nerviosismo de ella.

—¡Espera! Un momento. No puede ser. ¡Para! —las pulsaciones de Chiara parecían que no podían estar más elevadas, pero se incrementaron todavía un poco más, para decirle: —Cuando yo era una niña nuestro oftalmólogo nos contó cómo un niño disfrutó de la vista careciendo de ella, solo con lo que él le iba diciendo desde un precioso ventanal que tenía en su consulta. El niño se llamaba Luigi. ¡Nunca he podido olvidar la historia que me contó el médico y mucho menos a aquel chaval! Me sé toda la historia que aquel viejo doctor me contó con tanto detalle, aunque yo solo tuviera 7 años.

Lorian le dijo en un perfecto italiano.

—Es que yo era ese niño, Luigi, y también recuerdo cómo me explicó aquel buen hombre, Giacomo Moretti, con sus ojos y su sentido del humor cómo era Roma. Recuerdo que pude sentir a mi manera cómo debía de ser ese ventanal. Chiara, todo esto es de locos, pero una cosa es indiscutible, y es que yo nací en un pueblo a 20 kilómetros de Roma, pero no la pude contemplar hasta muchos años después.

—Pero... ¡no puede ser!

—Lo es, Chiara —la volvió a decir con absoluta tranquilidad y tomando su

cara con las dos manos y una suavidad extrema—. Escucha, porque ya hace mucho de aquello, pero lo recuerdo absolutamente todo.

Ella se olvidó por completo de que seguía envolviéndoles el color que tanto buscó. Quería encajar las piezas.

—Escucha, tienes que relajarte. Ven, coge mis manos porque te voy a contar algo que es difícil de creer, pero que es tan cierto como mis propias Matemáticas —tras una pausa para que ella se calmara un poco, Lorian continuó: —Pocas cosas son tan bellas como los tres sentidos que más nos hacen disfrutar. El tacto hace que una caricia llene de felicidad un día que quizá hasta ese momento era triste; el oído nos deja disfrutar de una de las mejores cosas que pueden existir en esta vida como es la música, que además posiblemente sea el mejor legado que dejara la Humanidad si desapareciera. Y, por supuesto, casi el más esencial para la vida que llevamos hoy en día, que es el de la vista: aparte de que te libra de muchos golpes, este sentido se supone que nos hace disfrutar del mundo en el que vivimos, de los rostros de las personas, de mirar hacia arriba y ver un color azul celeste que te haga sentir muy vivo; se supone que cuando abrimos los ojos se abre todo un mundo en tres dimensiones, lleno de texturas, matices, tonalidades. Es así, ¿verdad?

—Sí, así es —dijo rápidamente Chiara deseosa de escuchar esa historia, aunque todavía estaba impresionada.

—Pues yo tuve que aprender a disfrutar de las cosas sin el sentido de la vista. El más profundo de los negros era lo que yo veía. De hecho, aunque me explicaran cuando tenía siete u ocho años no comprendía lo que era poder ver. ¿Cómo le explicas un color a un niño pequeño que no sabe que existe dicho sentido? ¡Yo crecí muy feliz! Me sentía muy vivo, y aunque me daba muchos golpes, ya que era un niño muy inquieto, los niños que tenían buena visión también se daban golpes y rozaduras cuando se caían de la bicicleta. Yo simplemente me llevaba más que el resto de los niños amigos míos.

—Pero no entiendo. Para. Un momento, ¿por qué ahora sí que ves? —Seguía sin creer lo que oía.

—Tú solo escucha lo que te estoy contando, por favor. No tengas prisa, quiero que lo entiendas todo bien. Ya llegaremos al momento en que me operaron las córneas. Déjame decirte que mucho antes de eso yo no veía nada. Un pequeño bastón que me regaló mi padre fue quien me hacía de escudo cuando empecé a usarlo, y los obstáculos que antes eran un golpe o

caída segura, hicieron que dicho bastón se convirtiera en mi mejor amigo. Hasta el punto de que dormía conmigo ¡Era mi ángel de la guarda! Además, un ángel que era autentico. ¡Lo podía palpar con mis manos! Con los años, el pobre estaba que daba pena verlo, si yo no estuviera tan orgulloso de él. Y antes de que preguntes, te voy a contestar que sí, aún lo guardo en un rincón especial de esta casa o, más bien, dentro de algo muy especial de esta casa.

Ella casi no pestañeaba, porque de todo lo que le había contado Lorian y que había hecho que le arrastrara hacia un torbellino de sensaciones que ningún hombre le había hecho sentir, estaba escuchando algo para lo que no estaba preparada. Pero no dudaba ni un momento de que todo lo que decía Lorian era verdad, así que siguió tan atenta como podía. Lorian seguía contando de manera pausada:

—Aprendí a leer en braille y mi amor por los números curiosamente nació cuando quería saber la hora.

—¿Cuándo querías saber la hora? Mmm... ¿Y cómo lo hacías? —La conversación ahora era más relajada, pero con muchísima carga emocional.

—Tocando. Palpando un reloj que teníamos de pared de madera grande muy antiguo con un gran péndulo y al que tengo mucho que agradecer. Es justo el reloj por el que me preguntaste antes, el de la entrada.

—¿Es justo aquel? —ella se sintió avergonzada porque el comentario que hizo ahora se había vuelto un comentario en contra de ella y bastante desafortunado.

—Aunque ya no funcione, cuando yo tenía pocos años y quería saber la hora me subía a una silla y palpaba las agujas. Tardé casi tres meses, pero la paciencia casi infinita de mi padre, que me lo iba enseñando poco a poco, guiándome con sus manos puestas sobre las mías y haciendo que supiera qué hora era según estaban colocadas las dos manecillas, conseguí saber la hora. ¡Me subía al reloj yo solo! Al llegar a casa lo primero que hacía era coger una silla para palpar el reloj y saber qué hora era. ¡Me hacía muy feliz! Fíjate qué simple: doce números, los de las horas, a los que adoro, y que hicieron que surgiera algo muy especial, que naciera una chispa en mí ¡LA DE MI AMOR PROFUNDO POR LAS MATEMÁTICAS! —Su mirada iba de vez en cuando directa a los ojos de Chiara, pero casi todo el rato hablaba sin mirarla y seguía contándolo todo haciendo regresión a aquella época. Hacía mucho tiempo que no contaba a nadie todo esto y no podía tener a mejor oyente—. Y fue cuando yo estaba en el jardín que teníamos en la aldea, donde había un

nogal al que hacía caer a la hierba las nueces, que son las otras responsables de mi éxito con los números. Chiara, yo también tengo un don, pero en mi caso lo tuve que desarrollar, lo tuve que trabajar ¡y mucho! Pero con una ventaja sobre los demás.

—¿Acabas de decir nueces? —le extrañó mucho y no sabía qué tenían que ver las nueces con las Matemáticas.

—Sí, me gustaban porque cada una tenía una textura diferente, eran de distintos tamaños y en las tardes soleadas, en mi jardín, yo solo y sentado en la hierba, ese sol nuestro no lo podía ver, pero sentía su comfortable calor. Me hacía sentir bien, notaba que la vida tenía que venirnos de allí o por lo menos ese era el pensamiento de aquel inocente niño. Mi manera de entretenerme era jugar con las nueces. Cogía tres en mi mano izquierda y una en la derecha y empecé a calcular lo que pasaría si una de ellas pasara a la otra mano. Empecé a sumar y restar y ese fue el comienzo de todo un proceso de aprendizaje numérico que se quedó registrado en mi pequeño cerebro, que empezó a pensar en números. Cada vez hacía operaciones más complejas hasta desarrollar una especie de sistema que no te podría explicar porque solo lo puede hacer una persona que no se entretiene mirando cosas como hacían todos los de mi alrededor. Creé mentalmente un sistema cada vez más complejo y mi vida se enamoró de los dígitos que van del cero hasta el nueve. Mis amigos estaban muy sorprendidos con la alegría que siempre mostraba, yo era feliz. ¡Muy feliz! Sentía la vida dentro de mí y disfrutaba de mi niñez. Solamente no entendía cuando nombraban algún color, o decían «qué guapa es la niña que ha entrado nueva en el colegio». Para mí esos conceptos eran totalmente desconocidos, como si me dijeras... —hizo una parada para pensar—, como si me hablaras ahora en tailandés. Chiara le sonrió, pero quería seguir escuchándole, así que no hizo ninguna pregunta. Lorian le estaba relatando todo de su lejano pasado—. Un día estuve con mi madre en la consulta del doctor Moretti, y a ella le llamó la atención la vista de la ciudad. Siendo como éramos de un pueblo cercano, ella no había visto nada igual en su vida, pero yo no podía ver aquello que a ella la emocionaba tanto, así que fue cuando Moretti empezó a contarme el paisaje de la manera que yo lo entendiera. En ese momento ya tenía claro que nosotros, los seres humanos, tenemos un increíble poder que nos puede hacer volar, pero además volar con más fuerza que alzarnos como hacen los propios pájaros, que es el poder de la fantasía y la imaginación, de los pensamientos en tu cabeza, de manera que

causen estremecimientos en tu cuerpo como ponerte la piel de gallina con solo sentir las cosas que otros te están relatando. Moretti sabía que era perder el tiempo al decir que se veía una cúpula a lo lejos o unas alas en bronce porque yo nunca iba a saber lo que era el concepto lejos o qué aspecto tendría el bronce. Todo lo que tuviera que ver con el sentido de la vista para mí eran términos abstractos. Así que tiró de cosas que yo pudiera entender para hacerme pasar un gran rato. «¡No hay nada más poderoso que la imaginación!», me dijo, y esa imaginación yo la tenía muy desarrollada según me afirmó en una de las consultas. Para que lo entiendas, Chiara, de una forma muy clara, y eso que tú sabes cómo es el mundo visual en el que vivimos, piensa en esto: ¿cómo me describirías algo como la siesta? ¿Qué forma tiene? ¿De qué color es? ¿Tiene profundidad? Imagínate que mañana de repente te llama al móvil «una siesta» —ella volvió a sonreír, esta vez con una gran lágrima posada sobre su mejilla—. Sí Chiara, «una siesta», que es un concepto abstracto y que mañana irá a tu casa a verte, por ponerte un ejemplo. ¿Cómo crees que sería cuando abrieses una vez que ella llamase a tu puerta? ¿Me podrías describir ahora mismo cómo te la imaginarías si lo único que has escuchado es su voz?

—Nunca me había parado a pensar en ello —contestó Chiara con naturalidad.

—Pues para mí todo era como ahora para ti intentar describir cómo era y qué forma tenía una simple siesta. ¡Es tan sencillo y a la vez tan complejo como eso!

LA OPERACIÓN

—Estoy increíblemente agradecido a mis padres porque en Bélgica había un equipo médico que podía realizar algo que a ellos les costó mucho creer, como es un trasplante de córnea —seguía relatando Lorian—, así que decidieron hacerlo, ya que yo no tenía casi nada que perder y buscaban lo mejor para su hijo. Gastaron absolutamente todos los ahorros que tenían ellos en esos momentos, además de empeñar cosas de mucho valor, tanto económico como sentimental. Ese tipo de operación era casi pionero en el mundo por aquel entonces, por lo que los médicos no aseguraban ningún resultado. Y, además, si todo salía bien en la operación y conseguían que entrara por fin algo, aunque fuera una pequeña cantidad de luz por mis ojos, había un segundo problema. Quizás era el problema más grande al que se tenían, o más bien yo me tendría que enfrentar y que podía ser (y así fue), todo un proceso de recuperación que podía durar incluso años —Lorian miró fijamente a Chiara y le dijo una simple frase para la cual ella con sus 25 años y miles de kilómetros de viajes a sus espaldas no estaba preparada para escuchar—, ¡aprender a ver!

—¿Aprender a ver?

—Sí, Chiara, aprender a ver. No es tan fácil como abrir los ojos. Creo que aún no lo entiendes. Los médicos no sabían a lo que se enfrentaban, así que contamos con muchos especialistas, psicólogos y expertos que daban sus puntos de vista, que además eran opuestos ya que estaban ante algo desconocido hasta entonces. La operación salió según lo previsto, lo cual para el equipo médico que lo realizó fue todo un logro al que estaré eternamente agradecido, pero tuvieron que pasar unos días para quitarme las vendas. En esos pocos días, antes de ver si la intervención había sido un éxito y el trasplante de córnea que me acababan de hacer mis padres estuvieron conmigo siempre como es lógico; su presencia y sobre todo su voz me animaban, aunque era normal que todos estuviéramos nerviosos ante lo que sucedería tras quitarme las vendas y que, según los médicos, me separaba de la oscuridad que había reinado en mi vida hasta entonces. Me dirigía hacia un nuevo mundo, un mundo de color y de luz, así que fueron días de mucha intranquilidad en los que nunca olvidaré que mi mano estuvo casi siempre agarrada por una persona en todo momento.

—Tu madre, ¿no? —sonrió Chiara levemente muy emocionada.

—Sí, justo. Tenía con ella una conexión que nunca podré olvidar. Te va a sonar raro esto que te voy a decir Chiara, pero me sentía como estar de nuevo dentro del cuerpo de mi madre antes de que ella diera a luz a su pequeño Luigi. Su voz al hablarme me tranquilizaba, y las visitas que recibía esos días de toda mi familia y amigos hicieron todo más llevadero, ya que yo vivía la intranquilidad de saber si cuando me quitaran la venda a los pocos días podría disfrutar por fin de un mundo de color y, sobre todo, ¡poder saber lo que era un color!

Chiara ahora estaba sentada de nuevo en la cama junto a Lorian, escuchando como nunca había hecho antes en su vida. Un cuarto de siglo de oír historias y vivir experiencias de todo tipo, pero esto le superaba con mucho y casi no podía pestañear, solo quería seguir oyéndole mientras se secaba cada minuto las lágrimas de emoción que humedecían su tersa cara. Lorian seguía.

—Llegó el día que tanto habíamos esperado. En la habitación del hospital estábamos mi padre, mi madre, el cirujano que me operó junto a sus ayudantes y yo. Me preguntaron si estaba listo y yo les dije que sí; de hecho, estaba impaciente. No hace falta que te diga que todos vivimos aquello extremadamente nerviosos. Las pulsaciones de todos los que estábamos en esas cuatro paredes no bajaron de 140 latidos por segundo. La mujer del equipo médico pidió bajar la luz de la habitación porque podía ser demasiado intensa para alguien que vivió tantos años en un negro profundo. Sentí cómo me iban quitando las vendas y cómo el corazón se me salía del pecho de lo fuerte que estaba bombeando sangre a todo mi organismo. Justo cuando estaban llegando a las últimas capas le dije que parara, que se detuviera un segundo. Todo el equipo médico se extrañó y se debió de preguntar a qué se debía tal hecho, si era fruto de que estaba demasiado nervioso y que necesitaba un respiro o algo en ese sentido; pero enseguida supieron la verdadera razón, ya que yo les pregunté que dónde estaba mi madre. Ella me contestó que estaba allí, casi pegada a mí, y yo le pedí que me cogiera la mano, así que solo tuvo que dar un paso para hacer lo que yo la pedí. Si iba a ver por primera vez en mi vida, lo que quería ver era el rostro de mi propia mamá y así se lo hice saber al equipo médico que, aunque comentaron que igual no fuera lo más apropiado, mi insistencia tuvo sus frutos y siguieron quitándome la venda con mi madre justo a mi lado con su mano agarrando la

mía. Llegó el gran momento. La venda acababa de ser retirada. Yo tenía los ojos cerrados y el cirujano me dijo que los abriera poco a poco, me aseguré de que tenía a mi madre justo enfrente para intentar ver por primera vez en mi vida a quien más quería, a la persona que junto a mi padre me había traído al mundo. Supongo que tú también habrías elegido a tu madre como primera cosa que ver, ¿no?

—Creo que hubiese elegido lo mismo que tú.

—Pues apreté un poco más fuerte su mano, y le dije: «mamá, voy a hacer lo que me dicen y quiero que seas lo primero que yo contemple», a lo que contestó ella tan emocionada como nerviosa que estuviera tranquilo, que no iba a soltar mi mano por nada del mundo; así que intenté abrir los ojos. No sabía cómo era poder elevar mis párpados, así que el cirujano me ayudó con sus manos a hacer el proceso y por fin empecé a notar algo. Han pasado muchos años desde aquello, pero los dos recuerdos más presentes que tengo fueron en primer lugar que ese negro que me había acompañado durante toda mi infancia, era distinto. ¡No sabía nada más! La tensión que se palpaba en el ambiente y un silencio que nos cortaba la respiración iban creciendo y yo por primera vez en mi vida dejé de ver ese negro. Solo estaba pendiente de que esa oscuridad poco a poco, según abría los ojos, se iba alejando. ¡Y me ponía más nervioso aún! Era a lo que estaba acostumbrado, así que jamás volveré a experimentar lo que sentí al notar otra cosa distinta a la oscuridad. El cirujano que seguía ayudándome con el proceso de ayudarme con la apertura de los párpados me hablaba despacio y con un tono muy relajado, él no sabía qué consecuencias podía suponer que yo abriera los ojos así que me ayudó mucho dirigiéndome en todo lo que debía de hacer. «Muy bien, Luigi, ¿empiezas a notar algo?», a lo que yo le contesté que sí, que estaba notando un cambio y me pidió que fuera describiendo esos cambios, la oscuridad que tenía le comenté que se estaba yendo pero que aún seguía ahí, él contestó que era normal, que aún no tenía los ojos abiertos del todo, por lo cual ese negro aún estaba en mi visión.

—¿No reconocías ninguna forma?

—No, para nada —seguía sincerándose Lorian que seguía muy inmerso en su historia; lo contaba con muchísima seriedad, cosa que contrastaba con la noche que había estado llena de frases divertidas y de momentos de una alegría difíciles de superar—, pero Chiara, lo peor estaba por llegar. Sin darme cuenta, toda esa luz borrosa que veía empezó a cambiar. Yo no sabía

qué era lo que pasaba y así se lo hice saber al doctor, que me dijo que siguiera tranquilo, que esos cambios eran buenos, que nunca había visto nada en la vida y que, aunque ellos eran casi pioneros en estos trasplantes de córnea, no era la primera vez que se hacían. Me iban explicando que la luz estaba entrando en mis ojos por primera vez, y eso era la mejor noticia para ellos. En términos médicos, todo iba según estaba previsto, pero sabían que ahora tocaba enfrentarse a un problema desconocido y del que no sabían nada. Su tono de voz seguía siendo el mismo, muy relajado, y me contaban precisamente que eso que tenía delante era la luz y para explicarlo de una forma que lo entendiera me dijeron que tenía delante de mí «algo», que era todo lo contrario a ese «negro profundo» que me había acompañado toda mi vida. Me preguntaron si notaba algún cambio, aunque fuera leve, y yo les dije que sí, que parecía que poco a poco esa luz que decían ellos era como si se moviera. Chiara, imagínate un cuadro abstracto, y además de ser abstracto, ¡ponlo borroso! Pues eso es lo que estaba empezando a ver, pero en distinto sentido. De ver simplemente luz borrosa pasé a ver algo que era totalmente abstracto hasta que llegó un momento que jamás conseguiré olvidar. — Lorian estaba haciendo tal regresión al pasado que, por sus ojos, que ahora eran completamente normales, caía alguna lágrima de vez en cuando—. Llevaba muchísimos años oyendo a mi madre y su voz era para mí algo muy tranquilizador. Ella estaba frente a mí justo en este «despertar visual» que estaba sucediendo, cuando me dijo con su preciosa y suave voz: «hola cariño» y fue horrible, ¡tremendamente horrible!

Lorian se echó las manos a la cara para tapar el gesto de rabia que sentía en ese momento, y cómo al recordarlo de nuevo se había venido abajo ¡echándose a llorar como un niño! Lo que no dejó pasar Chiara para cogerle con una mano un brazo y con la otra posarla en su hombro del brazo para que supiera que ella estaba muy cerca, pues se dio cuenta por qué no quería contar la historia a todo el mundo. Esperó unos segundos mientras él no paraba de recordar aquello y aquella imagen para decirle:

—Tranquilo, estoy aquí, entiendo absolutamente todo lo que estás sintiendo, y créeme que es muy importante para mí que, aunque todo haya ido tan rápido estos días entre nosotros me estés abriendo tu corazón de esta manera, Lorian. Mírame, es uno de los regalos más bonitos que nadie, escúchame bien, nadie ¡jamás me habían hecho!

Lo que antes era un apoyo en el hombro se convirtió en un abrazo de dos

minutos en los cuales Lorian sintió más cerca todavía si cabe a Chiara. Tras el llanto de recordar uno de sus momentos más duros de toda su vida siguió contando cómo fue todo:

—La voz de mi madre estaba sonando tan bella como siempre ¡pero la luz de donde venía era horrible! Y eso que me aseguré de que esa luz abstracta era mi madre, acariciándola como había hecho otras veces con mis manos sobre sus tersas mejillas y palpando como estaba acostumbrado a hacer. Vi que mis brazos se estaban moviendo, pero sin embargo no tenían nada que ver con cómo yo pensaba que eran, así que presté atención a ellos dejando de lado a mi madre, abrí la palma de mi mano derecha y la puse justo delante de mis ojos. Pero no era capaz de ver los cinco dedos que tenía, así que lo comprobé haciendo lo que siempre había hecho, palpando y contando cada dedo con la otra mano y cuando llegué hasta cinco y ver que ese era yo, que era mi mano, Chiara ¡tuve que cerrar los ojos inmediatamente! Nada tenía que ver con cómo me lo había imaginado. El cirujano me dijo que no teníamos prisa pero que yo iba a tener que aprender una nueva cosa y que iba a ser igual difícil y lentamente y ese algo era aprender a ver. Suena casi de locos, pero con veinte años tuve que empezar un nuevo aprendizaje que cualquier ser humano hace de manera natural desde que es un bebé. Yo, siendo un recién estrenado veinteañero pasé los dos peores años de mi vida. Cuando piensas que lo lógico sería abrir los ojos y simplemente ver, la realidad es otra, te lo aseguro, ya que para mí fue muy duro y lento. ¡Tan duro y lento como más de 700 días! ¡2 largos años, Chiara!

—Pero ¿tan duro fue? —Chiara estaba sorprendida sobre lo que oía así que quería saber más—. No lo entiendo. ¿Por qué ese proceso fue tan difícil para ti? ¿Tanto tiempo pasó para que dejaras la oscuridad atrás?

—¿Atrás? Nunca la dejé atrás. ¡La oscuridad era lo que me salvaba y protegía de lo que ahora me asustaba! —Chiara al oír esto cambió de gesto hacia algo que seguramente jamás haya tenido en su rostro a lo largo de sus 25 años porque el asombro que mostraba no se puede describir—. Yo me sentía cómodo con los ojos cerrados. Lo que había cuando los abría no lo comprendía y fueron días y meses duros en los que mis padres estuvieron muy pendientes de que no cerrase los ojos. ¡Necesitaba aprender a ver!

En ese momento se creó un silencio, pero que era especial, ya que Chiara después de oír todo aquello necesitaba mirarle a los ojos. No tenía la menor duda de que lo que le acababa de contar Lorian era algo más que

extraordinario. Quería mirarle para ver cómo eran ahora, si había alguna marca o cicatriz de aquella operación, pero no encontró nada e instintivamente esa mujer deseosa del chico del que se había enamorado empezó a aparecer otra vez y la mirada tranquila, serena de ambos fue por un largo de tiempo.

Había un silencio absoluto, pero no resultaba incómodo. Ahora, la calma se alió con ellos para que dicha mirada fuera tan pura y cristalina que ambos se mirasen a los ojos.

Fueron como unos dos minutos de paz, de alguna caricia o sonrisa fugaz, pero fue el momento de mayor conexión que habían tenido hasta ahora.

El silencio seguía de su lado, y Chiara se acercó muy despacio a besar a Lorian con todo el sentimiento que puede poner una persona en un beso. Nunca se sabrá lo que duró ese beso porque para ellos el tiempo se detuvo por completo. Y es que mientras sus labios estaban en contacto parecía que todos los relojes del planeta estaban totalmente parados, quizás por solidarizarse con el viejo reloj de pared que ya hace muchos años que estaba inactivo y que representaba la etapa de niñez de Lorian, que por entonces tenía el nombre de Luigi.

Tras ese beso casi eterno, había una cosa que llamaba mucho la atención, y era que Chiara había dedicado más de 12 años de su vida en la búsqueda de un color por su cuenta solo con la opinión de Ángel en Sevilla como portavoz secreto del mundo de la Ciencia y de sus padres. Ella quería descubrir ese color por ella misma y ahora estaba rodeándola por todos los rincones de la habitación, pero ahora se había olvidado de él, solo tenía su mente centrada en Lorian y también su cuerpo estaba pidiendo a gritos mucho más.

Chiara siempre fue una chica muy inteligente que pecaba de ingenua algunas veces por lo risueña que era. No dudaba de la historia que le contó Lorian, pero le hizo una pregunta:

—Lorian, has dicho antes que esta caja te llevó hasta mí; eso sigo sin entenderlo.

—Es que es lo más loco de todo. La operación y que yo fuera ciego de nacimiento es muy difícil de creer, pero es real. Lo que pasó con WAX no me lo creo ni yo, que fui quien creó el dispositivo —soltó con los últimos síntomas de impotencia que aún guardaba después de relatar su proceso al comenzar a ver.

—Sí, pero no has contestado a la pregunta, ¿cómo te llevó hasta mí? ¿Te

habló la caja, o WAX, o como se llame?

—No puede hablar, solo mostrar hologramas. Cuando tecleé esa frase en el ordenador, se apagó todo París. ¡Absolutamente toda la ciudad! ¡Y parecía que se había apagado toda Francia! Justo después se encendió la caja de cristal, una caja que, como te he dicho, ¡joder, yo mismo he creado! Se encendió por primera vez ella sola desde que la creamos justo el día del apagón y apareció un holograma que mostraba precisamente 4 números girando lentamente, 4 dígitos, Chiara, que fueron los que me llevaron indirectamente hasta ti, los que hicieran que nos conociéramos. —Ni él se estaba creyendo lo que decía pese a ser la verdad.

—Apagón. Vale. —Ella intentaba encajar piezas y esas dos al menos cuadraban—. Eso lo recuerdo porque lo viví y salió en las noticias, pero ¿qué te llevó hasta mí? ¿Con 4 números? ¡Mi número de teléfono tiene bastante más de 4 números!

—Sí, pero el PIN de tu tarjeta de crédito, ¿cuántos tiene?

Chiara se quedó inmóvil mirándole, pero fue como si la hubiera paralizado un repentino rayo. Lo que acababa de oír era una de las claves para poder entender esto y que, sobre todo, era la llave para que lo que le estaba contando tuviera sentido.

—Sí, Chiara. por eso no quise devolver la tarjeta al banco. Quería ver qué me quería enseñar o decir WAX y te llamé para ver qué pasaba. Y en una cosa sí que te mentí, y es que te dije que pulsé el botón de *CANCELAR OPERACIÓN* para que me devolviera la tarjeta, pero no fue así: tecleé los 4 dígitos que WAX llevaba mostrándome unos cuantos días y pude acceder a tu cuenta. Podía haber sacado dinero de ella si hubiese querido, estaba ya dentro de tus operaciones bancarias, así que por si te queda alguna duda, en ese preciso momento en la cuenta tenías un saldo de 3 426'75 euros. Después de saber el saldo, recuperé la tarjeta porque, como te puedes imaginar, yo también estaba asustado. ¡Muy asustado!

—Y por eso, al principio, cuando quedamos para devolverme la tarjeta... por eso estabas tan nervioso y te comportaste tan raro, ¿no? ¡Eras un flan!

—Pues sí, así ocurrió. Porque, además, a quien menos esperaba encontrarme era a una chica tan bonita como tú. Ahora ya entiendes por qué al principio al verte de frente me comporté así —concluyó Lorian aún serio porque faltaban aún cosas por entender.

LA LOCURA MÁS INCREÍBLE HECHA POR AMOR

Chiara le seguía mirando. Ella se había olvidado parcialmente de ese color que llevaba buscando casi un cuarto de siglo y que la envolvía. A ella ahora le importaba solo estar con él, tocarle y demostrarle que ella era digna de esa confianza que le había regalado al relatarle todo lo duro de su operación.

Chiara sentía que igual Lorian había abierto a muchas mujeres la puerta de su habitación, pero también sentía que a ninguna de esas chicas les había abierto la puerta de su corazón, que era precisamente lo que estaba ocurriendo. Se encontró como nunca en sus 25 años se había encontrado para alguien que no fueran sus padres: ¡una mujer especial! Y no especial por el hecho de su don visual, sino en el más amplio sentido de la palabra, así que ella dudó en decir lo que sonó a una nueva locura:

—Solo hay una manera de que veas «ese» color, ¿quieres probar?

—Chiara, ya lo estoy viendo ahora y no deja de ser un violeta oscuro. Nunca había visto ese tono, es verdad. De hecho, es tan sutil que ni se aprecia. Pero ese color es un color más, hasta un crío ve que es un violeta. Bonito, pero jodidamente raro y muy oscuro.

—Lorian, yo nací con una especie de don con todo lo relacionado a la visión y sabía que había un color que he estado buscando toda mi vida. ¡Toda! Y ahora lo tengo justo rodeándome por cada rincón de esta habitación y saliendo de tu caja de cristal, y encima ¡por fin sé la razón de por qué lo estoy viendo! —a sus 25 años Chiara jamás había pronunciado algo con tanta pasión—. Estaría dos días observándolo porque es la cosa más maravillosa que una persona puede ver y más cuando has recorrido los rincones más apartados y lejanos del planeta. Pero Lorian, —se acercó al él para cogerle de las manos y decirle muy convencida: —voy a cerrar los ojos.

—¿Cómo que vas a cerrar los ojos? —una nueva inesperada frase llegaba a los oídos de Lorian.

—Sí. Voy a cerrarlos porque no quiero contemplarlo si voy a ser la única persona en toda la Historia en ver este color. Ya sé que existe, mi búsqueda no ha sido en vano, pero tengo claro que quiero compartirlo, y si voy a compartirlo con alguien ¡quiero que seas tú! —la dulce mano de ella acompañó esta última frase con una caricia por la cara de Lorian.

—Pero, Chiara, ¡yo lo estoy viendo! ¡Ahí está! —dijo él mientras señalaba

el techo con mucha lógica en un principio.

—¡No! ¡«Ese» no es el color! No estamos viendo el mismo color tú y yo. Para ti ni siquiera se le parece en belleza y mucho menos en pureza. Yo lo estoy viendo porque... —se paró dos segundos, quizás tres para girarse y con la mirada clavada en sus ojos decirle—, porque me he enamorado de ti, además como nunca me había enamorado hasta ahora, y me faltaba algo esencial a la hora de encontrar dicho color, y no tiene nada que ver curiosamente con mis ojos, ¿cómo no he podido caer antes? Mira que mi padre me ha dicho cien mil veces que tenga cuidado con ser tan ingenua. Esto no tiene nada que ver con mis ojos ¡sino con mi cerebro! Ángel, en Sevilla, tenía razón al afirmar que no hay más colores de los que la Ciencia tiene conocimiento, pero yo ahora estoy viendo lo que nadie más vería, y digo vería porque tú vas a contemplarlo conmigo —de nuevo una pequeña pausa para decir con más convencimiento aún—. Conocerme y tenerte como te tengo en este momento a mi lado ha disparado algo en mi cabeza que no había sucedido nunca. Poco a poco, se ha generado en mi mente una sustancia que todos tenemos cuando nos invade la felicidad. Todos la generamos de manera natural, eso no es una novedad, pero en mi caso estar al lado de alguien por quien siento una fuerte atracción y sobre todo estar tan cerca de ti, hace que lo que creo que se llaman endorfinas estén revoloteando libres por mi cabeza y deseando hacerme disfrutar. Mi don visual ha encontrado algo nuevo que no esperaba. He estado casi 20 años buscando este color y no lo he podido encontrar, pero justo al llegar a tu habitación esa caja que tienes ahí y que no tengo ni la menor idea de por qué está iluminando la habitación con el color que yo sabía que existía, ¡que no tenía la más mínima duda de que existía! Y... ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que, aunque quisiera pasar horas y horas mirándolo, con lágrimas en los ojos de emoción tras tantos años de búsqueda, voy a hacer todo lo contrario, Lorian. Voy a cerrar los ojos y quiero que los cierres conmigo. Pero necesito que me prometas que no los vas a abrir hasta que yo te diga. Solo en ese momento seremos los únicos seres humanos en divisar la mayor maravilla que unos ojos pueden contemplar. ¡La belleza más pura! Confía en mí, solo te voy a pedir eso, ¿vale?

Lorian asintió con la cabeza, pero sin estar muy convencido, aunque siguió escuchándola:

—Túmbate en la cama conmigo bocarriba, justo a mi lado, agarra mi mano derecha y sobre todo confía en mí.

—Chiara, no entiendo nada. —Se estaba poniendo algo nervioso de nuevo; al contrario que ella, que parecía tener la situación muy controlada y sabía lo que hacía.

—Quiero que tú lo veas como yo y eres precisamente ¡la única persona en el mundo que puede verlo! Te lo repito porque es muy importante, Lorian, porque me estás mirando muy raro, pero convéncete de que eres la única persona en este planeta que puede ver ese color tal como es solamente conmigo por una razón. Esta es Lorian porque tú naciste ciego y no solo aprendiste a ver el mundo real ya de mayor, sino que aprendiste a ver con los ojos de otros cuando eras un niño. Yo ahora sé que te puedo enseñar a verlo como Moretti te enseñó aquella Roma, ¿o es que no te acuerdas de cómo pudiste «ver» en aquella consulta sin tener el sentido de la vista y dando rienda suelta a vuestra imaginación? Para ello necesito que cierres los ojos, que los cierres y me dejes que sea yo quien te lo describa para que puedas verlo exactamente como lo veo. —La última frase la acompañó con un cariñoso gesto que recorrió de nuevo toda la cara de Lorian, pero esta vez tan despacio como pudo debido al temblor que tenía Chiara en sus suaves manos. Demasiadas emociones y sentimientos para caber en un simple, aunque amplio, dormitorio.

—¿Cerrar los ojos? —volvió a preguntar sin estar convencido en lo que ella le decía.

—¡Justo! Han pasado 18 años desde que el doctor Moretti me contó cómo te mostró un paisaje cuando no veías nada ¡Recuerdo todo como si me lo estuviese contando ahora! —hizo una parada como recordando aquello y miró no se sabe muy bien dónde y continuó con la mirada en un Lorian que no se creía lo que ella estaba diciendo.

—Yo quiero hacer lo mismo ahora. Ya sé que ya no eres aquel niño. Han pasado muchos años y pese a que bromeamos en la cafetería sobre si eras ahora un chico o un hombre, ahora no cabe duda de que me gustas porque eres un hombre, así que eres la única persona en este mundo que puede verlo. Eso sí, solo si te dejas llevar por la imaginación y me haces caso como nuestro entrañable Moretti hizo con aquel paisaje en la que se inventó una Roma imperial para hacerte ver un paisaje del que disfrutaste. Solo hay una cosa que sé que no te va a gustar.

—¿El qué? —definitivamente las riendas las tenía ella y Lorian estaba totalmente perdido.

—Vas a estar con los ojos cerrados bastante tiempo escuchándome, así que para nada los abras y solo cuando yo te diga que puedas hacerlo. No tengas miedo, no volverá a pasar lo que pasó cuando te quitaron la venda, ¡confía en mí! Probar no nos va a costar nada y hay mucho que disfrutar.

Chiara le pidió a Lorian que no le soltara de la mano y le dijo:

—Quiero que cierres los ojos y no los abras, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Lorian la miró, no dijo nada, pero asintió y volvió a mirar al techo tumbado junto a ella en esa misma cama. Cada uno en un lado, pero juntos, cogidos de la mano.

—¡Pase lo que pase! Repítelo conmigo.

—Pase lo que pase.

La manera en que lo dijo no le gustó a Chiara y le hizo repetir la frase con otro tono que se oyera mucho más convincente, ya que se escuchó muy desganado y automático. Una vez lo pronunció como ella quería, comenzó.

—No te voy a soltar la mano e igual te asustas en algún momento, pero por favor, tú confía en mí, y para nada los abras hasta que yo te diga —serenamente le explicó—. Ciérralos despacio, que no tenemos ninguna prisa. Esta noche es tan bonita ¡que no podemos esperar a que el sol nos la estropee! —dijo recordando la gran frase de Currito. Y una vez que Lorian los tenía cerrados, ella le dijo mirándole con una voz muy suave y sutil:

—Desde ahora mismo yo soy tus ojos. Los voy a cerrar contigo porque quiero que recuerdes un momento. Ya hace años de ello, pero vuelve con tu imaginación a una consulta de un gran hombre. Quiero que recuerdes mi ciudad desde un precioso ventanal junto a aquel médico del que no sabías que al principio que tenía el pelo blanco y del que salían unas palabras como centuriones, Ferraris por la Via Appia, emperadores que se les iba la cabeza y que comían y comían.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —dijo en alto y sacudido por algo que de nuevo le recorrió todo el cuerpo al oír semejante sorpresa.

—Yo tenía 7 años y recuerdo cómo me lo contó Moretti. Aunque te parezca increíble, casi puedo recordar palabra por palabra todo lo que me dijo de aquel niño. Me marcó de por vida que el color negro que yo veía al cerrar los ojos no tenía nada que ver con el que tenías que vivir tú y que eso era la

oscuridad. Y, sobre todo, que el tuyo iba a ser para siempre. Eso me marcó. Ahora estás conmigo y tenemos los dos un color negro delante. Es el mismo casi para los dos, así que ese va a ser nuestro punto de partida. Moretti te nombró unas alas en los caballos en la cumbre del edificio del primer rey italiano tras la unificación, Vittorio Emanuel II. ¿Recuerdas de qué eran esas estatuas?

—De bronce —contestó con los ojos totalmente cerrados Lorian.

—Justo, de bronce, que no sabías qué era ni él te lo supo explicar. Ahora ya sabes cómo es el bronce, pero olvídate de él. Necesitamos solo las alas, los caballos nos las prestan muy amablemente los caballos; han sido otra de mis debilidades de toda la vida así que nos las dejan para que vayamos al lugar del mundo donde te gustaría estar.

—Chiara, ¿estás hablando en serio? —le sonaba todo un poco ridículo e infantil y más cuando él justo en esa cama con una mujer lo que menos se podía imaginar era estar de la mano, bocarriba y ¡separados! Pero ella seguía hablando suave.

—Dime un lugar, el sitio donde te hayas sentido más a gusto en tu vida. ¿Te parece eso hablar en serio? No sé si me has escuchado antes cuando te dije que confiaras en mí, sé lo que hago. Como veo que no acabas de creer lo que voy a hacer, voy a elegir el sitio yo y sé que te va a encantar. Es muy fácil al comienzo. No necesitaremos esas alas de bronce, ya que vamos a imaginar que estamos en la ciudad donde nos hemos conocido, pero en su sitio más alto, señor matemático, ¿cuál es el sitio más alto de París?

—No me llames señor matemático —le contestó riendo apretando su mano.

—Es que no te estás dejando llevar, tienes el freno de mano echado, Lorian, ¡suéltalo! Y dime, ¿Cuál es el sitio más alto de París?

—La antena de la Torre Eiffel.

—Eso es. Pero allí estaremos incómodos, así que estaremos en la planta de arriba. Tú solo imagina estar allí. No seguiré con esto hasta que me digas con tus propias palabras que estamos allí arriba. —El silencio se hizo en la habitación—. Lorian, no oigo nada... —doce segundos más y Chiara habló con su cara hacia arriba—. Sigo sin oír nada.

—Está bien, estamos en la planta de arriba de la Torre Eiffel en París, Francia, ¿te vale así? —dijo no muy convencido, y casi como cuando un niño se tiene que comer las espinacas de pequeño por obligación. Pero por lo

menos, lo dijo, que era la intención de Chiara. Para ella era un punto de partida.

—Bien, pues aquí estamos. Pero hay una diferencia respecto a un día ordinario, y es que como dices, estamos arriba del todo de la Torre que imaginó y creó Gustave Eiffel. Curiosamente, no hay nadie, ¡solos tú y yo! Es una hora en la que suele haber una especial afluencia de turistas y no hay gente. Es una tarde calurosa de julio, pese a que el cielo esté totalmente nublado, demasiado gris, pero estamos en lo más alto de París. Digamos que tenemos la ciudad a nuestros pies. Son las 5 de la tarde y lo que ves lo conoces de sobra. Has estado muchas veces y me dijiste que te encantaba ver todo París desde aquí, pero tenemos que cambiar varias cosas para lo que te quiero mostrar.

—¡Estás loca, Chiara! —No pudo evitar soltar una carcajada. No creía lo que estaba oyendo, pero por un momento sintió algo dentro de él. Aunque era muy suave y demasiado pequeña, le llamó mucho la atención porque hacía muchos años que no la sentía y era aquella misma sensación que tenía cuando un oculista, tiempo atrás, le contaba cómo veía Roma desde su ventanal, y aquello fue divertido. Así que, agarrado de la mano de la chica que conseguía acelerarle el corazón como ninguna otra lo había conseguido hacer, decidió seguir con esa especie de locura que le narraba Chiara.

—¡Ven! Vamos a dar la vuelta para ver absolutamente todo París de día y asegurarnos de que no hay nadie.

—¿Por qué es tan importante que no haya nadie aquí donde dices que estamos? —preguntó Lorian.

—Te lo diré cuando llegue el momento, no seas impaciente, anda — comentario al que Chiara acompañó un ligero apretón de las manos que tenían cogidas desde hace ya unos minutos, tumbados sus cuerpos hacia arriba y con los ojos completamente cerrados.

Cualquiera que entrara en ese momento en la habitación podría ver a dos personas que o bien habían perdido la cordura, o bien habían fumado algo muy potente.

—Acabamos de dar una vuelta para ver que estamos solos, y ya no va a subir ya ningún ascensor hasta aquí así que... —Chiara frenó en seco en lo que le estaba contando.

—Así que ¿qué? ¿Chiara? ¿Por qué has parado?

—Porque acabo de ver algo, no abras los ojos, ¿eh? Ven, vamos, tú solo

sígueme. Está cerca, como a quince metros. Solo los había visto en fotos, pero sí, está ahí; de hecho, hace casi 100 años que ya no se usan.

—¿Y qué es? —preguntó él, por fin algo curioso y de manera genuina.

—Es un gran interruptor, de los que había cuando la electricidad comenzó a hacer su aparición. Un interruptor de madera muy viejo, de ¡casi medio metro de altura! Y con una parte metálica que es lo que se supone que se tiene que mover. No es como los de ahora, que simplemente tienes que pulsar. Si quieres usarlo, tienes que coger la palanca de arriba y con mucha fuerza, aunque me tengas que soltar un momento la mano, con las dos tuyas tirar hacia abajo para accionarlo. ¿Te atreves, señor matemático?

Esta manera de llamarle le hizo soltar otra carcajada.

—¿Señor matemático? No sabía que eras tan vacilona. ¡Por supuesto que sí me atrevo a encenderlo! ¿Tengo que contar hasta tres?

—Vamos a contar los dos hasta tres, así que cógelo fuertemente y cuenta conmigo... Una... Dos... y... ¡Tres! ¡Ahora!

El silencio invadió la habitación y se metió en todos los rincones de esta, pero sobre todo se metió en la cabeza de Lorian que dijo con nerviosismo:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —con una pasmosa tranquilidad, dejando la habitación con ese silencio durante otros cinco segundos. Era una quietud exactamente igual a la que hay a 100 metros debajo del mar, lo que obligó a Lorian a contestar un poco asombrado porque se esperaba una sorpresa y se la había llevado, pero al oír un simple «nada».

—¿Nada?

—No, espera que mire bien. —De nuevo silencio de más segundos y Chiara dijo: —Absolutamente nada. Todo está igual que como estaba antes. Claro, es muy antiguo, estará de adorno. Bueno, no todo va a funcionar en una fantasía. —Le volvió a apretar la mano y continuó: —Vamos al otro lado, quiero regalarte algo allí. Es algo muy especial que creo que te va a hacer ilusión.

—Ah, ¿sí? Y, ¿qué es? —confuso solo pensaba en no volver a oír ese «nada» que le pareció ridículo. No podía volver atrás con esta locura, pero que empezó a cobrar sentido con lo que ella expresó:

—Aquí está, es un borrador de pizarra, de los antiguos, de los encerados de tiza. Es uno que mi madre ha guardado, ya que ella fue profesora hace muchos años en Italia y ahora te lo regalo con todo mi cariño, y te lo entrego

porque mi madre me dijo que era mágico. Yo nunca lo he usado y solo hay una manera de comprobar si es de verdad es como ella dice. Fíjate, tenemos un típico día parisino, y aunque no llueva está el cielo completamente gris. Tu ceguera te robó un momento que para todos los niños es algo normal y casi rutinario, ya que tú no pudiste borrar de niño la pizarra en la escuela, así que ¡cógelo! ¿Quieres probar el borrador?

—Definitivamente, estás loca. ¿Quieres que borre todas esas nubes con un borrador de hace más de cuarenta años? Yo borro mi pizarra todos los días en la Universidad.

—¡Ey! ¡Es un borrador «mágico» de hace más de cuarenta años! No uno de los de ahora que «solo» borran números y ecuaciones, no te confundas — el tono burlón era evidente y tenía como intención sumergirle más en esa fantasía enfatizando las palabras que quería resaltar. Y por si fuera poco por primera vez Chiara usó autoridad en sus expresiones para exigir algo, quería que lo hiciera y no pararía hasta conseguir su objetivo.

—Vaaale, es un borrador mágico —dijo mientras pensó primero que ya no era el adolescente que todo le parecía divertido, pero él, como persona que conocía el funcionamiento de la mente, sabía que la imaginación es una de las cosas más poderosas para una persona que ha tenido ceguera. Por eso no le fue difícil sumergirse en esa situación junto a Chiara, a solas, en lo más alto de uno de los sitios más bonitos del planeta. Lorian decidió por fin en ese preciso momento cambiar de actitud y llegar hasta el final, pasara lo que pasara, y seguir con algo que, aunque le daba miedo y le parecía ridículo, le podía hacer sentir lo que nunca antes nadie le había hecho sentir.

—Lorian, levanta la mano derecha y con el borrador en alto muévelo ligeramente, ¡mira! Acabas de borrar un pedacito de esas nubes tan grises, y justo por donde has borrado el cielo es totalmente azul, que es casi celestial. ¡Sigue moviendo la mano! ¡Wow, Lorian! ¡Estás quitando el gris del cielo de París! Ahora no pares. Cada vez se ve el cielo más azul y la ciudad está empezando a tornarse en un color soleado y resplandeciente como jamás ha brillado. Hoy sí que vamos a poder decir que es ¡la Ciudad de la Luz! No pares. —Chiara era una gran narradora y su entusiasmo era algo que se estaba transmitiendo perfectamente—. No podemos dejar ni una sola nube, lo que no pudiste hacer de pequeño que era borrar la pizarra del colegio lo estás haciendo ahora con más de 30 años, así que venga, que ya quedan pocas. — Aunque ella no estaba viendo su cara intuía en que él ya tenía una gran

sonrisa en su cara, que estaba reviviendo lo que en Roma pasó—. Mira, solo te queda ese grupo de oscuras nubes y habrás dejado el cielo limpio y cristalino —Chiara no podía ni quería parar y sabía lo que tenía que hacer ahora, así que continuó con más euforia aún—. ¡Sí! ¡Es increíble! No hay ni una sola nube, pero no tenemos tiempo de observar la ciudad. Ven conmigo, que esta vez me toca a mí hacer una cosa. No te sueltes, te tengo de la mano y estamos volviendo donde aquel viejo interruptor que parecía que no funcionaba, Lorian. Sí funciona, pero solo si lo manipula la persona adecuada. Además, necesito que tú mires bien a la ciudad y no al gran interruptor. Fíjate bien, los rayos del sol ahora mismo están entrando en Notre Dame, el Sena parece estar incluso limpio, París está invadida por la luz del sol. Pero tú solo observa porque tengo la palanca del interruptor de mi mano y voy a volver a contar hasta tres, esta vez para que se haga inmediatamente de noche. Esto sí es de locos, pero cariño, tú solo imagina lo que pasa cuando apagas la luz de un pasillo y se oscurece de una manera fugaz. No pierdas de vista lo que tienes frente a tus ojos, Lorian, disfruta de estos segundos, y ¡despídete del sol porque voy a transformar el día en la noche más bonita que se puede contemplar!

Chiara estaba muy acelerada, sudaba debido a su forma de narrar y el calor que se estaba creando en la habitación, pero sobre todo presa de una emoción que la embargaba y que era necesaria para que la fantasía funcionara.

—Una, dos y... —de repente, en la mente de Chiara y de Lorian ocurrió algo que nadie podrá contemplar jamás y que ambos vieron claramente con los ojos cerrados, ya que en cuanto Chiara nombró el tres el interruptor apagó el brillo del sol y el día se convirtió en noche de una manera inmediata. Una impresión visual totalmente fugaz que encendió absolutamente todas y cada una de las casas, de las farolas, de los monumentos, de las aceras, luminosos, barrios enteros e hicieron gritar a un Lorian emocionado:

—¡*Wow*, Chiara! ¿Cómo has hecho eso?

—Lo hemos hecho entre los dos, la noche ha envuelto todo París y ahora mismo todo aparato eléctrico está encendido, la ciudad brilla como nunca, no hay ni una sola cosa que no esté encendida y se ha iluminado ¡solo para nosotros! Ven conmigo para dar la vuelta, justo al otro lado. Sabes que la vista es increíble. ¡Mírala! Pero rápido, porque aún no está como yo quiero.

—Ah, ¿no? —dijo asombrado, para él estaba perfecta. Ella seguía como una niña en Disneyland, viajando a una velocidad muy elevada.

—Necesita algunos retoques, ¡ven! Eso es, ¡mira allí! Está el Louvre, ¿lo ves?

—Sí, claro. Joder, es impresionante como brilla.

Definitivamente, se unió a ella en crear esa fantasía que no sabía dónde le llevaría, pero que, por lo menos, era divertida.

—Aunque la belleza está en su interior, el brillo de sus exteriores hoy resplandece de manera especial, esta noche más que nunca. Pero no te he traído aquí a que vieras la luz de la ciudad en la que vives, que eso ya lo has visto antes. ¡Quiero que veas mucho más! Fíjate como solo tengo que gritar: ¡Que se apague el Museo del Louvre! ¿Has visto? Se acaba de apagar por completo, no hay ni una mínima luz en él. —Lorian, con los ojos cerrados tenía sobre su rostro una preciosa y simpática sonrisa desde hacía un rato y que no quería que desapareciera; seguía escuchando a Chiara que, también con los ojos cerrados, seguía relatando con entusiasmo: —Mira, justo aquí cerca, a mi izquierda, está el Arco del Triunfo. Para este no necesito gritar tanto, así que: por favor, ¡que se apague el Arco del Triunfo!

Cosa que sucedió en la cabeza de ambos.

—¡Sííí! ¡Es genial! Ahora no nos hace falta interruptores, solo hay que gritar más fuerte. Mira, Lorian porque esto te va a encantar: ¡QUE SE APAGUEN LAS FAROLAS DEL SENA! ¡TODAS!

Esta vez las farolas no se apagaron de golpe, sino que fueron haciendo un recorrido ante sus ojos cerrados que iba desconectando a un ritmo perfecto de dos en dos a cada lado del río en un baile perfectamente sincronizando, dejando a oscuras por completo las orillas y los imponentes puentes que cruzan el río en un espectáculo difícil de superar.

La cara de Lorian era totalmente diferente a la de hace 10 minutos, ¡estaba viendo exactamente igual que lo hacía de pequeño, con su imaginación!

—Y Lorian, prepárate porque para lo que ahora voy a hacer tengo que gritarlo más alto, porque ¿sabes lo que vamos a hacer ahora?

—No —dijo nervioso y con la más bella de las sonrisas sobre su cara ya que a estas alturas ¡todo era posible!

—Vamos a apagar todo París —dicho con una serenidad que era justo lo contrario de lo que proponía.

—¿Todo París? Joder, Chiara, nos quedaremos completamente a oscuras.

—¿Tú crees? Yo creo que no, pero solo hay una forma de comprobarlo. Así que aprieta fuerte mi mano porque voy a ordenar, a mandar a toda una

ciudad que apague todas las luces. Agárrate, Lorian. Igual hasta nos oye algún vecino tuyo porque quiero vocearlo bien alto, todo lo fuerte que mi garganta me deje, así que... Voy... —Un nuevo apretón de manos antes de que sonara en la habitación—. Que se apague... ¡TODO PARÍS! —de nuevo unos tres o cuatro segundos de silencio tras semejante chillido de Chiara, que con tono pausado, casi susurrado y muy sereno fue relatando: —Vaya, no ha sido como yo quería que fuera, así todo de golpe, pero ya hay zonas que se están apagando. ¡Mira! Poco a poco, cómo todo aquel barrio a lo lejos, las calles de allí, los paneles luminosos, todo está obedeciendo y todo está tomando ahora ya mucha velocidad ¡Wow! Mira, Lorian, imagínate los miles de hogares, a cada parisino tocando el interruptor de su casa para hacer que nosotros disfrutemos de este momento, y que sea algo único para que tú y yo estemos casi a oscuras. Ya solo queda lo de allí, la zona financiera —de repente, se hizo la oscuridad sobre el suelo de París.

No quedaba absolutamente nada encendido, ni siquiera coches (en esa noche no circulaban por la ciudad). Llamaba la atención cómo quedó todo en total silencio.

Lorian dijo:

—*Wow*, vi la ciudad a lo lejos cuando hubo el apagón, pero ahora estamos aquí arriba a oscuras.

—¡No, Lorian! No estamos a oscuras: mira hacia arriba, mira, sí, el cielo, ¡ahí las tienes! Son como 5 000. ¡El cielo más estrellado que jamás ha visto un ser humano! El resplandor de las ciudades no nos deja ver nunca lo que estamos contemplando, pero hay una cosa curiosa de la que no te has dado cuenta.

—No caigo ahora, Chiara, me parece todo tan..., tan perfecto —le costaba respirar al hablar por la emoción—. Pero ¿cómo sabes tú que ahí hay 5 000 estrellas?



—Porque las acabo de contar y ¿sabes? ¡No falta ni una sola! —Ambos rieron—. No te has fijado en que hay un silencio absoluto, no se oye absolutamente nada que nos llegue de la ruidosa ciudad, excepto nuestras voces, y eso hasta ahora nunca se había visto ni oído en París, ni siquiera en aquella ciudad de los siglos pasados. Pero el silencio, aunque puede ser bonito, muchas veces se puede mejorar, no solo con buenas, bellas o inteligentes palabras, sino que el silencio se vuelve mágico cuando lo llenas con la mejor de las músicas, así que te toca elegir cuál es la banda sonora que quieres poner a lo que quiero hacer ahora.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Lorian sonriente.

—No seas impaciente, tú solo dime una canción que sea muy especial para ti y deja que la magia del momento siga.

—Espera... —pensó durante seis segundos hasta que le dijo a Chiara: — Con la que me levanto cada día, que es la que me hace sentir que tengo la oportunidad de vivir y poder disfrutar otro día más.

—¡Perfecto! ¡Pues que suene!

—¡Espera! ¡Pero si no sabes con qué canción me despierto!

—Tienes razón... Pero yo no tengo por qué saberlo, porque para eso tienes el teléfono móvil, ¿no? ¿A qué hora te suena para que despiertes?

—A las 7 y cuarto, pero en verano ya es de día.

—Trae el móvil, anda, y no abras los ojos, ¡no los abras!, ¿eh? —Chiara,

ya con el móvil de Lorian en la mano y con los ojos abiertos sobre la cama le preguntó: —¿Cuál es la contraseña de desbloqueo?

—Es un patrón, un dibujo un poco complicado.

—Puf, ya volvió a salir el matemático. Tú dime, necesitamos esa canción y no otra, ¡es primordial!

—Vale. Desde arriba justo en el medio, baja tres, vete hacia la derecha del todo, una diagonal y desde el punto de partida escribe como una Z y luego una S pero al revés.

—¿No puedes tener una sencilla L como tiene todo el mundo? ¡Joder, Lorian! ¡Casi te cargas la fantasía! —Ella mezclaba el tono de broma con uno un poco más serio y en vez de buscar qué canción era la que le despertaba todos los días, que sería más difícil, simplemente cambió la hora del reloj y puso las 7 y catorce minutos, con lo que en un minuto sonaría sin saber de qué canción se trataba.

—Estate atento porque vas a oír algo que jamás habías oído. Espera 40 segundos callado. —Esta vez el silencio no fue incómodo, ya que simplemente estaban esperando a que sonara la música. Aprovecharon para acariciarse las manos y sentirse el uno al otro, y la gran cúpula que formaban las estrellas iba a hacer de gigante altavoz, el más grande que se puede imaginar por donde empezó a escucharse la canción con la que todos los días Lorian se despertaba, solo que, en vez de sonar desde el diminuto altavoz de su teléfono móvil, la música les envolvió con más fuerza, volumen, calidad y nitidez de lo que nunca habían escuchado en su vida. La bóveda celeste con sus 5 000 estrellas visibles era ahora el más perfecto altavoz que jamás se había diseñado.

—¡Chiara! ¡Esto es increíble! —definitivamente estaba inmerso en ese mundo ya que una lágrima fue resbalando de alegría pese a tener los ojos cerrados, no se podía creer cómo estaba sonando esa música.

—Aún no ha terminado, la música nos va a acompañar hasta que yo te diga que abras los ojos, pero ahora, desde este rincón de la Torre Eiffel te quiero enseñar algo. Son mis manos. Estos días me he fijado cómo me las mirabas tanto en el café, el primer día como hoy al cenar.

—¿De veras? —dijo sorprendido porque así había sido.

—Sí, y me siento halagada, y mucho.

—La manera en que las usas para expresarte junto a su diminuto tamaño y con la suavidad en que las sueles mover están clavadas en mi cabeza. Creas

como pequeñas coreografías con ellas cuando hablas y es algo mucho más que apasionante.

—¡Vaya! *Wow*, qué bonito piropo. ¡Muchísimas gracias, Lorian! — decía mientras apretaba otra vez la única mano que tenían unidas—. Después de dicho halago no me queda otra que, desde lo más alto de París, echar un vistazo a la palma de mi mano y fijarme en la punta de mi dedo índice.

—¿Por? —Más curiosidad aún por su cabeza.

—Porque ahora sí que necesito la total oscuridad. —De repente, el tono divertido y con voz juguetona de la que era difícil no dejarse llevar por parte de Chiara cambió del todo y su manera de hablar se hizo más seria, totalmente distinta a como se estaba desarrollando todo, lo que pilló por sorpresa a Lorian, que estaba completamente abstraído en la sugerente voz de la joven italiana. Los dos seguían a 276 metros por encima de la ciudad del Sena—. Lorian, solo conseguiremos estar a oscuras borrando todas las estrellas.

—¿Borrando estrellas?

—Shhh... calla —le dijo con una pasmosa tranquilidad como ya inmersa en su nueva tarea—, mira aquella de allí a nuestra izquierda —y es que ahora le hablaba susurrando tan bajo como si hubiese algún vecino al que pudieran molestar por un constante contraste de tonos de voz—. Desde ahora el cielo es como la pantalla de un cajero automático que, además, recuerda que fue donde me conociste. —Lorian volvió a sonreír por tal comentario y su recuerdo de aquel cajero automático—. Pero esta no es una pantalla pequeña, sino la pantalla táctil más grande que pueda haber; del mismo tamaño que el altavoz, tan grande como la bóveda estrellada que tenemos encima de nosotros. Con mi dedo solo apunto y cuando toco ligeramente con total delicadeza donde está la estrella, la apago. Así. ¿Lo ves? He apagado aquella, así que ahora te toca a ti. Dime la verdad, ¿nunca has tenido un sueño en donde con la punta de tus dedos podías apagar estrellas una a una con un ligero toque?

—Pues sí. —De hecho, no hacía mucho que lo había tenido.

—Pues ese sueño lo tienes delante. Extiende tu brazo y vete apagando estrellas. ¡Eso es! ¡Ya van 3! —Mientras Chiara sonreía, le decía: —Ya veo que estás apagando las más conocidas.

Ambos se reían y divertían al hacerlo. Con su dedo apagando estrellas y disfrutando de ello, Lorian paró un momento para decir:

—Chiara, yo creo que me podías ayudar que no es por nada, pero unas 5 000 estrellas a 5 cada segundo son... ¡más de 17 minutos para apagarlas todas!

—¡Ya tuvo que salir el matemático que llevas dentro otra vez! Guárdalo, anda, que te ayudo yo.

—Aunque me ayudes apagarlas, nos llevará unos 10 minutos por lo menos.

—Te he dicho que guardes al matemático que llevas dentro. Hay cosas que son mucho más sencillas. Si quieres apagar estrellas, mira lo que tengo aquí, en mi bolso. Fíjate, ¡anda! Parece un diminuto mando a distancia, así que mira, es tan fácil como pulsarlo y...

—¿Qué pasa? —preguntó Lorian expectante y nervioso porque al callarse Chiara de repente, no sabía qué pasaba. De nuevo con una sonrisa en su rostro Lorian tenía intriga en su interior.

—Que lo estoy pulsando y creo que se le han acabado las pilas, vamos, ¡que no va!

—¡No me lo puedo creer! —Lorian se echó a reír de una forma hilarante y con una carcajada que salía de lo más profundo de su ser porque era lo que menos se esperaba en ese momento que debería de haber sido casi perfecto.

—¡Espera! ¡Un momento! Que si funciona con el mando de la tele de mi casa, aquí arriba igual tiene que funcionar.

—¿Y qué haces en tu casa?

—¡Pues lo que hace todo el mundo! Pensarse que el mando es una coctelera y simplemente agitarlo bien fuerte para que... No sé bien por qué... Pero en mi tele pequeña funciona, a ver ahora. Es una pena despedirse de esta vista tan estrellada, nunca volveremos a ver algo así. Pero antes de que deje de funcionar la sacudida que le he dado al mando lo voy a pulsar. ¡Ahí va! ¡Sííí! ¡Lorian, ha funcionado! Estamos en lo más alto de París a oscuras, solos tú y yo. ¡La oscuridad más absoluta! Es como estuviste tú muchos años, pero esta vez tienes a tu lado a alguien increíblemente cerca y que te desea. Ven aquí, pero no abras los ojos.

Chiara se inclinó hacia él después de llevar tumbados bocarriba durante más de veinte minutos en los que sus cuerpos estuvieron completamente inmóviles. Sus mentes más que activas seguían a casi trescientos metros sobre el suelo y con el acercamiento de Chiara hacia él en la cama, sus caras quedaron a tan poca distancia que Lorian podía sentir el calor que desprendía la voz de ella que ahora le estaba susurrando de una forma como ninguna

mujer le había hablado antes. Y eso que por su dormitorio habían pasado algunas de las chicas más deseadas de todo París.

Esta vez no tenía nada que ver con lo que sus oídos habían escuchado antes. Chiara no dejaba de hablarle, muy despacio, para que esta vez la sintiera muy cerca. Le susurraba que seguían sobre París, una ciudad que había quedado supuestamente a sus pies, ya que no se veía nada desde allí arriba en la Torre.

—Lorian, escúchame, porque estamos llegando a la parte que vas a tener que abrir los ojos. No sé la razón por la cual estamos aquí los dos juntos, pero el caso es que por haber tenido que recurrir a la fantasía e imaginación para que puedas ver ese color que solo yo soy capaz de ver y que creo que tú también lo verás, creo que te tienes que dejar llevar por lo que sientes. Los dos niños que comenzaron con sus locuras visuales ahora no están. El niño Luigi y la pequeña Chiara tienen que irse a dormir ya, que ahora aquí solo están dos adultos que tienen su propia fantasía y que, desde este momento, es muy sexual. Así que, Lorian, tu piel está esperando a la mía. No abras los ojos por nada del mundo y déjate llevar por lo más profundo de tu masculinidad. Quiero que descubras que no solo tengo unas manos suaves, quiero que me toques —cada palabra era más lenta y susurrante en su mismo oído—, estamos en julio y por suerte en la Torre ahora tenemos esta cama flotante tuya sobre la que estamos, así que quiero que me quites la ropa y necesito que acaricies todo mi cuerpo muy despacio y que no dejes zonas sin explorar. Te deseo con todo lo que se puede desear a una persona, aunque me parezca la mayor locura que una a alguien... —Lorian la calló con un beso. No quería oírla hablar más, ya que solo quería tener contacto con sus labios y dejarse llevar bajo la música que no dejaba de sonar una y otra vez de manera que entraba no solo en sus oídos, sino en cada poro de su piel.

Lo que sucedió en la cama justo desde este momento solo tuvo 4 protagonistas, como los 4 dígitos que mostró WAX en buena parte de esta historia. Esos 4 protagonistas fueron Chiara, Lorian, Deseo y Placer.

Entre ellos 4 pasaron un par de horas donde Chiara le recordaba de vez en cuando a Lorian que no abriese los ojos todavía.

Tras dejarse llevar por lo que a ella su instinto le pedía, que era mucha intensidad, él transformó de repente toda esa fogsidad en calma. Las prisas se habían quedado fuera de la habitación y lo que era más importante, no tenían intención de entrar en ella, así que Lorian al principio lo hizo todo tan

despacio que Chiara se desesperaba, pero eso hacía que le deseara aún más. Con el pie sobre el acelerador de las sensaciones, Lorian lo iba pisando muy sutilmente causando unos efectos a los que Chiara no estaba preparada y sentía por cada rincón de su cuerpo el más intenso placer que una persona puede obtener. Todo se fue acelerando de una manera tan suave que tardaron un tiempo indeterminado que no se podría medir en minutos, sino en horas, hasta que llegaron a la más grandiosa cumbre del placer. Una cumbre muy por encima de algo que llaman orgasmo, cuya cima podían divisar desde donde estaban y que los dos conocían de sobra de sus relaciones pasadas. Ahora mismo, con la respiración a un ritmo elevadísimo, igual por la altitud de dicha «cumbre de placer» se sentían bastante por encima del mismísimo monte Everest.

Solo había una diferencia. En vez de sentir un frío que es mortal al estar a más de 8 000 metros por encima del mar, la calidez y unas diminutas gotas de sudor flotaban por la piel de dos cuerpos que seguían con los ojos cerrados.

Chiara intentó decir algo, pero el ritmo de su respiración en primer lugar casi no la dejaba pronunciar nada y el dedo índice de Lorian se posó en su boca junto a un susurrante *¡shhh!* la hicieron ver que necesitaba más tiempo para recuperar el aliento y que sobraban las palabras en ese momento.

La música seguía sonando y llegó un punto en que uno de los dos tuvo que hablar.

—No abras lo ojos aún, ¿vale? —dijo muy seria Chiara, a lo que contestó Lorian:

—¡Me has dejado sin fuerzas ni siquiera para abrir los párpados! —Ambos volvieron a reír después de una muy placentera seriedad.

—Solo falta una cosa para que los abras, aunque ahora soy yo la que tiene miedo —decía ella continuando con los ojos cerrados.

—¿Y por qué tienes miedo?

—Por si no lo ves y sigues viendo «ese» simple violeta que nombraste antes que no es que te entusiasmara especialmente.

Lorian juntó su cara otra vez con la de Chiara y le dijo con una mano apretando cariñosa pero fuertemente su mejilla:

—No me importa el poder o no ver ese color. Me importas tú; yo hice el artefacto que lo está proyectando iluminando la habitación y que tanto has buscado. ¿Te parece poco?

—¡Es una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida! Pero ¡claro que

me parece poco! Ha llegado el momento del que antes yo te hablaba. No abras los ojos, los voy a abrir yo y te lo voy a intentar describir.

—¿Y si no lo veo como tú crees que puedo verlo?

—¿Y si...? ¿Y si...? Puf, Lorian. Pues los volverás a cerrar y probaré con otra cosa. ¡Pero no pararé hasta que te pueda describir cómo es! —le dijo mientras le acariciaba uno de sus brazos.

Tras recuperar el aliento y con el reloj interno de ambos completamente parado, los dos estaban en este instante en un estado de felicidad extrema, pero con unos matices de nerviosismo que iban acrecentándose. Chiara, que ya podía hablar con normalidad en su respiración, le dijo de manera dulcemente a Lorian:

—Ha llegado el momento del que habíamos hablado. Tengo que reconocer que no sé si esto va a funcionar, pero si hay una sola persona que puede ver de la misma manera que yo veo el color que tiene el techo solo puedes ser tú.

—¿Por qué dices imaginar? ¿No me decías que lo iba a ver? —contestó con los ojos cerrados aún.

—La única que lo ve realmente soy yo y con certeza matemática como dices tú, Lorian, no tienes el poder visual mío, pero tienes la imaginación intacta de aquel niño de Roma. Ese niño sigue muy vivo dentro de ti y por eso es tan especial estar aquí junto a ti. Después de todo lo que acabamos de hacer, te voy a pedir que abras los ojos muy despacio y que me vayas describiendo lo que ves, ¿vale?

—Tengo miedo, Chiara —dijo preocupado—, hacía mucho que no pasaba de forma consciente tanto tiempo con los ojos cerrados y después de cómo has hecho que me llevaras por tu imaginación, ha sido todo tan real como la manera en que hemos hecho el amor.

—Abre los ojos —le dijo sin vacilaciones a lo que Lorian poco a poco fue moviendo sus párpados para que entrara la luz, una luz que ya estaba entrando con ellos cerrados, pero de manera muy tenue a través de los párpados cerrados. Al abrirlos observó el techo.

—Este no es el color de cuando cerré los ojos, pero ¿es este el color que decías?

Haciendo tal pregunta con un tono calmado como estaba el ambiente en la habitación, ahora había una novedad y era que tenía a los dos jóvenes con los ojos abiertos después de mucho tiempo. Chiara le contestó de manera tranquila:

—No. Porque si lo hubieses visto te hubieses quedado sin palabras, no podrías haber dicho nada o, si acaso, habrías exclamado y no habrías hecho esa pregunta. Pero no te preocupes, contaba con ello. Ahora me vas a escuchar, pero con los ojos abiertos. Primero mírame a mí.

La seriedad y seguridad con que ella hablaba daba a entender que sabía perfectamente lo que hacía. Lorian la miró. Hacía mucho rato que no veía su rostro por estar con los ojos cerrados y contempló algo que no había visto en su vida, y era «ese algo» que irradiaba la cara de Chiara. Su rostro emitía la luz que recibía desde hace 25 años junto a una paz nunca vista en el rostro de una persona. Justo desde el momento en que su padre corrió la cortina cuando ella nació y recibió los rayos del sol quedando como impresos en su imperturbable cara.

Ahora eso que irradiaba su rostro lo hacía con el tono que la caja de cristal iluminaba y era lo que estaba viendo Lorian.

Se podría resumir la sensación que tuvo diciendo simplemente que se pasaría lo que le restaba de vida mirándola como la estaba viendo ahora, dejando todo su mundo a un lado por contemplarla como lo estaba haciendo. Pero tras un minuto, Chiara le dijo que mirara hacia el techo, a ese color violeta.

Lorian hizo lo que ella cariñosamente le ordenó y le empezó a hablar a un solo centímetro del oído centrándose solo en él.

—No sé por qué lo que llevo buscando años y años, llegando incluso a estar a veinte grados bajo cero. Ha aparecido en la habitación de alguien que me llamó por teléfono tan solo hace unos días; es de locos —le decía al oído olvidándose del color y solo centrándose en él y en decir lo que sentía de una manera acorde con la noche que estaban viviendo. Aquello que salía de su dulce boca entraba a través del oído y así lo podía procesar el prodigioso cerebro de Lorian. Ella quería soltar lo que tenía dentro, por lo que, para intentar buscar sus sentimientos más profundos y desconocidos, incluso buscando ella misma en su interior al seguir hablando también cerró los ojos con una mano en el rostro del francés—. Me has hecho el regalo más bonito que me podías hacer, y me gustaría compartirlo contigo. Llevo un tiempo buscando las palabras justas para poderte describir «eso» que estás mirando, y creo que tengo una última oportunidad de que lo veas —las palabras de Chiara eran tan bonitas, tan dulces y, sobre todo, implicaban un amor tan profundo que hicieron que las pupilas de Lorian se dilataran de una manera

espectacular. Al igual que la droga más potente inyectada en sus venas, ahora su cerebro estaba tan rebosante de felicidad que en sus ojos por los mecanismos del propio organismo hicieron que esa luz que tenía en el techo comenzara a cambiar. Ella notó que en él se estaba transformando algo. Era muy sutil, pero en una cama, cuerpo con cuerpo, tan cercanos, lo sutil se hace inmenso y Chiara estaba empezando a lograr lo que quería, así que siguió diciéndole cosas para que él no pudiera decir nada y solo se centrara en observar el techo. Este poco a poco iba cambiando de tonalidad ante los ojos de Lorian hacia un violeta más oscuro, un violeta que ya no debería ver, que estaba fuera del rango de lo que un ojo humano puede divisar pero que él estaba contemplando perfectamente. Chiara siguió cada vez más susurrante y sugerente e incluso más cercano al lóbulo de su oreja junto a un Lorian que era evidente para ella que estaba poniéndose nervioso y al que, lo que le estaba diciendo, le producía un efecto demoledor. Él sentía además el calor que salía de su dulce boca, que no paraba de susurrarle. ¡Era la mezcla perfecta entre lo que ella decía y cómo se lo decía! Así que sus últimas palabras para que viera el color que solo ella había contemplado en los ciento y pico mil años que llevaba la humanidad pisando la esfera terrestre y que en tan solo unos segundos Lorian iba a ser capaz de imaginar fueron:

—Antes has nombrado que cuando jugabas con las nueces sentías el sol, no lo podías ver, pero te hacía sentir vivo. Lorian, no sé la razón de por qué esa caja me muestra lo que llevo años buscando, pero lo que tengo bien claro es que yo quiero ser aquel sol. ¡Sí! ¡Aquel que nunca pudiste ver de niño! Que ahora te dé calor, que ilumine tu vida. Ese mismo sol no consiguió deslumbrarme a mí al nacer aun mirándolo de frente y que quizá creó el secreto que esconden mis ojos. Así que yo quiero ser precisamente ese sol, pero con una diferencia, hasta él cuando llega la noche te deja a un lado porque se va a dormir. Yo quiero estar contigo siempre, y mientras tenga fuerzas me tendrás a tu lado. Escúchame bien, no lo dudes, no lo dudes nunca —a lo que acompañó un beso muy suave sobre su mejilla; tan suave que él ya no era consciente del mismo porque, por fin, en el techo estaba viendo algo que nunca había visto desde que en la mitad de su vida unos médicos le regalaran el don la vista.

Lorian no dijo nada, ni falta que hacía porque ahora estaba disfrutando muy serio de aquello que estaba por encima de ellos que era de una belleza de la que no daba crédito.

Una seriedad por fuera que contrastaba con la rebosante felicidad interior de sentir a una increíble chica a su lado y por fin imaginar y sentir algo que ninguna persona más que ellos dos podrá llegar a ver nunca, además de la forma en que lo estaban haciendo, disfrutando plenamente:

¡EL COLOR QUE NO EXISTÍA!

DOS DIAS DESPUÉS

Lorian llamó a Chris para contarle todo lo que le había sucedido, intentando guardarse los detalles más íntimos como siempre fue costumbre en él, y para sorpresa del californiano que estaba con su teléfono pegado a la oreja en la costa oeste de los Estados Unidos, Lorian acompañó el relato de estos últimos días con un inesperadísimo:

—Desde ayer entre Chiara, el martillo más barato que quisimos comprar y yo mismo hemos hecho trizas lo que tantas sorpresas, que han sido de todo tipo nos ha mostrado WAX estos días. No queremos ninguna más mientras estemos en mi habitación. Así que, cada vez que quiera oír algo referente a dicha palabra, me tendré que conformar con disfrutar de la música en YouTube para escuchar tan brillante canción, aquella con la que le pusimos nombre a la caja y al proyecto —le dijo con una tranquilidad que contrastaba de manera escandalosa con la de cientos de horas que habían trabajado en ella, con la de quebraderos de cabeza que sus propias matemáticas le habían hecho pasar para haber llegado a crear tan magistral dispositivo electrónico. Pero Lorian ahora estaba tan sumamente feliz, como subido en una elevadísima nube, que hizo que esa tranquilidad y, sobre todo, esas horas de trabajo, las hiciera trizas, y decidió guardarlas en el interior del viejo reloj de su vestíbulo que tanto tiempo llevaba parado. Todos los cristales de una caja que antes tenía una línea y un diseño casi perfectos ahora estaban machacados en cientos de pequeñas piezas rotas que eran brillantes cuando reflejaban la luz. Ahora pasarían y estarían ocultas en las mismísimas y oscuras entrañas de aquel viejo reloj parado de la entrada. Qué curioso, ¡el reloj responsable de su amor por las matemáticas! Allí, esas piezas de cristal se encontrarían bien cómodas. No cabe duda de que harían buenas migas con el viejo mecanismo que tenía y que le enseñó a Lorian de pequeño a amar las matemáticas. También tendría en su interior lo que había logrado con ellas, una singular mezcla del pasado y del futuro que a partir de ese momento permanecería en la entrada de su casa. Carentes de vida, allí reposarían para siempre junto a las viejas agujas o manecillas que una vez le enseñaron qué

eran los números cuando de niño era ciego y las palpaba con sus pequeñas manos.

Chris, su socio en esta aventura tecnológica que con tanta pasión comenzaron a desarrollar el dispositivo, no se podía creer lo que habían hecho con WAX:

—¿Me estás hablando en serio, Lorian? ¿La habéis destruido? —contestó un cariacontecido californiano, que tenía mucha información que darle a Lorian sobre lo pasado y se llevaba esta sorpresa de entrada.

—Sí, ¿Quieres saber en cuántos cristales? —le contestó Lorian muy tranquilo.

—¡No! ¡No! Deja, porque si la habéis tomado a martillazos con la caja de cristal seguramente no habréis dejado nada más grande que el tamaño de una moneda de 1 centavo de dólar —La manera de decirlo llegó desde las orillas del Pacífico con un sonido casi intacto.

—¡Justo! Aunque una parte de mí se iba con cada martillazo, creo que fue lo mejor y ¡Chris! Ya ves las cosas que tiene esta vida que nos ha tocado vivir. Si he destruido a WAX lo he hecho por una sencilla razón: ella por fin vio y encontró lo que tanto y tanto buscó y yo, fijate que curioso, encontré lo que no estaba buscando ¡que ha sido a ella! No podemos pedir más y, sobre todo, no queremos más sorpresas. Que se ocupen otros de la dichosa intuición. Casi me arruina la vida una de los miles de palabras del diccionario como es precisamente esa: ¡la de la INTUICIÓN! Chris, he desterrado ese término de mi diccionario. Incluso le he dicho a Chiara que no me la nombre más; ya sabes que las chicas siempre son muy dadas a hablar de su famosa «intuición femenina» —después de este comentario divertido Lorian se puso mucho más serio para decirle:—, y amigo, ojalá te pudiera describir cómo es ese color, pero me temo que aunque haya mucha confianza entre nosotros, nunca conseguiría hacértelo sentir y jamás, por bien que explique en clases a mis alumnos, podre explicar lo que significó verlo como lo vio ella también. Te daré más detalles este mismo verano, ya que hemos hablado acerca de ir a veros a Katherine, a ti y al niño para que conozcáis a alguien más que especial. Es como un ángel que, en vez de caer del cielo, en este caso salió corriendo de un cajero automático. Si viene un ángel del cielo se supone que debería de ir hacia ti. Ella fue todo lo contrario, ya ves, ¡salió corriendo alejándose de mí y del cajero! ¡Es curioso cómo nos engañan con la manera que se te puede aparecer en tu vida un ángel! El cine tiene mucho que ver con

esta apreciación —Lorian se reía de su propio comentario—. En breve conoceréis a Chiara porque además ella tiene muchas ganas de conoceros, ¿vale?

—¡Por supuesto! Me encanta tu tono, desprende muchísimo entusiasmo cuando hace solo unos días te temblaba tanto la voz de miedo. Pero Lorian, volviendo al asunto de por qué ha sucedido todo esto tengo algo que contarte.

—Dime —dijo extrañado Lorian.

—Quiero que escuches la dimensión acerca de lo que estamos hablando. Un día te pregunté por el número de playas del planeta y me dijiste que era incalculable. Para que entiendas, tú que eres matemático, lo que significa el término incalculable sin llegar a ser infinito que ya sería imposible de calcular, quiero que te imagines lo siguiente: ¡una tela de araña! Sí, has oído bien Lorian, tan simple como eso, una tela de las que crean las arañas. Con sus hilos y su peculiar forma tan perfectamente geométrica que todos conocemos y hemos visto. Pero ¡ojo, muy importante! Que tenga estas características: imagínate que cada persona de nuestro mundo se agarrara a quien tuviese al lado de la mano y que los que estuviesen cerca se juntaran a ellos haciendo que de cada mano humana se unieran otras 5 o 6 manos que estarían conectadas a otras tantas en su otra palma. Eso es fácil de imaginar porque lo que tendríamos sería algo con forma de red o lo que es casi lo mismo, una tela de araña, ¡tendríamos una red de personas como tú o yo Lorian! Esa red de humanos actualmente es de seis mil millones y va creciendo. No está mal, ¿no?

—Desde luego que no, Chris. Esa es la población mundial estimada hoy en día. Continúa, te escucho. —Lorian empezaba a estar intrigado por tal forma de plantear lo que le quería decir su amigo.

—Vale, pues ahora que tienes en tu mente la imagen, una red tan increíblemente grande de personas cogidas por sus manos, tendríamos la forma de una inmensa tela de araña donde si desde un lado alguien apretara su puño para que los siguientes también lo apretaran, pudieran intentar llevar ese golpe de mano al siguiente. Al final, llegaría dicho apretón inicial hasta el otro lado de la red por increíble que parezca, es decir: ¡estarían todos conectados con todos! ¡Miles de millones de manos interconectadas!

—Ojalá fuera tan sencillo que la Humanidad estrechara sus manos para hacer eso que te estás imaginando, amigo. Viviríamos en otro mundo diferente —contestó Lorian con anhelos de un mundo mejor.

—La verdad es que sí, pero olvídate de ese idílico paisaje de toda la Humanidad cogida de la mano formando una tela de araña. Solo me importa que seas capaz de ver su dimensión.

—Como matemático que soy, créeme que me hago a la idea de manejar tales números tan inmensos —bromeó con él.

—Pues ahora la cosa es cuando se pone desgraciadamente inimaginable Lorian, pero que es la clave de todo lo que ha pasado.

—¿La clave de todo? Chris, joder, ¡olvídate! No sé dónde quieres llegar, pero escucha: ¡ya no hay ninguna caja! ¡WAX es his-to-ria! —le dijo con unas ganas locas de no hablar más del tema hasta que no se vieran en persona. Incluso estaba enfadado.

—¡Joder, Lorian! ¡Ya veo que sigues cerrado en banda para algunas cosas! —El tono esta vez no tenía nada de divertido—. ¡Pareces ser de nuevo aquel que me daba bofetones en aquella playa cuando yo estaba inconsciente! «Deja de golpearme la cara», te dije aquella vez de manera repentina. Hoy te pido, no, mejor: ¡hoy te ordeno que me dejes hablar! Así que, por favor, cállate y escucha —no solo había aumentado el volumen de su voz que se elevó de una manera muy escandalosa, sino que la vena que le salía en el cuello se hinchó en señal de exasperación al decir estas últimas frases.

Lorian en ese momento se asustó y entendió que era importante lo que le iba a decir y se relajó un poco, ya que tenía tiempo libre para poder hablar en ese mismo momento con el móvil.

—Está bien Chris, perdona. Es que WAX descansa hecha añicos y ha sido todo tan... Mmm... —no sabía cómo calificarlo y por fin Chris empezó a contar todo lo que había averiguado:

—Lorian —su tono era de nuevo tranquilo casi de una manera mágica y volvió al punto donde estaba, es decir, donde todo ser humano que existía en el planeta se cogía a varias manos de sus semejantes formando esa gran red imaginaria tan inmensa—, esa tela de araña que formaríamos los humanos al estar en contacto piel con piel, estarás conmigo que estaría llena de vida. Más concretamente de ¡tantas vidas como personas de este mundo! Pues bien, desde hace tan solo unos años los que formamos esa gran tela de araña hemos ideado y desarrollado algo increíblemente más grande (¡por difícil que parezca!) pero con la misma forma, una tela de araña que antes no existía y que, gracias a nuestra inteligencia, hemos creado de manera paralela a la nuestra para mejorar nuestras vidas: ¡Internet! Su tamaño es tan grande que es

casi incalculable, pero ¿sabes en qué se diferencia de la primera tela de araña formada «solo» por seres humanos? ¿No?

—Sí, Chris. Internet carece de vida, es algo obvio. Es pura información. Son datos, servidores, códigos, números que lo convierten en una herramienta que al igual que descubrir el fuego en su momento o la invención de la rueda cambió de forma radical nuestras vidas para, desde luego, mejorarlas — ambas voces contrastaban, ya que el californiano era todo entrega al hablar y Lorian se dedicaba a darle simplemente la razón, pero sin ningún entusiasmo, solamente se dejaba llevar por lo que oía y a lo que tenía que dar su incuestionable razón.

—¡Así es! Lorian, escucha bien porque ahora es donde empieza lo fundamental —se tomó un par de segundos de respiro para decirle—. He querido ir al origen de todo tu problema en la noche del apagón, y me llamó tanto la atención el hecho de que se fuera la luz de todo París justo cuando pulsaste la tecla Enter como me dijiste en una simple búsqueda de Google, que no cabe duda de que eso fue tan extraordinario que no lo pude pasar por alto y ese ha sido el principio por donde he querido investigar, y lo que vas a oír, Lorian, ¡no te lo vas a creer! —Chris iba a comenzar a argumentar algo que su gran amigo francés iba a escuchar casi sin creerlo—. En Google, es decir, en sus propias instalaciones, tengo la suerte de tener un amigo que ha sido de una ayuda de suma importancia. He podido estar dentro de su increíble empresa investigando junto a él, y justo en el momento del apagón de París hubo un ordenador en un lugar exacto que tecleó la frase «El color que no existía». Justo al pulsar Enter, desde ese preciso ordenador y no en otro, inmediatamente después se empezaron a caer uno a uno todos los sistemas informáticos de la capital de tu país, pero solo los que tuvieran que ver con la electricidad, iluminación, alumbrado. Así llegó la oscuridad total de manera repentina a París como me contaste. Escucha esto, diariamente se realizan más de 2 500 millones de búsquedas en Google, pero justo esa simple frase causó aquel inimaginable caos. Lorian, escucha —tras un solo segundo de pausa le dijo —, ¡era tu ordenador! —todo esto último lo dijo tan tranquilo Chris que daba hasta miedo, una frase que hizo que pareciera que no había tantos miles de kilómetros de distancia entre ellos y que, pese a no tenerse delante, se estaban mirando a los ojos fijamente.

—¿Y cómo sabes que fue el mío? —preguntó intrigado, aunque curiosamente tranquilo.

—Porque tengo delante de mí gracias a Brayden, que es quien me ha ayudado, todo tu historial de búsquedas en Google. Lorian, en estos últimos años has puesto como una lupa desde tu ordenador en cosas de lo más variado. Tu curiosidad la tengo justo ahora redactada frente a mí, has sacado información de todo tipo, como por ejemplo de la mujer que ha tenido más hijos en la Historia, o cientos de biografías de gente poco conocida en principio. Te pierden los lugares más curiosos del planeta y, sin embargo, no has viajado en avión apenas, has usado tu pantalla para conocer el lugar donde vivimos o la visualización de todos los vídeos que te han llamado la atención. Incluso las conversaciones de la que llamaron la mujer más fea del mundo... —Lorian soltó un atónito «perooo...» que fue interrumpido inmediatamente por Chris, que siguió en su explicación—, has hecho tantas búsquedas de cosas que se salían de lo común que desde luego llama la atención, ¡y mucho! Porque cada vez que entrabas en una de esas páginas a buscar información dejabas un rastro, como una huella, y gracias a Brayden me ha podido contar, hemos podido ver e incluso imprimir cada vez que rastreabas tales historias tan curiosas. ¡8 854 búsquedas, Lorian! Ni una más ni una menos. Esa es la precisión de la que estamos hablando, como ves no me estoy inventado absolutamente nada.

Chris hizo un silencio para que pudiera hablar Lorian, pero este no tenía palabras al oír que su amigo sabía todo lo que había buscado a través de Google estos últimos años.

Como no salió ni una sola palabra de la boca del francés, Chris siguió con algo que le dejaría más cariacontecido todavía a un Lorian que seguía con su teléfono pegado a la oreja pero que ahora tenía gotas de sudor ante el contacto de su teléfono móvil.

—Tengo que decir a tu favor que no has entrado desde tu dormitorio en ninguna página pornográfica, lo cual me ha llamado mucho la atención porque ahí en mi ordenador estaría cazado —Chris rio y sintió que la risa era devuelta por Lorian por tal sinceridad—, pero entre esas 8 854 búsquedas que hiciste —se volvió a poner serio—, desde tu ordenador, el de tu habitación, hubo una especial. Tu afán de descubrir cosas nuevas te llevó a teclear una en concreto...—.

Chris hizo un nuevo silencio extenso con mucha intención.

—«El color que no existía» —dijo Lorian muy serio tocándose la frente, pero sereno recordando aquel momento en que su dedo índice pulsó tras

dicha frase el botón del Enter en su ordenador.

—Justo.

—Pero no entiendo aún.

—Lorian, ya me compensarás con una buena cena, porque creo que lo que vas a oír lo merece, ¿qué me dirías si te dijese que el que se apagara todo París lo provocaste tú al hacer esa búsqueda? ¿Que no fue una casualidad? — el silencio se hizo en la comunicación ya que Lorian estaba como el día en aquella cafetería sin tener palabras que pudiera decir; se acababa de quedar bloqueado e intentaba volver a que fluyeran algo sus pensamientos por lo que Chris al no escuchar nada siguió diciéndole: —Esa misma frase que tecleaste había sido escrita bastantes años antes que tú por otra persona. Puede que dos quizás, porque fueron desde ordenadores de París y Roma ¡tecleada hasta en 17 ocasiones! según hemos podido ver Brayden y yo en los historiales de Google —Chris tiró de ironía al preguntarle a su gran amigo—. Lorian, ¿conoces a alguna persona que tenga vínculos especiales con las capitales de Francia y de Italia y que haya podido escribir y teclear «el color que no existía» en algún ordenador desde esas ciudades, alguien que incluso pueda llegar a ser una mujer jovencita?

—¡No me lo puedo creer!

—Pues sí amigo ¡«Nomelopedocreer» Bachellini Maschera!

—Pero... —de nuevo Chris le volvió a cortar diciendo.

—Lorian, escucha. En el momento en que escribiste «El color que no existía» ocurrió algo que nunca se había dado en la Historia. La increíble tela de araña llamada Internet de la que te hablé antes hasta ese momento tenía una característica principal. Por muy moderno, rápido, cómodo, preciso, o exacto que sea, Internet no tenía vida, como tiene la primera tela de araña, la que formamos los humanos. Pero al pulsar aquel «Enter» en tu ordenador algo cambió por primera vez y donde aparece justamente WAX, nuestra caja, que hizo que la segunda tela de araña por primera vez en la historia ¡cobrara vida! Es como si ella misma con una imaginaria jeringuilla y toda esa intuición de la que la dotamos se autoinyectara en la Red, en Internet y desde ese momento podía moverse por donde quisiera y tener el poder de ordenar hacer cosas solo por un factor ¡el de la intuición! Esta es la clave Lorian, por primera vez dos increíbles mundos se han unido causando un caos total, porque desde ese momento WAX ya tenía el poder de decidir qué hacer e intuyó que tenía que apagar todo París y mostrarte justo a tus espaldas 4

números. Es decir, ¡nuestra caja de cristal ha dado vida a Internet por primera vez en la historia! WAX ha tomado sus propias decisiones, ha cogido por decirlo así las riendas de todo sistema informático que estuviera conectado de una u otra manera a Internet. La inteligencia artificial jamás tendrá sentimientos, eso solo los podremos tener de manera genuina los seres vivos, nunca se podrá ver a un robot llorar la pérdida de un semejante suyo porque las máquinas u ordenadores jamás podrán tener sentimientos como los tenemos nosotros, pero tú conseguiste algo para lo que no estamos preparados aún y que yo, que soy informático, calculo que seguramente se podría llegar a conseguir, pero no pasados por los menos ¡tres o cuatro siglos más, Lorian! ¡Y eso es mucho! Estamos hablando de más de 300 años ¡y gracias a tus matemáticas lo habías logrado justo ahora! Al introducir en una inteligencia artificial como era WAX algo tan humano como la intuición, y perdona que te repita la palabra que has decidido no volver a nombrar, esta es un presentimiento, es decir, algo que no llega a ser un sentimiento pero que ya tiene capacidad de pensar por sí misma y así has hecho posible realizar el milagro, el poder de circular por la tela de araña a sus anchas, por todos sus recónditos rincones. ¡Lorian, lo que has creado con tus números y ecuaciones ha sido juntar dos mundos tan diferentes que el resultado como has podido comprobar es una auténtica bomba de relojería! Has conocido a Chiara, sí, pero para ello ¡casi te hace enloquecer! Si te mostró esos 4 números fue porque intuía, basándose en los historiales de los que poseía WAX, de que tú y ella os deberíais conocer y, por eso, te mostró el PIN de su tarjeta de crédito.

—Pero si quería que nos conociéramos, ¿por qué no escribió su nombre directamente en los hologramas? Así la hubiese conocido de una manera fácil, no tiene sentido.

—¡Sí lo tiene, Lorian! WAX la hicimos entre los dos, pero lleva en su programación tu misma personalidad, una programación de no hacer nunca daño a nuestros semejantes y a ser como tú eres, pero en su variante más electrónica o digital, WAX quería hacerte ver el tremendo peligro de lo que habías creado a su manera, porque usando otra vez la palabra INTUICIÓN, y perdóname por repetirla, ella intuía que era la mejor manera de que supieras lo que habías creado ¡hasta el punto de que casi te hace enloquecer! ¡Joder! Lorian, lo que hemos diseñado gracias a tu prodigiosa mente es tan sumamente potente que haría que la humanidad pronto desapareciera. La otra tela de araña que los hombres creamos para mejorar nuestro mundo empezara

a tomar decisiones por su cuenta, teniendo acceso inmediato a todo sistema informático, incluidos esos sistemas donde se puedan controlar y disparar las armas más devastadoras para nosotros ¡sin que una mano humana las disparara! En resumen, ¡el principio del fin de la Humanidad!

—¡Dios mío! —Lorian estaba empezando a entender todo lo que le seguía contando de esa manera tan vehemente.

—WAX te mostró 4 números que eran los de su tarjeta de crédito, pero no provocó el accidente del coche, ni lo del invidente que me contaste. Todo aquello fue casualidad como yo te dije.

—Pero ¿cómo sabía WAX que yo iba a estar en ese cajero?

—No lo sabía, simplemente te los mostró. Sabría que tarde o temprano darías con ella y usarías esos 4 números de su tarjeta de una u otra manera, o bien ya habiéndola conocido o sin conocerla. Intuyó que iba a resultarte importante tener esa información del PIN suyo. ¿No quisiste adivinar la cantidad de la cuenta en la cena para sorprenderla? —dijo tranquilamente Chris después de haberse entregado en la forma en que contaba todo.

—¿Cómo demonios sabes que intenté adivinar la cuenta? ¿Has hablado con ella? ¿Con Chiara?

—No he tenido el placer aún, pero tampoco me ha hecho falta, porque sé todo lo que dijisteis en esa cena, de lo que hablasteis, del color cereza de su vestido que tanto impacto te creó —y Chris se calló porque esperaba una inminente pregunta que no tardaría en llegar.

—¿Pero cómo cojones sabes tú todo eso si estábamos solos ella y yo cenando? Había mucha más gente, pero no nos oían. —Lorian volvía a perderse y no entendía nada.

—Lorian, aquí has picado de ingenuo, quizás porque tu «cabecita» estaba ya demasiado ensimismada en haber conocido a una increíble chica —dijo muy serio tras lo que justo después le dijo desde San Francisco—. Lorian, mira ahora mismo tu muñeca, ¿qué llevas puesto en ella?

Su amigo le hizo caso desde París.

—Joder —el joven italofrancés se acababa de dar cuenta de todo. Por fin y cerró los ojos como en señal de que cómo no había caído en tal obvedad.

—Sí, Lorian. Tu reloj no sé de qué marca es, ni me importa, pero tengo claro de que no tiene un mecanismo de engranajes, o de ruedas dentadas de cualquier reloj de los años 90 por muy caro que sea. Llevas puesto un reloj digital, que está conectado a Internet en todo momento y eso es Lorian,

¡hacer que todo lo que has dicho lo ha oído WAX! Así supo en qué momento estaba para poder tomar nuevas decisiones por ella misma sobre la marcha. Por si te queda alguna duda, tengo aquí todos los folios de lo que ocurrió en esa cena, incluida la cantidad de la cuenta, 67'55 euros y los ¡escasos céntimos por los que fallaste en tu portentosa predicción! Creo que este verano tendremos mucho de qué hablar, pero me alegro de que destruyeras la caja; la mía, ya sabes que está inactiva y esperaré a que estéis aquí para hacer lo mismo que vosotros. Y te vas a quedar de piedra cuando veas cómo interpreta una máquina los gemidos de placer de una persona en la cama. Creo que te vas a divertir un rato, aunque esto sea algo que veremos tú y yo en secreto. Dejaremos a Chiara sin saber nada de lo que ha pasado. Es hora de disfrutar del presente amigo, así que entiendo tu decisión.

Lorian se echó a reír pensando en cómo se pudo interpretar los sonidos que emite un ser humano al dejarse llevar por sus más profundos sentimientos hacia otra persona.

—Gracias, Chris, por todo. Esa frase acerca de disfrutar el presente no se nos debe olvidar nunca porque ya me acabo de dar cuenta, gracias a ti, de la dimensión de todo. Como tantas veces hemos hablado tú y yo largo y tendido sabemos que existe solo el presente, se me parte el alma el hecho de pensar que algo que no exista como tal. El futuro, que es una simple palabra pero que deja de lado a mucha gente a la hora de disfrutar este gran regalo que nos dieron llamado ¡vida! Dejemos el futuro o eso del destino para la gente que usa su cabeza para pensar en lo que pudiera pasar en vez de disfrutar de lo que está ocurriendo ahora, ¡en este mismo momento! Nos veremos este verano y te presentaré a Chiara, el ángel que me cayó del cielo pero que tuvo que salir corriendo y que no dejó su zapato perdido, ¡pero sí su tarjeta de crédito! Un gran abrazo, amigo mío.

—Qué romántico te pones cuando dejas las matemáticas de lado. Pero Lorian, escucha esto: por último, para que comprendas bien el «factor casualidad» en el que tanto he insistido, que el otro día no te pude contar por la reunión que tenía prevista y por la que te tuve que colgar. Recuerdo muy bien cómo estabas, ¡al límite de la preocupación y la locura hace tan solo unos días! Y todo porque WAX, según tú, parecía estar leyendo el futuro al pensarte que tenía el poder de adivinar cosas que aún no habían ocurrido y yo te dije que no te cerraras la puerta a la casualidad. Se me viene a la cabeza — Chris le explicaba con una sonrisa todo lo que quería compartir con Lorian—,

cómo te cerrabas en banda en esta opción y quiero contarte 4 casos que son tan increíbles como lo que te pasó a ti y que además están registrados, ¡reales! Y además son 4, como los 4 números que casi te hacen enloquecer. Qué curioso, ¿no?

—Te escucho, Chris —Lorian era todo atención otra vez.

—En primer lugar, ¿qué probabilidades puede haber de que una chica con un nombre y apellido poco común escriba su nombre en un globo con un papel pegado a él en el jardín de su casa y suelte el globo al aire para que al final vaya a parar a una distancia de 225 kilómetros precisamente a otro jardín, y la persona que lo vea y lea aquel papel pegado tenga el mismo nombre que el de la chica que lo lanzó?

—Pues en términos de probabilidad estaríamos hablando de que es casi imposible.

—Lorian, esto pasó en Estados Unidos en el 2001. ¿Casualidad o destino?

—La verdad es que es algo asombroso, pero no cabe duda de que es casualidad —Lorian tenía en su cara reflejado cómo ese globo fue recorriendo esos cientos de kilómetros.

—Pues para más asombro tuyo, Lorian, la chica que lo recogió cuyo nombre era Laura Buxton. Al igual que la que lo lanzó ¡y tenía exactamente su misma edad! 10 añitos, amigo.

Lorian se quedó en silencio, así que Chris le narró la segunda extrema casualidad.

—Un actor de los más afamados hoy en día, en 1973 iba a hacer la película acerca de una novela, pero para leer el libro se tuvo que ir a comprarlo a una librería. No lo encontró, pero a la vuelta hacia su casa, esperando el metro en uno de los bancos, estaba «curiosamente» un libro olvidado por alguien. Aunque libros hay millones.

—Me sé la historia, Chris. Anthony Hopkins cogió el libro y era el que estaba buscando, y no solo era la novela que necesitaba, sino que además al abrirlo vio que había unas anotaciones, que curiosa y casi milagrosamente eran del propio autor del libro, es decir, ¡el escritor fue quién se dejó la novela en ese banco! Algo increíble, desde luego.

—Joder, no dejas de sorprenderme amigo. Así fue como ocurrió. Pero faltan las dos últimas. Esta no sé si la conocerás, pero me impactó sobremanera, porque en esta sí que parece que esté presente la «mano del destino», pero que otra vez no deja de ser otra casualidad más llevada al

máximo de los extremos. Lorian, imagina una bala disparada por alguien que quiere matarte y que, por suerte, por la poca puntería del que disparó, en vez de impactar contigo la bala roce tu cara y finalmente se quede dentro del árbol que estaba justo detrás haciendo así que la muerte te haya rozado por escasos milímetros. Amigo, ¿qué probabilidades hay de que esa misma bala te acabe matando de manera directa? ¿Es decir, impactando en tu propia cara?

Lorian esta vez no dudó y contestó rápido.

—¡Ninguna! Pero además de manera rotunda, Chris.

—Pues Lorian, la puerta de la posibilidad aquí sigue, aunque de manera casi ridícula abierta.

—¡Venga ya! ¿Qué pasó? —Lorian no se creía lo que oía.

—Pues que 20 años después de ese disparo, ya en 1913, Henry Ziegland, que era quién se salvó del disparo quiso cortar ese mismo árbol, pero le resultaba una labor ardua, así que lo voló con dinamita, y hubo un objeto que salió como un proyectil hacia él causándole la muerte. Te podrás imaginar que objeto era ese, ¿no?

—Dios mío —solo pudo decir Lorian.

—Casualidades que ocurren más de lo que nos pensamos y que unas veces caen en el olvido y otras se conocen como estas. Pero falta la cuarta historia. ¿Sabes? Hace 7 años, antes incluso de conocernos tú y yo al darme ese golpe certero en la cabeza por tu «habilidad» lanzando objetos en aquella playa donde casi me matas, y antes por supuesto de que la caja de cristal existiera, fui un día a una sucursal del Bank of America aquí, en San Francisco, a sacar dinero. En el cajero, Lorian, has oído bien, en el cajero, había una persona delante de mí que me pidió ayuda porque no le devolvía su tarjeta de crédito y tras estar 4 minutos conseguimos entre los dos recuperarla con la ayuda de la pequeña llave del buzón de mi casa —Chris iba acelerando el relato y poniendo mucha intensidad en lo que salía por su boca—. La tarjeta esa se había quedado bloqueada en la ranura de ese cajero. Aquella persona me dio las gracias muy amablemente con una bonita sonrisa tras recuperarla.

—Chris, ¿por qué me cuentas esto ahora? ¿Qué tiene que ver otra vez un cajero?

—Porque al preguntarle el nombre, Lorian, ¡esa persona me dijo que se llamaba casualmente Katherine! ¡Justo la mujer que me hace sonreír todos los días desde entonces y que lleva durmiendo conmigo ya muchos años! ¡Y los

que nos quedan!

Ya solo quedan unas mínimas partículas del grafito del moribundo lapicero que comenzó a escribir cuando, por entonces, en las primeras páginas, estaba rebosante de vida.

Es curioso que para crear la historia que ha relatado se haya ido autodestruyendo hasta desear su propio final y conseguir así contar algo muy especial, pero esa es la grandeza de lo que separa lo real de la fantasía.

Justo cuando el último trazo se marque dentro de unos segundos, ya no dará pie a seguir con esta historia nunca más. Igual otro lapicero nuevo podría continuarla, incluso con la misma mano que lo ha portado todo este tiempo, pero jamás será igual, como tampoco habrá en el mundo ni se repetirá el hecho de que dos personas contemplaran y disfrutaran algo que ninguno de nosotros podrá hacer jamás que fue ver:

¡EL COLOR QUE NO EXISTÍA!

FIN

¡GRACIAS!

Gracias por el tiempo que le has dedicado a leer «El color que no existía». Si te gustó y lo has encontrado útil te estaría muy agradecida si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo sobre temas relacionados. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento dar un feedback para hacer este libro mejor. Si quieres contactar conmigo aquí tienes mi email:

frannypahino@yahoo.es